



El
Orfebre

Viajó hasta el fin
del mundo para tallar el
destino con sus manos

“
RAMÓN CAMPOS

se

Lectulandia

Barcelona, finales del siglo XIX. Un joven de diecisiete años trabaja en el taller de orfebrería de su padre. Instruido en el oficio desde niño, le espera un prometedor futuro en la talla de piedras preciosas. Pero su vida experimenta un vuelco cuando conoce a Isabel, la hija de un aristócrata venido a menos que anuncia que concederá la mano de su hija a quien le ofrezca el diamante más grande que jamás se haya visto.

De la agitada Barcelona a la bulliciosa Ámsterdam y su mercado de diamantes; de Holanda a Sudáfrica; de la refinada Ciudad del Cabo a las abrumadoras minas de Kimberley repletas de esclavos, pasando por el temible desierto de Karoo, el orfebre recorrerá un mundo fascinante, cautivador y cruel al mismo tiempo, junto al despiadado marqués de Terrassa y a la dulce esclava Etweda.

En su travesía, el orfebre descubrirá la valía de las enseñanzas de su padre y maestro, la importancia de ser leal al propio oficio y, sobre todo, que a veces hay que viajar al fin del mundo para darse cuenta de que lo que uno anhela está más cerca de lo que cree.

El orfebre es una novela de aventuras, de crecimiento y de amor. Un gran viaje a través de escenarios remotos, con personajes inolvidables, y que nos transmite el amor hacia una profesión, la orfebrería, delicada, costosa y compleja como la vida.

Ramón Campos

El orfebre

ePub r1.0

Titivillus 22.05.2019

Título original: *El orfebre*
Ramón Campos, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mis padres y hermanos
por dejarme soñar con que podía ser.

A mi mujer y mis hijas
por ayudarme a conseguirlo.

Algunas de las cosas que voy a contar sucedieron.

1

Sudáfrica, 1866

Acababa de amanecer en el desierto de Karoo cuando el joven y pelirrojo pastor Erasmus Stephanus Jacobs salió de la casa de adobe y paja que compartía con su familia para llevar, como cada día, el rebaño caprino desde el establo hasta las orillas del río Orange. Tenía quince años. Mientras las cabras se acercaban al agua, empujándose unas a otras para saciar la sed de la noche, él se puso a jugar con los cantos rodados que la corriente arrastraba incansablemente cada día. El vaivén de las piedras chocando entre sí a lo largo de los más de dos mil kilómetros de longitud del río convertía sus cortantes aristas en suaves bordes. Las había de todos los colores, pero hasta aquella mañana Erasmus no había visto ninguna como esa. Su color blanco sobresaliendo entre el resto llamaba la atención como un bóer en medio de los trabajadores negros.

El chico se acercó y la cogió con cuidado. Después de alzarla al sol para verla a contraluz la guardó en el zurrón con la intención de regalársela a sus hermanas. Ni Erasmus ni ellas supieron nunca que aquella piedra era, en realidad, un diamante de 83,4 quilates que podría haberles cambiado la vida para siempre.

Cinco años más tarde unos mineros encontraron a unos kilómetros de allí, en las áridas laderas de Colesberg Kopje, otro aún más grande, de 83,5 quilates. Cuando lo tallaron, se convirtió en un diamante de 47,69 quilates, al que desde aquel momento todo el mundo llamaría la Estrella de Sudáfrica.

Cincuenta mil mineros después, la colina, al pie de la cual habían encontrado aquel diamante, terminaría convirtiéndose en un agujero de doscientos cuarenta metros de profundidad, conocido como The Big Hole, El Gran Hoyo.

Pero para eso aún faltaban unos años, y demasiadas muertes.

Aún era 1871.
Dos años antes de que yo partiese hacia allí.

2

En octubre de 1873 yo tenía dieciséis años.

Padre era propietario de una de las pocas orfebrerías que aún quedaban abiertas en los alrededores de la Plaça Nova, muy cerca de la catedral de Barcelona. Ya por aquellos tiempos esa plaza era una de las más importantes de la ciudad pues a su alrededor se arremolinaban todo tipo de negocios que hacían de ella un centro neurálgico del comercio: desde una botica hasta un callista, pasando por un horno, un zapatero, un pocero o un barbero. Todo el mundo conocía esos establecimientos por los apodos de sus dueños: la librería del Sordo, la barbería del Milhombres, el horno de la Enana..., y en nuestro caso no iba a ser distinto. Daba igual el nombre que padre pintara a mano en el carcomido tablón de madera sobre la entrada cuando, diecisiete años atrás, había abierto el local. Para todo el mundo aquella era la orfebrería del Inglés. A padre lo llamaban así porque había nacido en Burford, un pequeño pueblo al oeste de Oxford. Madre era la Inglesa, aunque ella fuera andaluza, y yo, el hijo de los Ingleses.

—Yo no quiero que me llamen así —me quejaba amargamente cuando, de niño, madre me regañaba por haberme peleado con alguno de los muchachos del barrio que gritaban que yo no era de allí, que era un extranjero y que no tenía los mismos derechos que ellos.

—¿Y qué más da cómo te llamen? —me preguntaba ella mientras limpiaba con un paño empapado en agua tibia mis heridas.

—Pero para eso me han bautizado ustedes con un nombre —replicaba yo apartando su mano, indignado por que no se pusiese de mi parte.

—Y si tú lo sabes, y nosotros también, qué más da cómo te llamen ellos. No puedes pelearte con todo aquel que te provoque —me explicaba paciente mientras volvía a mojar el paño en la palangana que tenía sobre la mesa de la cocina—. Si lo haces, terminarás en cualquier callejón, como le pasó a tu tío Eduardo.

El tío Eduardo era el hermano pequeño de madre, al que ella había criado como un hijo tras la muerte de sus padres. Era un joven risueño y nervioso,

eso decía ella porque yo no lo recordaba demasiado, que tenía propensión a meterse en problemas. Por esa razón madre incluso había intentado recluirla en casa, aunque sin demasiado éxito. Después de dos días encerrado había horadado un agujero, moviendo algunas tejas, en el techo del dormitorio de mis padres por el que se había escapado. Finalmente, diez años atrás había desaparecido y, después de días buscándolo sin descanso, habían dado con él en el depósito del cementerio. Tenía dos profundas puñaladas en el pecho que le habían arrebatado la vida de un soplido y de las que nadie se responsabilizó jamás.

«Es imposible encontrar al culpable, señora. ¿Sabe cuánta gente muere cada día en esta ciudad? —le había dicho el guardia cuando madre, destrozada por el dolor de perder a su único hermano, había ido a pedir que investigasen quién había sido el asesino—. Su hermano estaba en el lugar equivocado con la gente equivocada, pero, si estaba allí, tenga por seguro que él sabía que podía suceder algo así».

Por esa razón a madre, temerosa de perderme a mí también, no le gustaba que yo saliese de casa solo, sin ellos. Así que durante mi infancia nunca tuve la oportunidad de encontrar a un verdadero amigo de mi edad. Recuerdo a madre como una mujer habladora, divertida y de fuerte carácter, todo lo contrario que padre. Desde que yo era bien pequeño, ella me enseñó a leer y escribir, además de preocuparse porque aprendiese matemáticas, muy importantes en nuestro negocio no solo para llevar las cuentas, sino para realizar los cálculos necesarios para tallar las piedras preciosas. Todos los días nos sentábamos a la mesa de la cocina para estudiar, rodeados de los vahos de hierbas silvestres que ella aspiraba por indicación del boticario Tremols. Me encantaba escuchar sus explicaciones y sus risas, extrañamente estruendosas para su pequeño cuerpo, cada vez que yo cometía un error.

Bueno..., eso cuando no estábamos trabajando, porque padre y yo pasábamos los días y parte de las noches al fondo de la orfebrería, en el pequeño taller sin ventanas, únicamente iluminado por la luz de la lámpara de gas que traspasaba las gemas que tallábamos. Aquella trastienda medía unos tres por tres metros como mucho, aunque quizás ahora, pasados tantos años, en mi memoria sea más grande. Lo que sí recuerdo con cierta nitidez es que allí, entre aquellas paredes blancas, había el espacio justo para dos pequeñas y toscas mesas de una oscura madera de roble y dos sillas de anea. Cada mesa tenía su torno encima, su cajón de utensilios debajo y, justo en medio, entre una y otra, la bandeja donde recogíamos el polvo de oro y plata sobrante de los engarces.

«Los metales son como los cerdos, de ellos se aprovecha todo», comentaba padre siempre que alguien le preguntaba qué iba a hacer con aquel polvillo que cuidadosamente recogía con un estrecho cepillo de madera.

Lo guardábamos en un pequeño bote de latón y cuando considerábamos que había suficiente lo fundíamos, ganando así un dinero extra.

«Todo está hecho de pequeñas partes. Nunca las desprecies», sentenciaba mirándome fijamente antes de poner el polvo dorado en el crisol y acercarlo a la lumbre.

Al fondo de la estancia teníamos un armario de tosca madera de roble cerrado con llave, dos vueltas de cadena y candado. Allí padre guardaba el oro, la plata y las gemas todavía sin pulir, que bien le vendían comerciantes llegados desde lugares lejanos, o bien compraba él mismo en sus viajes de negocios. Bueno, eso había sido antes, cuando aún éramos una familia de posibles, porque padre, desde que a madre le había dado el primer ataque, ya no viajaba.

En el techo encalado de la trastienda, la humedad, año a año, iba dibujando extraños y desconcertantes mapas que formaban un atlas de mundos imposibles. Me gustaba observarlos cuando me estiraba mirando hacia arriba después de haber pasado un rato concentrado en dar forma a una de las piedras preciosas. Era ese momento en el que yo imaginaba los maravillosos lugares que padre me describía de sus años como militar del Ejército británico, cuando, a la luz de la lumbre, una noticia o un recuerdo lo sacaban de su silencio. Porque padre casi nunca hablaba. Solo lo hacía cuando pensaba que tenía algo importante que decir. Según él, ese era uno de los problemas de nuestra sociedad. Que había demasiada gente hablando de lo que no sabía.

—Si no sabes, calla y escucha, hijo —me aconsejaba hablando muy despacio en inglés..., porque padre siempre me hablaba en inglés—. Así te darás cuenta de que lo que dicen los otros la mayoría de las veces no tiene interés alguno, y no tendrás razones para discutir. Ojalá Lord Palmerston hubiera callado y escuchado más. Nos habríamos ahorrado muchos muertos y heridos.

De sus años como soldado del Ejército británico, padre guardaba en la trastienda de la orfebrería el uniforme que había usado durante la que se terminaría conociendo como Guerra de Crimea y que lo había llevado a él, y a otros miles de inocentes jóvenes británicos, a viajar hasta el mar Negro. Por el tamaño del traje, padre tuvo que haber sido un joven fornido y bien parecido,

nada que ver con el hombre enclenque que se sentaba, detrás de sus lentes, a mi lado en la trastienda de la orfebrería.

Padre trabajaba siempre canturreando. Dependiendo de la gema que estuviese tallando en ese instante, la canción iba cambiando. Había una para los zafiros, otra para los rubíes, otra para las esmeraldas... y una especial para los diamantes. La mayoría de ellas las había aprendido en sus años en el Ejército, justo antes de abandonarlo todo por madre y no volver a marcharse de España. La canción con la que tallábamos los diamantes, en cambio, era distinta... Era la que ya cantaba su padre, mi abuelo, al que yo nunca había llegado a conocer, cuando le había enseñado el oficio de orfebre.

«Cada orfebre puede decidir qué canción le da a cada gema, pero la de los diamantes debe ser siempre la misma. Todos los orfebres la conocen», me decía solemne, y luego empezaba a tararearla mientras acercaba suavemente el diamante al torno y lo rozaba al ritmo de la música.

Aún hoy, pasados los años, si cierro los ojos, puedo recordar su grave voz entonando las primeras notas de la suave y delicada canción del diamante que un día deberé enseñarles a mis hijos, y estos a los suyos, para que no caiga en el olvido.

3

Mientras los niños jugaban en la calle, yo trabajaba con padre en la angosta trastienda y madre, enferma como estaba, atendía a los pocos clientes que tenían una posición suficientemente privilegiada como para entrar en un negocio como el nuestro en aquellos tiempos difíciles. Y es que España en esos días, metida de lleno en la Guerra de Cuba y en los alzamientos carlistas y de los cantones, era un país demasiado convulso. Acababa de declararse meses antes la República después de la abdicación del rey Amadeo I, al que todos llamaban el Electo porque, aun siendo miembro de la familia real italiana, había sido elegido como mal menor para gobernar los designios de nuestro país tras la fuga de Isabel II a Francia.

Aunque nadie sabía lo que iba a suceder en la calle, debido a la incertidumbre política, la gente tenía que seguir haciendo su vida. Detrás del viejo mostrador de la orfebrería, madre esperaba con paciencia la entrada de un nuevo cliente limpiando las joyas de la vitrina una vez tras otra. Las de oro las frotaba con un trapo empapado en hidróclorato de amoníaco mezclado con sulfato de hierro calcinado y subacetato de cobre. Las de plata con una solución de vinagre con zumo de limón, aunque si estaba demasiado ennegrecida, por haber estado expuesta al fuego por ejemplo, se hacía necesario el uso de ácido sulfúrico. En uno y otro caso, por hablar solo de algunos ejemplos, debía tener cuidado con los efluvios que provocaban esas mezclas.

Pasado el tiempo, pensé muchas veces si quizás estar allí encerrada limpiando aquellas joyas había agravado esa enfermedad que no la dejaba respirar. Ninguno de los muchos médicos que la atendieron en esos años había descubierto cuál era el mal que la aquejaba. Aparentemente, por fuera ella estaba bien, pero en su interior algo le iba absorbiendo la energía sin descanso, como una piedra preciosa que va dejando de brillar día a día. Aunque lo hacía, cada mañana le costaba más levantarse, y ya poco quedaba de aquella mujer que años atrás era capaz de cargar los barreños de agua sin dificultad desde la fuente de Puertaferri hasta casa cruzando media ciudad.

Pese a que padre y yo le decíamos que fuese a la fuente de la plaza de Santa Ana, que se encontraba a solo unas calles de nuestra casa, ella no se fiaba. Todo el mundo decía que esa fuente estaba contaminada desde la fiebre amarilla que habíamos sufrido en Barcelona tres años atrás y que se llevó por delante a casi tres mil personas en menos de dos meses en los cuatro distritos de la ciudad: Lonja, San Pedro, Universidad y San Pablo. Según se rumoreaba, la fiebre había arribado a Barcelona a bordo de un vapor de nombre María, proveniente de Cuba con un cargamento de cuero. Pero esto se supo después porque al principio, pese a que la gente hablaba de que se estaban produciendo muertes en el puerto, las autoridades lo negaban. Para cuando se aceptaron las primeras como causadas por la epidemia, y pese a que incluso fumigaron con cloro todos los buques que se encontraban en los muelles, ya nada se pudo hacer. Cuando por fin se cantó el tedeum, las consecuencias eran irreversibles. Todos conocíamos a familias que habían perdido a varios de sus componentes, y por las calles era habitual cruzarse con carruajes fúnebres y gentes vestidas de luto.

Contaminada la fuente o no, madre estaba cada día más delgada y débil. Ni siquiera podía usar ya el corpiño que, si a cualquier mujer ya le dificultaba respirar, a ella se lo hacía imposible. Cada vez que ahorrábamos suficiente dinero íbamos en busca de un nuevo boticario, un nuevo doctor o un nuevo curandero que viniese a tratarla. Cada gema engarzada suponía otra oportunidad para salvarla, un nuevo tratamiento para intentar librarla del mal que poco a poco iba ensombreciendo nuestro hogar. Padre y yo trabajábamos sin descanso con la ilusión silenciosa de que un día encontraríamos su cura. Daba igual que fuese verano o invierno. Cada jornada era una repetición de la anterior. Nos levantábamos antes del amanecer en la pequeña casa de piedra de dos plantas, que padre había comprado enfrente de la orfebrería con los ahorros que había traído al llegar a Barcelona, y bajábamos las estrechas y crujientes escaleras de madera hasta la cocina de leña, donde madre tenía preparada la sopa de ajo y el pan duro del día anterior. Sentados en la bancada, al calor de la lumbre, desayunábamos y luego cruzábamos los tres la embarrada calle para ir a trabajar.

A mediodía, sin salir de la orfebrería, poníamos un mantel de tela de saco sobre el mostrador y comíamos el puchero, que, dependiendo de cómo fuesen las cosas, podía llevar jamón, morcilla, gallina u oreja..., siempre regado con cerveza. Al caer el sol madre regresaba a casa antes que nosotros para preparar el pan con queso de la cena, mientras padre y yo rematábamos los últimos encargos. Y así mañana tras mañana, tarde tras tarde, noche tras

noche... El único día que rompíamos la rutina semanal era el domingo. Al amanecer me vestía con mi único traje y acudía a la iglesia de Santa Anna para acompañar a mis padres a la misa del alba, antes de ir al taller. Cuando alguna vez me quejaba de no poder dormir un poco más, madre se acercaba a mí y me preguntaba:

—¿Qué quieres? ¿Ser gente de misa de doce? ¿Quieres ser del clan de los perezosos? —Así era como llamaban a aquellos, a las mujeres sobre todo, que huían de levantarse temprano e iban a la misa cuando ya el resto de la ciudad llevaba horas en pie y se acercaba la hora de almorzar.

La verdad es que no me habría importado demasiado formar parte de ese clan, e incluso no haber ido a la iglesia nunca. En aquellos días yo aún era demasiado joven y me hacía demasiadas preguntas sobre Dios y su existencia, pero a padre y madre les gustaba tenerme a su lado, y a mí en el fondo, aunque me costase levantarme, me agradaba sentarme allí, iluminado por los cientos de velas titilantes, a imaginar a los caballeros de la orden del Santo Sepulcro, encargados de proteger la tumba de Cristo en Jerusalén, que, según decían, habían construido esa iglesia setecientos años atrás. De hecho, en uno de sus laterales se encontraba la capilla del Santo Sepulcro, a la que todos los feligreses llamábamos Dels Perdons porque gracias a una bula del santo padre, «si cumples una penitencia entre la víspera del 16 de marzo y la puesta de sol del día siguiente, se te perdonarán todos los pecados igual que si hubieses peregrinado a la ciudad santa», según me explicó madre. Y aunque nunca se lo dije, siempre me pareció que todos los pecados eran demasiados pecados por mucha bula que hubiese concedido el papa. Padre, a diferencia de madre, prefería centrarse en la decoración de la iglesia. Él decía que los escultores son «como orfebres de la piedra» y durante las misas le gustaba observar cada uno de los ornamentos con los que habían adornado las columnas, las paredes, los techos, las cúpulas... Tanto le gustaba que estoy seguro de que padre podría haber descrito toda la iglesia de Santa Anna perfectamente con los ojos cerrados.

—Fíjate en el escudo de los Boera que hay sobre el sepulcro —decía refiriéndose al escudo que había camino de la puerta del claustro, sobre la sepultura del caballero templario Miquel de Boera, capitán general que había luchado contra los franceses en la batalla de Rávena y en la defensa del Rosellón—. Mira el águila, el morrión y el hombre con la lanza. ¿Sabes el tiempo que habrán necesitado para esculpirlos sin que se les rompa el bloque de piedra? —Y con gesto entristecido preguntaba casi para sí mismo—: ¿Sabes quién fue el escultor?

Yo negué avergonzado.

—No te preocupes, hijo. Yo tampoco. Pero eso es lo triste. Tanto trabajo para que, al final, nadie se acuerde de ellos. Fíjate siempre en lo que te rodea. La mayoría de las veces eso ha supuesto el trabajo de mucha gente durante mucho tiempo. Siéntete orgulloso de cada una de las piezas que haces. Aunque sean los señores los que pasan a la posteridad, somos los trabajadores los que construimos el mundo.

Al llegar a Santa Anna nos sentábamos siempre en una de las filas del medio de la nave central, lejos de las beatas que, cubiertas con sus negros pañuelos, se arremolinaban frente al altar como si Dios fuese a tomar buena nota de quién se encontraba más cerca de él para abrirle las puertas del cielo. A madre le gustaban esas mujeres tan poco como a mí. Decía de ellas que eran santas por fuera y demonios por dentro, y que de ser algo en esta vida era mejor lo contrario. Aun así, cuando se encontraba con ellas las saludaba amablemente y les daba conversación.

«Nunca se sabe quién querrá comprar un crucifijo de oro», decía mientras me guiñaba un ojo. Y a veces me recitaba aquel refrán:

*De una mala lengua,
de un fiero león,
de fiebres malignas,
líbranos, Señor.*

Me encantaba verla sonreír, esa es una de las cosas que más echo de menos de ella. Su sonrisa y el calor de sus manos cuando de niño, después de contarme alguno de los cuentos que a ella le había contado de niña su madre, me daba las buenas noches y me acariciaba las mejillas antes de marcharse.

Por el lugar en el que se sentaba en la iglesia se deducía perfectamente el poder que tenía cada feligrés. Detrás de las beatas de la primera fila, que si bien no tenían dinero ni posición social, sí tenían el favor del sacerdote, se encontraban los matrimonios más adinerados de la ciudad: marqueses, comerciantes ricos, condes, duques, indianos... Todos se mezclaban aunque, incluso entre ellos, establecían diferencias entre los que ostentaban títulos nobiliarios y los que habían conseguido su fortuna con el sudor de su frente. Un rico de cuna no tiene que esforzarse por seguir siendo rico, eso les parecía una falta de clase. Y así se mezclaban como la plata y el oro, que aunque no lo parezca es fácil para un orfebre identificarlos con solo meterlos en agua.

Los maridos altivos y las esposas sumisas, acompañados de sus orgullosos hijos e hijas, que poco o nada habían hecho para ganarse el respeto que creían merecer, pero que nos miraban con desprecio al resto como si les debiésemos la posibilidad de existir. Nosotros estábamos varios bancos por detrás de ellos, en un limbo a medio camino entre los comerciantes que se habían enriquecido y los pobres de la ciudad, que se agolpaban al fondo de la iglesia esperando la salida de los nobles que de vez en cuando limpiaban su conciencia regalando unas monedas a las manos que se estiraban pedigüeñas. Quizás si madre no hubiese estado enferma, y no hubiésemos tenido que gastarlo todo en ella, habríamos podido medrar como otros orfebres de la ciudad que se sentaban unos bancos más adelante. Quizás si, cuando aquel doctor nos dijo que no había cura para lo que ella tenía, hubiésemos asumido que era así, habríamos conseguido tener incluso nuestro propio carro de caballos, como el joyero y platero real don José Masriera y Vidal, pero padre me enseñó que rendirse es la última de las posibilidades.

«Mientras haya gema, hay joya —explicaba mirándome por encima de las lentes que colgaban sobre la punta de su nariz aguileña—. Solo hay que darle las suficientes vueltas a la piedra para conseguir encontrar la forma adecuada de tallarla», continuaba antes de parpadear largamente, como si él mismo tuviese que convencerse de que en el caso de la enfermedad de madre fuese verdad.

Nunca me importó el lugar en el que nos sentábamos en la iglesia hasta que vi por primera vez a Isabel, la que se convirtió desde ese momento en culpable de mis desvelos. Curiosamente ella no parecía orgullosa de estar en las primeras filas, más bien parecía triste... De una hermosa tristeza.

4

De alguna manera, pasados los años, todos nos conocíamos en Santa Anna, así que no fue extraño que aquel tercer domingo de octubre que Isabel y su familia entraron en la iglesia llamasen la atención de todos los feligreses provocando un murmullo curioso que recorrió cada una de las bancadas, de delante hacia atrás como una ola que terminó golpeando las paredes de piedra y volvió de regreso en forma de eco. Según le contaron a madre a la salida de misa un par de semanas más tarde, la familia de Isabel acababa de llegar desde Alcoy. El padre de Isabel era el conde de Montalbán, uno de los empresarios más exitosos de aquella localidad alicantina en la que había, ya de aquella, más de 175 negocios textiles y 75 industrias papeleras que daban trabajo a un tercio de sus habitantes. Pero tras el asesinato del alcalde Agustín Albors a manos de los exaltados obreros, el conde había visto cómo todas sus posesiones habían ardido rápidamente empapadas en petróleo. Sin nada que ganar allí, y todo que perder, el padre de Isabel había aceptado la ayuda de un buen amigo para trasladarse a la Ciudad Condal con su familia y poco más que lo puesto y conseguir un cargo directivo en el Banco de Barcelona. Quién iba a imaginar que la Gran Depresión de 1873, la gran crisis económica mundial que acababa de estallar y que había de durar hasta 1879, terminaría llevándose también su nuevo trabajo por delante.

Isabel tenía quince años. Era morena. Delgada. Su tez recordaba al color champán del topacio imperial y su mirada al jade. Llevaba un vestido verde esmeralda con polisón, cubierto con un manto turquesa, que hacía que llamase la atención en medio de la negrura azabache de todos los que la rodeaban en la iglesia. A partir de aquella primera vez la semana se convirtió en una carrera de siete días a la espera de que volviese a ser domingo para verla de nuevo. Mientras trabajaba en la trastienda de la orfebrería soñaba con que salía de casa, me encontraba a solas con Isabel y me atrevía a decirle todo lo que sentía por ella. Pero aquello eran solo eso, ilusiones de un soñador que se desvanecían al levantar la vista de la lupa de agua y volver a encontrarme con el húmedo mapa sobre el techo del taller. Porque entonces no sabía ni su

nombre, ni dónde vivía ni por qué ella y su familia habían llegado en pleno octubre a nuestra parroquia. El último domingo del mes, bajé corriendo las escaleras de casa con la intención de dirigirme a la iglesia cuando aún madre estaba preparando el desayuno.

—¿A dónde se supone que vas? —preguntó sorprendida.

—A la iglesia —respondí calzándome las botas a la pata coja con una mano mientras con la otra me ponía la bufanda—. A usted las corrientes de aire no le convienen, y así puedo encontrar un lugar lejos de la puerta.

Madre no daba crédito a que no hubiese tenido que venir a despertarme y miró el reloj Roskopf de padre para asegurarse de que la hora que veía era la correcta.

—¿Quién ha salido? —preguntó padre.

—El niño —respondió madre encogiéndose de hombros.

Corrí por las calles sin detenerme como el tranvía que sigue sus raíles, esquivando a los peatones, a los perros, gatos, mulas y caballos, los puestos de venta de flores, pasando por delante del sobrino del mago Canonge, que a aquellas horas preparaba su puesto de limpiabotas. Corrí hasta quedarme sin aire para conseguir sentarme en uno de los bancos cerca del pasillo central. Unos minutos antes de que el sacristán asomase a la puerta de la iglesia para hacer sonar dos veces la campana, que avisaba de que la misa estaba a punto de comenzar, el carruaje de la familia de Isabel se detuvo delante del pórtico. Su padre fue el primero en salir. Tenía unos cincuenta años, calvo, barba canosa, gesto serio, traje negro. Lo recuerdo como una de las últimas personas de Barcelona que vestía con levita y sombrero de copa. Caminaba cinco pasos por delante de Isabel, su hermana y su madre, quienes embutidas en sus corsés arrastraban sus vestidos polisonados de seda y satén representando el estatus de la clase alta. Isabel era la mayor y, sin duda, la más hermosa de las dos. La pequeña, ya con diez años, tenía la mirada de esas personas que saben que han nacido para mandar y que sus órdenes serán obedecidas, la misma mirada que sin duda había aprendido de su madre, quien con un simple parpadeo era capaz de indicar a sus hijas que no estaban comportándose adecuadamente o que debían cambiar su postura.

Detrás de ellos, a una distancia prudencial, caminaba atenta a todo la criada de la familia, una mujer de unos cincuenta y cinco años a la que acompañaba un gesto de mal humor, como si una nube de tormenta se hubiera posado sobre su cabeza. Aquella mujer malencarada llevaba en la familia de Isabel toda la vida y había criado a la madre de Isabel y a sus hermanas antes que a ella.

Ese día no pude acercarme a Isabel, solo observarla atentamente flotando bajo sus vestidos al pasar por mi lado camino de las primeras filas tras las beatas. Su padre, su madre y, sobre todo, la criada se convertían en un parapeto para cualquiera, pero mucho más para alguien como yo, que poco o nada tenía que ver con ellos y su posición social. Al terminar el oficio, Isabel salía acompañada de su familia y yo, al lado de padre y madre, la observaba montarse en el carruaje y desaparecer calle arriba sin saber siquiera que yo existía. Regresando a la orfebrería, ya con la chaqueta cubriéndome los hombros, las solapas levantadas para resguardar mi garganta del frío del invierno inminente y la desazón en el pecho, padre se dirigió a mí sin mirarme:

—El cuarzo sabe que, por mucho que sueñe con ser una gema preciosa, y por mucho que se parezca a una, nunca pasará de ser una piedra. No lo olvides, hijo, hazme caso.

—¿Y quién decide qué piedras son preciosas y qué piedras no lo son? —pregunté molesto.

—Nadie, las cosas son así y no se pueden cambiar. Cada uno tenemos nuestro lugar en el mundo, igual que para encontrar un pequeño diamante debes excavar toneladas de tierra y rocas que no valen nada.

Quizás fuese la inocencia de la juventud, pero en aquel momento de mi vida estaba convencido de que, incluso con un trozo de cuarzo, yo podría tallar una joya digna del amor de Isabel. El primer domingo de noviembre, cuando la misa ya estaba terminando, me dirigí al exterior de la iglesia con la intención de que mi mirada se cruzase con la suya antes de que se subiese al carruaje de regreso a su casa. Al instante, mientras el sacerdote cantaba la última oración de espaldas a los fieles, se empezaron a amontonar a mi alrededor los parias que, a empujones, intentaban encontrar el mejor lugar para conseguir una de las ansiadas limosnas de los feligreses pudientes.

—Este desgraciado, ¿quién es? —preguntó uno de ellos mirándome amenazante.

—¡¡Tú, este sitio ya está cogido!! —gritó otro mientras me agarraba con fuerza de las solapas del traje e intentaba alejarme de allí violentamente—. Aquí no hay para todos, vete a la catedral, allí tienen sitio de sobra.

Yo intenté resistirme. Braceé e intenté explicar que mi objetivo no era conseguir dinero, pero ellos no atendían a razones.

—¡¡Fuera!! ¡¡Fuera!! —empezaron a gritar todos mientras yo intentaba zafarme de sus manotazos dando pasos atrás.

En medio de esa algarabía, no vi que el padre de Isabel estaba saliendo del templo y tropecé con él. Se hizo el silencio en la plaza de la iglesia. Fue como si el tiempo se detuviese. Todo el mundo siguió inmóvil hasta que un grupo de parias me cogió por los brazos y las piernas con la intención de ofrecermme en sacrificio a cambio de un par de monedas.

—Ha *zido* él..., ha *zido* él, *zeñor* —gritó uno de ellos con voz carrasposa y sin dientes mientras me empujaban hasta ponerme a sus pies.

—¡Soltadlo! —gritó el padre de Isabel, y con su bastón me levantó la cabeza obligándome a mirarlo.

—Lo siento, señor, me han empujado..., no era mi intención molestarle —fue lo único que alcancé a decir mientras me ponía en pie, antes de que me cruzase la cara de una sonora bofetada.

Detrás de él Isabel me miraba tímidamente. Me dolió físicamente, pero sobre todo en mi orgullo.

—Por tu culpa me he manchado los zapatos —se quejó el padre de Isabel—. Límpialos —me ordenó de forma tan tajante que incluso el mismísimo alcalde Soler y Matas lo habría hecho.

Yo en cambio me quedé quieto mirándolo.

—¿No me has oído? —preguntó molesto mientras su criada me empujaba del hombro hacia abajo para intentar hacerme hincar las rodillas.

—Lo siento, señor —repetí resistiéndome a claudicar y apartando a la criada con el brazo—. Pero no ha sido culpa mía, así que no tengo por qué limpiarle los zapatos.

—¿Acaso no has sido tú el que me ha golpeado haciéndome trastabillar? —preguntó retóricamente el padre de Isabel desconcertado.

—Sí, pero solo porque me han empujado. No era mi intención molestarle ni a usted ni a nadie de su familia —expliqué intentando buscar su comprensión.

Isabel sonrió tímida y levemente orgullosa de mi resistencia.

—Está bien, te creo. Pero sea como sea, eres tú el responsable de que mis zapatos estén sucios, así que límpialos y no llamaré a la Guardia Urbana.

Todos los presentes se volvieron hacia mí esperando que me pusiese de rodillas y comenzase a limpiar los zapatos del padre de Isabel. Incluso en los labios de alguno de los parias, que momentos antes me había increpado, empezaba a leerse un temeroso «Obedece, chico, obedece».

—Por favor, señor, no es necesario que llame a la Guardia. Yo misma los limpiaré —dijo madre acercándose desde la puerta de la iglesia y

arrodillándose para frotar con las mangas de su vestido los zapatos de aquel hombre.

—¡No, madre! —grité, pero ella me lanzó una mirada inquisitorial desde el suelo pidiéndome silencio.

No pude hacer nada más que observarla humillarse ante todo el mundo mientras las pequeñas piedras del suelo se clavaban en sus rodillas desnudas.

—¿Ves? Aprende de tu madre —concluyó él después de comprobar que los zapatos estaban suficientemente limpios.

Finalmente el padre de Isabel, sus pulcros zapatos y el resto de su familia, incluida ella, se marcharon sin entregar limosna alguna. A través de la ventanilla del carruaje pude ver a Isabel alejarse como la princesa a la que llevan a un lejano faro para encerrarla de por vida. Detrás de mí, padre se acercó a madre y la ayudó a ponerse en pie. Ninguno de los dos me miró mientras todo el mundo se marchaba dejándonos solos delante del sencillo pórtico apuntado de la iglesia de Santa Anna.

Cuando un rato después volvíamos hacia casa me detuve en el medio de la calle dando un sonoro pisotón al suelo.

—¿Por qué ha hecho eso, madre? —pregunté unos pasos por detrás de ellos.

—¿Por qué he hecho el qué? ¿Evitar que te enviaran a la cárcel por haber agredido a un hombre poderoso como ese? —dijo ella.

—Yo no he agredido a ese hombre, madre —respondí enfadado—. Ha sido un accidente, me han empujado y he tropezado con él.

—¿Y a quién piensas que creería el juez? ¿A él o a ti?

—Tengo testigos. La plaza estaba llena de gente que ha visto lo sucedido. Si volvemos allí, ellos mismos se lo dirán.

—Créeme, hijo. En la plaza no había nadie. Estabas tú solo —sentenció, y continuó camino de casa agarrada del brazo de padre.

Yo los seguí cabizbajo y enfadado, convencido de que conseguiría que Isabel se casase conmigo y les demostraría a todos que las diferencias de las filas de los bancos de la iglesia solo estaban en sus cabezas.

Esa noche, cuando madre vino a verme antes de acostarse, me pidió que intentase olvidar lo sucedido.

—Pero, madre, ese hombre la ha humillado delante de todos nuestros vecinos... —Me incorporé en la cama movido por el odio.

—No, cielo. No lo ha hecho, porque yo no me siento humillada. Solo aquel que puede hacerte daño lo consigue —me explicó.

Cuando sentí que todas las luces de la casa estaban ya apagadas, me levanté del duro y enrevesado colchón de lana y, después de asegurarme de que padre y madre dormían profundamente, bajé sigilosamente a la cocina. Aún faltaban bastantes horas para que amaneciera. Las escaleras de madera crujieron a mi paso. Madre siempre había tenido un oído muy fino y no necesitaba más que la pisada de un gato para despertarse, pero la enfermedad, sobre todo cuando se bajaba la fiebre con salicilato, empezaba a afectarle también a ese sentido. Al llegar abajo contuve la respiración y me aseguré de que continuaban durmiendo. Luego giré tan suavemente como pude la llave de la entrada y la cerradura chirrió de forma tan estruendosa que me quedé inmóvil. Miré hacia arriba para asegurarme de que todo seguía en calma. Esperé otro instante y empujé despacio la puerta levantándola ligeramente para evitar que las bisagras sonasen. Asomé la cabeza a la calle. Allí fuera, a aquellas horas, solo estaban los taberneros que, embutidos en sus largos abrigos y bufandas, llegaban para abrir sus negocios y que los más madrugadores pudiesen tomar un licor para calentar el cuerpo desde primera hora de la mañana. Mientras, algunas mujeres de malvivir intentaban engañar al primer incauto para que las llevase a su pensión a dormir y así escapar del húmedo frío que las brisas traían desde el puerto.

—Chico..., ¿no quieres pasar un ratito acompañado? —gritó una de las prostitutas.

Ni siquiera me volví mientras aceleraba el paso.

—¡Tú, ramera! Deja al niño en paz..., que es el hijo del Inglés —le gritó una vecina desde la ventana mientras vaciaba un barreño con agua turbia y maloliente que cayó estruendosamente sobre el suelo entre las prostitutas y yo en una suerte de frontera infranqueable.

—¡Y a ti quién te ha dado vela en este entierro! —gritó la primera dándose la vuelta mientras murmuraba alguna maldición entre dientes.

Crucé la calle hasta la orfebrería intentando evitar los charcos. Metí la mano en el bolsillo y saqué la oxidada llave de hierro forjado que había cogido de detrás de la puerta de la cocina. Me aseguré de que no había nadie a mi espalda y, no sin poca dificultad, conseguí hacer girar la desmesurada llave para abrir la puerta de madera de cedro plagada de clavos, en el medio de la cual colgaba como amuleto de la buena suerte una herradura que padre había traído de la guerra. Apresuradamente entré en la orfebrería y volví a cerrar detrás de mí. Me quedé unos segundos en silencio, a oscuras, para

asegurarme de que nadie me había oído. Dejé la llave sobre el mostrador y busqué a tientas el cajón donde, entre otras mil cosas, solían estar los fósforos.

Con la luz titilante de la lámpara de gas, me dirigí a la trastienda, encendí la pequeña chimenea para que se calentase la estancia y me acerqué al armario donde padre guardaba el oro y las gemas. No me costó encontrar las llaves del candado, escondidas en lo alto del mueble que el paso del tiempo y el hollín de la chimenea cercana ya habían vuelto casi negro. Alumbrando con la lámpara busqué entre los cajones intentando dar con la gema adecuada para Isabel. Padre siempre decía que cada persona está destinada a una gema aunque no lo sepa. Hay personas que son piritas, otras son espinelas, algunas son rubíes, hay incluso quienes en el fondo son zafiros... Y enseguida la vi: el aguamarina. Con su color azul claro, inocentemente transparente, pausado como el mar en calma en una tarde de verano, brillante cuando se pule, pero tímido mientras sigue unido a la roca... Si alguna piedra podía identificarse con la dulce y tranquila belleza de Isabel era esa.

La cogí y volví a cerrar el armario dando dos vueltas de cadena y poniendo el candado. Me acerqué a mi mesa y cogí la piedra sin tallar con mis pinzas para ver claramente todas las vetas, impurezas y rarezas a través de la lupa de agua. Tras unos segundos girándola, la atrapé en el torno y empecé a tallarla, sin descanso, rozando suavemente cada una de las caras para encontrar la mejor veta, el mejor brillo. Cada día durante esa semana, antes de que padre y madre se despertasen, volvía a bajar las escaleras intentando no hacer ruido y cruzaba la calle hasta la orfebrería. Seis días después, al llegar el domingo, por fin había terminado de pulir una gema con forma de lágrima lánguida de un color azul transparente. La engarcé en un pequeño colgante que uní a una cadena de oro, la guardé en el bolsillo de la chaqueta y fui a la iglesia sin esperar a padre y madre, decidido a declararle mi amor a Isabel.

5

Al llegar a Santa Anna me sorprendí al encontrar la puerta de la iglesia cerrada a cal y canto. Desconcertado, miré en todas direcciones, como el perro que busca el palo que su dueño no llegó a lanzar, y empujé la puerta sin éxito. ¿Qué estaba sucediendo? Santa Anna nunca cerraba sus puertas, ni siquiera de noche. Cualquiera persona que necesitase cobijo sabía que allí podría resguardarse. Incluso durante la fiebre amarilla, unos años atrás, mientras todo el mundo huía de la ciudad, el sacerdote de entonces, don Venancio, se quedó para cuidar de los enfermos, con la mala fortuna de que finalmente él también enfermó y falleció.

—Hoy no van a abrir —dijo uno de los parias que, recubierto de viejas y sucias mantas, estaba recostado en el muro de piedra.

—¿Cómo? —pregunté yo extrañado.

—¿No te has enterado? Esta noche han venido un grupo de hombres armados y la han saqueado. Demos gracias que no le han prendido fuego, como a algunos de los conventos en los que han entrado —respondió entre toses.

—Pero ¿por qué?

—Por la República..., o al menos eso gritaban mientras le daban una paliza al padre Braulio. Han tenido que llevárselo a Santa Creu —dijo refiriéndose al único hospital de Barcelona. Y un nuevo ataque de tos le hizo encogerse dolorosamente.

—Perdone... ¿No sabrá dónde vive el conde de Montalbán? —pregunté intentando no mostrar excesivo interés mientras acariciaba en mi bolsillo el colgante que había tallado para Isabel.

—Ni idea, pero si quieres encontrarlo ve a la catedral. Seguro que habrá ido allí. Hoy todo el mundo lo ha hecho —respondió el paria dejando ver sus podridos dientes.

Esperé a que padre y madre llegasen, y juntos nos dirigimos de regreso a Plaça Nova para cruzar las dos calles que nos separaban de la catedral.

—Esto solo va a ir a peor, ya lo veréis —decía padre—. Un pueblo sin rey es un pueblo sin guía, y un pueblo sin guía termina cayendo por el acantilado.

Como buen británico, padre era un monárquico convencido y no entendía el ansia de autogobernarse de los españoles. Yo no estaba de acuerdo. No era capaz de comprender que una persona, por el hecho de ser hijo de alguien, tuviese derecho a ser rey. Aun así, nunca lo discutí con él.

«Déjalo, hijo. A partir de determinada edad no se puede cambiar la forma de pensar de alguien», me aconsejó madre cuando una vez pretendí llevarle la contraria.

Llegamos a la catedral cuando ya en el interior resonaban los primeros rezos en latín del «Yo, pecador». En aquellos tiempos todavía podía accederse por el portal de Sant Iu, patrón de los abogados, bajo una de las torres del campanario. A cada lado de la puerta, levantada en mármol y piedra provenientes de la montaña de Montjuïc, podía leerse una inscripción que conmemoraba el inicio de la construcción del edificio el 1 de mayo de 1298, más de quinientos años atrás. Subimos los dos escalones que daban acceso por el lateral, observados por la santa Eulalia que descansaba entre los arcos que miraban al cielo en punta. Aunque se encontraba a poco más de dos calles de mi casa, nunca había entrado en aquel lugar.

—¿Sabes por qué se llama así la catedral, hijo? —me preguntó padre a sabiendas de cuál iba a ser mi respuesta.

—No, padre.

—¿Y no te lo has preguntado, al menos?

—No —reconocí avergonzado.

—Los ignorantes son aquellos que van por la vida sin preguntarse por qué las cosas son como son, y aun así, se atreven a opinar —concluyó, y se quedó en silencio hasta que le pregunté por qué la catedral se llamaba de Santa Eulalia.

Según recordaba que le habían contado a él al llegar a Barcelona, una pequeña pastora de ocas llamada Eulalia, que vivió a finales del siglo III, fue educada en el cristianismo y por esa razón fue castigada durante las represiones del emperador Diocleciano a sufrir trece martirios..., tantos como años tenía.

Padre le pidió a madre que nos esperase en el interior y me hizo acompañarlo hasta la calle del Obispo, desde la que accedimos al claustro de la catedral. Allí debajo habían enterrado los restos de la mártir, de cuya boca se decía que antes de fallecer surgió una paloma blanca que ascendió al cielo.

En el centro del claustro contemplamos un húmedo jardín coronado de palmeras y magnolios, y unas ocas blancas refrescándose en el estanque.

—¿Cuántas hay? —me preguntó padre.

Me costó contarlas porque, nerviosas ante nuestra presencia, quizás esperando que les diésemos de comer, no dejaban de moverse de un lado a otro.

—¿Trece? —aventuré.

—Tantas como...

—Los trece años de santa Eulalia al morir —deduje.

—Y los trece martirios que le infligieron —concluyó él—. Nada es por casualidad, hijo. Nada. No lo olvides.

Me quedé observando aquellas aves que hacían honor a la memoria de la niña santa mientras padre entraba en la catedral, donde cientos de feligreses ya se agolpaban escuchando las oraciones del sacerdote. Pasado un rato lo seguí. No podía dejar de pensar en cómo habían podido llevar hasta allí toda aquella piedra. Por fin, cuando llegábamos al fondo, pude ver a Isabel. Estaba sentada entre sus padres, al lado de su altiva hermana pequeña, custodiados todos por la criada que, sentada tras ellos, les guardaba las espaldas con su gesto huraño. Aguardé durante todo el oficio, nervioso, a que llegase el momento de la comunión y entonces me dirigí hacia el altar, esquivando la escalinata que llevaba a la cripta, con la intención de coincidir con Isabel pero sin ser visto por la criada, y mucho menos por su padre. Mientras avanzaba por el pasillo central de la catedral, la anciana mujer vio que me dirigía hacia ellos y, en cuanto me reconoció, apuró el paso para interponerse entre Isabel y yo. Así que yo también aceleré y, en el último momento, conseguí un hueco en la fila entre ellas. Cuando la criada intentó rebasarme me mostré molesto y le pedí amable pero contundentemente:

—Por favor, señora, un poco de respeto.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, cogí aire y me dirigí a Isabel:

—Disculpe, señorita —susurré con un hilo de voz.

Ella giró la cabeza y por segunda vez, después del encontronazo con su padre, nuestras miradas se cruzaron. Sin duda me reconoció, porque en sus labios afloró una leve sonrisa que rápidamente ocultó para que nadie se percatase. Isabel miraba de forma tímida, como si no quisiese abrumar al que la observaba. Ante ella, teniéndola tan cerca, me sentí como una pieza de metal derritiéndose en un crisol de piedra. No podía apartar mis ojos de los de

aquella joven que me hacían sentir único, como la más especial de las gemas preciosas.

—¿Sí? —me preguntó.

—Creo que se le ha caído esto —respondí, y le mostré el colgante.

La mano me temblaba como a un niño que le muestra a su maestro su primera obra.

—No, no es mío —aseguró ella mirando la gema y tocándola con las yemas de sus dulces dedos.

—Lo sé... No era suyo hasta ahora, pero me gustaría que lo aceptase —dije mientras depositaba el colgante en su mano.

Isabel lo contempló, luego levantó la mirada hacia mí y sonrió de nuevo. Deseé que el tiempo se detuviese. Que solo estuviésemos ella y yo allí, en el centro de la catedral. Deseé que nada ni nadie pudiese borrar de nuevo aquella sonrisa de su rostro.

—¿Para mí? —preguntó desconcertada.

—¡Isabel! —la reprendió su madre para que se acercara al sacerdote, momento que la hosca criada aprovechó para interponerse entre Isabel y yo.

Ella cogió el colgante y lo ocultó entre sus manos antes de comulgar y volver a su sitio.

Ese día, al salir de la catedral, fue Isabel quien me buscó entre la gente. Volvió a sonreírme. Desde ese instante decidí que nadie podría separarnos jamás.

Siete días después, el domingo siguiente, ya de regreso en Santa Anna, al bajar del carruaje protegida del frío con un chal, levantó de nuevo la mirada para buscarme y me sonrió sutilmente al verme oculto detrás de los parias. Al acercarnos al altar para comulgar fue ella la que, despistando a la criada, me llamó la atención sobre algo:

—Perdone. Creo que se le ha caído eso —dijo señalando al suelo como sin darle demasiada importancia.

Allí, al lado de su delicado pie, pude ver un trozo de papel. Lo cogí. Ella asintió y continuó avanzando hacia el sacerdote antes de que su madre la amonestase. Cuando volví a mi banco, junto a madre y padre, me arrodillé y pude leer el papel con disimulo:

Palacio de Moja. Baile de Máscaras. Hoy. Nueve de la noche.

Emocionado, levanté la vista y ya no la encontré. Salí apurado e inquieto de la iglesia y solo alcancé a ver cómo el carruaje se alejaba traqueteante calle arriba. Habría deseado echar a correr tras ella, pero me quedé quieto. Tampoco di saltos de alegría, aunque no me faltaban ganas. Me limité a imaginar el momento en que por fin nos encontrásemos y qué le diría.

6

Nunca había ido a un baile de máscaras. Solo a alguno de los múltiples entoldados que las numerosas sociedades de baile que había en Barcelona montaban por las calles y en los que la gente bebía y bailaba desde las ocho de la tarde hasta las tres de la madrugada, y donde se podían oír desde americanas hasta polcas y sardanas. Aun así, ni yo, ni padre ni madre éramos habituales de esas fiestas, ya que por mucho que las mujeres pudiesen entrar sin pagar, los entre ocho y doce reales que cobraban a los hombres preferíamos dedicarlos a continuar buscando una cura para la salud de madre. De regreso a casa, estuve tentado de pedirle ayuda a ella para encontrar un disfraz, pero finalmente no lo hice, convencido de que, tras el percance con el padre de Isabel, solo vería como una fuente de problemas mis pretensiones de mezclarme con ellos.

Por eso tras la misa rebusqué en los baúles sin demasiado éxito. Entonces recordé lo que padre guardaba en la buhardilla de la orfebrería. Esperé durante todo el día a que terminásemos de trabajar y, ya a solas, cuando padre se marchó a casa, me subí a mi silla y cogí el saco donde guardaba su uniforme del Ejército británico.

Aunque los bajos de los pantalones negros, cruzados de arriba abajo del lateral de la pernera con una línea roja, habían servido de alimento de la polilla, el deterioro no era demasiado llamativo, más aún porque me los metería por dentro de las botas. La casaca roja, por su parte, con los botones y las insignias doradas, me quedaba como un guante. Estuve un buen rato intentando ponerme el cinturón y la banda cruzada sobre el pecho hasta que lo conseguí.

—No se le ocurra moverse —gritó padre, en su torpe y nervioso castellano, blandiendo amenazadoramente un bastón a mi espalda.

Me di la vuelta y padre, desconcertado, bajó el bastón.

—¿Qué haces con eso puesto, hijo?

Regresaba del café del Centre, la cafetería casino a la que solía acudir, y la luz encendida en su orfebrería lo había puesto en alerta.

—Lo siento, padre. —Me quité el alto sombrero de piel de oso y lo escondí a mi espalda, como si de esa forma no se viera el resto del uniforme, rojo, negro y dorado.

Se acercó a mí y acarició el traje con las encallecidas yemas de los dedos como si al tacto los recuerdos aflorasen a su mente.

—La última vez que me puse este uniforme fue en la batalla de Inkermán. Una batalla que vencimos los soldados de infantería británicos luchando cuerpo a cuerpo entre la niebla contra los rusos... Estaba bajo el mando del capitán de granaderos Percy.

Por su expresión concentrada, parecía que estaba recomponiendo mentalmente el rostro de su capitán.

—Yo debía tener más o menos tu edad. Ese uniforme ha visto morir a demasiados amigos míos. No sé para qué te lo has puesto, hijo, pero nunca olvides respetar lo que representa.

Y se dirigió a la calle, despacio, arrastrando los pies, dejándome solo en la trastienda. Abrió la puerta de la orfebrería para marcharse con la suavidad que solo la tristeza permite.

—¡Padre! —grité antes de que saliese, y las bisagras de la puerta dejaron de chirriar.

Fui hasta allí y nos miramos fijamente unos instantes. Quería decirle lo importante que era para mí aquella noche, que nunca antes me había sentido así, que amaba a Isabel, que me daban igual las posiciones en los bancos de la iglesia, que yo estaba seguro de que el cuarzo podía ser una gema tan bella como cualquier otra..., pero solo alcancé a quedarme con la boca un poco abierta y terminé por bajar despacio la mirada al suelo.

—El cinturón se cruza hacia el otro lado —dijo él señalándolo con la cabeza—. No vuelvas tarde... A ver qué me invento para contarle a tu madre.

Sonreí y volví a la trastienda para terminar de arreglarme.

A las nueve, cuando ya había anochecido, caminé nervioso los doscientos ochenta metros que separaban mi casa del palacio de Moja mientras algunos de los transeúntes me señalaban entre curiosos, extrañados y divertidos por mi aspecto.

Enfrente de las tres plantas del palacio, la calle se encontraba atestada de curiosos que intentaban descubrir quién se escondía debajo de cada uno de los disfraces cuando los invitados se bajaban de los carruajes. La fachada carecía casi de elementos decorativos, algo que a mí, acostumbrado a los

ornamentados broches y colgantes que hacíamos en la orfebrería, me llamó la atención especialmente. Sobre cada una de las ventanas, un pequeño y sencillo rosetón de terracota mostraba las figuras de unos soldados romanos que me hicieron recordar a la pobre Eulalia y sus trece martirios.

En la primera planta, algunos de los invitados que ya habían llegado hacía rato se asomaban a los balcones para observar, apoyados en las barandillas de forja, como el animal que observa al humano desde el interior de la jaula, a la multitud que los miraba desde la calle.

La puerta principal del palacio estaba flanqueada por dos porteros vestidos con librea de gala, banda con escudo y bastón de puño de plata que, debajo de una cabeza de piedra de un león comiendo un manojito de ramas, vigilaban que nadie sin invitación entrase en la fiesta, aunque lo cierto era que nadie lo intentaba. Era tal la diferencia de ropas, peinados y complementos de los invitados con respecto a los curiosos que era imposible que los segundos se mezclasen con los primeros.

Quizás había sido demasiado optimista. Con el corazón crepitando en mi pecho, estaba a punto de darme la vuelta y regresar a casa cabizbajo cuando vi que llegaba el carruaje de la familia de Isabel. Primero, como siempre, bajó el padre. Lo reconocí debajo de un disfraz de Cristóbal Colón; tras él, la madre disfrazada de mujer árabe, y por último, la propia Isabel vestida con un traje de egipcia formado por una túnica blanca hasta el tobillo que se adhería a su cuerpo como si formase parte de su piel y que dejaba a la vista sus brazos hasta los hombros. No podía apartar la vista de ella. Sobre la túnica, a la altura de la cintura, llevaba un faldellín color azul, y en el cuello y cubriendo su cabello, joyas doradas que simulaban ser de oro. Sin duda, eran disfraces que habían encargado en alguna de las muchas tiendas que en aquellos días dejaban de confeccionar moda para recrear los trajes más inverosímiles que pudieran imaginar sus clientes para la multitud de fiestas de máscaras que proliferaban por la ciudad. Los tres, Isabel y sus padres, porque ni la hermana pequeña ni la criada parecían llegar con ellos, llevaban el rostro cubierto con máscaras que hacían imposible reconocerlos con claridad, pero ninguno de los dos porteros hizo ni el más mínimo gesto para detenerlos. Me envalentoné. Volví a tomar aire, me cubrí con el antifaz, que había conseguido hacer con una tela de madre, y me dirigí bajo mi traje de militar del Ejército británico a la puerta con la intención de franquearla.

—Oiga —dijo alguien a mi espalda.

Me volví y pude ver a uno de los porteros señalándome con el bastón.

—¿Sí? —respondí intentando mantener la compostura, pero convencido de que todo había terminado allí.

Padre tenía razón: uno no puede pretender ser lo que no es.

—¿Podría mostrarme...? —empezó a decir con tono amenazante hasta que fue interrumpido por la voz de una chica:

—Señor conde, ¿dónde se había metido?

Miré al interior del palacio y pude ver a Isabel, que se acercaba hacia mí caminando sobre la mullida y colorida alfombra que daba la bienvenida a los invitados.

—Nosotros acabamos de llegar justo hace un momento —me dijo, y le preguntó al portero—: ¿Sucede algo?

Dejó ver su rostro al apartar su máscara y sonrió amablemente, sabedora de que pocos hombres podrían negarle algo en ese momento.

—No, no, señorita, claro que no. Adelante, señor conde —respondió el hombre entre avergonzado y desconcertado—. Discúlpenos, solo intentamos cumplir adecuadamente con nuestro deber.

Le hice un gesto de cortesía un tanto exagerado y entré en la fiesta siguiendo a Isabel, que volvió a cubrirse la cara dejando solo a la vista sus ojos.

Subimos las escaleras de mármol apoyándonos en el pasamanos metálico, en el que caballos alados se mezclaban con pequeños ángeles, hasta llegar a un gran pasillo. Como pavos reales, los invitados intentaban mostrar sus disfraces en todo su esplendor. Un joven arlequín correteaba de puntillas de un lado a otro dando saltitos y moviendo las manos como intentando alzar el vuelo. Cerca de él, una mujer vestida de bandolera, con una chaqueta marrón y falda blanca, apuntaba con un trabuco a sus acompañantes, que reían con ganas levantando las manos en señal de rendición, mientras a su lado un hombre, que parecía su esposo, vestía un traje rojo burdeos con unos demoníacos cuernos sobre la cabeza y un tridente en la mano. Todos, ellos y el resto, reían y hablaban dando voces que resonaban por todo el palacio.

De pronto, Isabel se detuvo. Al fondo, sus padres charlaban animadamente con una pareja disfrazada de exploradores. Dimos la vuelta en redondo sin saber si habían llegado a vernos, para dirigirnos hacia el gran salón del palacio, donde multitud de personas se agolpaban esperando a que la música comenzase. Las paredes estaban cubiertas con pinturas murales de escenas históricas, religiosas y guirnaldas de flores a lo largo de las tres plantas hasta el techo, del que colgaba una gran lámpara desde la que caían lágrimas de cristal en las que se reflejaba su luz artificial. Unas ligeras

balconadas en las dos plantas superiores permitían asomarse para ver el baile sin tener que participar en él.

—Toma, ponte esto —susurró Isabel entregándome una máscara de color dorado que cambié por el antifaz que llevaba y que temía pudiese llamar la atención. Luego me cogió de la mano para llevarme hasta el centro de la estancia.

—No sé bailar —reconocí avergonzado.

—No te preocupes... Solo déjate llevar —respondió ella.

Me cogió la mano izquierda y la posó sobre su cintura. Al tocarla, sentí el calor y la suavidad de su piel a través de la fina tela de seda. Incluso pude notar cómo se le erizaba cuando moví ligeramente mis dedos unos milímetros sobre su espalda. Isabel respiró hondo, haciendo que sus pechos se acercasen a mí. Luego levantó muy despacio la mano izquierda, como si no quisiese asustar a una mariposa posada enfrente de ella, y yo la imité para estrechársela. No podía dejar de mirarla a los ojos. Aquellos ojos, que se asomaban tras el antifaz, contenían la vida. No quería ni siquiera parpadear, no fuera a ser solo un sueño del que terminase despertándome. Así nos quedamos en silencio, inspirando y espirando, esperando a que comenzase la música.

La orquesta empezó a tocar dando todo el protagonismo al piano. Isabel me susurró que aquella era una obra conocida como *Improvisación*, o *Impromptu*, de un compositor austríaco llamado Franz Schubert, quien tenía muchísimas más, pero que esa en concreto era su preferida. Durante un rato bailamos en silencio, escondidos tras las máscaras, mirándonos a los ojos, pecho contra pecho, sintiendo la agitada respiración del otro en una mezcla de nervios, ansiedad, felicidad y miedo. No hacía falta que nos dijésemos nada. Éramos un militar británico y una egipcia en medio de aquel salón, rodeados de pastores, indios, griegos, marineros, meninas, árabes, bufones y neptunos que también bailaban. Por un momento flotamos, abrazados, sobre las cabezas de los presentes hasta llegar al techo, varios metros más arriba. Allí, a solas, escondidos de las miradas ajenas, imaginé que aquella era mi vida. Que en realidad alguien como yo podía entrar en un palacio como aquel sin que nadie lo mirase de forma extraña...

—Acompáñame —le pedí en silencio.

—¿A dónde? —me preguntó ella mirando desde allá arriba al suelo donde el resto de los invitados continuaban bailando.

¿Qué importaba a dónde? Lo importante era que estuviésemos juntos y no dejar de sentir ese nerviosismo que me recorría el cuerpo y me hacía latir el

corazón a un ritmo desenfrenado.

—Mira. —Le cogí la mano y la llevé a mi pecho.

Ella cogió la mía e hizo lo mismo, logrando que me sintiera entre avergonzado y excitado.

Eso debía ser algo como lo que madre decía haber sentido la primera vez que se había encontrado con padre. Por un instante nos miramos en silencio intentando compenetrar cada uno de nuestros latidos. Un instante de fantasía del que no tardé en despertar más que unos segundos, cuando el padre de Isabel se acercó a nosotros y la cogió del brazo violentamente haciéndonos descender de forma súbita al medio de la pista y provocando que incluso la música se detuviese.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó apartándola de mí.

—Señor —dije escondido tras mi máscara intentando mediar—, no he querido ofenderle.

Todo el mundo se había quedado inmóvil observando la escena. El padre de Isabel avanzó hacia mí.

—Le ruego que se descubra —me amenazó.

Ella me miró y negó sutilmente. Él, en un rápido e inesperado movimiento, intentó arrancarme la máscara, pero yo di un paso atrás para evitarlo.

—Veo que, entre otras cosas, es usted un cobarde —dijo intentando ofenderme lo suficiente como para que mi ego me llevase a descubrirme ante él.

No lo hice, aunque por un momento lo deseé.

—Por favor, vámonos —rogó la madre de Isabel a su marido para que no hiciese de aquello un escándalo del que sin duda todo el mundo terminaría hablando en la ciudad durante semanas.

El padre de Isabel cogió a su hija del brazo y se la llevó a rastras. Salieron del salón y se dirigieron a las escaleras.

Yo me quedé en el centro de la pista, inmóvil detrás de mi disfraz, viendo cómo el amor de mi vida se alejaba de mí. La música volvió a sonar inmediatamente para intentar devolver la fiesta a la normalidad, y por primera vez en mi vida me sentí un cobarde.

Salí del palacio y corrí sin rumbo ni destino, pero convencido de que no quería dormirme aquella noche porque no soportaría estar a solas conmigo mismo.

Abrí la puerta de la orfebrería y entré rápido, como me había enseñado padre que debía hacer siempre. Aunque estaba agotado después de haber corrido sin descanso para intentar no pensar en nada, no podía dejar de moverme. Me quité la chaqueta del Ejército británico y la tiré al suelo como si estuviera ardiendo y solo golpeándola contra el suelo pudiese apagar el fuego..., pero la quemazón que sentía en mi interior, lejos de desaparecer, se avivaba más y más al recordar el desprecio con el que el padre de Isabel me había tratado.

—Quién se cree que es... —mascullé mientras recorría de un lado a otro la orfebrería como si buscara allí una salida a un mundo diferente del que acababa de abandonar al entrar por la puerta.

Por fin me detuve y me dejé caer de rodillas en el suelo con la cabeza entre las manos. Todavía llevaba los pantalones del uniforme puestos. Me observé disfrazado y me sentí ridículo. A quién pretendía engañar. Yo no era más que el hijo de un orfebre, que se sentaba en una de las últimas filas de la iglesia, e Isabel era la hija de un conde. Padre tenía razón. Por mucho que el cuarzo quiera ser una gema, nunca dejará de ser cuarzo. Poco a poco me desvestí y, después de sacudir el polvo de la chaqueta, guardé el uniforme cuidadosamente en la trastienda.

Cuando regresé a casa era ya bien entrada la madrugada. Al ir a abrir la puerta, la encontré entornada. Extrañado de que madre, desconfiada como era, no se hubiese asegurado de que estuviese cerrada antes de acostarse, entré con cuidado. En la cocina los platos de la cena seguían intactos sobre la mesa, con la comida servida, pero ya fría. La lumbre, humeante, no había sido alimentada desde hacía unas horas y solo algunas brasas parecían angustiadas entre la ceniza como rubíes ardientes. Instintivamente cogí un atizador de la cocina de leña y, todavía desconcertado, subí los escalones que llevaban a los cuartos con sigilo, apoyando la espalda en la pared. En el piso superior el silencio era sepulcral. Ni siquiera se oían los ronquidos de padre, que cada noche acompasadamente me acompañaban hasta que me quedaba dormido.

Empujé la puerta de mi cuarto y entré despacio, poniendo la punta del atizador por delante de mí dispuesto a defenderme si alguien me salía al paso. No parecía que nadie hubiese entrado allí después de que yo me fuera por la mañana. Volví a salir al pasillo y avancé hasta el dormitorio de mis padres, al fondo. La puerta estaba cerrada. Golpeé dos veces suavemente con el mango del atizador en la madera, pero nadie respondió. Volví a golpear con un poco más de fuerza, pero de nuevo obtuve como única respuesta el silencio. Después de coger aire, agarré la manilla y con cuidado la giré. El pestillo se soltó del marco con un chasquido que me paralizó. Esperé unos segundos más y, después de asegurarme de que no había más ruidos en la casa que los provocados por mí, empujé la puerta y me asomé. Allí tampoco había nadie y ni siquiera la cama había sido deshecha.

—¿Hola? —preguntó la voz de una mujer en el piso de abajo.

Con dos grandes saltos me planté ante doña Elvira, la enana dueña del horno, que limpiaba sus manos de harina contra un viejo mandil de color gris.

—Por fin has llegado, muchacho. Llevo toda la noche esperándote. Se han llevado a tu madre al hospital de Santa Creu.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté nervioso dejando el atizador sobre la mesa.

—No lo sé, pero no tenía buena pinta... —respondió ella negando con la cabeza—. Tu padre intentó localizarte, pero no te encontraron, así que se marchó solo con ella y...

No la dejé terminar. Corrí por las calles, saltando charcos y lodazales, como si me persiguiera una jauría de perros hambrientos dispuestos a darme caza, hasta llegar a la entrada del hospital. Subí a grandes zancadas la escalinata que llevaba hasta la puerta, que a aquellas horas tardías ya se encontraba cerrada a cal y canto, y pese a que la golpeé con todas mis fuerzas, grité, maldije, la pateé..., nadie acudió a abrirla. Volví a bajar la escalinata y, ansioso, observé la calle desierta arriba y abajo mirando el edificio para encontrar un hueco por el que colarme. Cualquier puerta, agujero o ventana para entrar en aquel sitio. Si quería saber qué había sucedido con madre, tenía que hacerlo. Por fin pude ver cómo un carromato cargado con comida se acercaba al lateral del hospital. Allí varios jóvenes, con las legañas todavía entre los párpados, ayudaban a descargar mercancía en las cocinas bajo los gritos incesantes de una anciana monja que, encorvada, golpeaba rítmicamente su bastón contra el suelo.

—¡¡Venga, gandules!! ¡¡Que es para hoy!! —repetía con una voz quebrada.

Cuando uno de los chicos pasaba por su lado, ella dejaba de golpear el suelo con el bastón para darle un toque en la espalda provocando un ritmo incesante: *toc, toc, toc, plaf, toc, toc, toc, plaf...* *Toc, toc, toc, plaf, toc, toc, toc, plaf...*

Me acerqué allí y, tras coger una caja vacía de las que se amontonaban entre la basura, simulé ser uno de los mozos de carga para colarme en el hospital. Cuando estaba pasando a la altura de la anciana monja, bajé la cabeza con la intención de que no se diese cuenta de que no era uno de los mozos.

—Tú —dijo dejando de golpear el bastón contra el suelo y poniéndomelo delante para evitar que continuase mi camino.

Me detuve.

—¿Sí, señora? —pregunté diligente, como sin darle importancia.

—¿Piensas que soy estúpida?

—No sé a qué se refiere —respondí intentando suavizar mi tono.

—Esa caja está vacía... —dijo golpeándola por la parte de abajo para hacerla caer al suelo tras dar dos vueltas en el aire que dejaron en evidencia que tenía razón—. Vuelve ahora mismo al camión y coge una caja llena.

—Claro, señora. Lo que usted ordene.

—Si vuelves a hacer algo así, no te daré tu ración de leche ni de pan. ¿Entendido?

—Claro, señora —repetí, y fui a hacerme con una caja que contenía manojos de verduras de tan mal aspecto que ni siquiera un cochino querría comer.

Nada más entrar en el hospital me di de bruces con los hornos, que encendidos emanaban un calor que hacía casi insoportable estar en aquella estancia demasiado tiempo sin sentir que uno iba a perder la consciencia. Continué avanzando, y tras pasar por delante de tres burras, con cuya leche se trataban las enfermedades del pecho, llegué a un pasillo amplio, con las ventanas entreabiertas, desde el que ya podía oír los gemidos quejicosos de los enfermos. Después de asegurarme de que nadie me seguía, dejé la caja de verduras a un lado y enfilé aquel pasillo. En cada sala había entre diez y quince camas, al lado de las cuales una silla dejaba maldescansar a los acompañantes de los enfermos, que apoyaban sus cabezas en difíciles equilibrios.

—Chico —dijo alguien a mi espalda cuando salía de la tercera sala, en la que tampoco había encontrado a madre—, ¿no eres tú el hijo del Inglés?

Volví sobre mis pasos apresuradamente. Incorporado en una de las camas, reconocí al sacerdote de Santa Anna.

—Padre Braulio —dije emocionado acercándome a él.

Tenía mal aspecto, los ojos hinchados y amoratados todavía por la paliza de los que habían asaltado la iglesia, y una venda que le cubría la cabeza, donde según me explicó lo habían golpeado con el cáliz hasta abrirle una brecha por la que había sangrado abundantemente. También tenía un brazo y una pierna rotas, y el buen talante de siempre. Le pregunté por padre y madre, a los que no había visto.

—Aunque si alguien sabe quién ha entrado y salido del hospital hoy o cualquier otro día, ese es Peret, el Catedrático —me indicó señalando la entrada—. Sal, gira a la derecha y, al fondo, encontrarás una puerta. Ve allí y pregúntale. Dile que vas de mi parte. Si tus padres han entrado aquí, él te dirá dónde están.

A Peret lo llamaban el Catedrático aunque, en realidad, no tenía estudios de ningún tipo y su auténtico trabajo era el de enterrador del cementerio de pobres. Todos aquellos que no tenían ni siquiera dinero para morir eran entregados a la facultad de Medicina y, una vez los futuros médicos y verdaderos catedráticos habían realizado sus estudios de disección, eran entregados a Peret para que este los enterrase en fosas comunes. O al menos, eso era así antes, porque en aquellos tiempos el cementerio de pobres había tenido que cerrar y los cuerpos se acumulaban pudriéndose en las estancias del hospital de Santa Creu sin un destino próximo.

—¿Hola? —pregunté asomando la cabeza en la estancia al fondo del pasillo, pero sin obtener respuesta de ningún tipo más allá del hedor de los cuerpos que me obligó a cubrirme la boca con el cuello de mi camisa—. ¿Hay alguien? —Insistí antes de dejar entrar al resto del cuerpo y recibiendo un nuevo puñetazo, que estuvo a punto de mandarme al suelo, del olor de los cuerpos en descomposición.

Entré a aquella sala, donde sobre varias camillas descansaban los cuerpos inertes de dos hombres y una mujer. Aquella era la primera vez que veía un cadáver. Me quedé mirándolos como si en cualquier momento fuesen a ponerse en pie entre las revoloteantes moscas y saludarme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el tal Peret, que entraba con un cráneo humano entre las manos.

Mientras yo, pese a cubrirme la nariz y la boca, tenía que hacer auténticos esfuerzos para no vomitar, él se movía como si aquel olor no le afectase lo más mínimo.

Era un hombre gordo y alto, vestido con una bata que necesitaba un lavado tanto como su dueño, y que tenía el rostro surcado por las picaduras de la viruela.

—Me manda don Braulio. Vengo a buscar a mis padres —respondí yo sin dejar de mirar la calavera, con la que el Catedrático jugaba con total naturalidad al tiempo que me atendía.

—¿Tus padres están muertos? —preguntó extrañado.

—No..., creo que no —respondí yo sin demasiada convicción.

—¿Crees que no, o estás seguro de que no? —Y en su tono evidenció que la paciencia no era una de sus virtudes—. No pareces suficientemente pobre para que tus padres estén aquí.

—Mi madre está enferma y la han traído esta noche, pero no sé cómo encontrarla —expliqué deseando salir de aquella pestilente estancia cuanto antes.

—¿Y cómo has entrado tú aquí si la puerta del hospital la he cerrado yo mismo hace horas? —A todas luces, esperaba una respuesta que difícilmente tenía visos de ser satisfactoria para él.

—Me he colado por las cocinas —decidí confesar—. Llegué a casa y ni mi padre ni mi madre estaban allí, y no podré dormir sin saber qué ha sido de ellos.

El Catedrático negó con la cabeza y se acercó a una mesa sobre la que se amontonaban, sin orden ni concierto aparente, multitud de hojas escritas por ambos lados de forma enmarañada.

—¿Sabes cuánta gente tenemos alojada ahora mismo? —se quejó mientras movía los papeles de un lado a otro buscando algo que sin duda no encontraba—. 501 enfermos, y eso sin contar a los 297 locos y a los 6 lazarinis. 804 en total, ¿y con cuántos doctores te has cruzado?

—Con ninguno.

—Pues eso. Y luego se extrañan de que el cementerio de pobres esté completo. Pero esta noche, por fortuna para ti, solo han ingresado a una mujer. Ven conmigo —dijo tras leer uno de los papeles, y dejó la calavera girando sobre sí misma encima de una de las camillas.

8

Cuando me acerqué a ella, madre estaba adormilada. Le acaricié la mano para despertarla sin sobresalto y ella entreabrió los ojos.

—Pensé que a ti también te había perdido, como a Eduardo —dijo con un hilo de voz casi inaudible pero sonriendo—. ¿Dónde has estado?

—En un baile —respondí, y me acerqué a su rostro para evitar que tuviese que realizar ningún esfuerzo al hablarme.

—¿En el palacio de Moja? —preguntó ella extrañada e intentando incorporarse.

Yo asentí.

—No se mueva, madre.

—Por eso necesitabas el uniforme de tu padre.

Asentí de nuevo.

—Tu padre piensa que puede engañarme y que yo no me entero de nada —se quejó—. ¿Qué hora es ya?

—Tarde, madre. ¿Qué le ha pasado?

—Cuando vi que no llegabas, me asusté y empecé a sentir que me faltaba el aire.

—Lo siento —susurré sintiéndome culpable de verla allí postrada.

—No vuelvas a hacer eso... Si vas a marcharte, avísame. Prefiero quedarme refunfuñando, pero saber dónde estás, a pensar que no voy a volver a verte nunca. —Suavizó el tono al verme tan afligido—. Ahora ya pasó. Ayúdame a ponerme en pie para volver a casa.

—Pero, madre, no podemos marcharnos hasta que esté recuperada —le dije alarmado.

—Créeme, hijo, tengo más posibilidades de morir aquí, de algo que se me arrime, que en casa. Anda, coge mi ropa y ayúdame a ponérmela. —Y me señaló una maltrecha bancada cercana sobre la que habían dejado todas sus pertenencias a la vista de cualquiera que hubiera querido llevárselas mientras madre dormitaba.

—¿Y padre? —pregunté mientras la ayudaba a bajar los pies de la cama y le calzaba con cuidado sus alpargatas.

—Fue en tu busca —me explicó, y sin esperar más respuesta de mi parte me soltó a bocajarro—: ¿Cómo se llama?

Por un momento me vi tentado de mentirle, de decirle que no había ninguna chica, pero decidí que, si no confiaba en madre, no podría confiar en nadie nunca.

—Isabel —dije, y bajé la cabeza avergonzado.

—¿Es la hija del conde? —me preguntó levantándome la cabeza, con su dedo índice bajo mi barbilla para que la mirase a los ojos.

—Sí. Pero ya no tiene de qué preocuparse, madre.

Ella me besó en la mejilla.

—No me preocupo. Te hemos educado bien, y sé que terminarás haciendo lo correcto. Vamos a casa.

Por la calle del Carmen nos encontramos con padre, que regresaba con paso apurado y el rostro desencajado.

—¿Qué haces aquí, mujer? —preguntó—. ¿Te han dicho los médicos que puedes marcharte?

—A estas alturas y con todo el dinero que llevamos gastado, ya deberías haber asumido que los médicos no saben nada de lo que me pasa.

Aunque ni a mí ni a padre nos gustase reconocerlo, madre tenía razón.

—¿Y tú? —me preguntó padre con un ligero tono de molestia.

Cuando iba a responderle, madre le tomó la mano y se adelantó.

—Lo importante es que estamos juntos —dijo cogiéndonos a cada uno del brazo y emprendiendo el camino a casa.

Amanecía en Barcelona aquel día de finales de noviembre.

9

Pasaron unas semanas hasta que madre pudo reincorporarse al trabajo en la orfebrería. Fueron las mismas semanas en que dejé de ver a Isabel en la iglesia. Ya solo asistían al oficio sus padres, su altiva hermana pequeña y la anciana criada malhumorada que nunca se separaba de ellos. Había quien decía que se la habían llevado de Barcelona a otra ciudad lejana, pero nadie sabía a ciencia cierta cuánto había de verdad en aquel rumor.

Todo cambió ese lunes 15 de diciembre.

Acabábamos de abrir bien temprano en la mañana cuando la puerta de madera de la orfebrería hizo sonar tristemente la oxidada campana que colgaba sobre ella. Siempre que eso sucedía, me echaba un poco hacia atrás en mi silla balanceándome sobre las patas traseras y desde allí podía ver, reflejada en el cristal de la vitrina, detrás de madre, a la persona que entraba. Era un hombre de aspecto sombrío. Tendría unos cincuenta años, aunque el pelo canoso lo hacía parecer aún mayor. Caminaba un tanto encorvado y vestía un gabán que claramente había heredado de alguien porque no correspondía ni en el ancho ni en el largo a su complexión.

Cuando madre le preguntó en qué podía ayudarlo, el hombre, sin quitarse el cabo de puro apagado que llevaba entre los labios, pidió ver al Inglés. Tenía una voz grave, ronca, de esas que al rebotar en las paredes se hacen incomprensibles y las palabras parecen más masticadas que dichas. Padre me hizo un gesto para que continuase con el trabajo y se asomó desde el taller sacándose los lentes y arrastrando los pies.

—¿Quién me reclama? —preguntó con ese lejano acento británico que tenía cuando hablaba castellano y que nunca había llegado a perder.

—¿Es usted el Inglés? —inquirió y, sin darle tiempo a padre a responder, continuó—: Mi señor quiere que vaya a verlo.

—Lo siento —dijo padre—, pero ahora no puedo abandonar mi negocio. Tengo varios encargos que cumplir y me es imposible. Quizás su señor pueda venir aquí y yo no tendré problema en tratar con él lo que sea que necesite.

El hombre de aspecto sombrío se quedó observándolo un instante antes de responder:

—Esperaré a que termine —susurró, consciente de que volver con ese planteamiento a su dueño no era una opción válida.

Y se apoyó en la pared, frente a madre, mirando al suelo, con el puro apagado en la boca, mientras frotaba sus manos cada cierto tiempo para entrar en calor. Padre volvió al taller y se sentó de nuevo a mi lado. Suspiró y, sin decir nada, se puso los lentes y continuó trabajando.

El hombre sombrío no se movió en todo el día.

A las seis de la tarde apagamos las lámparas y nos levantamos de nuestras sillas.

—¿Tienes tu lupa y tus pinzas? —preguntó padre mientras guardaba las suyas en el bolsillo interior de su chaqueta sin demasiado ánimo.

—No, padre... Pero no las necesito —respondí yo cogiendo mi gabán y mi gorra con la ilusión del niño que va a emprender un viaje.

—Te equivocas. Cógelas —me ordenó—. Un orfebre lo es solo cuando lleva su lupa y sus pinzas.

Padre y yo seguimos a aquel hombre por las sucias calles, desde la Plaça Nova, pasando por la Tapinería, la estrecha calle de Les Donzelles y la plaza del Ángel, hasta llegar a la entrada de una gran casa en la calle Ancha.

No era tan impresionante como el palacio al que había acudido a la fiesta de máscaras con Isabel, pero no había duda de que aquella era la casa de un hombre adinerado. Cruzamos el patio hasta llegar a un salón adamsado con alfombras. Desde los balcones pude ver el mar. En una de las paredes admiré un tapiz con una escena de caza en la que un ciervo era atacado por un grupo de feroces perros. Nos quedamos allí en silencio hasta que un sirviente vino a buscarnos de nuevo y nos llevó a un gran comedor ante la presencia de su señor.

—Así que es usted el Inglés —dijo este después de beber un trago de vino, en una copa de cristal primorosamente tallada con estrellas, y mirarnos de arriba abajo con desdén.

—Sí, señor, así es, yo soy —respondió padre, y me señaló con aquel tono sumiso que usaba siempre con los clientes—. Él es mi hijo. Trabaja conmigo.

El señor se llamaba Francesc March. Pasaba de los treinta. Vestía elegantemente y estaba sentado solo ante una gran mesa sobre la que había más alimentos de los que una familia podría comer en una semana: guiso de carne, estofado, bacalao... e incluso bistecs. Los cubiertos eran de plata y

llevaban grabadas sus iniciales entrecruzadas. Los platos parecían de porcelana china. Nos quedamos de pie frente a él.

—¿Sabes por qué estás aquí, Inglés? —preguntó limpiándose la boca con la servilleta—. ¿Mi criado te ha explicado algo?

—No, señor. Solo me ha dicho que quería verme y que tenía que ser aquí, en su casa —respondió padre.

Se levantó. Al verlo de pie, me pareció que tenía buen porte. Dejó la servilleta hecha un gurrño sobre la mesa y, sin decir nada, se dirigió con su rudo andar a una estancia anexa. Después de cerciorarnos de que aquello era lo que esperaba que hiciéramos, lo seguimos. Era un despacho. El señor March se sentó detrás de un escritorio de madera de caoba mientras nosotros continuamos de pie frente a él. Me extrañó no ver ningún libro. Solo algunos cuadros colgaban de las desnudas paredes y, entre ellos, enmarcado, un título de propiedad de una mina de carbón.

Tras un instante de silencio nos contó que quería pedir la mano de una joven. Padre le dio la enhorabuena y se relajó. Quizás sus miedos hubiesen sido infundados y aquel hombre solo quisiese un anillo de compromiso. El señor March nos mostró un retrato fotográfico de aquella chica que había encargado a uno de los fotógrafos más afamados de Barcelona, don Gustave Larauza, que tenía su estudio en el número 36 de la Rambla del Centro. Aunque había oído hablar mucho sobre ellos, nunca había visto un retrato como aquel, así que, curioso, me acerqué para observarlo detenidamente. Fue en ese preciso momento cuando mi corazón dio un vuelco. Era ella. La joven que posaba en aquel pequeño retrato fotográfico de color sepia era Isabel.

Aunque el señor March continuaba hablando, yo dejé de escucharlo. No podía apartar la vista de la imagen de la mujer a la que amaba y que ahora descubriría que iba a ser desposada por aquel hombre. Como en el reflejo congelado de un espejo, en aquel retrato de cuerpo entero en el que Isabel miraba a cámara delante de una tela que simulaba ser el paisaje de un lago, había quedado impregnada su belleza.

El señor March nos contó que él no era el único pretendiente. Había otro hombre tan joven, tan apuesto y tan rico como él que quería también casarse con Isabel. Dos hombres ricos dispuestos a lo que fuese por conseguir su mano.

Por esa razón, el padre de Isabel, el conde de Montalbán, había propuesto una forma de resolver el entuerto:

«Esta es mi hija mayor. Mi bien máspreciado. Mi joya. Solo se la entregaré al que me traiga un diamante digno de su belleza», dijo ante los dos

pretendientes.

Un diamante como dote. Un diamante que, en realidad, salvaría de la quiebra en la que se encontraba a su familia, una vez que la crisis económica ya había estallado y los dueños del banco habían anunciado al padre de Isabel su despido inmediato. Un diamante que el padre de Isabel, sin negocios y cargado de deudas, podría trasladar sin dificultad cruzando fronteras y aduanas para escapar de los problemas que empezaría a tener con la Justicia cuando sus acreedores descubriesen que no iba a devolverles el dinero que le habían prestado y por el que él prometía pingües beneficios. Pero eso lo descubrí tiempo después. La cuestión era que el señor March quería conseguir a Isabel y estaba dispuesto a pagar lo que fuese necesario por hacerse con el diamante más grande que nadie hubiese visto nunca.

—Su padre la tiene encerrada en su casa hasta que se resuelva con quién de los dos se casará —concluyó—. No quiere que termine embaucada por algún pícaro con malas artes.

Instintivamente miré al suelo.

—Señor, quizás nosotros no seamos los más indicados para cumplir este encargo... —dijo padre.

—¿Eres el Inglés? —le interrumpió tajante y molesto el señor March, sin darle opción a padre a continuar sus explicaciones.

—Sí, señor.

—¿El *lapidario* de la Plaça Nova? —que era como llamaban a los que tallaban las gemas preciosas.

Padre asintió.

—Todo aquel a quien he preguntado me ha dicho que eres la persona indicada. Dicen que además de buen orfebre y lapidario conoces como la palma de tu mano los mercados de diamantes de Amberes y Ámsterdam.

—Quizás en otro tiempo fuese el hombre que usted necesita..., pero ya no, señor. Ya no tengo los años de entonces, ya no viajo, mi mujer está enferma y no puedo dejarla sola.

—¿Y tu hijo? —preguntó el señor March mirándome como quien analiza un potro en la feria—. ¿Estaría preparado?

—Sí, como orfebre y lapidario sin duda, pero temo que es demasiado joven para un viaje tan largo —respondió padre mientras daba ya un paso atrás con la intención de marcharse.

El señor March no se inmutó.

—Te juro, Inglés —comenzó a decir sin levantar la voz—, que, si no haces lo que te pido, dedicaré toda mi fortuna a asegurarme de que ni tú ni tu

hijo volváis a trabajar en esta ciudad... nunca. —Y volvió a mirarnos, convencido de que sus palabras nos harían cambiar de opinión.

Padre no respondió al instante. Lo miró fijamente mientras se ponía el sombrero.

—Haga lo que tenga que hacer.

Y salimos de allí sin mirar atrás.

Empezaba a anochecer y el sereno encendía ya las farolas, que por culpa de la mala calidad del gas y la escasa longitud de la mecha iluminaban entre poco y nada. Había empezado a llover y, por primera vez en mi vida, allí, en la penumbra de la calle, me sentí orgulloso del arrojo de mi padre.

«Te juro, Inglés, que si no lo haces dedicaré toda mi fortuna a asegurarme de que ni tú ni tu hijo volváis a trabajar en esta ciudad».

De regreso a casa repetí la amenaza del señor March mentalmente una vez tras otra. Estoy seguro de que padre también lo hacía, pero ninguno de los dos habló en todo el camino.

Padre no durmió aquella noche. Desde mi camastro le oía hablar con madre. Eran susurros de preocupación.

Yo tampoco pude dormir, pero por otra razón. No podía dejar de pensar en Isabel y en que terminaría casándose con uno de esos dos hombres en vez de conmigo si no hacía algo por evitarlo. Pasé la noche en vela, dando vueltas, nervioso, hasta llegar al convencimiento de que la única solución posible a aquellas alturas pasaba porque nos fuésemos lejos.

Me levanté antes de que padre y madre se despertasen, escribí una carta de despedida que dejé sobre mi cama, hice un petate con algo de ropa, me vestí con el traje de los domingos y, con el mayor sigilo, bajé a la entrada. Giré la manilla de la puerta y cerré con cuidado de no hacer ruido dispuesto a no volver jamás.

Barcelona, 16 de diciembre de 1873

Queridos padres:

Ante todo, quiero pedirles perdón porque cuando lean estas líneas ya estaré lejos de ustedes. Padre, madre, saben que son las personas más importantes de mi vida y que, si algo me ha obligado a separarme de su lado, sin ni siquiera despedirme de ustedes, tiene que ser muy importante, y sé que aunque ahora lloren y me echen de menos entenderán, y al final se alegrarán por mí cuando sepan que me he marchado con la mujer a la que amo. No quiero que se preocupen. Cuando haya encontrado un lugar en el que asentarme, les escribiré para que lo sepan. Estoy seguro de que antes de lo que piensan volveremos a estar juntos..., pero, hasta que ese día llegue, si alguien les pregunta por mí digan que no tienen ninguna noticia y que no saben dónde he ido.

Su hijo que les quiere.

P. D. Nadie sabe que Isabel se ha ido conmigo, así que no teman por su seguridad. Aun así, por si acaso, una vez leída esta carta, quéménla.

11

En esa hora en que es demasiado tarde para ser madrugada y demasiado temprano para ser mañana no había nadie en nuestra calle, ni siquiera las prostitutas. Apuré el paso bajo la luz bamboleante de las farolas para dirigirme al mercado de la Boquería. No sabía dónde vivía Isabel, pero estaba seguro de que allí todos conocerían a su familia. Caminé a paso apurado hasta las Ramblas. A aquellas horas los empleados de los teatros y los cafés empezaban a llegar a sus puestos de trabajo con sus almuerzos envueltos en empapados y grasientos papeles de periódico de los días anteriores. Las floristas recolocaban las flores en sus cestos mientras vendedores ambulantes con ovejas, botes de leche, cebollas, prensa, gallinas... iban ocupando sus lugares alrededor de la Pla de l'Os. Una jauría humana que, de alguna extraña forma, daba la sensación de estar organizada. No fue difícil dar con alguien que dijo conocer a la criada de los Montalbán.

—Esa mujer parece enfadada con el mundo —dijo uno de los miembros de la brigada de limpieza—. Ten cuidado con ella, porque parece más señora que su propia señora.

Sin duda era ella.

—¿Sabe dónde vive? —pregunté—. Tengo que llevar un encargo a sus señores y he perdido la dirección... Como vuelva a casa sin haber hecho la entrega, mi padre me desloma —mentí con suficiente soltura como para que confiaran en mí y me indicasen el camino a seguir.

Para llegar a su casa había que cruzar un pequeño puente que discurría sobre un río seco cuyo cauce sin duda había sido desviado. Era un palacete que ocupaba la esquina de la calle. Me apoyé en la pared de ladrillo, ennegrecido por el humo de las fábricas, de la casa de enfrente dispuesto a esperar el momento adecuado para acercarme y proponerle que huyese conmigo con lo puesto a cualquier lugar. De vez en cuando, a través de las cortinas, podía entrever el paso de un sirviente. Sin duda, había gente en la casa.

Esperé en la calle durante horas mirando la entrada. Cada vez que alguien salía del palacete, me ponía firme, dispuesto a dirigirme hacia allí, pero no tuve suerte. Entraron criados y salió su hermana acompañada de su madre, pero ninguna noticia sobre Isabel. En el reloj de la catedral, a lo lejos, fueron sonando las campanas que anunciaban cada hora que pasaba. Las nueve, las diez, las once... Campanada a campanada, el día iba avanzando y mi ansiedad por verla iba creciendo. ¿Y si el otro pretendiente ya había presentado un diamante suficientemente grande como para convencer al conde e Isabel ya no se encontraba allí?

Decidido a descubrir la verdad, escondí el triste petate que había preparado para mi huida tras una tapia, me quité la gorra, la apreté con fuerza entre mis manos y me acerqué a la entrada. La puerta era dos veces más grande que yo. Golpeé una vez. Dos. Tres. La aldaba tenía la forma de una pluma de metal del tamaño de mi mano. Cuando abrieron, dije que traía un importante mensaje que debía entregarle a la señorita Isabel personalmente. El criado me miró de arriba abajo y preguntó incrédulo de parte de quién. Pensé rápido y dije el apellido de uno de nuestros más importantes clientes en la orfebrería, don Antoni Amatller, seguro de que así no se negarían a recibirme. Don Antoni era propietario de una conocida chocolatería que exportaba su producto a todo el país, lo que lo había convertido en millonario y le había permitido ser uno de los principales coleccionistas de arte de la ciudad. Todo el mundo conocía al señor Amatller y todo el mundo lo respetaba. El criado se ausentó, no sin antes mirar atrás una última vez para volver a observarme, supongo que extrañado de que el señor Amatller hubiese mandado a alguien como yo a dar un recado a Isabel.

Desde la puerta pude ver la entrada de la casa. Al fondo sonaban las notas tranquilas de un piano, que recorrían el majestuoso *hall* de mármol bajando por la escalinata de madera hasta donde yo me encontraba. Eran las notas de la música de Schubert que habíamos bailado en el palacio de Moja antes de que el padre de Isabel nos interrumpiera. Cerré los ojos y volví a trasladarme a ese momento. Era la misma música, pero al mismo tiempo era distinta, lánguida, melancólica, apesadumbrada. Las paredes del *hall*, tapizadas en tela cretona con estampado floreado, se fundían con algunos muebles, también cubiertos de tela. Tras unos minutos dejó de sonar el piano y unos pasos se acercaron por el pasillo. Tras ellos apareció Isabel.

La tristeza había vuelto a invadir su rostro, como la primera vez que la había visto en la iglesia. Bajó las escaleras hacia mí. Vestía de *soirée*, con un traje color violeta turmalina confeccionado con una tela de una dureza que

bien podría haber servido para hacer un cortinón o el revestimiento de un sofá. En realidad, en mi poca experiencia en las casas de cierta categoría había descubierto en aquellos años que damas y casas se vestían de forma parecida, y el tejido que valía para unas, fuese terciopelo, raso, satén o chintz, servía para las otras.

Al verme se quedó desconcertada como una prisionera que espera ver a su carcelero al abrir la puerta y se encuentra al príncipe que va a liberarla. Intenté decir algo, pero ella negó con la cabeza sutilmente. Miró a su espalda, donde se encontraba el criado que me había abierto la puerta.

—Adelante —dijo, y se apartó para dejarme paso—, por favor. —Y le ordenó al criado—: Acompañe a este joven a la biblioteca. Que me espere allí.

—Claro, señora —respondió él diligentemente para luego dirigirse a mí—: Señor —me dijo y, con la palma de la mano abierta y un movimiento que bien podría haber sido de un torero, me indicó la dirección.

Seguí al criado por la casa mientras no dejaba de observarlo todo como el conejo que entra en la madriguera del zorro y teme que en cualquier momento aparezca este para darle un mordisco mortal.

—Es por aquí —dijo el criado indicando una puerta entreabierta.

En la penumbra pude ver miles de libros revistiendo las paredes. Los había de todos los tamaños. Una escalera de caracol en el centro de la sala permitía acceder a una cúpula pintada de color celeste tres pisos más arriba. No había siquiera una ventana por la que entrase la luz natural. Me acerqué a la escalera y miré hacia la cúpula observando incrédulo los cientos de libros. Ni uno solo de los estantes tenía un hueco libre. En ese momento alguien chistó y me sobresalté.

Me volví hacia la puerta, que continuaba cerrada. Recorrí toda la biblioteca con la mirada y por fin pude ver cómo, entre lo que parecía una estantería pero era una puerta disimulada, se asomaba Isabel, que con un gesto me indicaba que la siguiese. De su mano recorrí un largo y estrecho pasillo al final del cual se encontraba el armario de su dormitorio. Ella lo atravesó la primera. Se acercó a la puerta y la cerró con dos vueltas de llave. Cogió una silla y con ella bloqueó el picaporte, y luego, conocedora sin duda del poco aprecio de su familia a la intimidad ajena, puso un pañuelo de seda cubriendo el agujero de la cerradura. Una vez que nos sentimos seguros, nos acercamos el uno al otro en silencio. Nos quedamos mirándonos. Sintiendo otra vez nuestras respiraciones agitadas, pude oler su aroma. Con el dorso de la mano me acarició la mejilla. Pude sentir su corazón latiendo incansable y

ansioso bajo su piel. Entonces lo dijo. No pude oírlo, pero lo dijo. Lo pude leer en sus labios: «Sálvame, llévame contigo».

—Vámonos ahora —le respondí cogiéndola de la mano para llevarla hacia la ventana—. Podríamos deslizarnos desde el balcón hasta la calle sin demasiado esfuerzo. Yo te ayudaré.

Isabel sonrió.

—¡¡Abrid la puerta ahora mismo!! —gritó la criada aporreando la puerta como si quisiese tirarla abajo con unos golpes que más parecían dados por un hombre joven que por una mujer mayor como ella.

Abrí la ventana apresuradamente y, aprovechando la cortina, me descolgué hasta la calle con la intención de ayudar a Isabel a bajar.

—Salta..., yo te cojo —le dije alzando los brazos hacia ella—. No tengas miedo.

Isabel se recogió la falda y el polisón para superar la barandilla. Yo vigilaba para asegurarme de que nadie nos descubriera.

—Date prisa —le apremié.

Cuando se disponía a coger impulso para saltar a mis brazos un estruendo lo inundó todo, y la criada, flanqueada por dos sirvientes que habían acudido a sus gritos para tirar la puerta abajo, entró en el dormitorio, la agarró por el pelo y la obligó a entrar en la casa.

—¡Nooooo! —grité intentando saltar para volver a subir al dormitorio.

La criada se asomó a la ventana.

—Hijo de mala madre —escupió antes de dar órdenes a los dos criados de que me diesen caza.

La ventana se cerró de golpe al tiempo que oí cómo la puerta principal del palacio se abría y unos pasos acelerados bajaban las escaleras.

Eché a correr hasta la tapia donde había dejado mi petate. Me volví un instante y, por encima de los criados que intentaban encontrarme, vi asomarse a Isabel tras las cortinas de su habitación. La sonrisa se había evaporado y se había convertido en una lágrima que ni siquiera tenía fuerzas para resbalar por su mejilla.

—Espérame —le pedí susurrando para que pudiese leer mis labios.

Ella asintió. Luego alguien la apartó y cerró las contraventanas violentamente.

Me marché de allí convencido de que la única forma de casarme con Isabel era conseguir aquel diamante para hacerla libre.

12

Desde la casa de Isabel fui directo hasta la del señor March. El hombre sombrío abrió la quejosa puerta dejando salir el calor del interior.

—¿Qué quieres a estas horas? —preguntó con su voz ronca mientras me miraba con la cabeza ladeada, como un perro que no comprende lo que tiene ante sí.

—Soy el hijo del Inglés, el orfebre de la Plaça Nova. Vengo a ver a su señor —respondí intentando transmitir aplomo.

El hombre sombrío se quedó un instante en silencio como si desconfiase de mis intenciones.

—¿Para qué? Tu padre ya dijo todo lo que tenía que decir. —Estaba dejando claro que, lejos de olvidarla, la afrenta de la negativa de padre estaba bien presente en aquel lugar.

—Quiero ofrecerle un trato —expliqué—. Solo necesito unos minutos del tiempo de su señor. Luego, si no le interesa, me iré por donde vine.

Supongo que, temeroso de que mi oferta pudiese interesar a su señor y tuviese que explicar por qué no me había dejado pasar, por fin asintió. Después de observar la calle para asegurarse de que había ido solo, me dejó entrar y me acompañó con su arrastrar de pies hasta el despacho del señor March.

—No te muevas de aquí —me advirtió.

Esperé pacientemente un tiempo que me pareció eterno, pero en el que ni siquiera moví los pies, determinado a no cometer ningún error que diese al traste con mi plan, hasta que oí el ruido de unos pasos acercándose por el pasillo. El señor March, en mangas de camisa, pantalón y botas de montar, entró acompañado de dos hombres de su misma edad pero aspecto más rudo. Sin duda, no se fiaba de mis intenciones y había decidido traer a aquellos guardaespaldas que lo protegiesen en el caso de que fuesen perjudiciales para él.

—Mi criado dice que quieres ofrecerme un trato —dijo plantándose ante mí.

—Mi padre y yo queremos aceptar su ofrecimiento, señor —dije mirándolo de frente.

El señor March se mostró extrañado.

—¿Y por qué no viene él a hablar conmigo? El orgulloso de tu padre parecía convencido de su decisión. ¿Qué ha pasado entre ayer y hoy que le haya hecho cambiar de opinión?

—Que seré yo quien irá en busca del diamante, señor —concluí dando por zanjadas las dos cuestiones.

—Perdóname, muchacho, pero debo ser algo estúpido, o quizás es que hoy no he dormido suficiente.

—Usted lo dijo. Si no lo hacemos, dedicará toda su fortuna a asegurarse de que ni mi padre ni yo volvamos a trabajar en esta ciudad —respondí—. Él es un hombre de edad avanzada, pero a mí me queda toda una vida por delante. No puedo permitirme arruinar mi futuro.

El señor March se acercó a mí y me preguntó:

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

—¿Acaso eso es importante? Usted quiere conseguir ese diamante y yo estoy dispuesto a buscárselo. Ya escuchó a mi padre, estoy preparado para hacerlo.

—También dijo que eres demasiado joven.

—Un hijo siempre es demasiado joven para su padre.

El señor March miró a sus acompañantes y explotó en una escandalosa carcajada.

—Está bien —dijo, e hizo un gesto a uno de sus hombres, que se ausentó un instante para volver con un pequeño paquete—. Entrégaselo —le ordenó el señor March.

Me lo dio y lo abrí. En el interior había un pequeño lingote de oro. Era largo como la palma de mi mano y grueso como dos dedos pulgares. No brillaba.

—Supongo que será suficiente con eso para hacerte con el diamante.

Asentí sin dejar de mirarlo. Nunca había visto tanto oro junto, ni siquiera en la orfebrería.

—Por tu bien y el de tu familia, espero que no me estés engañando, hijo —me amenazó y, cogiéndome del hombro, me explicó sin necesidad de levantar la voz—: Al último que lo hizo no podrás encontrarlo para preguntarle qué le sucedió.

Y se dirigió a la puerta, pero antes de marcharse añadió:

—Escúchame. Si ese otro hombre consigue un diamante mayor que el que tú me traigas y pierdo a Isabel, juro que no solo os arruinaré..., os mandaré matar.

Salió y los otros dos lo siguieron. Ni por un momento pensé en las consecuencias de lo que acababa de hacer. Eso es ser joven. Ser tan inconsciente como para dirigirse al precipicio con una sonrisa sin pensar en que, allí abajo, la belleza del río se convierte en un rugido ensordecedor que solo tiene como final la muerte. Me acerqué a la mesa sobre la que todavía estaba la fotografía de Isabel. Miré a mi espalda un par de veces antes de cogerla y guardarla en el bolsillo. Luego el hombre sombrío vino a buscarme y me acompañó a la calle.

—Tienes cien días, ni uno más —dijo antes de cerrar la puerta de forma estruendosa.

Me quedé parado en la calle, convencido de que me casaría con Isabel, convencido de que todo iba a salir bien.

13

Día 1 de 100

Afortunadamente regresé a casa antes de que padre y madre hubiesen leído mi carta de despedida. Subí a mi dormitorio y tiré el petate sobre la cama mientras me apresuraba a romperla en mil pedazos que luego quemé en la cocina de leña.

—¿Por qué has hecho ese petate? —preguntó madre bajando las escaleras y mostrando mi pequeño hatillo.

Padre acababa de entrar a su vez desde la calle, recién llegado de la orfebrería.

Decidí no volver a mentirles, les expliqué lo que había sucedido y mi intención de emprender viaje para encontrar el diamante para el señor March. Madre se echó la mano a la boca y miró a padre.

—Todo esto es culpa tuya —le acusó—, lo sabía..., sabía que al final nada bueno iba a salir de esto, pero tú..., tú nunca me haces caso.

—Madre... —intenté tranquilizarla—, usted dijo que confiaba en mí y en mis decisiones.

—Sí, eso dije, pero claramente me equivoqué. ¿No vas a decir nada? —le preguntó de nuevo a padre sin atender a mis explicaciones.

Él se sentó en una pequeña banqueta de la cocina y se mesó la canosa barba de dos días, que le daba un aspecto aún más cansado. Ella se echó a llorar nerviosa, lo que provocó una de esas toses que no la dejaban respirar. Se apoyó en la pared hasta que recuperó el aliento.

—Déjanos a solas, mujer —pidió por fin padre sin perder la calma.

Madre negó tajantemente y padre esperó paciente a que ella decidiese marcharse por su propia voluntad. Finalmente salió de la estancia tan contrariada por mi decisión como por que padre no hubiese hecho nada aún por evitarlo. Cuando ya nos quedamos a solas me habló muy serio:

—Tu madre está enferma. ¿Sabes que si partes ahora puede que no vuelvas a verla nunca?

La verdad es que no lo había pensado.

—¿Esa chica es tan importante como para eso?

—Sí, padre. Lo es —dije sabiendo que anteponía a Isabel a la mujer que me había dado la vida.

—Ve a ver a tu madre. Es una buena mujer. No se merece pasar sus últimos días de vida sufriendo la ausencia de su único hijo sin haberse despedido de él. Haz que se quede tranquila cuando te vayas.

Se levantó y salió de casa para dirigirse al café.

Tardé un rato en decidirme a subir las escaleras. Lo hice lentamente, intentando pensar qué le iba a decir a madre.

—¿Se puede? —pregunté antes de entrar en su cuarto.

Estaba sentada en la cama, con la cabeza entre las manos, sin dejar de mirar al suelo.

—¿Por qué? —preguntó, y por su voz no fue difícil intuir que estaba llorando tan desconsoladamente que solo le quedaba un hilo de aire para pronunciar aquellas palabras.

—Madre, sabe que yo... —empecé a hablar y no supe cómo seguir—. Madre, lo siento.

Me senté a su lado.

—Hijo, ese viaje es demasiado peligroso.

—Pero, si no lo intento al menos, nunca sabré si habría podido conseguirlo.

Entonces no lo sabía, pero una madre o un padre nunca se enfrenta a los sueños de un hijo.

—Ven aquí. Prométeme que tendrás cuidado —dijo.

Asentí.

—Y que volverás con vida.

Me abrazó como hacía años, desde que el mundo había decidido que ya era un hombre, que nadie me abrazaba. Me abrazó contra su pecho como se abraza a un niño, cerré los ojos y aspiré su olor para que no se me olvidase nunca aquella sensación. Quise que aquel instante no terminase jamás. Quise contarle que estaba asustado, muerto de miedo, pero me quedé en silencio allí resguardado.

Día 2 de 100

La diligencia que contratamos para llevarme, una con tiro de media potencia y seis caballos, partía a las seis de la mañana. Los dos hombres que me acompañarían a Ámsterdam cargaron mi ligero equipaje sobre el techo. Llevaba toda mi ropa, que no era demasiada, el viejo manual de orfebrería que padre me había regalado años atrás, una pequeña báscula, entre otros utensilios, y algo de comida. Después de atarlo junto con sus maletas, el zagal se aseguró de que los animales estuvieran bien atados y cómodos para la larga travesía, mientras su jefe, el mayoral, comprobaba que tenía los mapas y que la hoja de ruta era correcta.

—En cuanto terminemos de revisar los caballos partimos —dijo el mayoral pasando a mi lado.

Madre no había querido venir a despedirme. Prefería quedarse con el recuerdo de nuestra conversación la noche anterior.

—No te preocupes por ella —dijo padre comprensivo—, se le pasará. Tú solo preocúpate de volver sano y salvo. ¿Llevas el lingote? —susurró para que nadie lo oyese.

Yo asentí. Me lo había guardado en mi ropa interior, así que si alguien intentaba quitármelo debería matarme antes. Padre me dio un sobre. Contenía algo de dinero para gastos y una carta que debía entregar a un belga que me estaría esperando a mi llegada a Ámsterdam. Él me guiaría para ayudarme en mi cometido. Padre estaba convencido de que solo allí podría encontrarse un diamante como el que necesitábamos. La Ciudad de los Canales era, ya en aquellos días, el mayor mercado de Europa. Allí llegaban los mejores diamantes de India y de Brasil. Los de más quilates, los más puros y los más transparentes. El corte, que debía hacerlo único, era cosa nuestra. Tenía cien días para encontrar el mayor del mercado, negociar el precio, comprarlo y regresar a casa con tiempo suficiente para tallarlo.

—¿Llevas tu lupa y tus pinzas? —preguntó padre mostrándome las suyas.

Yo asentí palpando el bolsillo interior de mi chaqueta, donde también guardaba la fotografía de Isabel que había cogido en casa del señor March.

—Recuérdalo, hijo...

—Ya lo sé..., un orfebre solo lo es si tiene su lupa y sus pinzas —me adelanté yo.

—No. Eso ya sé que lo sabes. Lo que no quiero que olvides es que debes ser para esa chica la mayor de sus fortunas, no el menor de sus males —sentenció intentando darle una cierta solemnidad a su consejo.

—¿Qué quiere decir, padre?

Me cogió la cara entre sus manos.

—Estoy orgulloso de ti, nunca lo olvides —dijo para después besarme en la mejilla y abrazarme—. Estoy seguro de que, llegado el momento, lo entenderás.

Cuando subí a la diligencia me asomé para despedirme de él, pero ya se estaba marchando, arrastrando los pies, llorando con su caminar.

15

La palabra *diamante* proviene de la palabra griega *adamas*. Significa «invencible».

Esa fue la primera lección que me dio padre cuando, con cinco años, empecé a ayudarlo en el taller.

—Lo llaman *invencible* porque es la gema más dura que existe. No hay ningún material que pueda rayar un diamante.

—¿Y cómo podremos tallarlo? —pregunté.

—Gracias a la magia —respondió él enigmático, consiguiendo enamorarme de nuestra profesión para siempre.

Durante los siguientes días espí a padre atentamente, escondido tras las puertas, a todas horas, esperando a que de sus manos saliese algún tipo de luz o de rayo y que de pronto la magia se hiciese realidad ante mis ojos. Pero no sucedió. Tardó años en explicarme que la realidad era que utilizaba polvo de diamante sobre el torno.

16

Aquella era la primera vez en mis dieciséis años de vida que salía de Barcelona. Por delante me quedaban más de 311 leguas a bordo de aquella diligencia de madera. A una media de 36 leguas diarias, tardaríamos unos diez días en llegar hasta Ámsterdam. Eso dejaba tiempo más que suficiente para conseguir el diamante y presentarme ante el padre de Isabel para reclamar su mano. Después tendría que ocuparme del señor March y su venganza, pero prefería no pensarlo por el momento. Para mi sorpresa, la diligencia a primera vista parecía mucho más cómoda de lo que había imaginado, pero eran eso, imaginaciones, porque la realidad era que descansar en aquel vehículo se hacía imposible. Debido al traqueteo, el viaje se convertía en una especie de duermevela continuo en el que mantener la cabeza en una posición cómoda sin coger una molesta postura era lo más importante. En el interior, los asientos estaban forrados de cuero mientras dos candiles descansaban en la parte delantera y la trasera para iluminar el interior en caso de tener que continuar camino durante la noche.

—Muy importante tiene que ser ese viaje que va a hacer para que hayan pagado todos los billetes con tal de salir ya de Barcelona. Esta diligencia es de lo más moderno que va a encontrar —comenzó a presumir el mayoral al ver que me estiraba en una de las paradas que hicimos para dejar descansar mínimamente a los caballos—. Fue construida en los talleres de Recoletos por Diligencias Carsi —continuó orgulloso—. Lo conoce, ¿no? —preguntó esperando, supongo, que yo me deshiciera en halagos.

—No —respondí sincero—. ¿Son importantes?

—Pero ¿de qué agujero profundo ha salido usted? No hay nadie que no conozca las Diligencias Carsi. Allí he visto cómo las construyen incluso de veintidós plazas con cuatro departamentos: berlina, interior, rotonda y cabriolé.

Por un momento me pregunté cuántos caballos harían falta para tirar de una diligencia de veintidós plazas, pero no lo pregunté para no dar alas al

mayoral, que con poco más que un «hola» era capaz de empezar a hablar durante horas sin detenerse ni a respirar.

—¿Se ha fijado en las ruedas? —continuó mientras le daba una patada a uno de los radios, como si ese gesto diese muestra de su calidad.

Yo asentí, pero lo único en lo que me había fijado era en el tamaño que hacía más que evidente que las traseras eran más o menos el doble de grandes que las delanteras.

—Fíjese, fíjese. —Y me llevó tirándome del brazo hasta ellas—. Llevan ballestas como amortiguadores y tienen diferencial para agarrarse bien en las curvas.

No sabía qué querían decir la mayor parte de las cosas que me explicaba, pero yo sonreí como si todos aquellos datos me interesasen. Por fortuna, en cuanto reemprendimos camino el mayoral ocupó su puesto a las riendas de los caballos, al lado del zagal, y yo me quedé solo de nuevo en el interior únicamente acompañado por el crujir de las maderas y el sonido de las ruedas girando sobre las piedras del camino.

Las copas de los árboles del bosque poco a poco fueron cubriendo el cielo, de forma que nadie sabría decir a ciencia cierta si era de día o de noche. El galope de los caballos y el crujir de la diligencia hacía que, a nuestro paso, bandadas de pájaros saliesen volando asustados hacia todos lados buscando refugio en las formaciones rocosas que, diligentes, protegían el camino desde lo alto. Cerré las cortinas de terciopelo azul y me apoyé decidido a, esta vez sí, dormir algo. Tuvieron que pasar treinta horas desde la salida para que consiguiese conciliar el sueño. Fue cuando llegamos a una posada en Puigcerdá, muy cerca de la frontera con Francia. Era una pequeña cabaña de madera con cinco habitaciones, en cada una de las cuales había varias camas, si es que así se le podía llamar a aquello, que más parecía un potro de tortura que un lugar de descanso. Aun así, cuando nos instalamos solo tuve tiempo de dejarme caer y cerrar los ojos sin ni siquiera quitarme la ropa. Un segundo después los golpes en la puerta me despertaron.

—¡¡Nos ponemos en marcha!! —gritó el mayoral desde el pasillo.

—Ahora mismo —respondí sin ser muy consciente de lo que decía y todavía desconcertado por la luz que entraba por la ventana de la posada.

Si me hubieran dicho que acababa de quedarme dormido me lo habría creído, pero para mi sorpresa habían pasado siete horas.

Bajé las escaleras y, después de comer algo y guardar una hogaza de pan con queso para el trayecto, emprendimos viaje.

—Tengan cuidado, los viejos dicen que viene tormenta —advirtió el posadero cuando salíamos.

—¿Creen que puede ser peligroso? —pregunté al zagal mientras me subía a la diligencia.

—No ha habido tormenta todavía que no me haya permitido llegar a mi destino —respondió el mayoral convencido, adelantándose a la respuesta del muchacho, que no parecía tan seguro como su jefe.

Para cuando la segunda noche se abalanzó sobre nosotros, la nieve cubría el camino y no permitía avanzar más que unos metros antes de obligar a los dos hombres a bajar y volver a limpiar el sendero.

La siguiente estación de posta se hallaba aún a varias horas. Intenté asomarme por la ventanilla de la diligencia, pero la ventisca no me dejó ver más allá de mis ojos.

—¡Oiga, joven! —gritó el mayoral intentando elevar su voz sobre los silbidos del viento—, tiene que venir a ayudarnos. Si no, no llegaremos nunca.

Me apeé y la tormenta de nieve me golpeó en el rostro. Me cerré el abrigo y me calé el gorro. Avancé como pude hasta la parte delantera levantando los pies exageradamente para poder sacarlos de la profunda y blanda nieve e intentando que el frío no me paralizase las manos.

—¡Coja a los animales y tire de ellos a medida que nosotros vayamos retirando la nieve! —gritó cargando una pala a su espalda.

Sujeté a los animales, que, relinchando temerosos, intentaban resistirse a seguir adelante cabeceando para apartar mis manos de la muserola que cruzaba su hocico.

—Impóngase, los caballos son como las mujeres, como no los domine desde el principio le tomarán la medida —gritó el mayoral provocando una carcajada en su compañero.

Agarré las riendas con más fuerza y, poco a poco, fuimos avanzando mientras el temporal se hacía cada vez más fuerte. Un metro. Dos metros. Tres metros. A los pocos minutos ya casi no sentía las manos ni los pies, y la nieve había empapado toda mi ropa haciendo que cada vez pesase más. Los caballos, al igual que yo, entrecerraban los ojos mientras daban pasos adelante lentamente.

—Con un poco de suerte en tres horas llegaremos a la fonda —gritó el otro zagal.

—¿Cómo? —pregunté alzando la voz.

—¡¡Que con un poco de suerte en tres horas llegaremos a la fonda!! —
gritó más fuerte aún.

Quizás por eso sucedió.

Solo recuerdo el blanco perlado que lo inundó todo.

Isabel se acercó a mí caminando bajo los finos copos de nieve que caían dulcemente, cubriéndolo todo, pero a ella no llegaban a tocarla.

Estaba descalza. Vestía una túnica sedosa color piedra luna que permitía entrever sus pechos. El pelo suelto bailaba con la brisa. Aspiré profundamente. Olía a vainilla y lavanda. No dijo nada. Me besó. Primero en la frente. En los ojos. En las mejillas. En el cuello. En los hombros. Volvió a mirarme. Apoyó su frente en la mía. Respiró hondo. Volvió a apartarse de mí unos centímetros. Se retiró la túnica, que cayó al suelo empapándose en la nieve, dejando ver su cuerpo desnudo. Su piel morena. Por un momento tembló. Di un paso adelante. Me acerqué a ella y la abracé. Cerró los ojos. Yo también lo hice. Durante un rato estuvimos así, reconociéndonos. Sintiéndonos. Escuchándonos en silencio. A oscuras descendí por su cuello, y su piel se estremeció. Le acaricié los pechos dulcemente. Le lamí los pezones que se pusieron duros como ópalos. Continué bajando por su vientre. Se sobrecogió mientras yo me aventuraba en su ser. Me cogió del pelo y me subió de nuevo hasta su boca. Abrazados, nos dejamos caer sobre la nieve y me guio hasta su interior. Sentí su calor en mí. Me cogió el rostro, entreabrió los ojos y susurró:

—No dejes de mirarme. No te detengas, no salgas de mí jamás.

Sus ojos parecían querer llorar con cada una de mis embestidas. El dolor del placer. Luego ella se puso encima y apretó sus muslos contra mi cintura. Al mismo tiempo que movía su cadera me apretaba con fuerza. Cada vez más rápido. Cada vez más fuerte. Más rápido. Más fuerte. Le cogí las nalgas con fuerza entre mis manos. Isabel echó la cabeza hacia atrás arqueando la espalda antes de exhalar juntos el último aliento de placer y entonces se dejó caer sobre mi pecho abrazándome de nuevo, derritiendo el invierno.

Día 4 de 100

Cuando desperté ya era de día y continuaba nevando. Recordé las palabras del mayoral: «No ha habido tormenta todavía que no me haya permitido llegar a mi destino». Miré a mi alrededor intentando recordar qué había sucedido. Sobre mis piernas, aprisionándomelas, yacía inerte uno de los caballos de la diligencia que me tenía hundido en la nieve. Intenté liberarme. Ya casi no sentía las manos en los guantes y el dolor en los pies medio congelados empezaba a ser insoportable. Grité sin descanso, pero nadie acudió a mi llamada. A mi lado solo estaba el sonido del viento, que gritaba con más fuerza que yo. Era una batalla perdida.

Me incorporé un poco. La diligencia estaba volcada sobre un costado y casi cubierta por la nieve de la avalancha. Pude entrever el cuerpo inerte del zagal, semienterrado como una estatua en un estanque helado. Del mayoral no había ni rastro, así que deduje que debía estar enterrado en algún lugar no muy lejos de donde yo me encontraba. No sabía cuántas horas habían pasado desde que la avalancha nos había barrido del camino. Si quería sobrevivir, tenía que liberarme y avanzar antes de que la noche volviese a caer. Intenté arrastrarme para sacarme al caballo de encima. Grité. Esta vez de rabia. Lo golpeé con saña, como si el pobre animal fuese el culpable de haber terminado sobre mis piernas. Estaba agotado.

Y en ese instante lo vi. El arnés de madera alrededor del cuello del caballo se había quebrado lo suficiente como para dejar unas astillas del tamaño de mi brazo al aire. Tirando con fuerza conseguí arrancar una. La agarré con las dos manos. Si tenía que partir a esa bestia en dos para salir de allí, lo haría. Cogí aire. La alcé sobre mi cabeza y la clavé con fuerza en el cuerpo del caballo, que irónicamente aprisionándome me había mantenido vivo toda la noche. La astilla se partió apenas entró en la carne. Cogí otra astilla mayor y volví a clavarla. Esta vez no se rompió. El olor a la muerte cercana lo inundó todo como una pestilente flatulencia. La clavé de nuevo. Una vez. Y otra. Y otra.

Tantas veces como mis fuerzas me lo permitieron, a sabiendas de que era imposible partir a ese animal, pero que si moría allí en las montañas, al menos lo haría luchando por vivir. Y de pronto sucedió. La sangre del animal moribundo empezó a derretir la nieve alrededor de mis piernas.

Me arrastré como malamente pude, aterido por el frío, y volví a entrar en la diligencia. La puerta se había quedado donde debería estar el techo, así que tuve que escalar hasta allí. Estaba seguro de que, en algún momento, en el punto de partida o en el de llegada alguien nos echaría de menos e intentaría buscarnos. Lo que no sabía era cuánto tiempo podía pasar hasta que eso sucediese. Un día. Dos días. Una semana...

«Tienes cien días».

No encontré mi maleta, así que rebusqué en la del mayoral. El hombre era tan alto como yo, aunque un poco más corpulento, por lo que entendí que su ropa me serviría. Encontré algunas prendas aún secas y me cambié, pero no conseguí espantar el frío, que provocaba que mis manos no dejaran de temblar. Guardé, no sin poca dificultad, de nuevo el lingote de oro en mi ropa interior y la carta para el Belga en el bolsillo del abrigo seco. Con la carta estaba la fotografía de Isabel. Mientras la contemplaba pude oír de nuevo la música que nos envolvió en el baile de máscaras del palacio de Moja.

También encontré la hogaza de pan y el queso que habíamos comprado en nuestra parada y una pequeña petaca recubierta de piel de vaca rellena de brandi que debía haberse caído del equipaje del mayoral o del zagal. Bebí dos tragos cortos y me quedé mirando hacia arriba, al suelo de madera. Bebí de nuevo otros dos tragos y me acurruqué entre los asientos volcados. Luego cerré los ojos. Recordé la lámpara de la trastienda de la orfebrería y a padre trabajando a mi lado. A madre llamándonos a cenar. Su suave tos incansable en la noche. El calor de la chimenea en invierno. El repicar de la campana de la puerta de entrada. El olor a puchero. La sonrisa de Isabel. No sé cuántas horas estuve durmiendo. Cuando me desperté era de día. Todavía, o de nuevo. Me asomé al exterior y de pronto lo vi.

Una lluvia de diamantes revoloteaban entre rayos de sol mientras caían del cielo por todos lados. Nunca había visto nada tan bello. Por un momento pensé que todavía estaba dormido. Ojalá madre y padre estuviesen allí conmigo para verlo. Extendí la mano, abrí la palma, cogí uno de los diamantes y descubrí que en realidad eran pequeños copos de hielo. Copos de hielo incoloros y transparentes, como el más perfecto de los diamantes. Si algún día tallaba uno para Isabel, debía ser así. Puro. Como mínimo. Copo de diamante.

Día 6 de 100

Abrí los ojos lentamente y me encontré desnudo y metido en una bañera llena de agua caliente. Todavía con la vista borrosa me miré las manos. Tres de los dedos de la mano derecha estaban ennegrecidos: el índice, el pulgar y el corazón. Intenté tocármelos, pero el dolor fue como un latigazo que me recorrió todo el brazo. Desorientado, intenté reconocer aquel lugar. Nunca había estado en aquella habitación con las paredes de madera pintadas de blanco, de eso estaba seguro. Además de la bañera, solo había una palangana sobre un pequeño mueble y una jarra de metal al lado de una ventana con los cristales empañados, pero a través de los cuales se podía intuir la nieve del exterior.

—*Bonjour!*

Bajo el dintel de la puerta había una joven que me miraba. Era morena, alta y de formas ligeramente redondeadas que poco a poco empezaban a dejar ver la bella mujer en la que se iba a convertir.

—Hola —respondí intentando vocalizar, como si aquello fuese a ayudar en nuestra comunicación.

—*Mère, mère!! Mère, mère!!* —gritó la chica nerviosa asomándose al pasillo por el que había llegado.

—¿Qué día es? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? *Quant de temps porto aquí?* —repetí en catalán, como había hecho muchas otras veces con clientes franceses que habían entrado en la orfebrería y con los que no había tenido problemas en entenderme.

Antes de que ella pudiera responder, apareció su madre. Era una mujer gruesa, baja de estatura y con el cuello del tamaño de su muslo, que caminaba balanceándose a zancadas de forma que parecía que en cualquier momento iba a desequilibrarse y golpearse contra las paredes. Sin duda, su hija debía parecerse a su padre, fuese quien fuese este. La mujer entró en el baño secándose las manos en un mandil. El olor de la comida que debía estar

preparando hasta hacía un momento todavía la perseguía como el chucho que sigue a su amo saltando a su alrededor.

—*D’où viens-tu?* —preguntó la mujer.

—No le entiendo. Soy español —respondí casi sin fuerzas mientras cubría, con las manos, mi cuerpo desnudo bajo el agua no suficientemente turbia de la bañera.

—*Espagnol?* —repitió ella.

Yo asentí.

—*Do you speak english?* —pregunté con ese acento que había aprendido de padre. No necesité más que el gesto de la mujer para comprender que la respuesta era no.

Se acercó a mí y me miró la mano poniéndola a un palmo de sus ojos. La cogió con fuerza, sin preocuparse del dolor que me provocaba. La mujer le dijo algo a su hija y esta salió corriendo como si hubiese oído al diablo acercarse. Mediante señas, la madre me explicó que debía cortarme los dedos ennegrecidos si no quería que la gangrena se extendiese al resto del brazo y terminase matándome.

—Soy orfebre, necesito los dedos para trabajar.

—*Orfèvre?*

Primero señalé un pequeño colgante que ella llevaba al cuello. Luego, mis manos para hacerle entender que no podía perderlos.

—*Orfèvre* —repetí insistentemente imitando su acento hasta que pareció comprenderme.

Su hija volvió a entrar con un maletín de cuero marrón agrietado, en el interior del cual tintineaban utensilios de metal. No me hizo falta verlos para adivinar qué eran. A mi temprana edad ya había oído ese sonido demasiadas veces, aunque hasta ese día nunca había sido yo el destinatario. Los médicos que habían venido a tratar a madre sonaban igual. La mujer miró a la chica. Luego a mí. Yo rogué de nuevo casi sin fuerzas, hasta que por fin asintió y salió de allí con sus grandes zancadas sin decir nada.

Me quedé otra vez a solas con la hija en el cuarto de baño. Metido en la bañera. Desnudo. Cubriéndome con las manos bajo el agua turbia. En silencio. Intentando recordar algo de lo sucedido. Si estaba en la bañera, no podía llevar demasiado tiempo... Y entonces caí en la cuenta. En la diligencia había guardado de nuevo el pequeño lingote de oro en mi ropa interior después de cambiarme. Fuese quien fuese el que me había desnudado, lo habría encontrado, al igual que el dinero que padre me había entregado. Necesitaba saber dónde estaban mis cosas. Como un resorte, me puse en pie.

La chica sonrió al verme desnudo. No parecía que yo fuese el primer hombre al que hubiese visto así en su vida. Ni el segundo. Ni el tercero. Supuse que por allí, estuviésemos donde estuviésemos, no pasaban demasiadas mujeres y, para los hombres que lo hacían, era difícil resistirse a una voluptuosa joven como aquella. Me cubrí tímidamente y pregunté con gestos por mi ropa. Ella me guiñó un ojo y me señaló un cuarto anexo. Las prendas estaban secándose frente a una chimenea.

Corrí hasta allí y rebusqué impaciente en los bolsillos. Ni siquiera sentía el dolor de los dedos. No estaban allí ni la fotografía de Isabel, ni el dinero que padre me había dado, ni mis pinzas, ni la lupa de agua, ni la carta para el Belga, ni el lingote. Sin el dinero ni el lingote nunca podría conseguir el diamante, y sin el diamante, padre, con suerte, perdería la orfebrería, madre no podría tratarse su enfermedad y yo tendría que olvidarme de Isabel, la mujer que me había hecho soñar por primera vez en mis años de existencia con que había una vida por la que merecía la pena luchar, eso por no pensar en la amenaza de muerte del señor March, que estaba seguro de que no dudaría en cumplir. Me volví hacia la chica, que se había acercado a la puerta del dormitorio, y le pregunté por mis pertenencias. No me entendió, o no quiso entenderme. Al instante reapareció la madre con su peculiar bamboleo. Esa vez ya ni me cubrí. Por su reacción, la madre hacía más tiempo que no veía a un hombre desnudo.

—¿Quién me trajo aquí? —pregunté—. *Qui em va trobar en la diligència inconscient?* —repetí en catalán levantando la voz como si fuesen a entenderme mejor.

—¿Qué son esos gritos?

La voz ronca y atronadora de un hombre sonó en el pasillo. Hablaba español. Tenía acento gallego.

—¿Va a ser imposible dormir en esta maldita posada? —volvió a preguntar haciendo retumbar las paredes como un gigante en una cueva—. Algunos necesitamos descansar para continuar camino mañana mismo.

El propietario de la voz atronadora apareció en el cuarto. Medía un metro cincuenta y era delgado como hebra de plata. Vestía un traje que le quedaba ligeramente grande, aunque no fui capaz de identificar si lo había comprado ya así, si lo había heredado o si lo que había encogido había sido el cuerpo que ocupaba la ropa. La señora empezó a hablar con él de forma atropellada. Ella intentaba darle explicaciones y el gallego escuchaba atentamente.

—¿Habla usted el idioma de estas mujeres? —le pregunté.

—Sí, claro. ¿De qué otra forma se puede venir a hacer negocios a esta zona del país? —preguntó extrañado—. ¿Por qué estás desnudo, joven?

Le conté mi desgraciada aventura y cómo después de desmayarme en la diligencia lo siguiente que recordaba era que había aparecido allí metido en la bañera.

—¿Dónde nos encontramos? —pregunté mientras me vestía.

—En una posada. ¿Dónde vamos a estar? —respondió él.

—En una posada, pero ¿dónde?

—Cerca de Tours, en el valle del Loira.

—Ayúdeme a preguntarle por mis cosas —le pedí.

—¿Qué cosas?

—Las que tenía en mis ropas y que ya no están allí —respondí evitando prudentemente hablar del oro.

El gallego asintió y se volvió hacia ellas. Negaron con la boca y con la cabeza enérgicamente cuando él las interrogó.

—Dicen que un viajero te trajo inconsciente.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Un día —respondió después de escuchar a la mujer.

«Un día menos para lograr mi objetivo», pensé.

—Ese viajero les contó que mientras iba por el camino vio una de las ruedas de tu carromato sobresaliendo entre la nieve. Primero vio a los conductores, luego a los caballos y finalmente a ti en el interior de la diligencia. Por lo que parece, te dio por muerto, como al resto, hasta que al acercarse a tu rostro sintió el calor de tu aliento en la mejilla. Te sacó de la diligencia y te trajo moribundo hasta esta posada. Dicen que, si te falta algo, te lo habrá robado el hombre que te trajo aquí.

—Pregúnteles si saben dónde puedo encontrar a ese hombre.

Volvió a preguntar y después de escucharlas prosiguió:

—Al hombre que te trajo le llaman el Ruso. Por lo que dicen, viene cada cierto tiempo a caballo. Es un comerciante de especias.

—¿Y saben a dónde se dirigía?

—Por lo que parece, hace siempre la misma ruta. Puede señalársela en un mapa si quiere —me dijo después de que la posadera respondiese.

La mujer interrumpió al gallego.

—La señora dice que, si quieres que te cure la mano y te diga la ruta del Ruso, quiere que hagas algo para ella.

La aludida se acercó a una mesa y sacó de entre sus prominentes pechos una bolsita de tela a la que dio la vuelta para dejar caer diez dientes de plata

sobre el tapete.

—Son los dientes de su difunto marido —tradujo el gallego—, quiere que hagas un anillo para su hija, y a cambio te ayudará.

—*Attendez ici* —dijo la dueña de la posada cuando acepté el trato.

No la entendí, pero acto seguido bajó las escaleras con grandes zancadas que hicieron vibrar los cimientos de madera. Desde la ventana pude ver cómo salía y rodeaba la casa.

La posada se encontraba al pie de una colina, de forma que cada vez que nevaba quedaba semienterrada en la nieve que se deslizaba desde la cima. La mujer iba cubierta con una gruesa piel de animal, parecida a las que hacían de alfombras por todas las estancias de la posada. La que vestía sobre los hombros parecía de oso, aunque lo cierto es que yo nunca había visto un oso más allá de las ilustraciones de algún libro. Se acercó al establo anexo y al rato salió de nuevo. Llevaba en brazos una pequeña cabra que no dejaba de balar. La ató con una cuerda a un pequeño tronco y se apartó dejándole espacio hasta que el animal se tranquilizó. Luego la dueña de la fonda sacó un cuchillo que escondió a su espalda como si pensase que el animal iba a darse cuenta de sus intenciones. La cabra no se enteró cuando se lo clavó en el cuello. Solo tuvo tiempo de revolverse un instante antes de volver a quedarse inmóvil. De inmediato la sangre comenzó a manchar el blanco impoluto de la nieve. El animal fue desvaneciéndose a medida que su cuerpo se vaciaba de sangre. Solo unos ligeros estertores señalaron el final, como si el alma de la pequeña cabra hubiese abandonado su cuerpo y necesitase desprenderse de la última atadura. Cuando ya no se movía, la mujer volvió a desatarla y, ya inerte, la arrastró hasta la casa dejando a su paso un reguero de muerte que los nuevos copos iban cubriendo hasta que cualquier rastro de lo que allí había sucedido desapareció para no volver a descubrirse jamás. Eso es lo que sucede en la vida. Que todo lo importante se va olvidando a medida que los nuevos copos lo cubren. Es solo una cuestión de tiempo.

—*Viens ici!* —dijo la mujer después de dejar caer el animal en la encimera mientras se quitaba la piel que le cubría los hombros y se sacudía la nieve de la cabeza sin delicadeza alguna, como habría hecho cualquier

hombre—. *Viens ici!!!* —repitió levantando más la voz y haciéndome un gesto para que me acercase a ella.

Cogió mi mano y, después de abrir el vientre del animal en canal, la metió en las entrañas de la cabra.

—*Ne pas déplacer* —ordenó indicando con fuerza que dejase la mano allí metida.

Luego se fue. El animal todavía caliente, con los ojos aún abiertos, parecía pedirme que sacase la mano de su interior. Tuve que controlar las arcadas para no vomitar. Al cabo de dos horas la dueña de la posada volvió, me cogió de la mano, me sentó en una banqueta y me espolvoreó los dedos con azúcar. Escocía. Luego me puso un ungüento e inmovilizó la mano con una tablilla y un trapo viejo. Finalmente señaló un bote de barro y por señas me indicó que debía ponerme ese ungüento todos los días si no quería perder los dedos. Volvió a dejar los dientes de su difunto marido sobre la encimera.

—*Maintenant, il est à votre tour* —ordenó, y se marchó.

Me tocaba cumplir con mi parte del trato. La cocina de leña estaba encendida. Con la dificultad de solo poder usar una mano, abrí la portezuela y metí varios troncos. Cerré todas las salidas y respiraderos. Esperaba conseguir la temperatura necesaria para fundir la plata. Mientras, busqué un mortero de piedra para usarlo como crisol. Puse los dientes en él. Diez minutos después la cocina parecía que iba a explotar. Abrí una de las tapas superiores y metí el mortero.

Los dientes del difunto marido de la posadera empezaron a deshacerse para convertirse en un líquido plateado que burbujeaba en la piedra. Con la cera derretida de unas velas pude hacer un molde para el anillo que, a falta de dos manos, suavicé con los labios. Busqué a la hija de la posadera para probárselo. Estaba en su dormitorio. Vestía un viejo camisón de color miel que recordaba a un granate espesartina. Le pedí con un gesto que me dejase su mano. Era pequeña y delicada, como si nunca hubiera tenido que trabajar. Era solo una cuestión de tiempo que las durezas y callosidades empezasen a cubrir cada centímetro de piel. Le probé el molde. Le quedaba perfecto. La chica se quedó mirando el anillo de cera en su dedo como si fuera real. Cuántas veces habría soñado con que un hombre le pusiese un anillo como ese prometiéndole sacarla de aquel lugar apartado del mundo. Me miró intentando descubrir si su rescatador era yo, pero en mi mirada solo había espacio para Isabel. Entonces dejó caer el camisón, abrió la cama y, desnuda, se acostó en ella acariciando las sábanas a su lado, invitándome a entrar en su mundo.

—Lo siento —dije intentando no mirarla—. Hay alguien esperándome para cuando regrese. O-tra mu-jer —repetí vocalizando exageradamente mientras señalaba a un supuesto horizonte más allá de la pared.

—*Elle est une femme chanceuse* —contestó la chica, y se cubrió con las mantas.

Salí del dormitorio y me apoyé en la puerta ya cerrada.

Por la mañana dejé el anillo sobre la mesa de la entrada, donde la posadera tenía la libreta de cuentas y en cuyo cajón guardaba el dinero bajo llave. La mujer, que se encontraba preparando ya el almuerzo, se acercó desde la cocina.

—¿Dónde puedo encontrar al Ruso? —pregunté cubriendo el anillo con la mano antes de que pudiese cogerlo—. El Ruso, el hombre que me trajo aquí —insistí gesticulando para hacerme entender.

—Angoulême —dijo la mujer en francés señalando la ciudad con el dedo índice en un antiguo mapa que extendió sobre la mesa.

Levanté la mano y liberé el anillo. La posadera lo cogió y pasó el dedo por la superficie para comprobar la suavidad. Sonrió satisfecha y asintió antes de volver a la cocina. Al subir a mi habitación me crucé con el gallego, que bajaba la escalera con su maleta.

—¿Ya se marcha? —le pregunté.

—Hombre, catalán. Sí, claro. Ya marchó. No se puede descansar eternamente. Al menos, mientras se está vivo. —Y se rio de su propio chiste—. ¿Cómo va tu mano?

—Mejor —respondí levantándola para dejársela ver—. ¿Hacia dónde va ahora?

—Pues aún no lo tengo claro. Posiblemente hacia París. Te deseo toda la suerte. —Y me rebasó para continuar bajando las escaleras con prisa.

—Señor, ¿le importaría llevarme?

El hombre se detuvo en el penúltimo escalón y miró la hora en el reloj del taquillón de la entrada.

—¿A dónde vas?

—A Angoulême. Quiero encontrar al Ruso.

—Lo siento. Claro que te llevaría, pero Angoulême no coincide con mi ruta —respondió amable—. Aun así, yo de ti no iría tras ese Ruso. Dicen que es peligroso. Sea lo que sea que te ha robado, podrás conseguirlo de nuevo, pero vida no hay más que una. Hazme caso.

—Gracias, pero necesito continuar. Aún tardará varios días en llegar una nueva diligencia. Seguro que en algún punto del camino entre aquí y París puedo encontrar a alguien que me lleve a donde voy. Se lo ruego.

El gallego, ante mi insistencia, no tuvo más remedio que aceptar. Lo hizo a regañadientes y me obligó a jurarle que no hablaríamos sobre política ni monarquía:

—Los políticos y los reyes solo quieren nuestro dinero, yo no voy a discutir con nadie sobre ellos.

—Ni políticos ni reyes. Lo juro —dije, y me dirigí al dormitorio para recoger mi abrigo y mis guantes.

Sin despertar a la joven, que todavía dormía, bajé la escalera dando saltos.

—¿Estás listo, chico? —preguntó el gallego mientras comprobaba que el caballo estaba bien atado al carromato.

Continuaba nevando.

—Cuando usted quiera —dije abrochándome el abrigo.

—Pues vamos allá —respondió él, y se subió a mi lado.

Me agarré esperando la embestida de los caballos, pero no sucedió nada.

—Espera, qué cabeza tengo... Olvidé pagar —dijo el gallego palpándose su abrigo y bajándose de nuevo—. Aguárdame aquí. Y no te vayas sin mí. —Rio antes de volver a la posada.

Los dos caballos aprovecharon para comer algo de la pobre hierba que sobresalía entre la nieve. Aquellos animales no parecían muy fuertes, al menos no para soportar una nevada como la que había terminado con la diligencia unos días atrás. Preocupado, me volví y algo llamó mi atención. Brillaba. Bajé del carromato y lo rodeé mientras miraba hacia la posada por si el gallego volvía. No quería que me encontrase curioseando entre sus cosas. Nadie quiere viajar con un cotilla, y menos si lo tiene que hacer a solas. Bajo una manta encontré varias maletas y entre ellas algo que reconocí. La petaca de piel de vaca. La última vez que había visto esa petaca la llevaba en mi bolsillo en el interior de la diligencia. Si la petaca estaba allí significaba que yo había estado en ese lugar, y eso solo podía tener una explicación. Al lado de las maletas encontré una escopeta. Nunca había usado una.

Mientras caminaba hacia la posada dejó de nevar.

21

Nada más abrir la puerta de la posada los vi. Allí, al pie de la escalera, estaban la dueña y el gallego hablando. Él estaba dándole dinero. No sé cuánto era, pero me pareció demasiado para corresponder al precio de la habitación.

—¿Dónde están? —pregunté apuntándoles con la escopeta.

—¿De qué hablas? ¿Qué haces con eso? A ver si vas a hacer daño a alguien, chico —respondió el gallego levantando la mano para tranquilizarme mientras intentaba acercarse a mí lentamente.

—¿Dónde están mi lingote y mi dinero? —repetí moviendo de arriba abajo la escopeta para ordenarle que se detuviese—. Sé que los tienen ustedes.

—¡¡Pero de qué estás hablando!! —dijo entre risas—. Si los tiene alguien, será el Ruso, ya te lo explicamos. Él fue quien te encontró.

—El Ruso ese no existe —contesté dando un paso adelante y apuntándole al pecho, preso de la rabia—. Usted me trajo aquí. Por eso está mi petaca en la parte trasera de su carromato.

Hubo un momento de silencio y luego el gallego empezó a hablar con un tono neutro, intentando mantener la compostura para que la mujer no pudiese comprender que la estaba traicionando.

—Está bien... Voy a ser sincero contigo: fue ella. Es cierto. Yo te traje hasta aquí, pero fue ella quien encontró el lingote y el dinero y decidió que nos lo íbamos a quedar. Yo nunca habría hecho algo así si ella no me lo hubiese propuesto, ya sabes que las mujeres no son como nosotros..., son ambiciosas. No te puedes fiar de ellas... Si yo hubiera querido robarte, lo habría hecho en la diligencia y te habría dejado morir.

—¿Dónde están? —insistí sin levantar la voz.

El gallego carraspeó y miró a su espalda sin saber qué decir. Apunté al techo, apreté el gatillo con fuerza y cerré los ojos esperando el estruendo, pero no sucedió nada. La escopeta no disparó, para desconcierto suyo y mío. El gallego aprovechó para lanzarse sobre mí dándome el tiempo justo de utilizar el cañón del arma como un garrote con el que golpearlo en la cabeza y hacerle

caer inconsciente. Nervioso, intenté volver a apuntar a la dueña de la posada, que sin temor alguno salió de detrás de la mesa y se dirigió hacia mí como un toro embistiendo el burladero. Con ella fue más complicado. Tenía brazos de hombre. Me apretó los dedos, que unas horas antes me había tratado, provocándome un dolor como nunca había sentido. Me retuvo entre sus brazos, con la cabeza entre sus pechos desmesurados, asfixiándome. Por mucho que intenté revolverme, era inútil. Sentí que la vida me abandonaba. Tuve que golpearla varias veces en el rostro para obligarla a soltarme. Cuando por fin la reduje y, agotado, le apunté con la escopeta de nuevo, apareció al pie de la escalera la hija. Iba descalza, solamente cubierta con una manta granate hesonita que dejaba sus hombros al descubierto. Se acercó al gallego, que continuaba tirado en el suelo, luego estiró el brazo hacia mí. Abrió la mano. Allí, entre sus dedos, estaba mi lingote de oro. Nuestras manos se rozaron levemente y ella me besó con dulzura en la mejilla. Sentí su calor. Si no hubiese conocido a Isabel, me habría enamorado de ella en aquel instante. Cogí el lingote templado de la palma de su mano. Le sonreí y me dirigí a la puerta. Al pasar por la mesa de la posadera abrí un cajón para coger los billetes que allí guardaba. Era más o menos lo que me había desaparecido. Antes de salir a encontrarme con el frío de la nieve miré a la chica una última vez.

—*Emmène-moi avec toi* —me dijo.

No me hizo falta entenderla para saber lo que quería decirme. Me di la vuelta y salí. Me monté en el carruaje del gallego. Por primera vez los nervios, que había conseguido mantener a raya, aparecieron y un escalofrío me recorrió el cuerpo... Respiré hondo, le di un trago al brandi de la petaca y me marché de allí solo, sin saber muy bien a dónde. Nunca volví a verlas.

—No existen dos diamantes iguales. Si los observas pacientemente, verás las diferencias y entenderás cuál es el mejor tallado para cada uno.

Padre me obligó a ver los diamantes a través de la lente de aumento durante meses antes de permitirme intentar tallar uno. Cada día, al llegar por la mañana me sentaba en un taburete a su vera y me hacía observar cincuenta pequeños diamantes sin tallar que guardaba bajo llave en una pequeña cajita de metal en el armario de la orfebrería. A cada una de aquellas piedras padre les había puesto nombre de mujer. Yo tenía seis años y lo único que quería era salir a la calle a jugar. Pero padre me obligaba a quedarme allí sentado, hasta que al final del día los cogía y, tras removerlos en el interior de la bolsa de tela, los volvía a lanzar sobre la mesa pidiéndome que los identificase. Si fallaba tan solo en uno, al día siguiente tenía que repetirlo. Si acertaba, quería decir que estaba preparado para iniciarme en la siguiente fase.

Hasta los ocho años no lo conseguí.

Día 16 de 100

Llegué a Ámsterdam unos días después, a bordo de un tren, solo, cansado, sucio, maloliente, con los dedos vendados y doloridos. Aún faltaban ocho años para que comenzasen a construir las tres islas artificiales sobre las que se levantaría la Estación Central y, por tanto, todavía no habían trasladado el puerto al noroeste de la ciudad. En aquellos tiempos los *kwakken*, los barcos más pequeños, aún podían navegar por sus canales hasta el centro urbano y era frecuente oír hablar de accidentes en los que algún incauto había caído al agua de los canales sin conseguir, por culpa de las voluminosas vestimentas, mantenerse a flote.

Nada más llegar busqué un hostel en el que alojarme, muy cerca de la bahía del Aey y su espeso bosque de mástiles. Me asee y volví a ponerme las mismas sucias y malolientes ropas del mayoral. Después de untarme en los dedos el unguento que me había dado la dueña de la fonda y vendármelos, me dirigí al puerto, donde no me fue difícil encontrar al Belga entre los cientos de marineros que descargaban las mercancías que llegaban desde los lugares más lejanos. La descripción de padre había sido muy acertada, aunque al principio pensé que bromeaba.

«Es un hombre alto, muy alto, todo hueso, pelirrojo, que viste de traje, lleva lentes de color oscuro y sombrero mexicano. No te será difícil encontrarlo», me había dicho.

El Belga y sus casi dos metros de aristocrática altura llevaban viviendo quince años en Ámsterdam, y todos esos años los había dedicado a la industria del diamante. Ya fuera como comprador, como vendedor, como tallador, como ladrón..., el Belga había ejercido todas las actividades del negocio y eso hacía que conociese a todo el mundo y que todo el mundo lo conociese a él. Su estrafalario aspecto era parte de una estrategia comercial, ya que nadie, después de negociar con él, era capaz de olvidarse de su aspecto, y si alguna vez volvía a Ámsterdam, podría encontrarlo fácilmente.

«Eso es lo que me hizo confiar en él plenamente. Nadie que te vaya a engañar quiere llamar la atención», me había explicado padre.

Por encima de su aspecto, todo el mundo coincidía en que el Belga era un hombre eminentemente serio. Nunca mentía. Nunca engañaba. Nunca levantaba la voz. Nunca hablaba por hablar.

Me acerqué a él y me presenté explicándole el porqué de mi viaje.

—Traía una carta de presentación de mi padre, pero la perdí en el camino —concluí en inglés.

—Así que tu padre al final consiguió que siguieses sus pasos —exclamó en un torpe castellano—. Siempre decía que, si tuviese un hijo, le gustaría que fuese orfebre, lapidario, como él, y mira... —Y sin esperar respuesta por mi parte, comenzó a caminar entre los marineros que ya cargaban las provisiones antes de zarpar.

Cojeaba ligeramente, aunque eso no le impedía dar largas zancadas, como si fuese rebotando contra el suelo. Lo seguí no sin cierta dificultad. Cada uno de sus pasos eran por lo menos tres de los míos.

—Españolito, ¿qué tipo de piedra buscamos? —preguntó el Belga en inglés mirando hacia atrás.

No tardaría en descubrir que aquel hombre hablaba más idiomas de los que yo pudiera enumerar.

—Busco el diamante más grande que se haya visto —respondí como sin darle importancia, pero atento a su reacción.

El Belga se detuvo, se bajó ligeramente las gafas dejando ver sus ojos marrones sobre ellas y se inclinó para acercar su rostro al mío.

—Eso te costará mucho dinero —me dijo.

—El dinero no será un problema si damos con el diamante adecuado —respondí yo intentando transmitir aplomo.

Me miró serio durante unos segundos y luego se rio con una extravagante carcajada.

—Lo tengas o no, por exceso o por defecto, créeme, el dinero siempre es un problema. —Y se dirigió por el borde de uno de los canales hacia el centro del mercado.

Este no era más que un cruce de calles en el que se encontraban unos locales donde, sobre todo los judíos, controlaban el precio de los escasos diamantes que había a la venta. En 1873 la producción mundial de diamantes era de apenas unos pocos kilos y casi todos iban directamente a Ámsterdam. Aunque los judíos lo negaban, el Belga afirmaba que pactaban los precios

máximos y mínimos al comienzo de cada jornada, por lo que el margen de negociación era insignificante.

Cuando llegamos al mercado, el Belga me pidió que lo esperase en una taberna cercana. Estaba casi vacía a aquellas horas, algo que me llamó la atención, ya que en Barcelona a cualquier hora del día o de la noche había clientes dispuestos a calentar el cuerpo con un vaso de licor. Me apoyé en una mesa cerca de la entrada. El camarero se acercó a mí y preguntó algo, pero no lo entendí. Intenté hablarle en inglés, pero él no me entendía a mí. Por gestos conseguí explicarle que quería una cerveza. Mientras el camarero se retiraba, yo me acerqué al cristal de la entrada. Desde allí podía ver cómo el Belga entraba en cada uno de los locales de los judíos. Salía de uno, entraba en el siguiente, estaba dentro veinte minutos y volvía a asomarse. Así uno tras otro... Ya anochece cuando volvió. Se sentó a mi lado y puso el sombrero mexicano sobre la mesa dejando a la vista una incipiente calvicie. Respiró profundamente y se frotó la frente.

—El diamante más grande que hay ahora tiene 15 quilates.

—Eso no me sirve —respondí—. Yo mismo en Barcelona he visto diamantes mayores no hace mucho.

—Lo siento, muchacho —dijo el Belga, y se dirigió al camarero para pedir dos cervezas más—: *Heineken, alsjebliedt*.

Apoyé los codos en la mesa y me cubrí la cara derrotado, convencido de que tendría que regresar a casa sin el diamante y que por esa razón perdería la mano de Isabel; eso sin contar con la amenaza del señor March de acabar con nosotros y nuestro negocio.

—¿Has oído hablar de Kimberley? —preguntó el Belga pasándome el brazo por los hombros.

—¿De quién? —pregunté extrañado mientras el camarero nos ponía las cervezas.

—No de quién, de dónde —aclaró mientras pegaba un largo y sonoro trago.

Era la primera vez que oía aquel nombre que terminaría cambiándome la vida.

—Quizás sea solo un rumor —continuó ahora en un castellano teñido de acento belga, después de limpiarse los restos de la espuma que le habían quedado en la boca con la manga—, pero dicen que al lado de esa ciudad, en Colonia del Cabo, en el sur de África, han encontrado un diamante de más de 83 quilates.

—¿Cuántos has dicho? —pregunté convencido de que no podía haber entendido bien.

El Belga sonrió.

—Has oído perfectamente: 83 quilates.

Ámsterdam, 31 de diciembre de 1873

Queridos padres:

Siento que hayan tardado tanto en tener noticias mías. El viaje fue un poco más accidentado de lo que esperaba, pero estoy bien. Llegué a Ámsterdam sano y salvo. Me encontré con su amigo el Belga. Padre, tenía usted razón sobre su aspecto. Es un hombre cuando menos llamativo. Fuimos al centro en busca de la piedra adecuada para el encargo pero no tuvimos suerte. O sí, según se mire. No la tuvimos porque aquí no la he encontrado. Dicen que quizás en el mercado de Amberes pueda tener más fortuna, pero nadie me asegura nada y no creo que deba seguir perdiendo tiempo. Han pasado ya dieciséis días. Solo me quedan ochenta y cuatro de plazo. Y eso ahora. Cuando ustedes reciban esta carta habrán pasado más y quedarán menos. Por eso voy a viajar a Sudáfrica. Embarcaré en el próximo barco que salga hacia España y allí buscaré otro que me lleve rumbo al sur. Quizás sea una locura, pero dicen que allá hay una mina donde están encontrando los mayores diamantes del mundo. Mil veces mayores que los de India o Brasil que llegan a Ámsterdam. Es en una ciudad llamada Kimberley, a donde ya están viajando miles de hombres en busca de fortuna. Sé lo que estará pensando, padre, pero creo que debo intentarlo. Escribanme al puerto de Cádiz. Allí podré recibir su misiva antes de continuar mi viaje.

Les escribiré de nuevo cuando llegue.

Mientras tanto, en este último día del año, reciban un afectuoso abrazo de su hijo que les quiere.

Día 17 de 100

El barco hacia Cádiz zarpaba a las diez de la mañana del primer día de 1874. Desde allí cogería otro hacia Ciudad del Cabo, la ciudad con puerto más cercana a Kimberley. Debía llegar a aquel lejano lugar, encontrar el diamante, tallarlo y regresar a Barcelona antes de que el plazo expirase y el otro pretendiente presentase su joya. Era difícil, pero no tenía otro remedio que intentarlo.

A primera hora de la mañana el Belga vino a buscarme al hostel para acompañarme a comprar unas pinzas y una lupa de agua nueva y luego llevarme en busca de pasaje. Había amanecido nublado, y muchos barcos, temerosos de que las tormentas que se anunciaban provocasen el cierre del puerto, habían partido ya de buena mañana. Había, por tanto, una extraña tranquilidad. El barco en el que debía partir tenía pabellón español. Lo llamaban el Península de la Magdalena. El Belga y yo fuimos hasta donde se encontraba, en la entrada del muelle. Allí una barrera impedía el paso a todo aquel que no estuviese acreditado. En ese momento un coche se acercó a la barrera, que se abrió de inmediato. En el interior viajaba un hombre vestido con traje claro, sombrero del mismo color y gafas finas. El Belga me explicó que era el marqués de Terrassa, un español dueño de la naviera propietaria del vapor, que, después de hacer escala en Cádiz, se dirigiría a Brasil.

—Todo el mundo lo llama a sus espaldas el Negrero, porque es el principal traficante de negros desde África hacia el Nuevo Mundo. Pero si no quieres tener problemas, nunca hables de sus negocios de esclavos con él — me advirtió el Belga en nuestro último abrazo.

Ya a solas me acerqué a la taquilla para comprar un billete de tercera, pero para mi sorpresa tanto estos como los de segunda estaban agotados y no tenía dinero suficiente para uno de primera más allá del oro que necesitaba para comprar el diamante y que no podía gastar. El siguiente barco con alguna escala en España tardaría en partir, con suerte, una semana. No podía esperar

tanto. Tenía que viajar en ese barco como fuese, pero solo un milagro podría ayudarme a superar a los guardas de seguridad que, armados con rifles, evitaban que los polizones se colasen en la sala de espera que daba acceso al muelle. Los empleados de aduanas chequeaban desde sus mesas de roble y acero la documentación y el equipaje de todo aquel que pretendía embarcar, mientras dos médicos analizaban el estado de salud de los pasajeros de tercera clase para declararlos infectados o desinfectados. Solo estos últimos podían acceder al barco. Cuando ya había dado por perdida cualquier posibilidad de subirme a bordo, y al tiempo que empezaban a oírse ya los truenos en la distancia, sucedió.

Nunca había visto un elefante.

Por eso me asusté cuando pasó uno flotando sobre mi cabeza. La grúa que lo trasladaba lo alzó por los aires para depositarlo en la cubierta. Quizás no fuese un milagro, pero lo parecía. Luego supe que había sido una donación del zoo de Ámsterdam al de Madrid. Mientras todo el mundo observaba cómo el animal pataleaba allá en lo alto, pude entrar en el muelle y enfilarme hacia una de las rampas de tercera clase. Mi corazón latía con tal fuerza que parecía el martilleo de mi padre contra las gemas. *Pan pan, pan pan, pan pan*. Me detuve en un cruce de pasillos. No sabía a dónde ir. Solo sabía que si me encontraban antes de partir me obligarían a bajar del barco, y si lo hacían en alta mar me detendrían para entregarme a las autoridades una vez tocásemos tierra. Corrí pasillo tras pasillo, esquivando cualquier encuentro con los miembros de la tripulación, intentando encontrar un lugar donde ocultarme. Entonces, por una puerta, apareció un marinero cargando con unas cajas. Me escondí el tiempo necesario para que desapareciese por el fondo y me dirigí a la puerta de la que había salido. La abrí. Unas estrechas escaleras de metal llevaban a las bodegas. Bajé lentamente. Las olas, cada vez más fuertes a medida que la tormenta se acercaba al puerto, golpeaban el casco haciendo crujir las maderas como si se fuesen a romper en mil pedazos. Caminé entre cajas, barriles, maletas, más cajas, jaulas con gallinas, vacas... La bodega era un laberinto que parecía tener algún inexplicable orden. Por fin llegué a un recoveco donde pude refugiarme. Moviendo varias cajas conseguí crear un pequeño habitáculo en el que me acosté. Ya estaba a bordo, escondido. ¿Qué podía ir mal?

Aunque había vivido toda mi vida en Barcelona, y había pasado mil veces por delante de ellos en el puerto, nunca había tenido que montarme en un barco. Ojalá alguien me hubiera avisado de los efectos del mareo. Ya antes de que zarpase, en cuanto me eché en el suelo, empecé a sentirme mal, y nada que hiciese, por mucho que intentaba buscar una posición mejor, podía aliviar mi malestar. En cuanto salimos de la seguridad del puerto de Ámsterdam y nos enfrentamos a mar abierto fue mucho peor. Creí que el mundo que conocía desaparecía bajo mis pies y se abría un infierno al que no estaba seguro de poder sobrevivir.

Aguanté en la bodega durante el día hasta que por fin anocheció. Aparté las cajas y me arrastré hasta las escaleras por las que unas horas antes había bajado. Estaba agotado, pero necesitaba sentir el aire fresco en el rostro. No podía continuar allí encerrado. Subí las escaleras con cuidado y abrí la portezuela de acceso a la bodega. Luego me dirigí por el pasillo hasta la cubierta de popa. Allí pasé la primera noche apoyado en la barandilla, echando hasta las tripas al mar mientras intentaba ocultarme de los pasajeros más pobres que salían a tomar el aire huyendo de los hacinados camarotes de tercera clase. No conseguí recuperarme. Incluso me convencí de que iba a morir, y aun así, en mi mente solo tenía lugar para Isabel. Me torturaba pensando en que terminaría casándose con uno de aquellos hombres, que no sería yo quien la llevase al altar y la desposase para luego convertirla en la madre de mis hijos. Solo por eso creo que sobreviví sin lanzarme a las congeladas aguas en medio de la noche para terminar con aquel tormento.

Ya empezaba a amanecer cuando me arrastré desde la cubierta hasta la bodega de nuevo entre los crujidos de los maderos. Con la tormenta sobre nosotros, el balanceo de la nave era aún mayor allí abajo y eso provocaba que muchas de las cajas de mercancía se desplazasen de un lado a otro pese a estar atadas con cabos a las vigas de madera. Tuve que esconderme cuando uno de los trabajadores de la cocina bajó a ordeñar las vacas para preparar los lujosos cafés del desayuno de los pasajeros de primera clase. Luego pude volver a mi

cama improvisada entre cajas. Los sudores no tardaron más en empapar mi ropa de lo que tarda en consumirse un fósforo.

La segunda noche la cosa no fue mejor.

Al amanecer del tercer día por fin conseguí ponerme en pie, inestable como el bebé que se alza por primera vez agarrado a las patas de la silla. Después de dos días vomitando y sin probar alimento alguno, estaba demasiado débil incluso para andar. Intenté ordeñar una vaca, pero por mucho que apreté las ubres no conseguí que saliese ni una gota de leche. En la jaula de las gallinas los pinches de cocina ya habían recogido a aquellas horas todos los huevos. Rebuscando entre la paja encontré uno olvidado. «Afortunado de mí», pensé. Con cuidado rompí la cáscara por uno de los lados dándole unos ligeros golpecitos contra un clavo que sobresalía de un barril y, ansioso, lo vacié en la boca. Al instante me percaté de que algo sucedía. Un olor nauseabundo a huevo podrido me inundó por dentro y, aunque lo escupí sin llegar a tragarlo, tuve que masticar un puñado de la paja que servía de camastro a los animales para quitarme el mal sabor de la boca. Desesperado, volví a buscar por la bodega. Estuve tentado de acabar con alguno de aquellos animales, pero desistí, consciente de que no tendría forma de cocinarlo. Después de intentar estirar mis arrugadas ropas salí de la bodega y recorrí los pasillos siguiendo los ruidos de ollas, cacerolas y fogones que anunciaban el camino a la cocina.

El Península de la Magdalena era un vapor con capacidad para seiscientos pasajeros, de los cuales ciento cincuenta ocupaban los camarotes de primera clase, y la cocina estaba preparada para que pudiesen comer en cualquier momento que lo desearan. La puerta estaba salvaguardada por un hombre vestido de traje burdeos que a punto estuvo de descubrirme antes de que pudiese esconderme en un recodo del pasillo. No me costó deducir que no era el primero que había intentado colarse allí en busca de alimento y que la tripulación había decidido poner un guarda para evitarlo. Regresé sobre mis pasos para bordear la cocina y subir la escalera de cámara sin ser consciente de hacia dónde me dirigía. Cuando me quise dar cuenta me encontré en uno de los pasillos de primera clase. La mullida alfombra de color granate hacía que andar sobre ella fuese como flotar. En las paredes, pequeñas lámparas de gas con sus luces encendidas teñían de color oro el ambiente y el único sonido que se percibía era el de unos violines al fondo y alguna lejana campana llamando al servicio.

—¡¡Oiga, usted!! —gritó un camarero desde el otro lado del pasillo dirigiéndose hacia mí mientras levantaba la mano en señal de alto.

Eché a correr e intenté abrir las puertas de los camarotes una tras otra sin éxito. Cada puerta cerrada me alejaba un poco más de Isabel y me acercaba un poco más a un calabozo en Cádiz. Por fin, una de las puertas se abrió. Entré y cerré tras de mí intentando contener la respiración. Hasta que me di cuenta de que me encontraba en medio del repleto comedor de primera clase, donde todos los comensales se acababan de quedar en silencio ante mi súbita aparición. Intenté mantener la compostura admirando las mesas, los manteles, la cubertería de plata, la vajilla con motivos decorativos ingleses, los cuadros... Los ojos de buey estaban velados para que no se pudiera ver el mar y los pasajeros de primera no se mareasen con el vaivén del horizonte. Había dos criados por cliente, y eso sin contar el servicio propio que llevaba cada uno de ellos. Sobre mi cabeza distinguí, en lo alto, a varios metros de altura, una cúpula con una gran vidriera.

—Perdone...

El *maître* se dirigió a mí al tiempo que yo intentaba arreglar mi ropa y recordaba lo aprendido en el baile de máscaras con Isabel. «Si te comportas como uno de ellos, serás uno de ellos», no dejaba de repetirme mentalmente.

—¿El señor cenará solo? —me preguntó mirando extrañado mi aspecto, que claramente no concordaba con el de las personas que ocupaban un lugar en primera clase.

Respondí que sí y me invitó a pasar mientras, con un gesto nada sutil a mi espalda, pedía a uno de los camareros que fuese a buscar a alguien. Me dejó avanzar delante de él, así que me senté en una de las pocas mesas vacías que se encontraba cerca de uno de los ojos de buey. El resto del pasaje ya no guardaba silencio, sino que cuchicheaban entre sorprendidos y molestos por mi presencia. Sin duda, yo no era uno de ellos y ellos lo sabían. El ruido de una copa rompiéndose contra el suelo hizo que todo el mundo se callase de nuevo. Dos criados se apresuraron a limpiar los restos de cristales mientras otro reponía la copa sobre la mesa del cliente y la volvía a llenar de champán. Todo en aquel lugar transmitía una armonía en la que yo era la única nota discordante. La mancha en la tela blanca. La impureza en medio de la piedra preciosa.

—En cada travesía se rompen más de mil copas y más de mil quinientos platos y tazas debido al balanceo —dijo alguien detrás de mí.

Me volví y, para mi sorpresa, me encontré con el rostro del marqués de Terrassa. Vestía un traje diferente al que llevaba en el coche cuando lo vi en el puerto de Ámsterdam. Dos pasos detrás de él estaba uno de sus esclavos. Un hombre negro, como no había visto antes, de gesto serio, que cubría su

cuerpo con una librea de color azul, con dos botones a cada lado, pantalón corto claro y zapatos de mocasín.

—Creo que no hemos tenido el gusto de conocernos y juraría que conozco a todos los pasajeros de primera clase de mis barcos. Bernardo López, marqués de Terrassa —se presentó esperando mi respuesta.

—Disculpe, señor marqués. Antes estuve tentado de ir a presentarme en el muelle pero no quise molestarle —respondí manteniendo la farsa.

—¿Viaja con el señor Tournier? —me preguntó.

—No. No tengo el gusto de conocer al señor Tournier. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque está sentado en su mesa —aclaró el marqués.

Ignoraba que en el restaurante de primera clase cada pasajero tenía asignada una mesa para todo el viaje.

—¿En qué camarote se aloja usted? —me preguntó, y mi silencio me dejó en evidencia.

No tardé más que unos minutos en encontrarme en el despacho del capitán respondiendo a sus preguntas en presencia del marqués y del jefe de máquinas.

El despacho del capitán estaba al final del pasillo de primera clase. Desde allí era fácil acceder a la escalera que llevaba, hacia arriba, al puesto de mando, y hacia abajo, a la sala de máquinas. Y estaba comunicado con el camarote del capitán.

—Ya se lo he dicho, señor..., soy orfebre y me dirijo a Sudáfrica —repetí por enésima vez.

—¿Sudáfrica? —preguntó el capitán—. ¿Qué negocios busca en Sudáfrica?

—Diamantes —respondí.

—¿En Sudáfrica? —preguntó el marqués dando un paso adelante al tiempo que limpiaba los cristales de sus lentes con un pañuelo—. Pensé que allí solo había buenos esclavos y que los diamantes venían de Brasil o la India.

—Eso pensaba yo también, marqués. Hasta ahora.

Consciente de que si esos hombres no confiaban en mí no tendría nada que hacer, les conté mi historia al completo. Cómo conocí a Isabel, cómo aquel hombre sombrío había aparecido en la orfebrería de mi familia, cómo su señor nos había encargado el diamante y cómo el Belga me había dicho que los mayores diamantes del mundo se encontraban en Kimberley. Les mostré mis dedos vendados, todavía ennegrecidos, como prueba de mi peripecia.

—Solo tengo cien días para conseguirlo... y ya he perdido catorce —concluí.

Todos parecieron evaluar si creerme o no. El marqués fue el primero que se decidió a dirigirse a mí:

—Si en verdad eres orfebre, no creo que tengas problema en demostrarlo.

—¿Qué quiere que haga? —respondí yo convencido de poder superar cualquier prueba que se me impusiese.

El marqués pidió que me llevaran al salón de fumar y que esperásemos allí. Al cabo de un buen rato, apareció seguido de su esclavo negro y dejó caer sobre el tapete de la mesa unos pequeños diamantes tallados.

—Acabo de comprarlos en Ámsterdam. Me han cobrado por ellos una fortuna, pero me han asegurado que no hay otros iguales.

No me hizo falta demasiado tiempo ni muchas comprobaciones para descubrir que casi todos aquellos diamantes eran falsos, seguramente piedras de strass.

—¿Qué? ¿Qué opinas, chico?

—Creo, señor marqués, que ha hecho usted una gran compra —dije sin mirarlo.

Él soltó una sonora risotada.

—Una de dos: o eres muy mal joyero o eres muy buen mentiroso.

—No sé por qué dice eso, señor.

—Sé que esos diamantes no valen nada.

—Y yo sé que a nadie le gusta escuchar que lo han estafado, sobre todo si no tiene remedio... Mi padre me enseñó que eso es lo que debo decir cuando alguien viene a la orfebrería a tasar una joya y descubrimos que es falsa. Aunque, si quiere que le diga la verdad, es cierto. Ninguno de esos diamantes vale nada.

La sonrisa desapareció del rostro del marqués. El capitán y el jefe de máquinas lo miraron atentamente mientras se sentaba.

—Ninguno vale nada, salvo uno. —El marqués cogió un diamante de su bolsillo y lo puso delante de mí. Enseguida lo mezcló con el resto—. Demuéstrame lo buen orfebre que eres.

A simple vista, parecían todos iguales sobre el tapete. Pequeñas gemas en busca de algo de luz que hiciese resplandecer sus vetas. Si algo sabe cualquier joyero es que es más fácil identificar un diamante malo que encontrar uno bueno. Saqué la pinza y la lupa del bolsillo que acababa de comprar antes de embarcar y me concentré en los veintiún diamantes recordando todo lo que me había enseñado padre.

—Hijo, hay cuatro formas de reconocer si un diamante es auténtico.

—¿Cuáles son, padre? —pregunté.

—La primera es que respires sobre él. Un diamante nunca se empaña. Si lo hace, puedes estar seguro de que es falso. La segunda es dejarlo caer en un vaso de agua, si se hunde el diamante es auténtico, si flota es falso. La tercera es calentarlo con una vela durante treinta segundos y luego dejarlo caer en un vaso de agua fría. Si es un diamante falso, se romperá. Al auténtico no le pasará nada.

—¿Y la cuarta?

—La última es poner el diamante sobre una hoja de periódico. Si puedes ver las palabras a través del diamante, quiere decir que es falso. Un diamante no te dejará ver nada. Si recuerdas esto, nadie podrá engañarte nunca.

Por fin ya solo quedaban tres diamantes sobre la mesa. El resto había ido descartándolos uno tras otro ante la mirada atenta de los tres hombres, que no tenían muy claro qué hacía con el vaso de agua, la vela y el periódico que les había pedido.

—¿Y bien? —me apremió el marqués.

—Este tampoco vale nada —dije retirando con las pinzas uno de los diamantes que todavía quedaban sobre el tapete y dejándolo caer en el vaso, donde quedó flotando.

El marqués aceptó mi palabra y con un movimiento de cabeza señaló los dos restantes.

Cogí el primero y lo acerqué a mi ojo dejándolo bajo la lupa. Lo observé atentamente permitiendo que la luz de la vela atravesase su interior para dejar ver cada una de sus imperfecciones. Luego lo deposité en la mesa para coger el otro. Repetí el mismo gesto y, tras dejarlo también sobre el tapete, miré al marqués.

—Este es el único diamante que tiene —concluí señalando el de la derecha—. Este otro, al igual que el resto, es falso.

El marqués cogió entre sus dedos el que yo había señalado como auténtico. Lo miró atentamente, como si intentase dilucidar por qué ese en concreto era diferente del resto, y luego se dirigió a su esclavo.

—Siawash, comprueba si el señor Cartier no se ha retirado y se encuentra todavía en el comedor. Si es así, pídele que venga —ordenó, y el esclavo se marchó apresuradamente.

—¿El señor Cartier? —pregunté curioso.

—Sí. Es un buen amigo, propietario de una importante joyería en París. Viajó a Ámsterdam para hacerse con diamantes para su negocio y de paso asesorarme a mí en la compra de los míos. No te molestará que me eche una mano, ¿verdad?

Al rato el señor Cartier entró en el salón. Vestía de forma elegante, como todos ellos, y tenía una larga barba y un bigote sobresaliente que ocultaba

gran parte de su rostro. Sin decir nada, se acercó a la mesa y cogió el último diamante que yo había dejado sobre el tapete.

—¿Me permite su lupa, joven? —preguntó amablemente en un inglés afrancesado.

Se la cedí. Tras unos segundos observando el diamante volvió a dejarlo sobre la mesa, miró al marqués y asintió.

—Solo un buen joyero podría haber descubierto el diamante auténtico entre todos esos.

El marqués agradeció su ayuda al señor Cartier, al capitán y al jefe de máquinas, y les pidió que nos dejaran a solas. Siawash se quedó, pero su amo ni lo miró, como si los esclavos no fuesen personas. El marqués se puso de pie, se acercó a un mapa del mundo que colgaba de una de las paredes del salón de fumar y respiró profundamente.

—Ciudad del Cabo, el puerto más grande de Sudáfrica, está más o menos a siete mil millas de España.

Yo también me puse en pie y me quedé a dos pasos de él. El marqués no era mucho más alto que yo, pero sí más corpulento. Realizó el trayecto imaginario sobre el mapa deslizando el dedo desde Cádiz hasta Ciudad del Cabo por la costa del continente africano.

—Si pudieses viajar a una velocidad de 15 nudos por hora sin detenerte, tardarías más o menos veinticinco días... Eso sin contar los novecientos kilómetros que tendrías que recorrer por tierra para llegar a Kimberley. Otros siete u ocho días más, con suerte. Que sumados a las casi tres semanas que ya has consumido, hacen más de cincuenta días. Más de la mitad de tu tiempo —concluyó golpeteando con el dedo el punto que representaba a Kimberley en el mapa.

Por primera vez fui consciente de la distancia a la que estaba mi destino, y sobre todo de lo complicado de mi empeño. ¿Era posible que hubiese jugado con el sustento de mi familia, con la vida de mi madre, con el futuro de Isabel por un simple sueño inalcanzable? Volví a la mesa y me quedé mirando el cenicero. El marqués se sentó delante de mí y dio una calada al puro.

—Quizá lo logremos —dijo asomándose entre la bocanada de humo que cubría su rostro.

—¿Logremos?

—Estoy dispuesto a sufragar tu viaje a cambio de que me asesores en la compra de diamantes. ¿Qué me dices?

—¿Y el señor Cartier?

—No puede acompañarme esta vez. Le esperan negocios en Sevilla que no puede eludir, y luego debe regresar a París.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa —respondí emocionado por aquel atisbo de esperanza.

—Pero nadie puede saber que vas a hacer este viaje conmigo.

—Haré lo que sea.

—Siawash, dile al capitán que envíe un telégrafo a Cádiz para que preparen el Espíritu de Blancaró —ordenó a su esclavo, que volvió a salir—. Diez de mis esclavos nos acompañarán desde el puerto de Ciudad del Cabo hasta las minas de Kimberley. Una vez tengamos los diamantes, nos conducirán de nuevo al puerto, donde nos esperará el barco para regresar a Barcelona. Tú podrás casarte con tu amada y yo ganaré una fortuna gracias a los diamantes que tú me ayudarás a comprar. ¿De acuerdo?

—Absolutamente —dije sonriendo—, solo necesitaré comprar un torno cuando arribemos allá para tallar el diamante. Al contrario que en Ámsterdam, me temo que los que compremos en Sudáfrica no estarán tallados todavía.

El marqués dijo que no había problema y se puso a aplaudir.

—Pues si estamos de acuerdo en todo vamos a brindar —gritó poniéndose en pie como un resorte y dirigiéndose al mueble bar de la esquina del salón de fumar—. Los tratos siempre, siempre sin excepción, hay que rematarlos con un brindis. Eso es una costumbre que no se debe perder. —Me tendió una copa con un líquido transparente en su interior que bien podría ser agua—. ¡Por ti!

Yo levanté la copa y la choqué con la suya. El marqués bebió de un trago el contenido y yo intenté emularlo sin demasiada suerte. El escozor de ese líquido transparente por mi garganta me hizo toser.

—Tequila... Lo traigo de México... Lo hacen especialmente para mí. —Sonrió mientras servía otras dos copas.

—Yo no quiero, gracias —dije levantando la mano en señal de disculpa.

—No es una cuestión de querer... Es una cuestión de deber, y tú debes brindar y beber a mi lado si quieres hacer tratos conmigo.

Volvimos a beber y esa vez me sentó mejor.

—¿Lo ves? A lo bueno se acostumbra uno rápido. Ya lo verás.

Acompañé al camarero, cuyo impecable uniforme hacía que mi desastroso traje llamase más la atención, por el pasillo hasta uno de los camarotes de primera clase. El marqués había dado orden de que se me tratase con todos los lujos de los pasajeros más pudientes.

—Si necesita cualquier cosa, no tiene más que hacer sonar el timbre —dijo señalándolo al lado de la cama.

Si no fuese por el ligero balanceo, podría decir que aquel dormitorio no se encontraba en un barco. Los techos eran más altos que los de cualquier habitación en la que yo hubiera dormido antes. La cama, clavada firmemente al suelo como el resto del mobiliario, era de madera tallada con ornamentos florales y en ella podrían dormir tres personas como yo sin siquiera tocarnos. Al lado del armario, un espejo de pie daba la sensación de que la alfombrada habitación todavía era más grande. Al fondo estaba el cuarto de baño con el lavabo y la bañera de mármol. Y todo aquello era para mí. Imaginé lo que sería disfrutar siempre de ese tipo de vida. La vida que mis padres nunca habrían podido ni soñar. La vida que me gustaría poder ofrecerle a Isabel.

—Gracias —respondí—. En realidad, sí, necesito algo. Me gustaría comer.

Estaba hambriento. Al final, con todo lo sucedido, no había podido almorzar nada.

—Claro, señor. ¿Qué es lo que desea?

—¿Qué es lo que puedo pedir?

—Lo que usted quiera. —Cogió de la mesa del camarote un cuaderno de tres páginas al que llamó «menú».

Abrí la primera página y pude ver que venían escritos todos los platos que ofrecía el restaurante acompañados de su precio.

—Solo tiene que decirme qué le apetece y se lo traeremos.

Si hubiera tenido que pagar alguno de aquellos platos, habría muerto de hambre.

—Manitas de cerdo rebozadas, calamares rellenos y torrijas —dije, y el camarero lo apuntó todo diligentemente.

—¿Algo de beber?

—¿Tienen cerveza?

—Por supuesto, señor.

Cuando se retiró, me dejé caer sobre la cama. Durante un rato me quedé mirando el dosel. Pensaba en el trato que me había ofrecido el marqués. El reloj de pared marcaba las tres de la madrugada. Me acerqué al ojo de buey y pude ver a lo lejos la luz intermitente de un faro. Aún nos quedaban cuatro días para llegar a Cádiz. Alguien llamó a la puerta. Era un sirviente, un niño negro al que no había visto nunca. No debía tener más de ocho años y vestía pantalón y camisa blanca que le quedaban algo grandes. Como si cuando le compraron la ropa hubieran pensado en el futuro más que en el presente.

—Señor. Necesito hablar con usted —dijo en un torpe español.

Me aparté para dejarlo pasar. El pequeño miró a un lado y a otro del pasillo antes de entrar en mi camarote. Y se quedó un paso por delante del umbral mirando al suelo.

—¿Qué sucede? —pregunté extrañado cerrando la puerta tras él.

—Nadie saber que yo haber venido aquí —me advirtió dejando entrever en su voz un extraño nerviosismo.

—¿Cómo te llamas?

—Prometerlo —insistió mirándome por primera vez a los ojos.

—Tienes mi palabra. ¿Te encuentras bien?

—No —respondió el chico negando enérgicamente mientras se frotaba las manos como si las palabras que quería decir le quemasen en el interior.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme y por qué me atañe a mí?

—Mi nombre es León. Yo ser esclavo. Escuché señor marqués hablando con señores. Decía que necesitaba a ti para conseguir diamantes.

—Lo sé. Me lo ha dicho —respondí sonriendo—. Va a acompañarme en mi viaje a Sudáfrica. ¿Qué problema hay en eso, León?

—También decía que cuando vosotros volver de África, marqués tiraría a ti al mar y nadie encontraría nunca. Que él robaría tu diamante.

—¿Cómo? —pregunté como si no hubiera entendido algo que en realidad había comprendido perfectamente.

—Él querer matarte.

Me quedé sin saber qué decir ni qué hacer. De pronto, los segundos del reloj pasaron muy lentamente. Cada tic y cada tac comenzaron a sonar con

una fuerza que retumbaba en el camarote. Podía oír mi respiración, los latidos de mi corazón, el sudor resbalando por las palmas de mis manos.

—¿Por qué iba a querer matarme si yo no le he hecho nada?

—No lo sé —respondió—, pero eso es lo que él decir.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas? —pregunté desconcertado.

—Ellos se ayudan, nosotros nos ayudamos —dijo el niño, que se dirigió a la puerta y salió sin mirar atrás.

Para cuando hube reaccionado y salí a buscarle al pasillo, ya no lo encontré.

Volví a entrar en mi camarote. Cerré la puerta con llave y me quedé pensando qué hacer mientras andaba de un lado a otro. ¿Por qué me consideraba de los suyos si a sus ojos yo debía tener más que ver con el mundo del marqués que con el de los esclavos? ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Qué ganaba el marqués asesinándome? No conseguí dormir en toda la noche. Si hacía caso a lo que el chico decía, el marqués no intentaría asesinarme hasta el viaje de regreso, pero ¿y si cambiaba de opinión? Finalmente decidí no correr ningún riesgo.

A las cinco de la mañana los limpiacristales se descolgaron por el casco del barco para limpiar los ojos de buey. Una hora antes los grumetes ya habían empezado a fregar la cubierta y a ordenar las tumbonas y los sillones de mimbre. A las seis empecé a oír las campanas de los pasajeros de primera que, como una suerte de sinfonía, solicitaban el desayuno en sus respectivos camarotes. Yo no llamé a nadie. Aproveché para ponerme el unguento en los dedos. Durante los siguientes tres días me quedé encerrado simulando estar todavía mareado. A las nueve de la mañana del cuarto día la voz de un camarero dio el aviso de que faltaba una hora para llegar a puerto.

Sin necesidad de preparar ningún hatillo, porque nada tenía salvo el lingote de oro, desde que lo había perdido todo en la avalancha de nieve, salí del camarote con cuidado de que nadie me viese y me dirigí a la cubierta de tercera clase. Había decidido desembarcar esquivando cualquier tipo de encuentro con el marqués o sus hombres de confianza, y descubrir si existía otra forma de llegar a mi destino. Desde la cubierta ya se avistaba el puerto. Cuando estaba bajando por la rampa alguien me cogió por el hombro reteniéndome.

—¿A dónde vas, chico?

Me di la vuelta. Era el jefe de máquinas. Un hombre delgado, de pelo canoso y bigote corto, con uniforme azul de la Marina.

—El señor marqués te está esperando.

Miré una última vez a la rampa por donde bajaban los pasajeros menos pudientes sopesando las opciones que tenía de llegar hasta abajo sin que alguno de los marineros me diese caza. Sin duda, sería una huida frustrada antes de comenzar. Decidí dar un paso atrás. Ya tendría tiempo de darme a la fuga cuando confiaran plenamente en mí.

Acompañé al jefe de máquinas hasta un camarote. Su criado de confianza afeitaba al marqués haciendo resbalar la navaja por su cuello mientras este comentaba con el capitán la construcción del nuevo barco de la naviera, que llevaba el verdadero nombre del marqués: el Bernardo López. Con 3488 toneladas, había sido construido en hierro por el astillero William Denny and Brothers, de Dumbarton, en Gran Bretaña. Era el primer buque de Europa con casco de acero, provisto de luz eléctrica y sobre todo con «proa recta en lugar de la habitual clíper, que lo dotaba de mayor estabilidad aunque menor velocidad». Eso decían con orgullo. El barco cubriría la ruta de Cádiz a Puerto Rico y Cuba, y yo supuse que el marqués lo utilizaría para su negocio de trata de esclavos.

—Ah, por fin. Estás aquí. ¿Tienes todas tus cosas? Ya hemos perdido mucho tiempo —comentó sonriente mientras se ponía en pie y se limpiaba los restos de crema de afeitar que le habían quedado en las mejillas.

—Esto es todo lo que tengo —dije abriendo mis brazos para mostrar que no tenía nada, y sentí el frío del oro del lingote pegado a mi bajo vientre.

—Así me gusta. El que nada tiene nada puede perder. ¿Lo ven, señores? Deberíamos aprender de este joven. —Y rio con una sonora carcajada mientras se ponía la chaqueta—. Pongámonos en marcha. Nos espera el barco.

—Si no le importa, marqués, me gustaría bajar al puerto. Pedí a mis padres que me escribiesen aquí y querría comprobar si ha llegado su carta —dije.

El marqués dejó pasar unos desconcertantes segundos antes de responder con amabilidad:

—Pero no te retrases. El Espíritu de Blancaró está esperándonos al otro lado del muelle. Cada minuto que nos retrasemos será un minuto menos para conseguir tu objetivo... Y, chico, recuerda que no debes contar a nadie que viajamos juntos.

¿Por qué no quería que contase que viajaba con él? Posiblemente para poder deshacerse de mí sin el problema de tener que dar explicaciones.

—Ahora mismo vuelvo. —Y salí del salón convencido de que aquella sería la última vez que vería al marqués.

Día 24 de 100

Bajé a tierra y mi primer impulso fue echar a correr sin destino por el empedrado del muelle. Aun así contuve mis instintos y me dirigí a la cantina, que se encontraba a la entrada de la zona portuaria. Sobre la puerta del local un desvencijado cartel rezaba «El Combiá». Más que una cantina, parecía un almacén donde alguien había dispuesto un muro a media altura sobre el que un hombre de unos ochenta años atendía con juvenil destreza las peticiones de marineros y pasajeros que acababan de llegar o esperaban a partir. Todos se apelmazaban como si fuese la medianoche, dejando correr vinos y licores mientras arrastraban los pies sobre el serrín que intentaba, ya sin éxito, absorber el líquido de las copas y botellas caídas. Las ventanas tapiadas a cal y canto ayudaban a perder la noción del tiempo y animaban a beber. Pregunté dónde debía recoger una carta que esperaba.

—Si la han enviado aquí al puerto, la tendrán allí fuera, al fondo, en la oficina del consignatario —dijo el anciano con un fuerte acento andaluz que hacía difícil entender sus indicaciones.

Salí de la cantina y pasé entre los marineros que pacientemente cargaban provisiones y carbón en los buques que se preparaban para partir hacia todos los lugares del globo.

El consignatario me pidió que me sentase y esperase. La oficina era un pequeño despacho con una mesa y cientos de carpetas que se amontonaban por todos lados dejando ver en su interior los bordes carcomidos de legajos y documentos. Detrás de la mesa una puerta daba paso a un pequeño cuarto donde se podía intuir que había más carpetas amontonadas.

—¿Qué quiere, joven? —preguntó por fin el consignatario dirigiéndose a mí pero sin siquiera mirarme.

—Estaba esperando una carta de mis padres que...

—¿Nombre? —me interrumpió, y mientras se lo decía, el consignatario ya se dirigía al cuarto anexo.

Al rato volvió con un sobre en la mano. Me lo dio después de hacerme firmar el recibí y luego continuó a lo suyo.

Salí de allí mirando el sobre. En el remite venía el nombre de padre, pero la carta olía a madre. Aspiré ese olor y su recuerdo acudió a mí como un latigazo que me envió placenteramente a la infancia, a los días de descanso y paseos dominicales, a las noches durmiendo entre padre y madre, a mis pies tocando los suyos antes de dormirme. Era el mismo olor del día que nos despedimos cuando me abracé y me quedé resguardado en su regazo. Ya solo el hecho de que me hubiesen escrito me tranquilizaba porque quería decir que al menos estaban bien. Aunque lo que más deseaba era leer aquella carta, necesitaba darme prisa para comprobar si alguno de aquellos buques se dirigía a mi destino.

La guardé en el bolsillo sin abrirla y regresé a la cantina para preguntar por el siguiente barco que partiese a África. No me importaba el destino exacto. Lo importante era salir de allí cuanto antes y sin ser descubierto. Ya tendría tiempo de recomponer la ruta. Un hombre medio borracho, con aspecto rudo y una gran cicatriz que le cruzaba la cara en diagonal desde la frente a la barbilla, sin duda resultado de una pelea, se acercó a mí.

—¿Eres tú el que quiere ir a África? —preguntó mirándome de arriba abajo mientras conseguía a duras penas sostenerse en pie.

Tenía unos cincuenta años y vestía ropas completamente manchadas de carbón. No era demasiado alto, quizás un poco más que yo, y en su piel podían leerse las horas pasadas al lado de las calderas.

—¿Puede ayudarme?

—¿Eres un negrero? —dijo él sin hacer caso a mi pregunta.

—¿Y qué si lo soy? —repliqué intentando aparentar seguridad.

—Caracortada no viaja con negreros. —Y cerró los ojos como si se hubiera quedado dormido bamboleándose en equilibrio como una boya en el mar.

—No soy un negrero —respondí—. ¿Sabe de algún barco que pueda llevarme o no?

Caracortada entreabrió los ojos y me miró como si me viera por primera vez en su vida.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Quién eres?

Miré a mi alrededor desconcertado. ¿Aquello era una broma?

—Perdón... Se ha acercado usted a mí y me ha preguntado si quería ir a África.

—Ah, es cierto... ¿Quieres ir a África? ¿Ya me habías respondido?

—Sí... Sí quie-ro ir. ¿Sa-be de al-gún bar-co que pue-da lle-var-me?

—Puede ser —respondió Caracortada haciéndose el interesante, y señaló al anciano camarero—. ¡Viejo! Dos absentas. Paga mi amigo.

Se dirigió a la mesa del fondo entre el humo de tabaco que atestaba la cantina. Me quedé inmóvil observándolo. Cuando se dio la vuelta pareció sorprenderse de que yo no lo hubiese seguido. Me hizo un gesto exagerado con la mano para que me acercase al tiempo que crujía el cuello inclinándolo primero a los lados y luego adelante y atrás.

—¿Qué haces ahí? —preguntó mientras se dejaba caer en una maltrecha silla como si le hubieran disparado en las piernas.

El viejo camarero se acercó con dos vasos que llenó con absenta ante nosotros y se quedó esperando. Caracortada no hizo ni el más mínimo gesto de pagar. Metí la mano en mi bolsillo y le di dos monedas al anciano. Solo entonces el marinero hizo un gesto para que me sentara frente a él.

—¿Puede ayudarme o no? —pregunté echándome hacia delante para apoyar mis brazos en la mesa.

—Depende —respondió él indicándome que me apartase un poco—. Deja que corra el aire, mozo.

—¿Depende? ¿Eso qué quiere decir? —empezaba a impacientarme—. ¿Puede o no puede?

—Puedo a cambio de dos mil reales —dijo Caracortada después de dar un lento trago a la absenta y golpear la mesa con las palmas de las manos en un satisfactorio redoble de tambor.

—¡Eso es un robo! —grité mientras me ponía de pie—. Ni siquiera un billete en primera del mejor trasatlántico del mundo me costaría eso.

El hombre esperó pacientemente sin moverse hasta que al final volví a sentarme frente a él.

—Tú verás la prisa que tienes en zarpar. Mi buque sale en veinte minutos. Se llama el Santísima Trinidad. Si decides aceptar, entra por los portones del carbón. Estaré allí esperándote.

Luego bebió de golpe el resto de la absenta y salió del local trastabillándose. Me quedé allí sentado. Para pagar ese dinero por el pasaje debía cambiar el lingote de oro, pero entonces no tendría suficiente para comprar el diamante. Por otro lado, si decidía aceptar el trato del marqués, este posiblemente acabaría con mi vida. Salí de la cantina convencido de lo que debía hacer.

Recorrí el muelle intentando no llamar la atención por si en algún momento al marqués o alguno de sus hombres les daba por observar a la gente desde cubierta y descubrían que estaba huyendo. Al fondo del puerto pude ver el Santísima Trinidad. Por el movimiento de los marineros corriendo de un lado a otro como hormigas alrededor del hormiguero, quedaba claro que se preparaba para zarpar. Me acerqué a los portones laterales por los que los marineros cargaban el carbón, mientras el resto del barco estaba cubierto de lonas para evitar que la nebrura se apoderase de las partes limpias. Subí la rampa decidido, como si supiese a dónde iba. Nadie se dirigió a mí. Una vez dentro, comprendí que ninguna persona en su sano juicio querría colarse en un lugar como aquel. Pregunté por Caracortada y me indicaron que se encontraba al fondo de la sala de máquinas. La oscuridad allí abajo era casi completa y el calor del carbón ardiendo hacía casi imposible respirar.

—Está bien, acepto —dije cuando llegué a su lado.

El hombre me miró como si hubiese visto un fantasma. Luego comprobó que no llamábamos la atención de nadie. Estaba sudando. No parecía tan borracho como antes.

—¿Tienes el dinero? —preguntó.

—Lo tengo, pero solo le pagaré cuando lleguemos a Sudáfrica.

—¿Y por qué debería fiarme de ti?

—¿Y por qué debería fiarme yo de usted? —repliqué.

Caracortada asintió sonriendo.

—Está bien, granuja. Dame al menos una parte para saber que puedo confiar en tu palabra.

Le entregué todo el dinero en efectivo que llevaba y después de contarlo lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón y comenzó a andar.

—Ven conmigo. Tienes que esconderte para que no te vean los jefes.

Lo acompañé por un pasillo casi más oscuro que la sala de máquinas hasta la bodega de popa. Me dijo que me sentase entre unas cajas y que no me moviese pasase lo que pasase. Cuando hubiésemos zarpado, vendría a

buscarme para traerme algo de comer y unas mantas con las que cubrirme. Y se marchó. Me acurruqué entre las cajas e intenté descansar un rato. Agotado, después de casi toda la noche sin dormir, cerré los ojos.

—¡Arriba!

Esa fue la primera palabra que oí antes de abrir los ojos y darme cuenta de que había cuatro hombres grandes como mulas armados con palos ante mí. Tenían las ropas, el rostro y las manos completamente manchadas de carbón, lo que les daba un aspecto más terrorífico aún.

Al frente de ellos se encontraba Caracortada.

—Está bien, chico, déjate de tonterías y danos lo que lleves encima —amenazó.

—Ya le he dicho que se lo daré cuando lleguemos a Sudáfrica.

—¿A Sudáfrica? Pero ¿de qué habla este pobre infeliz? —dijo uno de los marineros en medio de una sonora carcajada que contagió al resto de sus compinches—. ¿Quién le ha dicho a este desgraciado que vamos a Sudáfrica?

—¿A dónde vamos? —pregunté titubeando.

—A Cuba. ¿A dónde si no? ¿Quién quiere ir a Sudáfrica? ¿Qué se nos ha perdido a nosotros allí? —preguntó otro de los marineros.

—¡Me ha mentado!! —le reproché al hombre de la cantina intentando ponerme en pie y descubrir si ya nos encontrábamos en alta mar o todavía en el puerto.

—Dejémonos de monsergas —respondió, y me golpeó en el pecho con el palo que llevaba entre las manos.

Fue como si me hubieran quitado todo el aire del cuerpo. Caí de rodillas y me retorcí en el suelo.

—El resto del dinero.

—Tendrás que matarme —alcancé a responder entre toses e intenté incorporarme.

Sin pensárselo dos veces volvió a golpearme en las piernas para hacerme caer.

—Desnudadlo —dijo al resto—. Encontrad todo lo que lleve de valor y luego lanzadlo a la caldera. Así no quedará ningún rastro de él.

Los cuatro individuos se abalanzaron sobre mí y comenzaron a golpearme con fuerza por todas las partes del cuerpo antes de arrancarme la ropa. Tenía que salir de allí antes de que llegasen a los calzoncillos, en los que escondía el lingote de oro. Pataleé y me retorcí hasta que ya casi no podía ni moverme por culpa del dolor.

—¡¡Está bien!! ¡¡Es vuestro!! ¡¡Os daré lo que queréis!! —clamé para que se detuviesen.

Me puse en pie lentamente, con la ropa destrozada, intentando ganar algo de tiempo, consciente de que aquella era mi última oportunidad. Tenía que hacer algo si quería salvar mi vida. De un empujón conseguí abrirme camino entre ellos y corrí sin saber hacia dónde golpeándome con las paredes en la penumbra de la bodega, intentando encontrar una salida. Hasta que pude ver un poco de la luz natural al fondo. Mis perseguidores me pisaban los talones.

—¡¡¡Cogedlo!!! ¡¡¡Que no huya!!! —gritó Caracortada.

No sabía qué me encontraría al otro lado de aquella puerta, si sería el muelle o el océano, pero estaba seguro de que sería mejor que lo que dejaba atrás. Por fin alcancé la salida. La luz me cegó. Y luego caí.

Seguí cayendo lo que me pareció una eternidad mientras agitaba los brazos e intentaba abrir los ojos, cegado por la luz del sol. Finalmente choqué contra el agua. Fue como si me hubiera golpeado contra un muro. Mientras me hundía, busqué algo a lo que aferrarme para volver a la superficie antes de que el aire se agotase en mis pulmones.

34

La palabra *quilate* proviene del griego *keration*. El *keration* era la semilla del algarrobo.

—La semilla del algarrobo pesa aproximadamente el veinte por ciento de un gramo, es decir, 0,2 gramos. En un lado de la báscula se pone el diamante y en el otro se ponen semillas de algarrobo. Cuanto más pese la gema, más semillas harán falta para igualar la báscula. Cuantas más semillas haya que poner, más quilates tendrá el diamante. ¿Lo has comprendido?

—Sí, padre —respondí.

—Un diamante pierde entre el 40 y el 60 por ciento de su peso cuando se corta. Por eso debes analizarlo profundamente antes de acercar la piedra a la muela.

Tenía casi nueve años cuando padre me dejó tallar mi primer diamante.

—Fíjate en todas las inclusiones, las grietas y las zonas de color que harán que el diamante pierda valor, antes de empezar. Dedícale todo el tiempo que necesites. Localízalas. Luego ve eliminándolas a medida que lo vayas puliendo. La pureza interior es una de las características más importantes de un diamante. En eso se parecen a las personas.

35

La mirada de Isabel.

Aquel día que, de niño, robé una moneda de la cartera de padre.

La gente muriendo de cólera en las calles de Barcelona.

Aire.

El responso que me dio padre cuando descubrió que le había robado una moneda.

Madre dormida.

La petaca de piel de vaca.

Los juegos con los otros niños de la calle.

El olor de madre.

La muerte del tío Eduardo.

Aire.

La campana de la tienda sonando con la llegada de un cliente.

El reloj marcando cada segundo.

El caballo muerto en la nieve.

La hija de la francesa.

El primer diamante roto.

Aire.

Sin ni siquiera sentir el frío del agua invernal, conseguí aferrarme al cabo de fondeo de uno de los buques y emerger a la superficie entre las algas y las conchas adheridas a él. Al salir del agua respiré profundamente, como si no hubiese suficiente aire a mi alrededor y tuviese que atraerlo de lejos. Algo recuperado, miré sobre mi cabeza para descubrir que aún estábamos en el puerto. El muelle estaba demasiado alto y, aunque intentase escalarlo, el verdín que lo recubría haría imposible conseguirlo. A lo lejos pude ver unas escaleras a la altura del agua. Tenía que llegar hasta ellas. Fui arrastrándome aferrado a las piedras que sobresalían del muelle intentando ignorar el dolor de las conchas de los moluscos cortándome la piel, mientras de vez en cuando miraba hacia arriba para asegurarme de que nadie me observaba. Todo el mundo parecía estar a lo suyo. Ya me encontraba muy cerca cuando el estruendoso silbato del vapor estuvo a punto de hacerme caer al agua de nuevo. Tenía que apresurarme. Por fin llegué a la escalera y, empapado y agotado, me puse a salvo. Me dejé caer en el suelo. Boca arriba, respiré profundamente. Por primera vez noté mis músculos ateridos. Tosí. Cerré los ojos para recuperar la calma y los oí venir hacia mí.

—¡No dejéis que se marche!

Me levanté con dificultad y corrí por el muelle como un gato asustado. Sin destino. Lo que sabía es que no estaba dispuesto a entregarles a esos miserables la llave para llegar a Isabel. Antes tendrían que matarme, y para matarme tendrían que cogerme. No iba a permitirlo. De pronto me encontré con el costado azabache y las letras doradas del Espíritu de Blancaró. Subí por la rampa de madera y cuerda hasta la cubierta, donde estaba el marqués organizando a diez de sus esclavos negros. Al verlo, sentí un alivio extraño, como si hubiese llegado a un lugar seguro.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó al verme temblando, empapado y con la ropa hecha trizas—. ¿Qué te ha pasado?

—Estaba ocupándome de algunos asuntos —respondí mientras los marineros del Santísima Trinidad me daban alcance y se detenían en seco,

desconcertados ante los esclavos del marqués. Quedé rodeado. Por delante unos y por detrás los otros.

—¿Se puede saber qué hacen en mi barco? —preguntó el marqués mirándolos por encima de mi hombro.

No me volví. No quería ni mirarlos.

—Queremos a ese joven —respondió Caracortada señalándome—. Si nos lo entrega, nos marcharemos sin dar problemas.

El marqués dio un paso adelante y me sobrepasó como un perro que ha sido capaz de olisquear el miedo.

—Creo que no les he entendido, señores. ¿Me están dando una orden?, ¿ustedes a mí? —preguntó, y enderezó su espalda mirando a sus esclavos, que comprendieron que debían dar un paso al frente y quedarse detrás de su amo—. Yo de ustedes saldría ahora mismo de mi barco.

Caracortada y sus hombres se miraron entre ellos sin saber qué hacer. ¿Debían empezar una pelea o debían marcharse por donde habían venido? Por primera vez me volví. Estaba tras el marqués, rodeado de sus esclavos.

Para sorpresa de todos, uno de los marineros tomó la peor de las decisiones.

Todo sucedió muy despacio. Mientras uno de ellos se dirigía, palo en alto, hacia el marqués de Terrassa, este sacó un revólver Lefauchaux a la velocidad de un estornudo. En la empuñadura llevaba grabado el escudo de su casa. Una «M» y una «T» cruzadas como serpientes de un solo cuerpo que se entrelazan para buscar una la cabeza de la otra, sabedoras de que al morderse morirán. Apretó el gatillo haciendo girar el tambor como un segundero. *Tic*. El sonido retumbó por todo el puerto. *Tac*. Todo el mundo se quedó inmóvil. *Tic*. El marinero se detuvo de golpe. *Tac*. Aquel hombre se miró un instante el pecho, en el que la sangre ya empezaba a empapar la camisa. *Tic*. El marinero dejó caer el palo al suelo y levantó la mirada hacia el marqués como si buscara una explicación. *Tac*. El marqués levantó el revólver al cielo en señal de advertencia. Si alguien quería continuar con aquel enfrentamiento, ya sabía contra lo que tendría que luchar.

Los otros marineros del Santísima Trinidad comenzaron a retroceder. Despacio. Conscientes de la desequilibrada batalla que les esperaba si no lo hacían. El marinero herido cayó de rodillas haciendo retumbar bajo él las húmedas tablas de la cubierta y se llevó la mano al pecho. Miró al cielo. Una gaviota nos sobrevolaba en ese instante. Era una gaviota negra como un mal presagio en un día soleado. Me compadecí de aquel hombre que hasta hacía unos minutos quería acabar con mi vida. En sus ojos vi cómo se acercaba su

final. Imaginé que tendría familia en algún lugar. Mujer e hijos que estarían esperando su regreso. Quizás una amada escondida entre las calles de su ciudad. Me acordé de Isabel. De lo abandonada que se sentiría si yo nunca retornaba a su lado, sin recibir siquiera una carta de despedida, una explicación de lo que había sucedido. Pensaría que quizás me habría enamorado de otra mujer y nunca llegaría a saber que yo habría muerto añorando volver a verla cada noche acostada a mi lado. El marinero intentó respirar, pero solo consiguió emitir un gorgoteo burbujeante. Luego se encogió de dolor, echando los hombros hacia delante, y cayó boca abajo escupiendo sangre como un toro de lidia. Los otros decidieron marcharse a la carrera, descendiendo por la rampa sin mirar atrás, dejándolo allí abandonado.

—Cogedlo y tiradlo por la borda antes de que aparezcan los guardias —dijo el marqués a dos de sus esclavos—. Que nadie lo encuentre, y decid que los disparos eran porque estábamos intentando terminar con unas molestas gaviotas.

Por un instante vi mi muerte en la de aquel marinero. ¿Eso era lo que me esperaba cuando el marqués considerase que ya no le servía para nada? ¿Un disparo en el pecho y terminar en el fondo del mar? No tenía sentido alguno...

—¿Qué problema tenías con esos hombres? —me preguntó el marqués guardando su revólver.

—Querían robarme —respondí.

—Más te vale que no me mientas, hijo. Si metes problemas en uno de mis barcos, tú te conviertes en mi problema. ¿Está claro?

Yo asentí.

—¿Qué querían robarte?

—El oro que tengo para comprar el diamante —expliqué con sinceridad al tiempo que palpaba mi pantalón para indicar dónde llevaba el lingote.

Pero no estaba allí. Con las dos manos rebusqué nervioso en mi ropa interior, y luego por todo el pantalón sin encontrar ni rastro del oro. Me disculpé con el marqués y corrí de nuevo hasta las escaleras al borde del muelle, al lugar donde había salido del agua unos minutos antes. Miré al fondo, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si el lingote fuese a brillar lo suficiente como para que yo pudiese verlo. No lo encontré. Salté al agua y me agarré al mismo cabo de fondeo que me había salvado la vida en mi huida del Santísima Trinidad. Aspiré todo el aire que pude y metí la cabeza en el agua. Podía sentir las algas y los mejillones que se arremolinaban alrededor de la cuerda mientras mi cuerpo hacía esfuerzos para devolverme a la

superficie. Era inútil. Por mucho que abría los ojos, no conseguía ver más que una turbia oscuridad borrosa. Subí a la superficie el tiempo justo para coger aire y volver a bucear una vez tras otra hasta casi perder el conocimiento. Era mejor morir allí ahogado que sobrevivir sin oro con el que comprar el diamante para liberar a Isabel.

Cuando ya había decidido que mi destino era terminar en lo más profundo de aquellas removidas aguas, una mano me agarró con fuerza del pelo. Era Siawash, el esclavo del marqués, que me arrastró hasta el borde del muelle. Intenté zafarme de él golpeándolo, dando patadas, luchando con todas mis fuerzas. Aquel hombre estaba cumpliendo órdenes, y sin duda le habían dicho que no me dejase morir allí. Finalmente, exhausto, empapado, con mis ropas destrozadas, lleno de magulladuras tras los golpes que me habían dado Caracortada y sus secuaces, volví al barco del marqués cabizbajo para anunciarle que no iba a continuar con el viaje.

—Lo he perdido —le expliqué—, sin el oro para comprar el diamante ya no tiene sentido para mí ir a Sudáfrica. Cogeré el primer barco que zarpe hacia Barcelona.

—No te preocupes por eso ahora... Si tú me ayudas a mí, yo te ayudaré a ti —respondió él sonriendo afable—. Anda, ve a cambiarte. He pedido que te traigan ropa limpia. Descansa hasta mañana. Nos quedan muchos días de travesía.

Aquel hombre al que temía, aquel sobre el que el niño me había asegurado que estaba planeando asesinarme en cuanto lo hubiera ayudado a comprar los diamantes, me parecía ahora la mejor persona que había conocido jamás. No solo me había salvado la vida, sino que me ofrecía salvarme el alma. Sin duda alguna, todo lo que me había dicho León era mentira. Qué estúpido había sido... Seguro que los esclavos del marqués no querían viajar a Sudáfrica y la mejor manera de evitar ese viaje era asustarme lo suficiente para que huyese. Seguro que era eso.

Uno de los esclavos, de unos dieciocho años, me acompañó al camarote que me habían asignado en el Espíritu de Blancaró, el número 12, al final del pasillo de camarotes. Lo suficientemente lejos de la escalera que llevaba a cubierta como para que no hubiese salida en caso de que quisiera huir.

Sobre la cama habían dejado un par de trajes nuevos. Eran de color marrón y azul, y estaban formados por chaqueta, chaleco y pantalón además de un bombín. A los pies de la cama, dos pares de relucientes zapatos Oxford. Yo nunca había tenido ropas como aquellas. Acaricié las telas. Me acerqué al

espejo y me miré. Era la sombra del joven que había salido días antes de Barcelona.

—Le hemos preparado la bañera, señor —dijo el esclavo antes de dirigirse a la puerta.

—Perdona... ¿Conoces a un niño que trabaja para el marqués? —pregunté.

—¿Se refiere a un esclavo, señor?

Ser esclavo no era trabajar para una persona. Era dedicar su vida a esa persona olvidándose de la propia.

Yo asentí.

—Lo siento, señor. No hay ningún niño en el barco.

Ya a solas me quité la ropa mojada y me metí en la bañera templada. El agua me abrazó dulcemente. Me miré la mano. Retiré las sucias telas que cubrían mis dedos ennegrecidos, que cada vez tenían peor aspecto. Incluso empezaban a oler mal. Necesitaba ponerme el unguento que me había preparado la dueña de la posada. Por el bolsillo de mi pantalón, tirado en el suelo, asomaba el sobre con la carta de mis padres. Me cubrí con la toalla. La carta estaba empapada. Si intentaba abrirla, con toda seguridad terminaría rompiéndose en miles de letras borrosas e inconexas. Tenía que secarla antes. La dejé al lado de la pequeña salamandra que ocupaba una esquina del camarote, me puse el unguento en los dedos y esperé mientras el papel se iba secando. Poco a poco. Sin prisa. Dándole la vuelta de vez en cuando como a un asado que debe cocinarse a fuego lento. El sobre ya no olía a madre. Ahora olía a mar. Me quedé allí esperando pacientemente a que la tinta que escondía las palabras de mis padres encontrase de nuevo reposo en el papel.

Barcelona, 4 de enero de 1874

Querido hijo:

Nos alegró saber que estás bien. Tu madre estaba muy preocupada desde que nos llegaron noticias de que habían encontrado la diligencia accidentada en la nieve. Aquí no tenemos demasiadas novedades que contarte. El negocio va bien. Recibimos varios encargos esta semana. Intentaré llevarlos al día, aunque sin ti se me hará más difícil. Madre está mejor, continúa con sus achaques pero al menos consigue descansar. Te echa de menos, hijo. Vuelve pronto. Esta misma mañana recibimos la visita del criado del señor March. Quería saber de tu viaje. No dejó de recordarnos los días que te quedaban para cumplir el trato. Por cierto, también nos dijo el nombre del otro pretendiente. Es un marqués. Bernardo López, marqués de Terrassa. Es un hombre muy rico propietario de una naviera. Hay quien lo llama el Negrero...

Tuve que leerlo varias veces: Bernardo López, marqués de Terrassa, propietario de barcos, el Negrero... El hombre al que le había contado cuál era mi cometido, el mismo que se había ofrecido a sufragar los gastos de mi viaje, era el otro pretendiente de Isabel. Ahora lo entendía. Por eso también estaba en Ámsterdam comprando diamantes, tan lejos de sus rutas habituales del comercio de esclavos. El marqués no tenía ningún interés en hacer negocios. Aquel niño no había mentido. Era el marqués el que me había engañado. Al matarme y hacerse con el diamante que yo comprase en Kimberley, se aseguraría la mano de Isabel por delante del señor March. Por eso no quería que nadie supiese que yo iba a hacer ese viaje con él. Así no habría testigos y nadie preguntaría.

El sonido de la chimenea del vapor me sobresaltó. Si me daba prisa, aún podría salir del barco. De un salto me acerqué al ojo de buey y comprobé que comenzaba a alejarse del muelle de Cádiz. Ya no podía escapar. Ya solo podía seguir hacia delante. Debía mantener la calma, pero en realidad no podía siquiera respirar. Cerré los ojos y apreté los puños intentando tranquilizarme. En ese momento llamaron a la puerta. No respondí. Volvieron a golpearla con más contundencia. Una vez, dos veces, tres veces...

—¿Sí? —pregunté acercándome con cuidado.

Nadie contestó. Entreabrí la puerta despacio, poniendo el pie como tope por si alguien pretendía entrar por la fuerza. En el pasillo esperaba una chica negra cubierta con un ligero vestido de lino blanco. Estaba cabizbaja. Era más o menos de mi edad. Dio un pequeño paso atrás, entre asustada y avergonzada.

—¿Qué quieres? —le pregunté tenso, mirando a los dos lados del pasillo como si ella fuese el cebo de un depredador dispuesto a atacar.

—El señor marqués me manda para servirle a usted —dijo sin dejar de mirar al suelo.

—No necesito nada —respondí, y cerré con contundencia la puerta del camarote.

Lo recorrí sin descanso, de un lado a otro, intentando decidir qué hacer. No podía volver a esconderme todo el viaje entre aquellas cuatro paredes que de vez en cuando golpeaba con el puño cerrado. El marqués terminaría dándose cuenta de que algo me sucedía. En realidad, el hecho de que el marqués hubiese fletado aquel barco para llevarme hasta Sudáfrica era la mejor garantía de que no pensaba hacerme nada por el momento. Me necesitaba para conseguir el diamante que le asegurase la mano de Isabel. Pero ¿por qué asesinarme a la vuelta? ¿Porque acabando conmigo se aseguraba de que el señor March nunca llegase a recibir su diamante? ¿Y si el señor March no solo me había encargado a mí conseguir su diamante? ¿Y si se lo había encargado a más gente a sabiendas de que quizás yo no alcanzase mi objetivo? Era lógico.

«No juegues, hijo —decía siempre padre—, pero, si lo haces algún día, nunca apuestes toda tu riqueza a un solo número. Tenemos que hacer joyas para todo tipo de personas».

Así que habría por el mundo otros orfebres en busca del diamante para el señor March. Si yo no volvía, él conseguiría de igual forma su diamante con el que hacerse con la mano de Isabel. No pensaba permitirlo. Aun así, estaba claro que por el momento no tenía por qué temer por mi vida.

Una hora después decidí acercarme al restaurante. Me vestí con uno de los trajes obsequio del marqués y escondí la carta de mis padres bajo el colchón antes de salir. Al abrir la puerta me encontré a la chica sentada en el suelo.

—¿Qué haces aún aquí? —le pregunté.

—Esperar por si necesita algo.

—Ya te dije que no necesitaba nada. Puedes irte.

—No tengo a dónde ir... Mi hogar está donde usted esté. Sea donde sea. Ya se lo dije. Soy un regalo del marqués. A partir de ahora soy suya.

Negué con la cabeza y pasé por delante de ella. Pero me siguió a unos metros.

—No me sigas. Si eres mía, obedéceme —le dije.

Ella se detuvo y asintió sumisa. Cuando me volví de nuevo unos metros más adelante ya no la vi.

En el restaurante no llegué a sentarme. Estaba solo, con el *maître* y varios camareros. Por lo que me dijeron, el marqués hacía rato que había cenado y se había retirado a su *suite* a descansar. Pedí que me llevasen la cena al camarote: rosbif, *foie gras*, vino y café.

Al regresar me encontré a la chica de pie frente a mi puerta. En su expresión intuí la ilusión de que le permitiese entrar conmigo, pero cerré

dejándola fuera. Al cabo de unos minutos tres camareros aparecieron con mi cena. Las raciones eran suficientemente generosas como para alimentar a una familia entera. Me acordé de la primera vez que vi al señor March. Ni hambriento como estaba podría dar cuenta de todo aquello. El rosbif y el vino me gustaron, el *foie gras* no y el café menos, no tenía nada que ver con el que padre hacía con la maquinilla rusa de café que guardaba en la orfebrería. Para entonces ya eran las diez, así que decidí acostarme. Me metí en la mullida cama dispuesto a dormir toda la noche de un tirón. Apagué la luz y cerré los ojos. A los pocos minutos volví a abrirlos, encendí la luz, me levanté de la cama y abrí la puerta del camarote. La joven negra seguía sentada en el suelo del pasillo.

—Entra —le dije.

Se puso de pie y pasó por delante de mí mirando al suelo. Se fue a una esquina y esperó en cuclillas de cara a la pared, como el animal que intenta no molestar a su dueño para que le deje dormir en la casa en vez de en la calle.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Como usted quiera. Puede ponerme el nombre que prefiera.

—¿Cuál te pusieron tus padres?

—Etweda.

Lo dijo en un susurro, tímida y avergonzada. Nunca había oído un nombre similar.

—Etweda... ¿Qué quiere decir?

—No lo sé. Mi familia es krumana, de Liberia. Supongo que mi nombre proviene de allí.

Tiempo después Etweda me contaría cómo los mercaderes entraban armados en los poblados y obligaban a la gente a ir con ellos. Si alguno se resistía, le disparaban. Muchos murieron, los más valientes. Los cobardes sobrevivían para avergonzarse de una vida de servidumbre. Ella fue separada de sus padres. Se llamaban Moussa y Ami, y ellos también fueron vendidos, como sus hermanos y primos. Moussa, su padre, era carpintero. Lo echaba de menos. Él había sido el único hombre que de verdad la había querido.

—Es demasiado tarde. Debemos descansar. En Sudáfrica serás libre de nuevo.

Ella empezó a preparar mi cama.

—No hagas eso —le pedí—. No eres mía. Si no, mañana mismo te entregaré al marqués.

—No, por favor —suplicó—. Si lo hace, pensará que me ha rechazado porque no le he complacido y me matarán. Un esclavo que no vale para servir

no vale nada.

Me acosté y apagué la luz. Al momento, sentí cómo se arrastraba por el suelo hasta los pies de la cama. En la oscuridad solo podía oír su respiración y la mía.

—Etweda.

—Sí, amo.

—Sube a la cama.

—Sí, amo.

Se puso de pie y, al contraluz del ojo de buey por el que se colaba el resplandor de la luna, vi cómo se desnudaba dejando caer su vestido al suelo. En la penumbra no había colores ni razas. Se acercó y se acostó a mi lado. Su piel era suave como una perla. Me tocó la espalda con la yema de sus dedos, recorriéndola por completo hasta la nuca. Nadie me había acariciado nunca así. Me estremecí.

—Duérmete —le dije.

—Sí, amo.

Y los dos nos dormimos. Ella antes que yo.

Día 25 de 100

Cuando abrí los ojos era tarde. Por primera vez fui consciente de lo que era dormir sin necesidad de trabajar para conseguir alimentos. Así era como vivía todos los días de su vida la gente rica. Miré a mi lado en la cama. Etweda estaba abrazada a mí. Me aparté de ella e intenté levantarme sin despertarla, escurriéndome entre sus brazos. Lentamente. Estaba desnuda, ni siquiera cubierta por la sábana. Observarla a la luz del día me avergonzaba pero no podía dejar de hacerlo. Su piel era negra como un ónix; su larga melena, que caía sobre sus hombros, parecía rizarse sobre sus curvas; sus pechos miraban al cielo, tersos, regios, afilados como aristas de espinela; sus piernas, sus brazos, su ombligo... Etweda entreabrió los ojos y, al verme de pie frente a ella, se cubrió convirtiéndose de pronto en un ovillo de oro.

—Lo siento —dije yo, más avergonzado que ella, y le di la espalda.

Pero aquella primera reacción de la Etweda humana se vio rápidamente eclipsada por la Etweda esclava. Poco a poco volvió a desenmarañarse para dejarse ver desnuda por mí.

—Buenos días, amo —dijo ofreciendo todo su ser para mi disfrute.

Me di la vuelta y volví a bajar la vista al suelo.

—Vístete, vamos a desayunar.

Etweda hizo un ligero gesto de decepción. Bajamos al comedor. De nuevo estaba vacío. Un único pasajero, yo, para todo el servicio. Etweda aguardó a mi espalda mientras yo pedía una sopa de ajo con pan. El camarero se disculpó:

—No tenemos sopa de ajo, señor. Si usted lo desea, puedo ofrecerle cualquier otra cosa del menú. ¿Unas sopas de leche, quizás?

—Gracias —acepté.

—¿Qué tal, mi joven amigo? —resonó una voz a mi espalda.

—Buenos días, señor marqués.

—¿Has podido disfrutar de mi regalo? —preguntó con sorna mirando a Etweda mientras se sentaba a mi lado y me golpeaba con el puño en el hombro como si fuésemos viejos amigos—. Puedo asegurarte que es una de las mejores amantes que he tenido entre mis esclavas.

Etweda bajó la cabeza, imagino que con la misma repugnancia ante aquel recuerdo que la mía al imaginar a ese hombre forzándola.

—Le agradezco mucho el detalle que ha querido tener conmigo pero no necesito una esclava, marqués —respondí intentando mostrarme suficientemente amable.

—¿No la quieres? —preguntó poniéndose serio—. ¿No serás uno de esos abolicionistas que intentan terminar con mi negocio?

Aquella era la primera vez que reconocía ante mí abiertamente que parte de su riqueza provenía del tráfico de personas.

—¿Yo? No, no..., es solo que nunca he necesitado a nadie para servirme y no lo necesito ahora... Puedo arreglármelas solo —respondí sin saber muy bien las consecuencias de mis palabras e intentando sopesar en el rostro de mi anfitrión qué le parecían.

Se rio a carcajadas. Volvió a ponerse serio y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—No te creo.

—¿Qué? —pregunté desconcertado.

Se tocó la comisura de los labios.

—Que lo que en realidad pienso es que eres uno de esos defensores de esta escoria.

—No, señor, se equivoca. Los desprecio tanto como usted —respondí tajantemente, y para afianzar mi mentira me puse en pie ante él.

—Está bien. Si es así, demuéstremelo.

El marqués sacó su revólver Lefauchaux, el mismo con el que había matado al marinero del Santísima Trinidad, y me lo dio.

—Mátala. —Y señaló a Etweda—. Demuéstrame lo poco que vale para ti —me ordenó mientras indicaba al camarero que le sirviese café en su taza.

Cogí el revólver, más por ganar tiempo que con la intención de darle ningún tipo de uso, y me acerqué a ella.

—Venga, chico —me apremió el marqués—, tengo hambre. Cuanto antes termines, antes podremos ponernos a desayunar.

Apoyé el cañón en la frente de Etweda. Ella me miró suplicante. Apreté el gatillo despacio. Cerró los ojos, y en sus labios pude leer el susurro de sus oraciones.

—Señor, siento tener que decírselo, pero, como capitán del barco y velando por la seguridad del resto del pasaje, les prohíbo terminantemente que hagan uso de armas de fuego en el interior de la nave.

Por fortuna, alguien del servicio había ido a avisarlo. Aparté el revólver de la frente de Etweda, pero solo por un instante.

—¡¡Dispara!! —ordenó el marqués fuera de sí, ignorando al capitán, que insistió:

—¡¡Señor, si lo hace estaré obligado a denunciarlos!!

El marqués se fue hacia él, lo encaró y le dijo amenazante:

—Está bien, hágalo, pero, si me denuncia, olvídese de volver a capitanear un barco en este maldito océano ni en ningún otro conocido o por descubrir. —Y se volvió hacia mí—: ¿Qué vas a hacer? Dispara, o te juro que hago volver el barco a tierra.

El arma me temblaba en la mano mientras el corazón lo hacía en mi pecho.

—¡¡Hazlo!!!

Cerré los ojos y aún hoy no consigo comprender por qué apreté el gatillo.

40

Una marquesa del siglo XVIII quiso que el diamante que le iba a regalar su amante tuviese una forma especial. Una forma que nadie nunca hubiese visto. Su amante fue a ver a un joyero al que conocía y este pidió conocer a la mujer en la que debía inspirarse. Luego talló un diamante que evocaba la boca de la amada. Desde entonces ese tipo de trabajo es conocido como «talla Marquise».

Padre me enseñó todas las tallas que conocía: oval, redonda, triangular, brillante...

—Cada diamante tiene una talla distinta en su interior —me dijo—. Esa talla habla del propio diamante y de la persona que lo llevará.

—¿Y cómo sabré cual es la adecuada, padre?

—Él te lo dirá, solo dale el tiempo necesario para que te lo cuente.

Durante esos meses vi diamantes de todos los colores: amarillos, verdes, azules..., incluso uno rojo, el diamante más valioso. El único que vi en mi vida hasta que llegué a Kimberley.

El clic del gatillo retumbó en todo el salón como el martillazo que rompe una gema en mil pedazos. Después todo quedó en silencio. No hubo detonación, ni estertores, ni sangre. Etweda abrió los ojos y me miró. Una lágrima había quedado prendida en su pupila como un náufrago agarrado a la última tabla de un barco hundido. No supe si era de rabia o de dolor. Yo, si hubiera podido, en aquel momento habría gritado. Habría lanzado por los aires las mesas y la vajilla destrozándolo todo. Habría cogido al marqués y le habría asfixiado con mis propias manos. Me volví lentamente hacia él. Estaba sonriendo. Satisfecho.

—¿De verdad pensabas que soy tan estúpido de desperdiciar una esclava tan valiosa como esa por orgullo? —Me quitó el revólver de la mano, me mostró el tambor vacío y se lo guardó.

Después miró a Siawash y asintió con soberbia mientras se sentaba a la mesa.

—Míralo así. Ahora yo sé que puedo confiar en ti, y ella, que su vida para ti no vale nada.

Inmediatamente comenzaron a servirle el desayuno. El capitán se sentó a su lado. Yo lo hice enfrente, en el sitio que ocupaba antes, con las manos todavía temblorosas, mientras Etweda daba un paso atrás arrastrando los pies, sin hacer ruido.

—No sé a dónde va a llegar este país. Hace unos meses, allá por marzo, esos desgraciados de republicanos decidieron abolir la esclavitud en Puerto Rico —se quejó estirando la servilleta sobre sus piernas.

Yo miraba de reojo a Etweda.

—¿Saben cuántos esclavos van a ser libres de golpe? —Dio un mordisco a uno de los trozos de pan y continuó hablando con la boca llena—: No tienen la más remota idea porque, si lo supieran, no lo harían... Más de veintinueve mil. ¡¡Veintinueve mil!! ¡¡¡El cinco por ciento de la población de Puerto Rico!!! ¿Qué cree ese desgraciado de Vizcarrondo que van a hacer esos salvajes cuando no tengan nada que comer? Yo se lo diré. Asaltar las casas de

sus antiguos señores, asesinarlos y violar a sus mujeres y a sus hijas. Cuando eso suceda, llorarán todos allá y en Madrid. Esta gente solo es fiel si ve un látigo en tu mano. ¿No crees?

—No lo sé. Nunca había visto un esclavo —respondí.

—Y tampoco habías tenido ninguno hasta ahora. —Me guiñó un ojo—. Tu vida ya no volverá a ser la misma. Te lo aseguro. Cuando tienes un esclavo, aunque solo sea por unas horas, ya no puedes volver a vivir sin uno. Ven aquí —le dijo a Etweda con un gesto que más parecía dedicado a un animal que a un humano—. ¿Me la prestas un instante? —me preguntó.

Yo asentí, aunque quería decir que no. Etweda se acercó. Él la obligó a arrodillarse entre nosotros dos. Luego cogió el bollo que había mordido y se lo lanzó al suelo. Etweda no se movió.

—¿Lo ves?, esto es una esclava bien educada. —Y chasqueó los dedos.

Etweda cogió el trozo de pan con las dos manos y comenzó a comerlo sin levantar la mirada. El marqués le acarició la cabeza rascándole por detrás de la oreja.

—Esto le encanta.

En ese momento lo decidí. Tenía que acabar con el marqués antes de regresar a Barcelona. No solo por salvar mi propia vida, sino porque aquel hombre no era digno de ser llamado así.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar a Ciudad del Cabo? —preguntó mirando al capitán.

—Si continúa el viento de popa, arribaremos en unos veinte días, cinco menos de lo previsto.

Para mi extrañeza, el marqués no mostraba ningún signo de rencor. Actuaba como si el enfrentamiento con el capitán nunca hubiese sucedido.

Y nos quedaban veinte días juntos todavía.

Volví al camarote seguido de Etweda. Me senté en la cama. Ella se quedó de pie delante de mí. Durante un rato no me atreví a mirarla a la cara.

—Lo siento —dije, y sin poder evitarlo empecé a llorar.

Nunca me había sentido de aquella manera, indigno de vivir. Cómo iba a ser digno de una mujer como Isabel. Etweda se sentó a mi lado, mojó sus dedos en mis lágrimas y luego los acercó a sus labios. Cerró los ojos como si estuviese saboreando mi alma. Me acurruqué en su regazo y ella me acarició el pelo. Me quedé allí, como un niño que busca el consuelo de su madre después de caerse en la calle. Su corazón latía suave. Acompasado. Lento. Tranquilo. Me abracé con más fuerza a ella y subí hasta su pecho, buscando su paz. Etweda me olió el pelo. Me besó en la nuca.

—Perdóname —susurré.

—No tengo nada que perdonarle, amo. Puede hacer conmigo lo que quiera.

Nos dejamos caer en la cama. Etweda empezó a quitarme la ropa. Sin prisa. Acariciando cada parte de mi cuerpo. Besándome mientras yo le tocaba la cara, el pelo... Ella se quitó el vestido por la cabeza y se dejó caer sobre mí rozando con sus pezones mi pecho. Me besó de nuevo, mordió mi labio inferior y continuó lamiendo y besándome la oreja, el cuello, el vientre, hasta llegar a mi más profundo ser. Eché la cabeza hacia atrás al tiempo que cerraba los ojos buscando una respuesta a aquel placer.

—Ven —le rogué intentando que volviese a subir hasta mi rostro, pero ella me apartó las manos y me desobedeció por primera vez.

Apreté con fuerza las sábanas e intenté contener mis impulsos hasta que por fin, antes de que sintiese el vacío en mi interior, volvió a encontrarse conmigo cara a cara.

—¿Está bien, amo? —me preguntó acostada sobre mí.

Le sonreí inocente y súbitamente la volteé para ponerme sobre ella. Sus piernas se abrieron para rodear mi cintura dejando el camino libre a su ser.

—Hágalo —me susurró—. Soy suya.

Tanteé hasta encontrar la entrada a la cueva de sus entrañas y cuando sentí su humedad empujé con fuerza hasta hacerle espirar un suspiro. Me mordió el cuello mientras con sus manos me alborotaba el pelo y tiraba de él. Poco a poco sentí cómo nuestros cuerpos se convertían en uno solo. Con cada movimiento de mi cadera ella arqueaba más y más su espalda hasta casi romperse entre gritos apagados. Finalmente los dos nos dejamos caer boca arriba en la cama y respiramos agitadamente hasta recuperar el aliento. Nunca había imaginado que podía llegar a sentir tanto placer.

Isabel se acercó a mi cama mientras yo aún dormía.

—¿Cuándo volverás? —preguntó susurrándome al oído.

Abrí los ojos despacio. Vestía como la última vez que nos habíamos visto en su dormitorio.

—Pronto —le respondí—. Aunque solo puedo hacerlo si sé que conseguiré tu mano y podré salvar a mi familia. Pero para eso necesito llegar hasta Kimberley y hacerme con el mayor diamante que exista.

Etweda continuaba dormida a mi lado. Me levanté. Isabel me cogió de la mano y me llevó a la cubierta del barco. Estaba amaneciendo. A nuestro alrededor solo había mar.

—El marqués no debe verte —le advertí preocupado—. Si sabe que conocemos su secreto, intentará matarme antes de llegar a Sudáfrica.

—Lo hará igual, tarde o temprano. Y contigo moriré yo —me susurró sin llegar a mover los labios, mirando al horizonte.

—No. Solo los necesito a él y su dinero hasta llegar a las minas. Después, cuando haya encontrado el diamante, lo mataré y volveré a casa para pedir tu mano.

—¿Y el señor March? ¿Qué harás con él? No podrás matarlo también. Piénsalo. Huyamos.

Isabel tenía razón. Yo había creído que era posible huir con ella lejos de su padre, del señor March, del marqués... Volver a casa y, esta vez sí, lograr saltar por la ventana antes de que nos descubriesen.

—Mira, ellos son libres —dijo Isabel mirando al mar.

Un grupo de delfines saltaban sin descanso en la superficie color aguamarina. Respiré. El aire frío del océano entró en mis pulmones. Cuando me volví a mirarla, Isabel ya no estaba allí. A lo lejos la vi entrar en el barco. Corrí tras ella. La seguí por la escalinata y luego por el pasillo hasta mi camarote. La puerta estaba entornada. Entré despacio y la encontré de pie al lado de la cama, mirando a Etweda, que continuaba acostada.

—Quizás deberías enamorarte de ella, es preciosa.

—Uno no elige de quién se enamora, Isabel. —Intenté tocarla, pero mi mano solo acarició el aire.

—Tengo que marcharme.

—No —supliqué—. Espera. No me dejes solo. No me abandones.

—Ya es de día. Todo el mundo está a punto de despertarse. Mis padres me echarán de menos si no regreso.

—Yo lo haré si te marchas. Solo contigo me siento especial.

—Serás un buen marido. —Me besó en la mejilla dulcemente y se fue.

Me desperté en la cama al lado de Etweda. Ella me estaba mirando.

—Amo, hablaba en sueños.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunté mientras me incorporaba deseoso de que hubiese pasado otra noche más... Otra menos en aquel maldito barco.

—Una hora.

Enfadado, le pedí a Etweda que me dejase solo. Se levantó y cubriéndose apresuradamente salió del camarote. Cogí la carta de mis padres bajo el colchón y continué leyéndola. A solas volví a llorar.

Día 40 de 100

Hasta la decimoquinta jornada de travesía todo fue más o menos según lo previsto. Cada día hacía exactamente lo mismo para intentar no llamar la atención del marqués que, con el paso del tiempo en alta mar, se iba volviendo más irascible. Me levantaba con los primeros gritos de los marineros y, acompañado de Etweda, bajaba al salón restaurante para desayunar. El marqués, que al principio me acompañaba en cada una de las comidas, había dejado de hacerlo. Los sirvientes le llevaban las bandejas a su camarote. Hacía dos días que no lo veía cuando sucedió. Por la noche lo oímos gritar borracho en cubierta y luego empezó a disparar su revólver sin descanso. Etweda se escondió entre las mantas como si estas pudieran protegerla de aquellas balas.

—Cuando empieza así, alguien termina muriendo —dijo.

Nos quedamos callados intentando escrutar los ruidos del barco para descubrir qué estaba sucediendo. Alguna carrera por el pasillo, entre los crujidos de las maderas, delataba el nerviosismo de los esclavos o de los miembros de la tripulación. Me levanté de la cama.

—No, amo..., no lo haga —rogó Etweda.

—Chsss..., espera —le pedí acariciándole la mejilla para calmarla—. No te preocupes.

Me asomé a la puerta y uno de los esclavos del marqués me gritó mientras corría a esconderse:

—¡Métase dentro, señor! No salga bajo ningún concepto. Se ha vuelto loco otra vez.

Obedecí sin dudar. Cerré la puerta con el pestillo y me senté en la cama. Podía oír a Etweda respirar bajo la manta. La toqué intentando tranquilizarla. Miré el reloj. Eran las dos de la madrugada. Quizás el marqués había regresado a su camarote a descansar. Si estaba tan borracho como sonaba

cuando daba voces en cubierta, seguramente no hubiera ni podido caminar erguido. Parecía que todo había pasado cuando alguien golpeó nuestra puerta.

—¿Sí? —pregunté sin llegar a abrir.

—¡Sal ahora mismo, muchacho! —gritó el marqués desde el pasillo arrastrando las palabras por culpa del alcohol—. Quiero comentar algo contigo.

—Ahora mismo no es un buen momento, señor marqués. Mañana por la mañana podemos hablar de lo que usted quiera en el desayuno.

Tomé aire esperando que aceptase mi propuesta. Un segundo, dos segundos...

—¡¡Te he dicho que salgas!! ¡¡No me obligues a tirar la puerta abajo!!

Etweda se asomó entre las mantas.

—No lo haga, amo. La última vez que sucedió esto fue una tragedia —dijo en voz tan baja que apenas podía oírla.

—¡¡Te espero en cubierta en dos minutos!! —gritó el marqués desde el pasillo antes de disparar a la cerradura de mi puerta. Se asomó y, con un dulce y desconcertante tono de voz, añadió—: Ya fornicarás con esa zorra después.

Y se marchó.

Sin darse por ofendida, Etweda me contó lo que le pasó al señor Valdés, uno de los mejores amigos del marqués. Este lo invitó a la hacienda que tenía en Cuba y Valdés acudió con toda su familia: mujer, cinco hijos, tres hijas, incluso el perro pastor. Con la excusa de que el señor Valdés era un reputado político catalán, el marqués había organizado algunas cenas en su casa que no tenían otro propósito que alcanzar acuerdos con las autoridades locales. Los primeros días las cosas fueron bien. Durante el día el marqués colmaba todos los deseos de la familia del político: excursiones, regalos, ropas para las damas..., y a cambio, por la noche aprovechaba para conquistar poco a poco más poder dentro del organigrama político local. ¿Cuál era el problema?, pensaría el marqués. Ni siquiera le estaba pidiendo a Valdés que hiciese nada. Era su mera presencia la que ayudaba a doblegar voluntades, ya que ratificaba la fama que el marqués intentaba expandir allende los mares como hombre con grandes contactos en la metrópoli. Pero el señor Valdés era un hombre honrado al que no le gustaba que se jugase con su palabra ni con su figura. Cuando se dio cuenta de cómo su anfitrión estaba utilizándolo en su provecho, discutieron agriamente y el señor Valdés prometió marcharse al día siguiente de la hacienda.

—Lo hizo a gritos mientras se dirigía a su dormitorio y pudimos oírlo todos —me contó Etweda.

Por mucho que el marqués intentó disculparse y convencerlo de que nada más lejos de su intención que haberle faltado al respeto, el político catalán no dio su brazo a torcer. «Su estúpida honorabilidad», en palabras del marqués, iba a terminar de un plumazo con todo lo que él había conseguido en los últimos dos años. No podía permitirlo. Cuando el señor Valdés y toda su familia se hubieron acostado, el marqués se quedó en el salón fumando y bebiendo. Según Etweda, ese debió ser el momento en que lo decidió.

Para cuando la ayuda llegó desde el pueblo cercano las llamas alcanzaban ya las dos plantas de la hacienda y poco se podía hacer por las personas que se encontraban dentro.

—Nunca pude olvidar los gritos de aquellos pobres niños intentando huir de aquel infierno —se lamentó Etweda.

Ni uno solo de los miembros de la familia del señor Valdés sobrevivió. Los diarios del día siguiente en Cuba, y dos días más tarde en España, se hicieron eco de la noticia. Nunca llegó a descubrirse la causa del incendio y unos meses después el marqués reconstruyó su mansión con el dinero recibido del seguro.

Todavía era de noche cuando salí a la cubierta con las solapas de la chaqueta subidas hasta la boca. Antes había pasado por el restaurante para hacerme con un cuchillo carnicero y lo llevaba escondido dentro de la manga. Si el marqués pretendía atacarme, se lo clavaría en el pecho sin dudarlo..., o eso pensaba. Porque nunca me había detenido a pensar en lo complicado que es matar a un hombre. No solo decidirlo, sino hacerlo. Hundir el filo de un cuchillo en la carne de alguien hasta el corazón. Si me hubieran dicho al salir de Barcelona que terminaría matando con mis propias manos a una persona, habría asegurado que eso era imposible.

—¡¡Por fin!! —gritó el marqués abriendo los brazos al verme en la cubierta—. Ven aquí conmigo.

Estaba vestido tan solo con una bata de color verde que llevaba cerrada con un cordón dorado. Tenía en una mano una botella de whisky que alzó al tiempo que me saludaba, y en la otra, el revólver. Disparó al aire, en una muestra de entusiasmo como el perro que agita la cola al encontrarse con su amo de regreso a casa.

Me acerqué a él temeroso y me ofreció la botella.

—Pruébalo. Me lo traen de Irlanda directamente. Te aseguro que en tu vida beberás un whisky como este.

Me acerqué la botella a la boca para beber un trago, pero lo único que hice fue soplar aire en el interior para, con el burbujeo del líquido, dar la impresión de que había bebido.

—Marqués..., ¿no cree que debería descansar? —le pregunté.

—¿Para qué? ¿Tienes algo interesante que hacer mañana? Si es así, estaré feliz de ir a mi camarote a dormir.

De alguna manera, tenía razón. ¿Qué importaba dormirse de madrugada y despertarse tarde si no había nada que hacer más que mirar el océano que se extendía ante nosotros mientras bordeábamos la costa africana?

—Bebe de verdad, como un hombre —me animó señalándome con el revólver que colgaba de sus dedos—. No intentes engañarme.

Lo hice. Luego le devolví la botella. El marqués se sentó en una tumbona y me invitó a acompañarlo golpeando la que estaba a su lado. Allí sentados, el marqués y yo parecíamos dos amigos disfrutando de la brisa marina y el whisky de Irlanda.

—Háblame de esa chica —dijo como sin darle importancia.

—¿Qué chica, señor?

—Esa con la que quieres casarte... ¿Cómo se llamaba? —preguntó como si realmente no supiese su nombre.

—Isabel —contesté yo sin darme por enterado—. ¿Qué quiere saber de ella?

—¿Cómo es? No físicamente. Eso no es importante... Lo que quiero saber es por qué te has enamorado de ella.

A cualquier otra persona le habría hablado de la primera vez que me encontré con Isabel en la iglesia, de las noches sin dormir tallando la gema que le regalé, de la noche en el baile de máscaras, de su olor, del tacto de su piel, de nuestra despedida cuando estuvimos a punto de huir juntos por la ventana de su dormitorio, de los sueños de futuro que tenía con ella...

—Pues no sé..., es una chica, sin más.

El marqués no era cualquier persona, sin más. Me miró, sonrió y volvió a beber de la botella.

—Haces bien. Cuando encuentres un negocio, no le cuentes a nadie por qué te enamoraste de él. Guárdalo para ti. Si lo cuentas, solo te traerá problemas porque alguien pretenderá robártelo.

Agradecí el consejo y me puse en pie dispuesto a marcharme.

—Creo que me apetece usar su regalo —dije convencido de que me dejaría irme sin problema.

Estiré la mano a la espera de que me la estrechase. No lo hizo.

—No te fíes de esa negra —dijo antes de recostarse más en la hamaca y cerrar los ojos—, miente más que habla. Como todos los negros. No hay uno que diga una verdad. Estoy seguro de que te ha contado que soy un hombre sin escrúpulos, que estoy dispuesto a lo que sea por mis negocios y que incluso asesiné a mi gran amigo el señor Valdés y a su familia allá en Cuba. ¿Puedes creerte que alguien diga una barbaridad semejante?

—Le aseguro, marqués, que nadie me ha dicho nada ni parecido... Es más, tenga por seguro que, si alguien lo hiciese, yo mismo sacaría la cara por usted para defenderle —mentí.

—¿Sabes que nadie nunca me ha querido? —Por el quiebro de su voz pude deducir que estaba a punto de echarse a llorar—. Ni siquiera mis padres,

para los que yo siempre fui una carga más que una bendición.

No supe si hablaba el marqués o el alcohol. Abrió los ojos. Se puso en pie. Se acercó a mí hasta que nuestros rostros estuvieron pegados nariz con nariz y yo pude oler las dos botellas de whisky que ya se había bebido, y de forma súbita me abrazó.

—Me alegro de haberte conocido. Eres un buen muchacho. Mi único y verdadero amigo.

Me besó en una mejilla, luego en la otra y, dejándome en la cubierta, se dirigió a su camarote golpeándose contra las paredes. Ya a solas lancé el cuchillo al mar y volví al camarote.

Etweda me abrazó como se abraza al que se fue a la guerra y regresa sano y salvo.

Al día siguiente el marqués se comportó durante el desayuno como si no recordase nada, así que entendí que lo mejor era que yo también hiciese como si nada hubiese sucedido.

—¿Qué sabe de la familia del marqués? —le pregunté al capitán del barco cuando nos quedamos a solas.

—¿Por qué pregunta eso? ¿No cree que tenemos ya suficientes problemas?

Mentí. Le expliqué que había oído a unos esclavos hablar sobre la mala relación que tenía con sus padres. El capitán se llevó el dedo índice a la boca y mirando a su alrededor me pidió que bajase la voz.

—No vuelva a hablar de ellos en uno de mis barcos, ¿entendido?

—¿Por qué?

—Porque hay cosas de las que uno no debe hablar si no se quiere tener problemas y esa le aseguro que es una de ellas.

Nunca jamás volví a preguntar por la familia del marqués.

Nueve días más tarde la sirena del barco nos despertó al alba. Después de que Etweda me ayudase a vestirme nos dirigimos a cubierta. El viento frío proveniente del Antártico nos golpeó en el rostro obligándonos a cubrirnos con mantas. Frente a nosotros, avistamos la majestuosa montaña con forma de mesa que da cobijo a la Ciudad del Cabo y que en ese momento estaba cubierta con una capa de niebla que sus habitantes acostumbra a llamar *el mantel*. A la izquierda pudimos ver el edificio amarillo del hospital de New

Somerset, con la puerta flanqueada por los balcones de metal color burdeos. Mientras nos acercábamos a la costa tras veintidós días sin pisar tierra, parecía más una fortaleza que un hospital. Por eso las enfermeras que trabajaban en él llamaban a aquel edificio *el castillo embrujado*. Muy cerca del hospital se alzaba el faro de Green Point, con sus franjas diagonales rojas y blancas. Aunque hubiésemos estado ciegos, los graznidos atronadores de las hambrientas gaviotas dejaban claro que nos acercábamos a tierra por fin. Hacía cincuenta días que había salido de casa, lo que quería decir que tan solo quedaba la mitad del tiempo para que expirase el plazo del señor March. A mi lado, un paso por detrás de mí como siempre, estaba Etweda. Desde lo alto del puesto de mando, al lado del capitán, el marqués me miró y, después de señalar la ciudad, sonrió y me guiñó un ojo.

Por delante quedaba un largo, peligroso y sangriento viaje de ida y vuelta a caballo a las minas de Kimberley, en el interior del país. Un viaje que ninguno de nosotros podría olvidar jamás.

Khoikhoi quiere decir «hombres de los hombres».

Mucho antes de que ningún hombre blanco llegase a lo que hoy es Ciudad del Cabo, esas tierras estaban dominadas por esa tribu de pastores negros, los *khoikhoi* u *hotentotes*. Era así hasta que el 6 de abril de 1652 llegaron tres barcos holandeses bautizados, *Reijer*, *Dramedaris* y *Goede Hoop*. Al mando estaba un hombre, Jan van Riebeeck, que tenía el encargo de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales de establecer un asentamiento para abastecer los barcos que viajaban entre los Países Bajos y las Indias Orientales. El enfrentamiento bélico fue una cuestión de tiempo. En 1677, tras tres guerras, los *khoikhoi* fueron sometidos y los holandeses impusieron su cultura y su religión.

Tras esa victoria, a los holandeses blancos se los llamó *bóeres*, y eran la población dominante en Sudáfrica cuando nosotros arribamos a Ciudad del Cabo.

Día 50 de 100

La señal del cañón que avisaba de la llegada de un nuevo barco retumbó en la bahía a medida que nos aproximábamos y la pequeña embarcación del práctico nos guiaba hacia el puerto de Ciudad del Cabo. En 1874 la ciudad todavía no estaba preparada para recibir a los grandes barcos, así que estos debían fondear en Robben Island, un islote que acogía a una colonia de focas durante todo el año, de ahí su nombre. A los pocos minutos otro cañonazo sonó tierra adentro replicando al que acababan de disparar desde el cerro de las Señales, una pequeña ladera delante de la montaña conocida como *La cabeza del león*. Uno de los dos cerros que vigilan la ciudad junto con *el del Diablo*. A este último lo llamaban así porque, según se decía, un marinero holandés había realizado una apuesta con el diablo para ver quién era capaz de echar de allí a las nubes, si el diablo soplando o el holandés con su pipa. La llegada de cada nuevo barco desataba el mismo ritual. Tras los cañonazos, los habitantes salían de sus casas en tropel para dirigirse a la playa y, en una carrera de barcas que ocupaban todo el litoral, remaban hasta los barcos. Algunos llevaban las barcas vacías con la intención de desembarcar a los pasajeros; otros para hacerse cargo de la mercancía, que podía consistir en vajillas, ropa de cama, materiales de construcción..., hasta incluso casas enteras llevadas en pedazos desde el Viejo Continente. Los menos salían de los embarcaderos de la ciudad con sus lanchas cargadas de alimentos y bebida para abastecer las vacías bodegas del barco recién llegado, que en unos días realizaría el viaje de regreso o continuaría rumbo a las Indias.

Después de que el Espíritu de Blancaró hubiese atracado en el muelle de Robben Island, me dirigí a la cubierta mientras Etweda se quedaba en el camarote preparando mis cosas. No le llevaría demasiado tiempo. En cuanto salí, pude oír cómo el marqués encargaba a Siawash que se adelantase para comprar los billetes de ferrocarril hacia Wellington, mientras el resto de sus esclavos comenzaba a trasladar su numeroso equipaje a las barcas. Wellington

era una pequeña ciudad rodeada de colinas, viñedos y granjas que se encontraba a sesenta millas de Ciudad del Cabo en dirección al interior. El último lugar civilizado al que llegaba la línea férrea. El resto del viaje hasta Kimberley, unas setecientas cincuenta millas, lo haríamos en carromato a través del peligroso e inhóspito desierto de Karoo, por lo que no podíamos perder tiempo. La primera barca, cargada con Siawash, otros esclavos y parte del equipaje, partió hacia la costa.

El capitán bajó desde el puesto de mando a la cubierta y se despidió de nosotros. Nos esperaba con el Espíritu de Blancaró puesto a punto para llevarnos a Barcelona cuando regresásemos con los diamantes. Ellos no lo sabían, pero, si lograba cumplir mis planes, esa sería la última vez que el capitán y el marqués se viesan. Solo tenía que encontrar el instante adecuado. No estaba seguro de si tendría el valor, pero debía hacerlo. Eran él o mi familia, Isabel y yo.

—¿Preparado? —me preguntó el marqués, que aquella mañana parecía haberse despertado de buen humor, mientras bajaba la inestable escalerilla de cuerda hasta la barca.

Miré a mi espalda buscando a Etweda.

—No te preocupes por tu negra, vendrá con el resto del equipaje en otra barca detrás de nosotros.

Odiaba cuando se refería a Etweda de aquella manera.

—Sí, estoy listo —respondí sin dar la menor muestra de molestia.

Eso también lo había aprendido durante la travesía. Si dejaba entrever cualquier clase de emoción, podía utilizarla luego en mi contra. Era mejor que nunca supiese lo que sentía.

Con su aire de superioridad, se quedó de pie en la barca, como el capitán pirata dispuesto a comenzar la búsqueda de un tesoro. Aún en cubierta, yo estreché la mano del capitán, que me dio un abrazo que me pareció sincero.

—No se fíe de él nunca —me susurró al oído, y él mismo rompió su juramento de no hablar del pasado del marqués—. Ni siquiera sus padres lo hacían. Lo echaron de casa cuando tenía solo ocho años.

Con un ligero movimiento de cabeza, agradecí el consejo y me dirigí a la escalinata. ¿Qué podía haber hecho un niño de ocho años para que sus padres lo echasen de casa? Mientras bajaba los dos primeros escalones de cuerda, recordé que había olvidado la carta de mis padres bajo el colchón del camarote. No podía permitirme que la encontrasen, ya que mi secreto, o mejor dicho el secreto que el marqués me ocultaba, quedaría al descubierto. Me disculpé y volví al barco apurando el paso.

Cuando llegué al camarote me encontré a Etweda sentada en la cama. Tenía la carta entre las manos temblorosas. Levantó la vista del papel y me miró. Parecía que hubiese visto al mismísimo diablo.

—¿Sabes leer? —pregunté extrañado, porque yo había aprendido por empeño de mi madre, pero en aquellos años casi nadie, y menos un criado o un esclavo, sabía leer.

—Aprendí cuando trabajaba para el marqués. Me enseñó una de sus esclavas. El marqués no lo sabe.

—¿Has leído la carta?

Etweda asintió.

—¿Qué va a hacer, amo? —preguntó, y en su voz pude entrever el miedo a la muerte.

No respondí.

—¿Esta es la chica con la que usted sueña? ¿De la que habla cuando duerme?

Dije que sí. Y, sin dejarme dar ninguna otra explicación, Etweda cogió apresuradamente el pequeño hatillo que había hecho y salió del camarote dejando la carta sobre las sábanas. La recogí. Después de leerla una última vez la metí en la salamandra y le prendí fuego. La carta se convirtió en cenizas que flotaron en el aire como los sueños que están por cumplirse. No podía arriesgarme a que alguien más la leyese. Salí del camarote y me encontré en el pasillo con uno de los esclavos del marqués, que venía nervioso a buscarme.

—Señor, el amo le está esperando en la barca, está empezando a impacientarse.

—Gracias —respondí, y volví a la cubierta.

—¡Pero ¿qué demonios estás haciendo?! —gritó el marqués al verme asomar por la borda—. Date prisa.

Cuando por fin me subí en la barca, los marineros la despegaron del Espíritu de Blancaró utilizando sus remos como palancas y nos dirigimos a la costa. Para mi sorpresa, al igual que no tardaría en descubrirlo con la mayoría de los habitantes de Ciudad del Cabo, todos aquellos hombres eran blancos. Durante las largas noches de travesía había imaginado una ciudad llena de gente negra y eso me ponía nervioso. De alguna forma, las historias que el marqués había ido contando sobre esclavos negros ladrones, violadores y asesinos preparados para dar muerte a sus amos blancos habían ido calando en mí y me habían convencido de que mi vida correría peligro desde el mismo instante en que pusiese un pie en tierra firme. Nada que ver con la realidad.

De los 45.000 habitantes que ocupaban entonces las 4.000 casas de la ciudad, solo 12.000 eran musulmanes o negros, y estos eran en su mayoría personas pacíficas que lo único que querían era vivir sin problemas en las laderas donde se habían establecido después del fin de la esclavitud en 1834, y para eso lo mejor era no cruzarse con los prepotentes hombres blancos. Sobre todo, con aquellos recién llegados desde Europa. Aquella primera noche, en la fiesta del hotel de Ciudad del Cabo, el marqués me contaría la historia de la ciudad y de cómo llegaron los primeros holandeses, de los que descendía la mayoría de sus habitantes.

—*Een, twee, drie* —repetían acompasadamente los marineros a cada palada que nos acercaba a Ciudad del Cabo—. *Een, twee, drie...*

—¿Has visto qué maravilla? —preguntó el marqués señalando los intensos colores de la bahía de la Mesa—. ¿No te recuerda a un cuadro de Ruskin?

No respondí, haciendo caso omiso a los consejos de mi padre, y mi silencio hizo sonreír al marqués.

—No tienes ni puñetera idea de quién es Ruskin, ¿verdad? —preguntó levantando la voz sobre las pequeñas olas que golpeaban el casco de la barca.

—No, señor —respondí yo esperando una explicación más detallada que nunca llegó.

Él volvió a reírse y dejó que los gritos de los marineros se impusieran al resto de los sonidos.

En los embarcaderos junto a la playa los marineros fueron cogiéndonos en brazos uno tras otro para llevarnos hasta el carromato que nos esperaba, sin que tuviésemos que tocar ni el agua, que rompía con fuerza contra las rocas, ni la arena. La ciudad nada tenía que ver con lo que yo había imaginado. En mi cabeza había sido un poblado lleno de chozas, pero estaba atestada de gente vestida elegantemente que caminaba de un lado a otro sin descanso por las anchísimas y embarradas calles. Los edificios de incluso tres alturas, pintados de blanco y con persianas venecianas, le daban un aspecto moderno. Avanzamos por Bree Street y Strand Street hasta la estación de ferrocarril entre los vendedores ambulantes que hacían sonar sus *fish horns* y una multitud de niños sin hogar que, incesantemente, intentaban hacerse con cualquier cosa que un transeúnte despistado dejase sin vigilancia durante un segundo. Cuando los otros esclavos estaban descargando el equipaje, Siawash salió del edificio principal.

—Amo, amo..., no hay billetes —explicó bajando la cabeza a sabiendas de que iba a provocar una tormenta de proporciones incalculables.

—¿De qué estás hablando, Siawash? —preguntó el marqués poniendo los brazos en jarra.

—He intentado comprar billetes para Wellington y me han dicho que están agotados.

—Pues cómpralos para mañana —espetó el marqués molesto de tener que dar todas las soluciones.

—Ya lo he intentado, amo. No hay billetes de ferrocarril hacia Wellington hasta dentro de veinticinco días.

Así fue como descubrimos que mineros de todas partes del mundo se dirigían a Kimberley con la esperanza de encontrar la gema que les cambiase la vida. Pero veinticinco días era un tiempo de espera imposible de asumir ni para mí ni para el marqués. Era irónico. Los dos nos encontrábamos en la misma situación: si no llegábamos antes de los cien días y el señor March conseguía presentar un diamante, fuese cual fuese su tamaño, habría ganado la mano de Isabel.

—Ven aquí —le pidió a Siawash, que obedeció inmediatamente y se plantó ante su amo acercando su oreja a la boca de aquel.

En cualquier otra situación, el marqués, fruto de la desesperación, habría golpeado a aquel hombre sin descanso, pero en cambio respiró hondo y le pidió en un susurro que buscara a algunos mineros, de los cientos que plagaban la estación de tren haciendo tiempo para su viaje, y les comprara sus billetes para los siguientes días a cualquier precio. Luego dio orden a los otros esclavos de que recogiesen los equipajes y nos trasladásemos al Grand Hotel, que se encontraba enfrente de la estación. Era un edificio de cuatro plantas, uno de los más altos de la ciudad, de aspecto victoriano. Las paredes blancas llamaban la atención entre las calles embarradas y llenas de excrementos de caballo. Era uno de esos lugares en los que uno sueña con poder alojarse algún día. En los balcones de la segunda planta, tras las barandillas de metal, asomaban palmeras que le daban un aspecto tropical. Dos trabajadores negros, vestidos de impoluto blanco, salieron del hotel y se acercaron a nosotros. El marqués levantó la mano para obligarlos a detenerse.

—Ni se os ocurra tocar mis cosas, lo harán mis esclavos —dijo en inglés, y entró.

Tanto yo como los esclavos lo seguimos. Estos eran once en total, contando a Etweda. Todos menos ella, propiedad del marqués, ocuparon la recepción al completo. Cargaban el equipaje y todo lo necesario para el viaje pues el marqués no se fiaba de dejarlo en los carromatos durante la noche. El director del hotel se asomó desde su despacho. Era un hombre de aspecto

nórdico, alto, joven, atractivo, que llevaba unas pequeñas lentes en equilibrio sobre la punta de la nariz. Seguramente era descendiente de aquellos primeros holandeses que habían llegado siglos atrás a esas tierras.

—Lo siento, señores, tendrán que disculparme, pero sus criados deben esperar en la zona de trabajadores mientras formalizamos sus reservas. Espero que sepan entenderlo —nos explicó amablemente en un perfecto castellano aunque con ligero acento filipino.

Pude ver cómo la vena del cuello del marqués se tensaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó amablemente.

—Hermann Giliomee, señor —respondió el director con una ligera reverencia.

—Señor Giliomee, estos no son mis criados. Son mis esclavos.

El señor Giliomee no pareció entender la diferencia, pero decidió contemporizar.

—Perdóneme si le he ofendido con mi ignorancia, señor. Aun así, sus esclavos deben salir del *hall* principal. Compréndalo. Son demasiados y molestan a los huéspedes —explicó con un gesto amable que me recordó más a un sacerdote que a un director de hotel.

El marqués miró al resto de los clientes y aceptó. Todos los esclavos salieron del *hall*. Pude sentir los cuchicheos de algunos clientes del hotel que nos señalaban a mí y al marqués disimuladamente y con desprecio. Él, lejos de amedrentarse, se enfrentó a los murmullos levantando la cabeza y dando un paso al frente para acercarse a la recepción.

—No les haga caso. Seguro que, si su ley se lo permitiese, ellos también tendrían esclavos. Quién podría negarse a tener uno.

Yo respondí para mis adentros mientras sonreía al marqués. El señor Giliomee se acercó a despedirse de nosotros estrechándonos la mano.

—Si quisieran, estaríamos encantados de que usted y su amigo asistiesen a la fiesta que celebramos pasado mañana en los salones del hotel. Es en honor a nuestro primer ministro, el señor Molteno, que se encuentra de visita en la ciudad estos días.

—No sé si podremos... Solo estaremos aquí alojados unas horas. Espero partir esta misma noche hacia Wellington —respondió el marqués sin esperar mi respuesta.

Estábamos subiendo a nuestras habitaciones del Grand Hotel cuando Siawash regresó de nuevo sin los billetes. Al parecer, el sueño de fortuna de los mineros era mayor que cualquier precio que se les pudiese ofrecer. El marqués se frotó la nariz, se tocó la frente y, tras llevarse la mano a las sienes como si con ese gesto intentase calmar un profundo dolor de cabeza, dijo:

—Nos vemos en veinte minutos en la entrada. —Y se fue escaleras abajo seguido de su esclavo sin dar ninguna otra explicación.

Cerré la puerta del dormitorio y por fin me quedé a solas de nuevo con Etweda.

—Deberíamos hablar —dije temeroso.

—No hay nada de lo que hablar, amo —respondió ella mientras organizaba mis pocas pertenencias evitando mirarme.

La habitación estaba decorada con muebles traídos desde Europa, por lo que entrar allí era como trasladarse al inicio de nuestro viaje. Era de alguna manera como sentirse en casa.

—El marqués no puede descubrir que yo sé la verdad sobre él y su intención de casarse con Isabel —le expliqué—. Si lo descubre, me matará.

Etweda se dio la vuelta y me miró fijamente. Por primera vez su tono de voz sonaba enfadado.

—¿Sabe por qué me entregó a usted? Para que le espíase. Porque quería que le contase todo lo que hacía, a dónde iba, qué escribía... Ahora mismo debería ir a contarle lo que he leído en esa carta —confesó Etweda.

—No lo hagas, por favor —le rogué.

Etweda no tenía ninguna intención de delatarme ante el marqués. El mero hecho de que yo pudiese dudarle le dolió.

—Nadie puede engañar al diablo, amo. El marqués terminará descubriéndole y le matará. Después de eso, yo volveré a ser propiedad suya. Prometí que si algún día eso volvía a suceder me quitaría la vida.

—No dejaré que eso pase. Ninguna de las dos cosas —le prometí cogiéndola de la mano.

Etweda negó tajantemente mientras intentaba no echarse a llorar.

—¿Y cómo piensa evitarlo, eh? Usted no tiene armas. No tiene más esclavos que a mí. No tiene dinero. El marqués lo tiene todo. —Aunque no se lo dije, estaba completamente de acuerdo con ella—. ¿Puedo preguntarle algo, amo?

—Claro.

—¿Quién es esa mujer por la que un hombre hace miles de kilómetros y está dispuesto a morir?

Entonces le conté a Etweda la historia de Isabel. Ella me escuchó atentamente y cuando hube terminado me miró.

—Ha soñado con cómo será su vida con ella... Pero los sueños solo son eso. ¿Y si, cuando se casen, esa mujer no resulta ser como usted cree?

No supe qué responderle. Veinte minutos después, tal y como nos había indicado el marqués, bajamos al *hall*, donde este y su esclavo Siawash estaban ya esperándonos.

—Vamos —dijo dirigiéndose a la puerta del hotel.

—¿A dónde? —pregunté.

—A la iglesia —respondió sin dejar de caminar a zancadas largas y secas como hacía siempre que estaba decidido a conseguir algo.

El marqués no tenía ninguna intención de rezar. Tampoco podría haberlo hecho porque aquella era una iglesia reformada holandesa, fuese lo que fuese lo que eso quisiese decir.

Después de haber intentado personalmente, y de forma tan infructuosa como Siawash, hacerse con los billetes de ferrocarril, el marqués había decidido sufragar los gastos de un convoy de carromatos hasta Kimberley, pero para ello necesitaba encontrar bóeres dispuestos a defendernos durante el trayecto. En las tierras que había que cruzar para llegar hasta nuestro destino era fácil encontrar grupos de hombres negros salvajes, a los que llamaban *bushmen*, que atacaban a los blancos en su viaje hasta el interior del país.

Entramos en el templo, cuyas paredes estaban construidas con largos troncos de madera. La llamaban la Gran Iglesia, Grotte Kerk en afrikáans, el idioma local. El interior no tenía nada que ver con el de las iglesias que yo conocía. En el frontal no había altar, sino un púlpito de madera negra como una piedra de obsidiana. En vez de columnas, el púlpito tenía dos leones acostados que mostraban sonrientes sus colmillos afilados. No había ángeles ni vírgenes ni cristos. Tampoco grandes estatuas ni retablos. Del pretil que cerraba la tribuna colgaba un ancla también de madera y, a modo de techado, el tornavoz, que ayudaba a que las palabras del sacerdote llegasen hasta el

último rincón del templo, quedaba coronado por una estrella dorada en el centro de la cual había un pequeño espejo. Enfrente de ese púlpito tan particular, admiré un grandioso órgano, con sus tubos plateados que subían casi hasta el techo. Dos balconadas recorrían los laterales, y desde ellas los feligreses podían escuchar las lecturas, mientras que abajo multitud de bancos, curiosamente cerrados con portezuelas con llave, esperaban a sus adinerados propietarios. Cada familia pudiente de Ciudad del Cabo tenía el suyo, que debía comprar a la iglesia ateniéndose a una clasificación como la que nosotros teníamos en las bancadas de Santa Anna. Y me explicaron que las catacumbas formaban un laberinto subterráneo que podría ser usado en caso de emergencia.

El marqués me indicó que esperase en la entrada y avanzó con Siawash por el pasillo central hasta la sacristía, que se encontraba detrás del púlpito. Tardó un rato en salir. Etweda se acercó al cuadro de Jesús.

—¿Cree en este Dios, amo? —me preguntó, y yo me acerqué.

—Casi nunca. Y tú, ¿crees en alguno?

—Prefiero no creer.

Supongo que la vida ya es demasiado dura pensando que todo es fruto de la mala suerte de haber nacido en el lugar equivocado como para imaginar que ni siquiera tu dios está ahí para velar por ti.

—Los hombres blancos no respetan a su dios —dijo sin dejar de mirar al Cristo crucificado, sangrando por la frente y el pecho por causa de las heridas provocadas por las armas de los romanos—. ¿Cómo puede alguien fiarse de ellos?

—No todos los hombres blancos somos iguales, como no todos los negros lo sois.

La puerta de la sacristía se abrió con un gran estruendo. El marqués salió acompañado por el pastor, un bóer de unos sesenta años que caminaba arrastrando los pies bajo la sotana de forma tan sutil que daba la impresión de que levitaba. Tenía las mejillas sonrosadas y ni su negro atuendo escondía la prominente barriga que delataba el pecado de la gula. Después de saludarme amablemente con una sonrisa de oreja a oreja, nos pidió que lo esperásemos. Nos apoyamos en un banco al lado de la puerta. El marqués me observó de arriba abajo y negó.

—¿Qué? —pregunté mirándome a mí mismo.

—No pensarás realizar el viaje con esos zapatos.

¿Qué tenía de malo mi calzado? Eran los zapatos Oxford que él mismo me había regalado.

—Chico..., con esos zapatos estás pidiendo a gritos que te pique una serpiente, un escorpión o una araña. También necesitarás un sombrero de ala ancha para el sol. Quiero que llegues vivo a Kimberley.

Tomé buena nota de que no dijo nada de en qué estado quería que regresara.

—En cuanto terminemos aquí iremos a comprarte unas botas —concluyó antes de poner los pies sobre el respaldo del banco de delante—. ¿Ves? Esto es lo que hace débiles a los hombres. Creer en seres extraordinarios que manejan sus vidas. Cada uno debe ser dueño de su destino. Esa es la única forma de ser alguien. Hazme caso. Si quieres conseguir algo en este mundo, confía únicamente en ti mismo.

De alguna extraña manera dos personas tan distintas y distantes como Etweda y el marqués compartían la misma opinión sobre la religión, los dioses y el futuro.

Al cabo de unos minutos el pastor volvió con un grupo de diez bóeres. Ellos nos acompañarían en nuestro viaje. Los bendijo y volvió a la sacristía con las manos en los bolsillos.

El jefe de los bóeres era un pelirrojo de cuidada barba, mejillas pálidas y mirada turbia. Vestía un traje tan elegante como raído, unas botas de caña alta que llevaban miles de kilómetros a sus espaldas y sombrero de ala ancha, como el que el marqués me había dicho que debía comprar. Sobre el pecho llevaba una cinta con las balas preparadas para ser cargadas en su rifle. Se llamaba Andre Murray. La misma descripción casi servía para el resto de los hombres que lo acompañaban y que se habían quedado tras él. Únicamente el largo de la barba y el color del pelo, de un rojizo más o menos oscuro, diferenciaban a unos de otros. Durante los siguientes días descubrí que su parecido no era casual: ese grupo de bóeres estaba formado por los hermanos y el padre de Andre. Yo, que nunca había tenido ni siquiera uno, me preguntaba qué se sentiría al tener nueve hermanos.

—¿Tú tienes hermanos, Etweda? —le pregunté mientras el marqués negociaba con el pelirrojo Murray.

—Sí, amo, claro. Doce —respondió ella, y comenzó a decir sus nombres de carrerilla—. ¿Usted no? —preguntó extrañada.

Cuando iba a responderle, volvió el marqués.

—Hemos quedado mañana al amanecer para partir.

—No lleguen tarde —dijo Murray—. No me gusta esperar. —Y salió del templo despacio.

El marqués envió a Siawash y a Etweda a empacar nuestras cosas en el hotel y preguntó a varios transeúntes por Longmarket Street, una fangosa calle comercial. En medio de su calzada vimos la fila eterna de carromatos conducidos por hombres negros que esperaban a sus clientes. Habrían abolido la esclavitud hacía ya casi treinta años, pero yo no encontraba la diferencia: los negros se comportaban como esclavos y los blancos como amos. Enseguida encontramos la zapatería. Se llamaba Pantechnethca. *Boots and shoes*. Al entrar, sonó una campana sobre la puerta.

La campana de la entrada de la orfebrería sonó. Yo estaba en el taller. Levanté la cabeza de la lupa de agua, pero padre me hizo un gesto para que continuase a lo mío. Volví a bajar la mirada al rubí en el que estaba trabajando.

—¿Puedes venir un momento? —preguntó madre asomándose a la trastienda.

Padre apagó su lámpara y se levantó.

—Ven —me dijo cuando volvió a entrar en el taller.

En la tienda había una mujer con su hija de doce años. Yo tenía trece. No recuerdo cómo se llamaba la madre. La chica sí: Carmen Karr. Era rubia, no muy alta y delgada. Al verme sonrió. Tenía una sonrisa preciosa. La madre de Carmen quería que ajustásemos un diamante a un nuevo engastado para que lo pudiese llevar la niña en su primera comunión. Padre dijo que yo podría hacerlo, pero la mujer no estaba segura.

—Le prometo, señora, que mi hijo tiene las mejores manos de toda Europa. Si no queda satisfecha, yo le reembolsaré el dinero y le regalaré una joya más valiosa que la suya —dijo padre convencido.

La mujer asintió y Carmen me miró justo antes de salir.

Cuando nos quedamos a solas, padre se acercó a mí y me cogió las manos.

—Tienes un talento, hijo, y ese talento pasa por tus dedos. Cuídalos. Ellos son los que harán de ti un auténtico orfebre.

El zapatero, un hombre vestido con camisa y pantalón color marrón bajo un mandil de cuero, puso sobre el mostrador unas botas negras de caña alta.

—Pruébate estas —dijo el marqués—. Seguro que te irán bien.

Nunca había visto un lugar como aquel. Las altísimas paredes estaban cubiertas de botas y zapatos de todas las formas y colores. Varias escaleras a lo largo de la tienda permitían al zapatero subir y bajar a la búsqueda del modelo concreto. Si alguien le preguntaba por un tipo de zapato, lo primero que hacía aquel hombre era dirigirse al centro de la tienda y girar sobre sí mismo dos o tres veces para, con los ojos entrecerrados, localizarlo mentalmente. Luego empujaba una de las escaleras hasta el lugar preciso y con una agilidad sorprendente subía, cogía el modelo y bajaba. Así una vez tras otra.

—Siéntate ahí, muchacho, y si no son cómodas, dilo.

Me acerqué a una silla y me quité los zapatos que llevaba. Cuando intenté calzarme las botas sentí un fuerte dolor en los dedos de la mano. En las últimas semanas Etweda se había encargado de ponerme los zapatos cada día, así que no había tenido que utilizar mis ennegrecidos dedos como calzador, pero ahora Etweda había ido al hotel y no la tenía conmigo para ayudarme. Cerré los ojos. Respiré hondo. Esperé a que el dolor se disipase y caminé por la tienda intentando comprobar si me sentaban bien.

—Creo que necesitaría que fuesen un poco más grandes —expliqué.

El zapatero se dirigió al centro de la tienda para buscarme otras.

Repetimos el proceso tres veces hasta que encontramos las adecuadas para mí.

Una vez elegidas, pedí ir al baño. El marqués se quedó pagando al zapatero. En la pileta, frente al espejo, rodeado de cajas de zapatos y botas, me quité la venda de la mano. Aquello no tenía buena pinta. Cogí un trozo de tela de un trapo que estaba al lado de la pileta y lo corté a mordiscos para tirar de él con la otra mano. Me envolví los dedos de nuevo. En ese momento alguien golpeó la puerta.

—¿Sigues ahí? —preguntó el marqués.

—Ahora mismo salgo —respondí intentando disimular el dolor.

Me miré al espejo. Estaba sudando.

—¿Estás bien? —me preguntó el marqués desde fuera.

Iba a mentirle, pero luego pensé que, mientras fuese valioso para él, me cuidaría. Salí y le enseñé la mano.

—Creo que necesito un médico —le expliqué ya sin disimulo—. No podré hacer el viaje con la mano así.

El hospital New Somerset había sido inaugurado en 1864 sustituyendo a uno anterior del mismo nombre. Esperé durante un rato en la entrada hasta que el marqués vino a buscarme.

—Si me desmayo, no deje que me corten los dedos. Ahora sí, más que nunca, los necesito. Sin ellos no podré tallar el diamante, y un diamante sin tallar solo es una piedra, no es una joya —supliqué al marqués repitiendo las palabras de padre—. Prométamelo.

—Está bien, confía en mí —me respondió, y sus palabras me parecieron sinceras.

Me llevó hasta un despacho donde esperaba un doctor. Bailey, creo que se llamaba. El doctor Bailey me examinó los dedos y salió. Al rato volvió con un compañero que también me los miró. Juntos se acercaron al marqués, que había salido al pasillo, y hablaron con él durante un rato sin que yo pudiera oírlos.

—¿Qué dicen? —pregunté cuando entró el marqués.

—Que lo adecuado sería amputártelos.

—¿No les ha dicho que no pueden hacerlo? —pregunté asustado.

—Sí. Pero insisten. Dicen que, si no te los amputan, puedes terminar perdiendo el brazo. E incluso la vida.

—No me importa —respondí tajantemente.

Y era cierto. No me importaba que pasase eso si antes conseguía tallar el diamante y conquistar a Isabel. Prefería ser manco o estar muerto antes que vivir sin ella. Además, el marqués pensaba matarme después de que tallase el diamante. ¿Qué más le daba hacerlo él o dejarme morir con el brazo gangrenado?

—Está bien. —Se reunió de nuevo con los doctores, que me miraron desde el pasillo y asintieron.

Me acostaron en una camilla y me llevaron traqueteando sobre las irregulares baldosas de los pasillos hasta el centro de un auditorio alrededor del cual se arremolinaban en las gradas dos decenas de estudiantes de Medicina; algunos aún entraban apresuradamente, como si acabasen de improvisar aquella reunión. El doctor Bailey me presentó ante los asistentes, tras agradecerles su presencia pese a la falta de tiempo, como «paciente con herida de congelación en mano derecha». Mi caso debía ser extraordinario para aquellos hombres que, aun estando tan cerca de la Antártida, nunca habían visto ni siquiera un copo de nieve. Asustado, busqué al marqués entre aquella multitud, sin éxito. Aunque fuese el suyo, necesitaba ver un rostro conocido que me tranquilizase.

—No me corten la mano —rogué al doctor antes de que pusieran sobre mi rostro una mascarilla de cuero y me desvaneciese, convencido de que hasta allí habían llegado mis días como orfebre.

Día 52 de 100

Cuando me desperté me costó recordar dónde me encontraba. Intenté enfocar la mirada para reconocer el lugar o a las personas que me rodeaban, pero tardé un rato en conseguirlo. Luego me acerqué la mano a los ojos. La tenía vendada pero completa.

—Por fin te has despertado. Pensé que íbamos a tener que retrasar el viaje un día más —me dijo el marqués, que estaba al lado del doctor, muy cerca de la puerta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté—. ¿Durante cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Dos días.

Por lo que me dijo, habían estado durante doce horas limpiando el tejido muerto y, según parecía, habían conseguido salvarme los dedos..., al menos por el momento.

—Gracias —agradecí sinceramente mientras me ayudaba a incorporarme en la cama.

—En tres días, cuatro como mucho, podrás regresar a tu casa —me explicó el doctor.

—Lo siento, pero debo marcharme ya.

—¿Cómo? Debo advertirle que...

No le dejé terminar.

Entré en mi habitación del hotel cuando ya atardecía y llamé a Etweda. No me contestó. Mi ropa limpia estaba preparada sobre la cama, por lo que deduje que, desde la iglesia, Etweda había regresado al hotel, pero yo no le había dado permiso para salir. Tuve una sensación extraña. Una mezcla de poder y odio. Por primera vez sentí que era mía y que me había desobedecido. ¿Era así como nace un esclavista? Aunque yo intentaba alejarlas de mí, las palabras

del marqués retumbaban en mi cabeza: «No puedes fiarte de ellos». Quizás, ante mi prolongada ausencia, fuese ella la que pensase que yo la había abandonado y había salido a buscarme. Me asomé a la ventana y miré la calle, que a esas horas empezaba a estar vacía.

—Finalmente iremos a la fiesta, chico. Nos vemos en el *hall* —dijo el marqués después de golpear la puerta sin ni siquiera esperar respuesta.

A las nueve de la noche Etweda no había regresado y empecé a vestirme solo, con gran dificultad debido a la inmovilidad y el dolor de mi mano. Como pude, me puse la camisa limpia y la chaqueta. Los botones se me resistían, así que no tuve más remedio que recurrir a la campanilla del servicio. Un mozo subió a mi dormitorio y me ayudó diligentemente. Nunca había necesitado ayuda de nadie y parecía que ya no podía vivir sin Etweda. Volví a recordar las palabras del marqués: «A los esclavos no los echas de menos hasta que no los tienes y, desde ese momento, ya no puedes vivir sin ellos».

Volví a ponerme el brazo en cabestrillo y, ya a solas, miré otra vez por la ventana esperando ver a Etweda. Los carruajes de los invitados a la fiesta del hotel empezaban a llegar y colapsaban la calle, mientras cientos de transeúntes se acercaban curiosos. El griterío en el *hall* llegaba hasta mi habitación. Me miré en el espejo y salí hacia el salón principal donde se celebraba el evento. En las escaleras me encontré con Siawash, que llevaba en la mano una botella de whisky.

—¿La has visto? —le pregunté.

—No sé de quién me habla, amo —respondió él sin detenerse.

—Etweda. Se ha marchado —expliqué al tiempo que él negaba suavemente con la cabeza—. Si la ves, adviértele que la estoy buscando. Y dile al marqués que lo espero abajo.

—Sí, amo.

La música se oía desde el *hall* del hotel. Me dirigí sobre la suave alfombra hasta la puerta del salón donde el director daba la bienvenida a los recién llegados mientras los presentaba al hombre que lo acompañaba. Una fila de damas y caballeros elegantemente vestidos aguardaban pacientemente para saludarlos. Me puse tras los últimos, y aunque vestía uno de los trajes que me había regalado el marqués, me sentía fuera de lugar. A medida que me acercaba, pude oír la conversación del matrimonio que me antecedió. Aquel hombre de unos setenta años, y larga barba, al que todos estrechaban la mano, se llamaba John Charles Molteno. Era el primer ministro de la Colonia del Cabo desde hacía un año. Los bóeres hablaban con gran admiración de él

porque había conseguido abolir lo que allí llamaban *hut tax*, un impuesto que cada propietario de una casa o choza debía pagar, en forma de dinero, trabajo, grano o ganado, a las autoridades coloniales británicas.

Cuando llegó mi turno y fue a estrecharme la mano derecha, me disculpé y le ofrecí la izquierda. Molteno sonrió y me preguntó por las circunstancias de mi herida. Mentí. Una quemadura en los fogones del hogar era más fácil y rápido de explicar que un viaje de cientos de kilómetros en busca de un diamante por tierra, nieve y mar. La decoración del salón no era demasiado recargada y en las paredes mandaban inmensos espejos que ampliaban los espacios como las caras de un diamante. Grandes cortinas caían en paralelo a las dos inmensas lámparas de araña de color dorado. Los camareros pasaban entre los invitados con estrechas copas que, según me explicaron, llevaban en su interior champán. Cogí una. Nunca lo había probado. Me gustaba el color dorado con esas pequeñas burbujas que ascendían incansablemente como buscando una salida para desaparecer de pronto. Acerqué la nariz a la copa y sentí un cosquilleo que me obligó a frotármela. Tampoco me gustó el sabor. En cuanto vi a otro camarero, dejé la copa en su bandeja y me dirigí a la única barra, al fondo a la izquierda.

—*Wat beteken dit meneer neem?* —preguntó el camarero.

No lo entendí. Señalé una botella tras él. Cogió una copa de vino, en la que habían grabado el nombre del hotel, y me sirvió. Era mucho más dulce que cualquier otra bebida que hubiese probado. Ese sí me gustó. No sin poca dificultad debido a mi mano vendada y en cabestrillo, rellené mi petaca de piel de vaca y me volví de nuevo hacia el salón. Los invitados revoloteaban sin cesar en busca de alguien de interés con el que compartir la noche. Y entonces me di cuenta.

En los cuellos, en los lóbulos de las orejas, en las muñecas, en los dedos de las manos..., las mujeres llevaban diamantes de todos los tamaños y colores. De pronto, la música y la gente desaparecieron. Solo estábamos las joyas y yo. Diamantes de color Top Wesselton, Wesselton, Crystal, Cape, Yellow..., incluso me pareció ver algún River. Diamantes tallados en forma brillante, navette, marquise, ovalada, pera, *baguette*, princesa... Me volví hacia el camarero y señalé mi copa. Una vez, otra, otra... Vino y diamantes. Diamantes y vino. Podría dividir a las mujeres según su joya. Una dama Gris Baguette, una joven Azul Navette, una anciana Rojo Princesa..., el diamante de una mujer habla sobre ella y sobre las intenciones de aquel que se lo regaló, eso decía padre.

—¿Qué tal, muchacho?

El marqués apareció a mi lado vestido con un traje acorde a la fiesta.

—Buenas noches —respondí intentando que la lengua fuese al lugar adecuado de mi boca para pronunciar correctamente las palabras.

—Siawash me ha contado que tu negra ha desaparecido —dijo sonriendo mientras indicaba al camarero con un gesto que le pusiese una copa como la mía—. Pues sí que te ha durado poco.

—Supongo que habrá ido a hacer algo.

—Escúchame. Haz caso a mi consejo. No hagas eso. No la excuses. Yo cometí el mismo error a tu edad. No te encariñes con ellos porque terminarán traicionándote. Esos negros no son como nosotros.

Lo decía el hombre entre cuyos planes estaba acabar con mi vida.

—Aquí en Sudáfrica han abolido la esclavitud, pero solo en el papel, porque en la realidad todo sigue siendo igual —continuó el marqués—. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos negros hay disfrutando de esta fiesta? Ninguno. Que no te engañen. Lo peor de una sociedad es que sea cínica, como esta.

Y me explicó que todos aquellos que se reunían a bailar en el salón del Grand Hotel eran descendientes de los holandeses. Así fue como descubrí que el marqués ya había estado en Sudáfrica comprando y vendiendo esclavos. «Marfil negro», lo llamó, para después guiñarme el ojo y sonreír socarrón.

—¿Y no quieren volver a Holanda? —pregunté curioso.

—¿Para qué?

—Quizás para ver a sus familias..., a sus padres o abuelos.

—No lo entiendes —me explicó—. Esta gente no tiene nada en el Viejo Continente. Cuando los primeros holandeses se establecieron aquí el rey de Holanda les dijo a los responsables de la Compañía de las Indias Orientales que lo único que su gente no podía hacer era tomar mujeres locales. Por esa razón, como no podían mezclarse con mujeres indígenas, los habitantes de Ciudad del Cabo traían desde Holanda barcos con mujeres, provenientes de orfanatos o de prisiones, que no tenían tampoco ninguna razón para volver.

—¿Todas estas mujeres provienen de orfanatos y prisiones? —pregunté desconcertado, ya que me habría jugado mi mano buena, y la mala también, a que eran señoras distinguidas.

—Bueno, ellas no..., sus madres y abuelas. —Sonrió el marqués—. Casi todas y todos estos nacieron aquí. Por eso no se sienten holandeses y se autoproclaman como la única tribu blanca de África.

Una camarera negra se acercó a nosotros con una bandeja con pequeños pedazos de comida. «Canapés», los llamó el marqués al tiempo que me animaba a probar uno. Era pescado: *snoek*. Tampoco me gustó, así que pedí

más vino para quitarme el mal sabor de la boca que me dejó aquella especie de pescado entre crudo y ahumado que a mí me supo a podrido. Nos dirigimos a una mesa con grandes fuentes de pescados y carnes diferentes, unos y otros cocinados con grasa de oveja, como sustituto de la mantequilla que los británicos usaban en sus platos, siempre acompañados de arroz y cebolla.

—Prueba las albóndigas y el pastel de patata —me propuso el marqués—. No tomarás unas iguales en ningún lugar del mundo.

Al lado de las ensaladas, preparadas con lechuga, remolacha, pepinos, rábanos y tomates frescos acompañados de huevo hervido aliñado con vinagre y salsa de anchoa, había frutas estofadas: albaricoques, ciruelas o melocotones para acompañar las carnes asadas como el venado, la liebre o el cordero. Continué regando la comida con el vino y para cuando me sirvieron la décima copa estaba tan mareado que ni las señoras ni las columnas del salón se sostenían más de un segundo rectas en su lugar.

—Este vino parece sirope —se quejó el marqués—. Vamos a beber algo para hombres. —Y sacó una petaca de su chaqueta que vació en su copa y en la mía—. Esto es otra cosa. Por que cada uno encuentre lo que busca.

Levanté mi copa y la choqué con la suya.

—Y por que podamos volver a casa sanos y salvos —dije desinhibido, y el marqués me sonrió cínicamente.

—Brindo por eso. —Y bebió el contenido de su copa de un trago esperando a que yo hiciese lo propio.

Yo hice lo mismo y una gran ola recorrió el interior de mi cuerpo. Me disculpé y me dirigí al baño. Me encerré y apoyé la cabeza contra la pared. Todo daba vueltas. El edificio entero, con cada uno de sus elementos, se movía sin descanso.

—¿Perdone? ¿Hay alguien? —preguntó una voz femenina en inglés desde el otro lado de la puerta.

Asomé la cabeza.

—¿Si? —respondí ensayando la mejor de mis sonrisas, que con toda seguridad por mi estado era la peor de mis muecas.

La chica era rubia y debía tener pocos años más que yo. Por sus joyas, era una Top Wesselton Esmeralda, no del todo pura, pero sí lo suficiente, no complejamente tallada, pero sí lo suficiente.

—Disculpe, caballero, pero creo que se ha confundido usted de servicios. Se encuentra en el de las damas —dijo con un perfecto acento británico.

—¿Perdón? —respondí dejando de mirar su collar.

—Estos son los servicios de señoras —aclaró señalando con la mano el letrero, pero sin dejar de sonreír.

Avergonzado, quise salir de allí tan rápidamente que resbalé y caí de forma aparatosa sin ni siquiera sentir dolor en la mano. La chica se rio divertida.

—Creo que me he caído —es lo único que alcancé a decir mientras trataba de ponerme de pie en un vano intento de mantener la poca dignidad que me quedaba.

—En eso estamos de acuerdo —respondió ella sin dejar de reír.

Recogí la petaca del suelo, la guardé en el bolsillo de mi chaqueta y salí de allí esforzándome por que nadie notase que iba completamente ebrio. Vi al marqués al fondo esperándome, pero no me fiaba de que en mi estado no terminase enfrentándome a él, así que me escurrí entre dos mujeres River Brillante y me dirigí a los jardines del hotel. Me senté en un banco confiando en que todo dejase de dar vueltas. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la mano izquierda.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó una voz femenina.

La chica bóer que acababa de conocer en el baño me había seguido.

—Más o menos. Pero quería tomar el aire.

—Ya, a mí también me aburren estas fiestas. Vengo porque mi padre me obliga.

Volví a frotarme la cara.

—¿Le apetece pasear un poco? —me preguntó.

—No creo que sea adecuado.

—¿Y usted hace siempre lo adecuado?

Paseamos por Adderley Street, entre los gigantescos robles, hasta llegar al jardín botánico. Era de noche y no había casi nadie. Me tropecé un par de veces con los adoquines que bordeaban la calzada de tierra, así que la chica divertida me cogió del brazo para ayudarme a mantener el equilibrio. Se llamaba Anna Quak. Su padre era un hombre de negocios que había llegado a Sudáfrica, como muchos otros, dispuesto a probar fortuna con las minas de oro y diamantes. No le había ido mal. Realmente le había ido muy bien. Había ganado suficiente para invertir y, en vez de seguir arrastrándose por el lodo de las minas del interior del país en busca de piedras preciosas, había decidido comprar un decadente negocio hotelero y convertirlo en el Grand Hotel, que con la explosión que estaba viviendo la zona gracias a las minas de diamantes era un próspero negocio. Desde su reinauguración se había convertido en la referencia de la ciudad para todos aquellos viajeros pudientes. Su mujer y su hija habían llegado hacía un año para vivir con él en una de las mansiones de la ladera del cerro del Diablo y la chica había comenzado una relación con el joven, apuesto y eficiente director del hotel.

—¿Has venido a Ciudad del Cabo por los diamantes? —preguntó Anna.

—¿No hay otras opciones? —repliqué yo divertido.

—¿Por qué has venido, si no es por esa razón, a un lugar donde no hay ni siquiera teatros?

—Por los diamantes —confesé riéndome a carcajadas.

Anna rio también con ganas mi ocurrencia justo en el momento en que un hombre cubierto de andrajos, con el rostro deforme, tanto que parecía más un animal que una persona, se acercó a nosotros y con dificultad en el habla, debido sin duda a sus malformaciones, nos pidió algo de dinero. Aunque mi primera intención fue intentar alejarlo para que no molestase a la muchacha, ella me lo impidió.

—Los nativos consideran a las personas como él seres sagrados —me explicó, y le dio un par de monedas.

Tras saludar con un gesto servil, el mendigo se fue caminando renqueante calle arriba.

Mientras lo veía marchar pensé que los nativos no debían ser peligrosos si trataban con ese respeto a los más débiles de entre los suyos.

—¿Vamos? —Al darme la vuelta para preguntárselo, volví a caer al suelo.

—¿Estás bien? —dijo mientras me daba la mano.

Y tiró de mí con fuerza, pero, lejos de levantarme, terminamos los dos en el suelo abrazados, cara a cara.

—Hola —dije en un susurro cargado de ebriedad.

—Hola —respondió ella mirándome a los ojos y luego a los labios.

—Deberíamos levantarnos —propuse deseando que ella me dijese que no.

—Sí —respondió, y en su tono entendí que tampoco quería que pasase.

Poco a poco nuestros labios fueron acercándose hasta casi tocarse.

—¡¡¡Anna Quak!!! —gritó el padre de la muchacha apeándose de su caballo con un rifle en la mano.

La chica dio un respingo y se puso en pie.

—Padre. Me obligó a acompañarlo a la fuerza —mintió descaradamente mientras corría a su vera.

—¿Qué? —pregunté desconcertado, como si no hubiese entendido lo que la chica había dicho, aunque lo cierto era que lo había entendido perfectamente.

—¿Es eso cierto? —preguntó el propietario del hotel y, sin esperar respuesta, dio orden a sus criados negros de que me cogiesen mientras su hija se refugiaba en sus brazos.

—Estaba tan asustada, padre. —Lloriqueó más falsa que los diamantes del marqués.

Supongo que habría tenido que gritar que mentía, pero me quedé callado. Me pusieron en pie y me llevaron frente al señor Quak. No era un hombre demasiado corpulento, pero era fácil adivinar en su gesto que no le gustaba que nadie jugase con él.

—¿Qué pretendías hacerle a mi hija?

—Nada, señor —respondí con sinceridad e intentando que no notase que iba bebido.

—¿Quién te invitó a la fiesta en el hotel?

En ese momento, el señor Giliomee llegó cabalgando.

—Yo le invité —respondió el director del hotel bajándose de su montura.

—¿Tú? —preguntó su suegro sorprendido—. ¿Has invitado a la fiesta en mi hotel al hombre que intentó secuestrar a mi hija, tu prometida?

—Es uno de los huéspedes. Uno de los dos españoles que, como le he contado, llegaron esta mañana rodeados de esclavos negros —explicó con cierto desprecio.

Anna se acercó a su prometido y le susurró algo consiguiendo que él la abrazase.

—Llevadlo al acantilado —dijo el señor Quak antes de volver con su hija y su yerno al hotel.

—¡¡Nooooooo!! —grité—. ¡¡No se os ocurra acercaros a mí!!

Pataleé. Lancé puñetazos sin ton ni son. Todo con tal de huir, pero fue inútil. Los tres criados negros me cogieron de los brazos y me obligaron a caminar hacia las afueras. Al llegar al acantilado me hicieron detenerme y me dieron la vuelta.

—Les juro que no volveré a suceder. Mañana mismo por la mañana me marché de Ciudad del Cabo y no volveré.

No debí sonar muy convincente porque uno de los criados me golpeó en la boca del estómago haciéndome caer al suelo. A rastras me llevaron hasta el borde de las rocas y me dejaron colgado boca abajo.

—¿Ves las rocas contra las que golpean las olas? —me dijo uno al oído—. Si volvemos a encontrarnos, te juro que cumpliremos con el mandato de nuestro jefe y te mataremos. Si quieres seguir con vida, ten cuidado con las mujeres blancas a las que te acercas, chico. La mayoría son como serpientes, te rodean con los brazos, sibilinas, pero cuando te quieres dar cuenta te han mordido.

Me golpearon por última vez y se fueron. Me toqué la cara. Estaba sangrando. Me dolía tanto el pecho al respirar que el dolor de los dedos gangrenados no me pareció tan importante. Tosí. Escupí sangre. Intenté levantarme, pero tuve que acostarme en el suelo mirando al cielo. Boca arriba. Era una noche estrellada. Parecía que podía coger las estrellas. Los diamantes de la noche. En ese momento, como un eclipse, una sombra cubrió el cielo. Cuando por fin me acostumbré a la oscuridad pude ver a Etweda.

—¿Qué ha pasado, amo? —preguntó preocupada mientras me ayudaba a levantarme.

—¿Dónde estabas? —dije yo en una mezcla de molestia y curiosidad.

—Le abandoné, amo —confesó ella—, no pensaba volver.

—Pero lo has hecho.

—Sí, porque mientras me alejaba descubrí que no puedo vivir sin usted.

Ya estaba de pie, frente a ella.

—Puedes marcharte si quieres.

—¿Y si no quiero irme nunca?

No supe qué responderle. No hay respuesta para esa pregunta.

—Vamos, amo. Tenemos que prepararlo todo para el viaje de mañana. Saldremos muy temprano. —Y me pasó el brazo sobre su hombro para ayudarme a caminar.

Cuando nos íbamos a alejar del acantilado un sonido, como el estornudo de un gigante, nos hizo volvernó hacia el mar.

—¿Qué es eso? —pregunté asustado.

—Las ballenas, amo. Vienen a parir a sus crías a la costa —respondió Etweda.

Había oído hablar de ellas a padre. Con un nuevo estornudo, que en realidad era la respiración del cetáceo, pude verla a la luz de la luna. Era enorme como un tranvía con vagones. Junto a la primera aparecieron dos más pequeñas. «Una familia», pensé, y me acordé de padre y de madre y los eché de menos. Como saliendo de la nada, el cielo comenzó a cubrirse de oscuras nubes.

—Deberíamos volver, amo —dijo Etweda—. Está entrando el viento.

—No te preocupes..., un poco de aire no puede hacernos mal —respondí sin saber de lo que estaba hablando.

Unos segundos después el aullido ensordecedor del viento del sudeste lo inundó todo. Mientras volvíamos al hotel, apoyado en Etweda, una tormenta de arena y polvo casi nos impedía abrir los ojos e incluso respirar. Al llegar a lo alto de Adderley Street encontramos mis pocas pertenencias esparcidas por la calle. En ese momento echaban también del hotel al marqués, que cayó al suelo a trompicones delante de las carretas.

El marqués se puso en pie y sacó su revólver. Apuntó a los criados que acababan de empujarlo para echarlo del establecimiento.

—Volved a tocarme con vuestras sucias manos y será lo último que hagáis antes de encontraros con vuestros antepasados —dijo vociferando sobre la ventisca, poseído por la rabia.

En la entrada del hotel se encontraba el señor Quak rodeado de sus criados. El marqués miró hacia arriba, a las ventanas y balcones. Allí, apostados con rifles, había más hombres que balas en el tambor de su revólver. El marqués sostenía que las guerras, como los negocios, solo hay que librarlas cuando se pueden ganar. Guardó su Lefauchaux y se dirigió a uno de sus carromatos.

—¡Espero que estés contento! —me dijo al tiempo que Siawash subía su equipaje—. ¡Nos acaban de echar del hotel gracias a tus tonterías! ¡Venga,

sube!

Subí al carromato. Quizás por eso no vi la mirada que el marqués lanzó a Etweda. Ojalá me hubiese dado cuenta. Ella y el resto de los esclavos, salvo Siawash, que conducía, caminaban con dificultad detrás de nosotros cargando sobre sus cabezas el equipaje del marqués. Eran las tres de la madrugada cuando por fin conseguimos un alojamiento. Quedaban tres horas para que amaneciese. Diez horas para partir hacia Kimberley al atardecer.

Día 53 de 100

Me despertaron unos gritos de mujer. Desconcertado, noté la cabeza dolorida de la resaca y la mano de la operación. Ya era de día. Me había parecido la voz de Etweda, que no estaba conmigo. Me costó incluso recordar que nos habíamos tenido que cambiar de hotel. Tenía que hacerme la cura de la herida antes de partir.

—¿Etweda? —pregunté, sin obtener respuesta.

¿Me había abandonado de nuevo? En ese momento oí los gritos otra vez, traspasando las paredes como clavos afilados. Sin duda era ella.

Me levanté de la cama no sin dificultad y me dirigí a la ventana. En medio del patio, rodeado de todos sus esclavos, el marqués la había atado a un poste mientras la azotaba con su cinturón. Me vestí tan rápidamente como pude y salí del dormitorio.

—¿Qué hace?! —pregunté al llegar mientras aún me abrochaba la camisa.

—¿Lo que deberías haber hecho tú ayer! —respondió el marqués iracundo.

—¿Esa es mi esclava! ¡Solo yo puedo golpearla! —grité poniéndome entre él y ella.

—Está bien, hazlo. —Y me entregó el cinturón.

El marqués se quedó mirándome mientras yo esperaba con el cinturón en mis manos. No pensaba golpear a Etweda.

—Escúchame bien —me dijo al oído—, si no lo haces, todos estos desgraciados creerán que pueden marcharse cuando les plazca sin temor a las consecuencias. Golpéala. ¡¡Golpéala!!

—No lo haré, marqués. Yo respeto lo que haga usted con sus esclavos. Respete lo que yo haga con los míos —respondí, y tiré el cinturón al suelo.

—¿Y si algún día esta negra deja de ser tuya y vuelve a ser mía? La habrás maleducado.

—Nunca volverá a ser suya. Se lo juro.

El marqués sacó de su cintura el revólver. Me apuntó. Se frotó el rostro. Dudó. Finalmente sonrió y, sin dejar de mirarme, se dirigió a Siawash:

—Fuera de aquí todos. —Y disparó al aire con rabia descargando el tambor del revólver antes de guardar el arma—. ¡¡Venga!! ¿No me habéis oído?

Todos los esclavos se pusieron en marcha. Él cogió el cinturón del suelo y también se fue.

Etweda y yo nos quedamos solos en el patio. Le desaté con cuidado las manos del poste. Estaba tan agotada que ni siquiera era capaz de sostenerse en pie sin mi ayuda. Le cubrí el torso desnudo con los harapos en los que el marqués había convertido su vestido. La cogí en brazos y la llevé a nuestra habitación. Iba acurrucada, temblando, entre mis brazos. Ni siquiera lloraba. La dejé sobre la cama y me acerqué al lavabo para mojar una toalla con la que limpiar las heridas de su espalda.

—¿Por qué saliste? —le pregunté.

—Fui a hablar con el marqués —respondió en un susurro.

Me quedé sorprendido por su confesión.

—Si no lo hacía, empezaría a sospechar que lo estaba traicionando.

—¿Qué le contaste?

—Le dije que usted no sospecha nada.

Apoyó la cabeza en la almohada y se echó a llorar en silencio. Cuando limpié sus heridas no se quejó. No se intentó apartar. Ni siquiera hizo un gesto de dolor. Luego la dejé dormir. Si volvía a ser propiedad del marqués, estaba seguro de que la mataría. Llamaron a la puerta. Era Siawash.

—Si piensa asesinar al marqués, yo le ayudaré.

Me volví sorprendido hacia Etweda y pude ver en su rostro que ella se lo había contado.

Ciudad del Cabo, 6 de febrero de 1874

Queridos padres:

Por fin hemos llegado a Ciudad del Cabo. Sé que debía haber intentado escribirles desde Cádiz, pero me fue imposible. Estoy seguro de que lo entenderán. Espero que se encuentren bien y que no haya más novedades de las habituales. Ahora nos queda un largo viaje por tierra hasta llegar a Kimberley, el lugar donde dicen que se encuentran los mayores diamantes del mundo. Espero que sea así. Cuando reciban esta carta, si todo va bien, seguramente ya estaré de regreso en Ciudad del Cabo.

Padre, madre, tengo que pedirles algo que quizás les extrañe. Si en algún momento les llegan noticias de que fallecí en un accidente no lo crean. Acusen al marqués de Terrassa, don Bernardo López, de mi muerte, porque él será el único responsable, y sepan que el diamante que él presente para casarse con Isabel será el que yo conseguí.

Reciban un fuerte abrazo de su hijo que les quiere.

Me acerqué a la recepción y pregunté dónde podía comprar un vestido de mujer.

—Hay dos grandes almacenes en Adderley Street, señor. Se llaman Stuttafords y Garlicks. Cualquiera cosa que necesite podrá encontrarla allí —explicó el botones amablemente—. Si necesita ayuda, uno de los mozos puede acompañarle.

Y me entregó el catálogo de dos comercios, que tenían disponible por si un huésped necesitaba encargarse algo. En ellos podía encontrarse cualquier cosa que un habitante de Ciudad del Cabo pudiese necesitar. Desde plumas de avestruz o carruajes de caballos hasta tejidos de punto, muebles, lámparas, juegos, corsés, cubertería, bicicletas, camas, libros, sombreros, cañas de pescar, cubos para el carbón...

—Pero seguramente a estas horas todavía estén cerrados. Quizás tenga más suerte en las tiendas de los malayos.

—¿Los malayos?

—Los malayos son las personas procedentes de Malasia, un país al lado de Siam, cerca de China.

Tenían sus tiendas en los suburbios y ni siquiera cerraban por la noche haciendo turnos de veinticuatro horas. Agradecí la información y salí. Quedaban aún algunas horas para que partiésemos hacia Kimberley. Si no conseguía un vestido para ella, Etweda tendría que hacer el viaje medio desnuda, solo cubierta con los restos de las ropas que le había destrozado el marqués antes de azotarla con su cinturón. No estaba dispuesto a permitirlo. Caminé hasta la parte alta de la ciudad. Si la luna no estuviese todavía compartiendo cielo con el recién salido sol podría haber dicho, por la cantidad de gente que había en la calle, que eran las once de la mañana. Las mujeres malayas vestían con colores y diseños llamativos, con la cintura de sus vestidos a la altura de las axilas, lo que les daba un aspecto redondeado que recordaba a un barril. Por lo que me contaron, conseguían esa forma gracias a que utilizaban bajo el vestido innumerables enaguas muy almidonadas. Los

hombros los llevaban cubiertos por un pañuelo estampado que, junto con los zapatos, una especie de borceguíes, componían un conjunto muy característico. Aun así, lo más llamativo de aquellas mujeres era su pelo. Lo tenían liso y brillante como nunca había visto, y para conseguirlo se lo engrasaban con manteca de coco y luego lo peinaban con firmeza desde la frente hacia atrás recogéndolo en un moño que sujetaban con un pincho casi siempre de color dorado. Llevaban el pelo tan estirado que daba la impresión de que ni siquiera iban a poder cerrar los ojos. Los hombres, por su parte, también vestían con colores chillones, pero llevaban la cabeza completamente afeitada, cubierta con un pañuelo blanco y un sombrero de paja hecho por ellos mismos.

Cuando llegué a la primera de las tiendas malayas empujé la puerta. Estaba cerrada. Igual que la segunda. Demasiado temprano quizás. Volví a la primera e hice sonar una campana que había junto a la entrada. Una vez. Dos veces. Tres, con tal fuerza que el badajo parecía que iba a romper el metal. Al poco una luz se encendió en el interior.

—*Ja?* —dijo el hombre entreabriendo la puerta del local.

Por su aspecto, él sí acababa de despertarse.

—Necesitaba un vestido —le expliqué en inglés.

El hombre me respondió, con un extraño acento, que hasta una hora después no abriría la tienda. Le ofrecí pagarle el doble de lo que valiese el vestido que me llevase. Me obligó a pagarle por adelantado antes de decidirse a confiar en mí.

La tienda no era muy grande. Parecía un largo pasillo, mal iluminado por débiles luces de unas maltrechas lámparas de aceite, con ropas colgadas en perchas a ambos lados.

—Debe ser una dama muy especial —dijo el vendedor, pero yo no le respondí—. ¿Qué tipo de vestido busca?

—Algo sencillo.

—Ya..., ¿para qué tipo de celebración es?

—No es para ninguna. Me gustaría regalarle un vestido que pueda llevar a diario.

El vendedor se detuvo en el medio del local desconcertado.

—Lo siento, señor, no quiero molestarle ni resultar grosero, pero seguramente esos vestidos se los haga la modista de esa dama en casa. Aquí la gente solo compra vestidos para las ocasiones especiales.

—Pues enséñeme el más sencillo que tenga.

Volví al hotel con el vestido envuelto en tela. Entré en la habitación intentando no hacer ruido. Etweda no estaba en la cama. Por un momento me asusté. El tiempo justo hasta que la puerta del baño se abrió y ella apareció cubierta con una toalla.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien, pude dormir un poco —dijo ella acercándose a la cama para empezar a vestirse con sus viejas ropas.

—No te pongas eso —dije refiriéndome al vestido hecho jirones que ella había intentado arreglar de cualquier manera con aguja, hilo y mucha dedicación. Extendí sobre la cama la prenda todavía envuelta.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ábrelo, es tuyo.

Etweda me miró extrañada y apartó suavemente la tela que cubría el vestido. Al verlo dio un paso atrás, se quedó mirándolo y finalmente se volvió hacia mí. Estaba emocionada.

—No puedo ponérmelo, amo. Es un vestido de señora.

—¿Quién lo dice?

—No lo sé, pero todo el mundo lo sabe. La gente pensará que lo he robado.

—Me da igual lo que diga todo el mundo. Aquí en Sudáfrica no hay esclavos. Todos los hombres y todas las mujeres son libres, da igual el color de su piel, y ni siquiera el marqués puede obviar eso.

Acarició el vestido con la yema de los dedos como si no se creyese que era suyo.

—Vístete —le pedí.

Etweda me obedeció. Ya con él puesto, se miró al espejo y sonrió. Estaba preciosa, se sentía preciosa.

Bajé las escaleras del hotel calzando las botas nuevas que el marqués me había comprado. Aunque eran de mi talla, no me parecían demasiado cómodas y el cuero todavía estaba demasiado duro. A cada paso me rozaba los dedos provocándome pequeñas heridas.

«Créeme. Es mejor eso que la picadura de una serpiente —había dicho el zapatero cuando me quejé en su tienda—. No te las quites ni para dormir y no tardarás en sentir las como parte de ti».

Etweda, con su vestido nuevo, iba dos pasos por detrás de mí.

—Camina a mi lado —le dije antes de llegar a recepción.

Ella iba a negarse, pero mi mirada dejó claro que no estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer.

Salimos del hotel juntos. Los carromatos pintados de azul y rojo esperaban en medio de la calle. Sobre cada vehículo, dos esclavos del marqués con el equipaje cubierto con mantas. Alrededor estaban los bóeres. Cada uno llevaba tres caballos: el que montaba y otros dos atados. Eran más delgados y pequeños que los normales, de unos quince palmos de altura. Los llamaban *ponis basutos*. Luego descubrí que, pese a su feo aspecto, eran idóneos para recorrer largas distancias y sobrevivir en el duro clima sudafricano. Por unas treinta y cinco libras era fácil hacerse con uno de esos animales. Los carromatos tampoco eran normales. Los conocían como «carretas africanas». Tenían varias partes ensambladas muy fáciles de desmontar incluso por una sola persona. De esa forma, en el caso de tener que superar un obstáculo complicado, como un barranco, el conductor podría desmontarla y trasladarla a mano para volver a montarla una vez superada la barrera. Todos los bóeres iban armados. Portaban rifles Martini-Henry. Los máuseres con los que perderían la guerra años después aún tardarían en llegar a Sudáfrica.

El marqués conversaba con el pelirrojo Andre Murray. No sé de qué hablaban, pero cuando el bóer nos vio le hizo un sutil gesto.

—Pensaba que íbamos a tener que ir a sacarte de la cama, muchacho — dijo sonriente, como si nuestro enfrentamiento de unas horas antes nunca hubiese tenido lugar.

—Disculpen el retraso.

—Tú irás conmigo delante, en la diligencia. Ella que vaya en el último carromato con mis esclavos.

—Me gustaría que viniera a mi lado —comenté.

—Chico, ¿estás intentando retarme? —preguntó acercándose a mí.

—No, señor. Pero los dedos me duelen y ella sabe cómo tratármelos. No me gustaría tener que detener la caravana cada vez que necesite su ayuda.

El marqués cerró los ojos y levantó la cabeza al cielo. Se quedó así durante unos segundos, respirando profundamente, quizás sopesando si terminar con mi vida allí mismo.

—Está bien. ¡Siawash, prepárale un sitio en mi vehículo a esta negra que se cree una señora!

Siawash pasó a mi lado sin mirarme, disimulando. Después Etweda se subió conmigo a la diligencia. El marqués se sentó enfrente de nosotros.

—Bonito vestido —comenzó mirando a Etweda—. Quizás un poco pomposo para una esclava —continuó luego mirándome a mí.

Nos sonrió. Una de esas sonrisas que nada tienen que ver con la alegría.

—No había otros en la tienda —respondí, y luego me sentí estúpido por tener que justificarme ante aquel hombre.

—Pues mientras tú ibas de tiendas yo he encargado que te comprasen un torno para tallar el diamante. He mandado que lo carguen atrás.

Murray montó su poni basuto. El animal era blanco con una mancha marrón en la pata.

—*Hue!* —gritó el bóer, y la comitiva emprendió el viaje bajo el atardecer.

—Muy bien, hijo. Ahora que has aprendido a tallar y pulir la gema ya puedes llamarte *lapidario* y estás preparado para el siguiente paso: engastarla en el metal. Cuando aprendas a hacerlo, dejarás de tener un diamante y pasarás a tener una joya. Entonces te convertirás en orfebre.

Aquel día cumplía once años. Igual que en su día me había regalado una lupa de agua, padre me regaló un buril para trabajar el metal.

Me explicó que cada gema y cada persona necesita un engaste distinto y que debía conocerlas a ambas para decidir cuál era el adecuado. Aún faltaban once años para que Charles L. Tiffany inventase el engaste de seis garras que se conocería con su nombre. Aquel día aprendí que por muy valioso que sea un diamante nadie lo compra si no es parte de un anillo, un collar, una tiara, una pulsera... El diamante da valor a la joya, el metal que la envuelve hace que se pueda vender. Nadie compra únicamente un diamante.

Para salir de la bahía de La Mesa había que superar el cerro de Cabeza de León. En el camino solo nos cruzamos con un grupo de pescadores malayos. Algunos portaban sus redes y largos sedales desde Camp's Bay, una pequeña bahía en la ladera opuesta, resguardada de los fríos vientos de la Antártida. Otros tocaban de forma armoniosa sus violines al son de su caminar. Sin duda, aquella gente parecía feliz con sus vidas.

—¿Ves esos árboles? —dijo el marqués señalando una especie de hayas de madera oscura que se alzaban imponentes a los lados del camino por el que nuestra comitiva avanzaba—. Los llaman *blackwood* y los trajeron de Australia. Esta gente parece que no tiene nada propio, todo lo han traído de fuera. Incluso las ovejas merinas que tienen están aquí porque un comerciante español, que pretendía mandarlas a Australia, tuvo que desembarcarlas por un problema de su nave. Piénsalo cada vez que veas una. Proviene todas de aquellas ovejas españolas.

No tardó en quedarse dormido con el traqueteo. Sin duda, estando los tres solos, era el momento perfecto para acometer su muerte, pero no teníamos con qué. Etweda estaba inmóvil, como intentando percibir cualquier movimiento de sus párpados. Recorrí el compartimento con los ojos. Necesitaba algo que no llamase la atención de los bóeres que escoltaban la caravana, no podía hacer ruido. Por fin me fijé en el pasador del pelo de Etweda. Ella se percató. Despacio se lo quitó y me lo dio. Lo escondí en el interior de la manga de mi chaqueta.

Por un momento pude verme clavándoselo al marqués en el cuello. Recordé el caballo en la nieve. ¿Cuánto tardaría en morir un hombre? ¿Cuánta sangre necesitaría perder antes de desmayarse? ¿Le daría tiempo a gritar? Le hice un gesto a Etweda para que me diese un pañuelo que llevaba atado a la cintura. Lo envolví como una pelota y lo apreté dentro de mi puño izquierdo dispuesto a metérselo en la boca. Luego llené los pulmones y contuve la respiración. Ensayé espirando el aire con fuerza. Volví a aspirar

profundamente y al espirar me cambié de asiento. Al lado del marqués, enfrente de Etweda. Para nuestra fortuna, no se despertó.

Uno de los bóeres adelantó a la caravana y se situó a nuestro lado. Etweda negó con la cabeza para hacerme desistir. Estaba seguro de que, si lo hacía suficientemente rápido, podría taponarle la boca con el pañuelo mientras lo apuñalaba. Me temblaban las manos y sudaba por culpa del sofocante calor y de los nervios. Conté mentalmente. Tres. Dos. Uno... Y en ese momento una rueda golpeó contra una piedra haciéndonos saltar en el asiento. El marqués se despertó. Se frotó la cara y me preguntó extrañado al verme a su vera:

—¿Qué haces ahí sentado?

—Pensé que quizás querría estirar las piernas apoyándolas en mi asiento.

El marqués echó un vistazo por la ventanilla y volvió a acomodarse estirando las piernas en el espacio vacío frente a él. Etweda no dejaba de mirar al suelo. Como si intuyese que el marqués iba a leer en sus ojos nuestras intenciones.

—¿Pasa algo?

—No —respondí—. ¿Qué tendría que pasar?

—No te he preguntado a ti —respondió él mirando a Etweda.

Ella continuó cabizbaja.

—Mírame.

Entonces ella dejó de mirar al suelo y lentamente levantó la vista.

—No pasa nada —dijo Etweda intentando mantener la compostura.

—¿Seguro? —Se echó hacia delante para escrutar cada pequeño movimiento de los músculos de su cara.

—Seguro.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás mintiendo, Etweda?

—No le miento.

—No te creo.

—¿A usted solo le servirá su respuesta si reconoce que le estaba mintiendo aunque no sea así? —volví a interrumpir.

—Piensa mal y acertarás. Eso decía un buen amigo mío —respondió el marqués, y volvió a mirar por la ventanilla. No era capaz de imaginar quién podía ser buen amigo de aquel hombre.

Ya había amanecido, trece horas después de iniciar el viaje, cuando la caravana se detuvo cerca de la ciudad de Wellington. Murray se acercó a la ventana de la diligencia.

—Tenemos que cambiar todos los caballos. Tardaremos media hora. Si quieren, bajen a estirar las piernas. Estamos al lado de Stellenbosch, aquí

todavía no hay peligro.

Abrí la portezuela y bajé sin decir nada. Etweda apuró el paso hasta llegar a mi altura. Desde la colina en la que nos encontrábamos vimos los campos de viñedos que se perdían en el horizonte sobre el ocre de la tierra moribunda. El marqués aún se estaba apeando. Detrás de él, Siawash ayudaba a uno de los bóeres a cambiar los caballos. Aprovechando que el marqués le daba la espalda, me miró y asintió levemente.

—A partir de aquí continuarás en el último carromato —le dije a Etweda.

—No, amo. No le dejaré solo. Le ayudaré a hacerlo —susurró.

—No te lo he pedido. Te lo he ordenado.

Etweda me miró desconcertada mientras el marqués se acercaba a nosotros.

—Qué maravilla de lugar —dijo él asomándose a los viñedos—. Negra, tráenos algo de beber.

Siawash trajo un par de sillas y nos sentamos a solas.

—¿Qué tal?

—Bien —respondí—, solo un poco cansado.

—Quería hablar contigo sobre lo sucedido hace unas horas. He estado pensando en ello y quería pedirte disculpas. Tenías razón. No tenía ningún derecho a golpear a tu esclava. Yo te la regalé, y desde ese momento tienes derecho a hacer lo que quieras con ella. Como si quieres regalarle tu patrimonio.

El marqués sonaba desconcertantemente sincero.

—Gracias.

—Toma. —Y me entregó un paquete pequeño y cuadrado envuelto en papel de periódico.

—¿Para mí?

—Sí, ábrelo.

Lo desenvolví con cuidado, como si en el interior pudiese encontrarse algo peligroso. Era un libro. Tenía las tapas marrones de cuero con un pequeño ribete dorado. El marqués me sonreía mientras leí en voz alta el título:

—*Pintores modernos*, de John Ruskin.

—¿Te gusta? —preguntó como el niño que acaba de hacerle un regalo a su madre y espera que esta le diga que es el mejor que nunca ha tenido.

—Claro, me encanta —respondí titubeando mientras pasaba páginas sin orden ni concierto, intentando comprender por qué aquel hombre que pretendía asesinarme me regalaba ese libro.

—Léelo y comprenderás por qué me recuerdan los paisajes de este país a su obra y la de su admirado Turner. Era cruel como alimentar con dulces manjares al reo que va a ser ajusticiado un rato después.

En la primera página el marqués había escrito una dedicatoria: «Para el orfebre de Barcelona».

Etweda se acercó con una botella de whisky y dos vasos. Nos sirvió.

—Por los diamantes de Sudáfrica —dijo el marqués levantando su vaso.

Yo repetí su gesto y choqué el mío contra el suyo. Murray se acercó y bajó de su caballo.

—Cuando quieran, podemos partir. Descansaremos de nuevo en unas cinco horas. —El marqués le ofreció un vaso de whisky, pero él lo rechazó amablemente—. Un buen bóer no debe beber, va en contra de los mandamientos de Dios.

Los mandamientos de su dios eran desconcertantemente contradictorios en manos de aquella gente dispuesta a asesinar por dinero.

Nos volvimos a subir a la diligencia. Etweda se dirigió al carromato del final. Sin el pasador en el pelo, su melena tenía un cierto aire desaliñado.

—¿Ella no viene? —preguntó el marqués.

—No, no la necesito. La mano ahora casi no me duele.

Andre gritó a sus hombres, que comenzaron a avanzar:

—*Hue!*

La caravana se dirigió al norte de nuevo cruzando los campos de vides, donde los criados negros recogían la uva a primera hora de la mañana. Lo hacían mientras cantaban. Aunque no los entendía, estaba seguro de que sus letras hablaban de libertad, sueños y esperanza. Los Murray empezaron a cantar también. Lo hacían a voz en grito para tapar las voces de los criados negros. Por un momento estos se quedaron en silencio. Los bóeres continuaron cantando hasta que sucedió.

Todos los criados se pusieron en pie. Eran cientos, como estatuas en medio de la verde espesura de las vides. Empezaron a cantar más alto. Desde el carromato yo podía observarlos. Lo hacían orgullosos de ser, de pertenecer a su pueblo.

Entre todos ellos, un niño nos miró mientras nos alejábamos. Levantó la mano y nos dijo adiós como quien se despide de alguien para siempre.

Frente a nosotros, se extendía el desierto.

Día 54 de 100

—¿Has escrito a tus padres? —preguntó el marqués mientras se acomodaba en el compartimento y bebía un poco de agua.

—Sí —respondí—. Les he contado que voy de viaje con usted.

El marqués pareció un poco sorprendido, pero reaccionó con naturalidad, subiéndose las mangas de la camisa.

—Te pedí que no contases a nadie que viajamos juntos —dijo con una falsa sonrisa.

—Lo sé, pero pensé que, si me sucedía algo, tendrían a quién escribir para preguntar por mí.

—Claro... Bueno... Cuando volvamos a España, me encantaría que me los presentases. Quizás tu padre y tú podáis trabajar en mi naviera.

Tenía el pasador de Etweda preparado para atacarlo, pero era consciente de que en un mano a mano y en el interior de aquel carromato, me sería imposible vencerlo. No podía dejar de preguntarme cómo un hombre nacido de un vientre de mujer, que había sido niño, que había jugado en las calles, que había tenido miedo en la noche..., podía haberse convertido en alguien como el marqués.

Tras doce horas de viaje y dos breves paradas, la caravana volvió a detenerse. Ya había anochecido y los bóeres decidieron montar el campamento en una ladera. Hicieron un gran círculo con los carromatos y prendieron varias fogatas. Luego empezaron a cocinar salchichas asadas. Ellos las llamaban *boerewors*. Las acompañaban de unas galletas duras y saladas que usaban como pan. Todos nos acercamos al fuego mientras la mitad de los bóeres vigilaban el campamento en un primer turno. El marqués le había ofrecido a Murray que sus esclavos hiciesen guardia, pero al bóer no le había gustado la idea.

—Estos no son seres humanos, simplemente son criaturas que no tienen más alma que la que pueda tener un mono —dijo Andre—. No dejaría mi vida

en manos de un negro ni aunque fuese el último ser sobre la Tierra.

El marqués sonrió satisfecho de escuchar a alguien opinar como él y se sentó en una de las sillas que Siawash había puesto frente a la fogata. Andre Murray se sirvió una taza de café caliente y ordenó a su padre y a sus hermanos que mantuviesen los ojos abiertos y las armas cargadas.

—¿Cree que estamos en peligro? —pregunté acercándome a coger una salchicha.

—¿Has oído hablar de los bushmen? —preguntó Andre.

Yo negué.

—Yo he luchado contra ingleses, basutos, griquas, xhosa... Pero nada que ver con los bushmen —interrumpió con su voz ronca el anciano Murray, que había estado en silencio mientras aspiraba su pipa recostado sobre su bolso.

Todos lo escuchamos atentamente.

—Fue un 25 de diciembre. Yo todavía era un niño —continuó lentamente, como si cada palabra que saliese de su boca fuese masticada antes para poder digerirla—. Debía tener ocho años. A las siete de la tarde me encontraba con mis padres y mis nueve hermanos en la iglesia. Allí estaba todo el mundo. De pronto, mientras el sacerdote leía el sermón, comenzamos a oír gritos en el exterior. Salimos. En la puerta nos encontramos a una mujer moribunda. Tenía una pequeña flecha clavada en el costado. Se la intentamos arrancar, pero no tardó en caer desplomada. Miramos al fondo de la calle. No había nadie. ¿Quién había disparado esa flecha contra aquella mujer? De pronto, vimos unas sombras en la oscuridad. Como demonios de ébano. Eran los bushmen atacando el pueblo.

»Era imposible verlos y por eso era imposible saber por dónde iban a golpear la siguiente vez. Aquellas malas bestias disparaban sus flechas envenenadas contra todo aquel que se moviese. Daba igual que fuese hombre, mujer, anciano, niño o animal. No había gritos. Atacaban en silencio. Desde la noche. Era imposible intuirlos. Mi padre y mi tío corrieron a por sus armas a casa, pero ya era demasiado tarde. Primero dispararon a mi padre. Le clavaron una flecha en la pierna. Consiguió arrancársela y siguió corriendo. Llegó al salón. Cargó su arma. Eso es lo que estaba haciendo cuando el veneno entró en su corazón paralizándolo. Cayó en la entrada de nuestro hogar agonizante. Mi tío no tuvo mejor suerte. Cuando nos vieron en la puerta de la iglesia uno de ellos gritó señalándonos. Todos se dirigieron hacia donde nos encontrábamos.

»Eran como monos. Pequeños y ágiles. Subían por las paredes de las casas sin esfuerzo mientras se acercaban. Cerramos la puerta. Creímos que

estábamos a salvo. En silencio. Como sin pasado ni futuro. Pero fue solo un instante de falsa tranquilidad. Entonces sentimos sus pasos por el techo de la iglesia. Y se hizo el silencio de nuevo. Solo unos segundos. Y como aparecidas de la nada, cientos de flechas atravesaron las vidrieras rompiéndolas en mil pedazos que llenaron el suelo de cristales de todos los colores. Cada uno de los feligreses se escondió donde pudo, pero no sirvió de nada. Los bushmen entraron en la casa del Señor. Fueron asesinando uno a uno, sin detenerse a pensar en su edad, sexo o estatus. Solo yo me salvé escondido bajo el altar. Fui el único de más de trescientas personas que sobrevivió a aquel ataque. Trescientas personas y mil reses muertas en una sola noche. Nunca olvidaré lo que hicieron. Nadie que haga lo que yo vi aquella tarde se puede considerar un ser humano.

—*Afrika voor afrikaners* —susurró el hermano más pequeño de los Murray, sin levantar la mirada de la tierra, para reforzar el discurso de su padre.

Todos los Murray repitieron al unísono en un armonioso susurro: «*Afrika voor afrikaners*».

—¿Qué quiere decir? —pregunté inocentemente.

—África para los africanos blancos —respondió el más joven en un correctísimo inglés.

Miré a Etweda. Ella se dio la vuelta y se dirigió a la tienda que nos habían montado al lado de uno de los carromatos.

Después de la cena, el marqués también se fue a dormir. Yo decidí quedarme un poco más. Le pregunté al viejo Murray si había estado alguna vez en Kimberley.

—En casa de los Jacobs. Ellos fueron quienes encontraron el primer diamante allí. —Y después me contó la historia de cómo lo habían encontrado y cómo los habían engañado.

Más tarde, ya de camino a mi tienda, pasé frente a la del marqués. Siawash estaba en la entrada.

—En cuanto se duerma, iré a buscarle —me dijo en voz baja.

—¿Por qué lo haces, Siawash?

—Porque soy un hombre libre, aunque él no lo sepa —respondió—. Y quiero que mi hijo también lo sea.

Me acosté al lado de Etweda. Suponía que el marqués no tardaría demasiado en dormirse. Pensé una vez tras otra cómo hacerlo. Si todo salía como esperaba, descubrirían el cuerpo del marqués por la mañana, pero no podrían acusar a nadie porque nadie sabría quién había terminado con su vida. Al rato oí la voz de Siawash fuera de la tienda. Me levanté sin despertar a Etweda y salí. Las hogueras todavía resplandecían en el medio del círculo de carromatos mientras todos dormían, salvo los hermanos Murray que vigilaban los alrededores. Nos arrastramos sin ser vistos hasta la tienda del marqués. Al llegar allí Siawash me entregó un cuchillo.

—Lo he robado de las cosas de los bóeres. Nadie sospechará de nosotros —dijo, y se alejó.

Abrí la tienda del marqués con cuidado para no despertarlo. Estaba acostado, profundamente dormido. Contuve la respiración y me acerqué a él como la serpiente que se acerca a su presa por la espalda. Levanté el cuchillo y cuando iba a clavárselo en el pecho..., no pude hacerlo. Intenté obligarme. Volví a levantar el cuchillo. Me temblaba en las manos. Cerré los ojos. Pensé en Isabel, en mis padres, en Etweda... para tener el valor de cometer aquel crimen justificado..., la muerte de aquel hombre era lo mejor para todos, y aun así, no fui capaz. Me arrastré hacia atrás y salí de la tienda temblando. Siawash me miraba a lo lejos. Negué con la cabeza. Pude ver en sus ojos la decepción. Volví a mi tienda.

Me acosté de nuevo.

—¿Lo ha hecho, amo? —me preguntó Etweda ansiosa.

—No he podido. Lo siento —dije avergonzado.

—No lo sienta. Eso le hace distinto a él.

Y Etweda me abrazó hasta que me quedé dormido.

Me despertó un disparo. Abrí los ojos al mismo tiempo que Etweda. Todavía era de noche.

—Quédate aquí —le pedí mientras me asomaba con cuidado.

—Rápido, coge esta arma —me dijo Murray lanzándome uno de sus rifles al pasar delante de mí, camino de uno de los laterales del círculo de carromatos.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté todavía medio adormilado y con los ojos entornados para intentar ver en la oscuridad.

—Parece que son los bushmen. Mi hermano ha visto algo moverse en la colina cercana —respondió él sin detenerse—. Si nos atacan, no dudes. Dispara a matar. Si no lo haces, ellos no te perdonarán. Solo tienes una oportunidad.

Volví a la tienda y ayudé a salir a Etweda. Los gritos de los bóeres organizándose inundaban la noche. Las fogatas estaban ya apagadas y olía a madera mojada. Me resultó curioso sentir frío en medio del desierto. Nos arrastramos debajo de uno de los carromatos malamente iluminados por la luna. Con un gesto le indiqué a Etweda que no se moviese. Ella se abrazó a mí. Acerqué mi frente a la suya y cerré los ojos. Por primera vez fui consciente de que el aroma de Etweda me trasladaba a mi hogar, fuese cual fuese aquel, como cuando me había resguardado en el regazo de madre. La besé en la frente, le acaricié la cara y luego la ayudé a ocultarse entre los ejes del carromato.

Cuando abandoné el escondite me encontré con el marqués. Iba acompañado de Siawash. El marqués me susurró que me quedase a su lado. Los seguí y nos dirigimos a una de las esquinas del campamento. Me puse tras él, al lado de Siawash. Por mucho que lo intentábamos solo veíamos la oscuridad, hasta que de pronto...

—¡Ayuda! ¡No disparen! ¡Solo busco agua! —dijo una voz en perfecto inglés desde la negritud de la noche.

—¿Quién anda ahí? —gritó Murray mientras se protegía detrás de uno de los barriles que llevábamos como mercancía y apuntaba a la nada que se extendía ante él.

No hubo respuesta. La tensión se palpaba en cada uno de los músculos de los que allí estábamos. Los dedos índices temblaban sobre los gatillos. Unos minutos después apareció ante nosotros un hombre blanco de unos cuarenta y cinco años. Tres de los bóeres dispararon al unísono delante de sus pies haciendo saltar pequeñas piedras. Tenían buena puntería.

—¡No se mueva si no quiere que su sangre riegue esta tierra estéril! —gritó Murray.

—No se preocupen. No me moveré. No me gustaría morir ahora que he sobrevivido al Karoo. —Por su tono de voz y acento parecía una persona bien educada.

Andre hizo un gesto a su padre y a sus hermanos para que lo cubriesen mientras se acercaba al recién llegado.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó acercándose al desconocido con un candil en una mano y sin dejar de apuntar al frente con su rifle en la otra.

—Breyten... Breytenbach —respondió el hombre levantando las manos cuando por fin la luz del candil alcanzó a iluminarle.

Murray lo cacheó comprobando que no llevaba ningún arma. Todos menos el marqués bajaron sus rifles. Mi padre siempre decía que hay dos tipos de hombres: los que nunca dispararían a un hombre desarmado y los que esperan a que esté desarmado para dispararle. El marqués era de los segundos.

—¿De dónde viene, amigo? —preguntó Murray mientras se sentaban en el centro de los carromatos alrededor de una de las hogueras que habían vuelto a encender.

—De Kimberley —respondió él cogiendo una taza de agua y acercándosela a los labios—. Hace dos días viajaba con mis dos socios y nuestros criados cuando fuimos atacados por una tribu de salvajes. Todos murieron salvo yo. Si fuese ustedes, daría media vuelta. Es casi imposible que lleguen sanos y salvos hasta allá siguiendo esta ruta. Los estarán esperando y no tendrán piedad. Se lo aseguro.

—Si es cierto que viene de Kimberley, ¿dónde están los diamantes? —preguntó el marqués.

—¿Qué? —preguntó el hombre desconcertado.

—Los diamantes. Dice que viene de las minas, pero, aunque sucia por la caminata en el desierto, viste usted buena ropa. ¿Dónde están sus diamantes?

—Nos los robaron los salvajes que nos atacaron.

El marqués dio un paso atrás y apuntó de nuevo al recién llegado.

—Desnúdese —ordenó.

Murray se puso en pie.

—Creo, señor, con todo respeto, que esto no es apropiado —dijo el bóer, pero el marqués ni siquiera le dedicó una mirada.

—Yo sufrago todos los gastos de este viaje, así que yo decido de quién me fío y de quién no. Si este hombre quiere quedarse en este campamento y compartir la bebida y la comida que yo pago, tiene que convencerme de que le crea. Si alguien no está de acuerdo, puede volver por donde vinimos.

Murray dio un paso atrás para apartarse del ángulo de tiro del marqués y se dirigió al hombre:

—Haga lo que le pide.

Tras unos segundos de incertidumbre el señor Breytenbach se puso en pie y poco a poco empezó a quitarse la ropa para ir dejándola en el suelo entre él y el marqués. Este hizo un gesto a Siawash para que fuese registrando cada prenda concienzudamente.

Luego lo obligó a abrir la boca. Etweda lo observaba todo oculta bajo el carromato.

—Levante la lengua —le ordenó.

Cuando se hubo asegurado de que no ocultaba nada en la boca, le hizo ponerse en cuclillas. El señor Breytenbach se negó. El marqués disparó al aire. Una vez. Dos.

—No pienso malgastar otra bala. En cuclillas, he dicho.

El hombre no tuvo más remedio que obedecer. El marqués hizo un gesto a Siawash, que comprobó que no llevaba nada oculto en ningún otro agujero del cuerpo.

—Le ruego me disculpe —dijo el marqués bajando el arma por fin—, pero entienda que no podemos fiarnos de nadie. Son tiempos complicados, y más en estas tierras.

El señor Breytenbach no respondió. Malhumorado por la humillación, se vistió de nuevo y volvió a coger su taza de agua.

—¿Dónde los atacaron exactamente? —preguntó Murray.

—A dos días de camino. Eran cincuenta o sesenta. Nos cogieron de improviso mientras dormíamos. No pudimos hacer nada. Eran como espíritus.

—¿Y por qué volvían? —preguntó el marqués.

—Porque ya habíamos hecho todo el negocio que teníamos que hacer..., aunque ahora ya no me quede nada, como ha podido comprobar.

—Es muy tarde —continuó el marqués—. Debemos descansar. Mañana será otro día.

—Me gustaría comprarles un caballo —dijo el señor Breytenbach—. Se lo pagaré cuando llegue a Ciudad del Cabo. Les dejaré el dinero a su atención en el Grand Hotel.

—Déjeme pensarlo —respondió el marqués, y se marchó hacia su tienda.

Por la mañana el señor Breytenbach no estaba en el campamento, pero no faltaba ninguno de los caballos. El señor Murray revisó todos los carromatos asegurándose de que no había robado nada: ni comida, ni ropa ni agua... Todo se encontraba en su lugar.

—Por lo que parece, anoche se marchó sin avisar a nadie —explicó el marqués mientras desayunábamos.

No sabría decir por qué, pero estaba seguro de que el marqués mentía de nuevo.

Día 55 de 100

Una hora después continuamos camino y nos adentramos en el desierto de Karoo. En uno de los altos para cambiar los caballos y recoger unos frutos más pequeños que las sandías que nacían en el desierto Etweda se acercó a mí mientras caminaba para estirar las piernas.

—Los otros esclavos dicen que el marqués asesinó anoche a ese hombre —me susurró mientras me revisaba la cura de la mano.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Dicen que estaba seguro de que ese hombre mentía. Que creía que se había tragado los diamantes y quiso comprobarlo.

—¿Cómo quería comprobarlo? —Aparté mi mano.

Ella hizo un sutil gesto con el dedo índice cruzando su propia barriga como si fuera una navaja.

—¿Le ayudó Siawash? —pregunté.

—Dicen que quiso hacerlo él solo.

—¿Un poco de agua? —preguntó el marqués acercándose.

—Sí, gracias —respondí cogiendo la cantimplora, y con un leve gesto le indiqué a Etweda que se marchase.

—Qué maravilla de lugar. ¿No te parece, muchacho? Ni una pizca de vida en miles de kilómetros... Si te pierdes entre esas llanuras, podrías pedir ayuda hasta perder la voz sin que nadie te oyese.

Me limité a beber el café. A base de tomarlo, había empezado a gustarme.

—¿Te pasa algo? —me preguntó extrañado por mi silencio.

—¿A dónde cree que ha ido ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El señor Breytenbach.

—Ah... Pues no sé. Supongo que habrá ido a Ciudad del Cabo. Es lo que habría hecho yo. Allí se dirigía, ¿no?

—¿Andando? ¿Sin robar ni siquiera un caballo?

—¿Estás insinuando algo, chico?

Por un instante estuve a punto de responderle que sí. Que estaba seguro de que lo que decían los esclavos era cierto. Que había asesinado a aquel hombre.

—No, solo que me extraña que se haya marchado sin más —concluí finalmente.

—Nosotros vamos en dirección contraria y los bóeres han estado toda la noche vigilando que nadie atacase ni robase nada del campamento. ¿Qué ves de extraño?

Ya no sabía qué pensar.

Karoo es una palabra de origen khoikhoi que quiere decir «seco». Por eso los khoikhoi llamaron así a su desierto.

El horizonte, teñido de ardiente rojizo por su arena, se extendía más allá de donde se perdía la vista. Antes de adentrarnos en esa vasta extensión, los bóeres habían hecho acopio de agua y comida suficiente para una semana de travesía. Ese era el tiempo que estimaban que nos llevaría cruzarlo sin problemas. La caravana avanzaba lentamente. No había en lontananza nada más alto de quince centímetros: ni un arbusto ni una piedra..., ningún lugar donde esconderse de un ataque ni resguardarse de una tormenta. Solo alguna nube perdida proporcionaba de vez en cuando algo de sombra al cruzarse con el abrasador sol. El silencio se adueñaba de todo y de todos. Solo oíamos el sonido de los cascos de los caballos golpeando las desperdigadas piedras entre la arena y el crujir de las ruedas de los carromatos, que cada vez que rompían una roca dejaban ver el color azul en el interior.

—Las rocas son azules por dentro por la cantidad de hierro que tienen — me explicó el marqués.

Yo no dejaba de pensar en lo que habían contado el viejo Murray y el señor Breytenbach sobre los bushmen. Creo que todos lo pensábamos, temerosos de encontrar nuestro final bajo las flechas de aquellos seres que en mi mente habían crecido hasta convertirse en invisibles asesinos despiadados que podían aparecer de la nada en cualquier instante. Los bóeres cabalgaban rodeando los carromatos arriba y abajo, con sus armas cargadas preparadas para repeler cualquier ataque. El primer día no sucedió.

El segundo día encontramos a un grupo de hombres muertos. Yacían tumbados alrededor de un carromato quemado. Parecían los acompañantes del señor Breytenbach. Ninguno de ellos había tenido forma de huir. Cinco flechas asomaban al menos en cada cuerpo.

—Quizás no mintió sobre lo del ataque de los bushmen —dije sin mirar al marqués, que no se dio por aludido.

El tercer día comencé a sentir cómo las piernas se me empezaban a hinchar. Tuve que realizar varias horas de trayecto andando detrás de la caravana para recuperarme. Eso me permitió estar con Etweda a solas. Ella llevaba en su mano una pequeña sombrilla con la que me daba sombra.

—Amo, ¿cree que esa mujer con la que quiere casarse me aceptará como esclava? —me preguntó mientras caminábamos.

—No, no lo hará —respondí.

Etweda me miró sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó deteniéndose un instante y dejándome caminar bajo el sol.

—No lo hará porque en cuanto volvamos a España serás libre, Etweda. Ya te lo dije.

El cuarto día pasó sin novedades, lo que no quería decir nada más que eso.

Día 60 de 100

Lo descubrimos cuando nos despertamos el quinto día de travesía por el desierto. El viejo Murray llamó a su hijo Andre, que a su vez llamó a uno de sus hermanos, el de la barba más corta, y hablaron los tres. Algo sucedía. Estuvieron un rato de rodillas analizando el suelo antes de regresar a donde nos encontrábamos. Andre Murray decidió reunirnos a todos.

—Esta noche alguien se ha acercado al campamento —explicó el jefe de los bóeres.

—¿A qué se refiere con «alguien»? —preguntó el marqués.

—Hemos encontrado huellas de hombres descalzos.

—¿Bushmen? —pregunté temeroso.

—No lo podemos asegurar, pero nadie en su sano juicio andaría descalzo por este desierto... Debemos marcharnos de aquí ya —propuso mientras comenzaba a recoger sus cosas—. Si son bushmen, no tardarán en atacarnos. Así que a los carromatos.

—Un momento. ¿Cómo puede ser que se hayan acercado tanto sin que ninguno de ustedes los hayan visto? —preguntó el marqués—. ¿No se supone que han pasado la noche de guardia?

Andre, molesto, reconoció que uno de sus hermanos se había quedado dormido.

—¡¡Señor marqués, señor marqués!! —gritó Siawash desde el carromato donde trasladábamos los víveres—. Han robado la comida, las sandías y el agua.

Todos corrimos hacia allí. Siawash estaba en lo cierto. No quedaba nada. Aprovechando la noche, aquellos fantasmas de los bushmen habían desvalijado nuestra despensa. Ahora tendríamos que sobrevivir en el desierto sin comida y, lo que era peor, sin nada que beber.

—Es una estrategia. Nos dejan sin agua ni comida para debilitarnos. Cuando seamos animales moribundos, nos atacarán —explicó el anciano

Murray—. Es algo que ya he escuchado otras veces.

—No se lo pondremos tan fácil. Cuanto antes iniciemos la marcha, antes llegaremos al río Orange. En cuanto crucemos su cauce, estaremos a salvo —respondió su hijo Andre—. Además, debemos darnos prisa. Está acercándose una tormenta de arena.

A lo lejos una nube de arena avanzaba sin pausa hacia nosotros.

—Si no lo hacemos ya no podremos continuar.

Tardamos cerca de media hora en organizarnos para ponernos en marcha de nuevo. Le pedí a Etweda que viniese conmigo. Si sufríamos un ataque, quería que estuviese a mi lado. El marqués me dio una de sus pistolas. Todos, incluidos los esclavos, cargamos nuestras armas y apuntamos a los cuatro horizontes. No podía entender dónde podrían esconderse en aquella planicie, pero el viejo Murray había sido muy claro: «Son invisibles. Como fantasmas. Nunca sabes por dónde van a aparecer hasta que los tienes encima».

A media tarde la tormenta nos alcanzó. Dejamos de vernos unos a otros. También dejamos de oírnos. La arena lo cubría todo como una densa niebla recién llegada del mar. Cogí de la mano a Etweda. Murray, con el rostro cubierto casi completamente por un pañuelo, avanzaba y retrocedía en paralelo a la caravana para asegurarse de que nadie se extraviaba.

—¡Todos unidos..., como un solo animal! —gritaba de vez en cuando desgañitándose porque su voz se perdía entre los pequeños granos de arena que volaban a toda velocidad a nuestro alrededor.

Durante una hora larga avanzamos sin rumbo claro, confiados en que no estuviésemos dando vueltas en redondo. Yo, en la diligencia al lado del marqués, no podía dejar de pensar en la tormenta de nieve al comienzo de mi viaje. La naturaleza, haga frío o calor, es igual de agresiva. Por fin, a media tarde, la tormenta remitió y el desierto volvió a ser lo que conocíamos. Es extraño añorar una vista tan desoladora como la del Karoo. La sed empezaba a hacer mella en nosotros y en los animales. Durante el resto de la jornada dos caballos se derrumbaron entre estertores y tuvimos que abandonarlos. Murray ni siquiera gastó una bala en evitarles sufrimiento.

—Toda la munición que tenemos la necesitaremos en caso de que nos ataquen.

Cuando la noche cayó, Murray se acercó a nuestro carromato.

—Creo, señor marqués, que lo más conveniente sería que continuásemos adelante sin detenernos. Si los bushmen nos están siguiendo, es posible que quieran aprovechar la oscuridad, mientras descansamos, para atacarnos.

El marqués estuvo de acuerdo.

Avanzamos sin parar, atenazados por el frío, solamente iluminados por la luz de la luna llena y la esperanza de llegar sanos y salvos a nuestro destino.

La caravana se detuvo de pronto. Abrí los ojos y pude ver a uno de los bóeres señalando al horizonte. Allí a lo lejos había una mujer que nos observaba. No podíamos verle la cara. Etweda se había quedado dormida en mi regazo. La aparté suavemente sin despertarla, y le apoyé la cabeza en una manta doblada. El marqués también estaba dormido enfrente de nosotros. Me apeé. Avancé unos pasos y, a pesar de la distancia, pude reconocer a Isabel. Me di la vuelta. Ya no había carromatos, ni bóeres ni marqués... Solo Etweda durmiendo profundamente sobre la arena rojiza del desierto.

Volví a mirar a Isabel. Eché a correr. Cuanto más me acercaba, más se alejaba ella, como si fuera una suerte de arcoíris inalcanzable. Cerré los ojos. Un instante nada más. Lo justo para un fugaz parpadeo. Cuando volví a abrirlos Isabel ya se había marchado. La llamé a gritos. No estaba.

Finalmente me acerqué de nuevo a Etweda.

Entreabrió los ojos y me miró sonriendo.

Había cuatro minas cerca de Colesberg Kopje: New Rush, Dutoitspan, Bultfontain y Old de Beers.

La preferida de la mayoría de los mineros era New Rush. La llamaban El Nuevo Dorado. En 1873, unos meses antes de que yo llegase, la bautizaron como Kimberley en honor al ministro de Asuntos Exteriores británico para las colonias, John Wodehouse, primer conde de Kimberley. Supongo que así nacen los nombres de los lugares.

En Kimberley era donde se encontraba el Groot Gat, como lo llamaban los afrikáneres, «el gran hoyo», muy cerca del río Orange, donde toda esta historia había comenzado. Al final de su vida en 1914, la mina de Kimberley tendría un área de excavación de 17 hectáreas, una anchura de 463 metros, una profundidad de 240 metros y había producido 2.720 kilos de diamantes.

Aún faltaban unos años para que eso sucediese.

En 1874, cuando nosotros nos dirigíamos hacia allí, su profundidad era solo de cincuenta metros.

Día 61 de 100

Al amanecer del sexto día avistamos por fin el río Orange, cerca de Hopetown, la Ciudad de la Esperanza. Aquellas aguas eran el final del infierno y el comienzo de la tierra de las oportunidades. A los dos lados del cauce, cientos de mineros, con las barbas tupidas cubriendo sus rostros, agitaban sus bateas sin descanso mezclando la tierra y las piedras con el agua mientras cantaban:

*Rocking at the cradle, sifting all day,
That's the life we diggers lead.
Rocking at the cradle, sifting all day,
Oh! That's the life for me.*

Estábamos desfallecidos y, aun así, sacamos fuerzas de donde no las teníamos para bajar de los carromatos y lanzarnos al río como bestias sedientas. En ese momento daban igual las razas o las religiones. Todos teníamos la misma sed y bebíamos la misma agua, incluso los caballos. Los bushmen ya no podrían atacarnos. Confié en que, si todo iba como esperaba, en unos días volvería a cruzar ese cauce con la única compañía de Etweda. No esperaba tener que hacerlo con las manos manchadas de sangre, pero estaba dispuesto a que fuese así si era necesario.

—¡Continuemos! —gritó el marqués—. Quiero llegar a un lugar civilizado cuanto antes. ¿A cuánto está Kimberley? —le preguntó a un minero que trabajaba sin descanso en la orilla del río.

—Ya están ustedes en Kimberley, solo que no lo saben —respondió.

Tras abastecernos de agua, avanzamos. Estábamos tan cerca de las minas que podíamos intuir el olor de la tierra removida, de las piedras, del sudor de los mineros... Murray se adelantó con su caballo hasta la colina siguiente y desde allí arriba nos gritó señalando al frente: «¡New Rush!, ¡New Rush!». El

conductor de la diligencia azuzó a los caballos para llegar a su lado y por fin pudimos verlo nosotros también. A lo lejos, en medio de la inmensidad del desierto, se amontonaban cientos, miles de tiendas de campaña formando la ciudad. Pensé en Isabel, en mis padres, en el señor March..., todos pasaron por mi mente. El tiempo justo hasta que mi mirada se cruzó con la del marqués.

—Ahora llega tu momento, muchacho —me dijo.

Yo asentí. Etweda, a mi lado, me tocó la mano sin que nadie se percatase.

Bajamos la colina y nos dirigimos entre los cientos de tiendas grises que se amontonaban a los lados del camino hacia el centro de aquello que nadie en su sano juicio se atrevería a llamar realmente una ciudad. No había orden de ningún tipo. Cada nuevo minero que llegaba montaba su tienda o chabolo donde le parecía convirtiendo las supuestas calles en un hormiguero imposible de comprender. En las puertas de las tiendas las mujeres de los mineros cocinaban en sus grandes cacerolas de cobre mientras los hijos más pequeños jugaban con pico, pala y martillo preparándose para el que algún día sería su trabajo. A esa hora del día no había en la calle ningún hombre ni chico mayor de diez años que no estuviera enfermo o impedido. Cualquier hombre que hubiese hecho el viaje hasta Kimberley estaba trabajando en la mina en la búsqueda de una fortuna que los sacase de allí inmensamente ricos.

De vez en cuando, entre las raídas tiendas asomaba alguna pequeña cabaña construida con madera y latas de comida aplastadas. Por fin, mientras nos adentrábamos en aquel caos, nos cruzamos con los trabajadores que volvían de la mina. La mayoría llevaba el torso desnudo, y todos, blancos o negros, sin excepción, estaban tan sucios que parecía que la mugre se había incrustado en su piel y, al igual que los del río, lucían tupidas barbas. Mientras los blancos caminaban en silencio fumando sus pipas, los negros hablaban y reían estruendosamente saludando a sus compañeros. Todos los empleadores eran blancos, la mayoría de los empleados eran negros. A los que venían del centro de África los llamaban *kaffirs*. Era fácil reconocerlos porque iban completamente desnudos, como habían llegado al mundo, sin un atisbo de vergüenza. Eran como animales salvajes a los que hubiesen atrapado para trabajar en las minas. Daba la impresión de que en cualquier momento terminarían saltando contra sus amos como un perro muerto de hambre. Se les veía en los ojos la rabia de la esclavitud, y llevaban las manos cubiertas con manoplas de cuerda que los mineros les ponían para que no pudiesen esconder los diamantes si a alguno de ellos se le ocurría robarlos. Entre ellos, asomó uno que caminaba haciendo sonar una campana y que llevaba colgado

del pecho un cartel en el que podía leerse la palabra *ladrón*. Dos hombres lo custodiaban hasta la entrada de la ciudad, que para él era la salida. Esa era la forma en la que trataban a los amantes de lo ajeno. Me pareció muy civilizada para lo que me había imaginado.

El marqués se asomó por la ventanilla y llamó a Murray. Este tiró de las riendas para acercarse hasta nosotros y se quitó el sombrero en señal de respeto cuando la caravana se detuvo. El marqués se apeó, habló con el bóer y regresó. Murray se dirigió a hablar con su padre antes de azuzar su caballo para adentrarse en el laberinto de tiendas.

—¿A dónde va? —pregunté mientras veía cómo se desvanecía entre la polvareda que levantaba su caballo al trote.

—Le he encargado que descubra quién tiene los mejores diamantes en este demonio de lugar. Nosotros, mientras, iremos a buscar donde alojarnos.

Así llegamos a lo que consideraban el centro de Kimberley. Los mineros lo llamaban la Plaza del Mercado. En realidad, no era una plaza ni un mercado, de la misma forma que Kimberley no era una ciudad. Aquello era una explanada de tierra, rodeada de tiendas y carpas, donde los habituales de aquel lugar se reunían después de sus largas jornadas de trabajo. De pronto uno de los bóeres disparó al aire y toda la caravana se detuvo.

—¡Muévete y te juro que con el siguiente disparo te reviento la cabeza, negra! —gritó sin bajar el arma.

Me asomé por la ventanilla y pude ver a quién apuntaba. Era Etweda. Estaba en el suelo de rodillas, a unos metros de la caravana, con las manos en alto.

—¿Qué sucede? —pregunté bajando de la diligencia e interponiéndome entre aquel rifle y ella.

—Esa negra quería escaparse —dijo el bóer.

—Esta esclava es de mi propiedad. Como se te ocurra volver a dispararle tendrás que responder ante mí. —Me pareció estar escuchando al marqués. Me acerqué a Etweda. Estaba temblando.

—Es mi padre, amo —musitó sin dejar de mirar la tierra rojiza a sus pies.

—¿Dónde?

Los trabajadores que se arremolinaban en la plaza se habían quedado inmóviles. Entre ellos, localicé a un hombre de la edad de mi padre. Tenía la barba tan oscura como su piel y el cuerpo cubierto con una fina capa de arena blanquecina que sus lágrimas iban borrando lentamente, dejando unos pequeños surcos en sus mejillas.

—No he vuelto a verlo desde que me vendieron al marqués —susurró Etweda.

—Ahora no podemos hacer nada —le dije intentando no llamar la atención—. Sube al carromato.

Ella me miró suplicante.

—Confía en mí —le pedí.

Respiró hondo y con el alma rota dio un paso atrás y volvió al carromato. Pude ver en los ojos del padre de Etweda que estaba a punto de echar a correr tras ella. Por eso di un paso al frente y grité que a nadie se le ocurriese moverse. Luego volví a mi diligencia con el marqués.

—Te lo dije, chico. En cuanto te despistes, te traicionaré. Son todos iguales. Como gatos. Solo quieren volver con los suyos.

—Déjeme en paz —respondí entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Que no vuelva a dirigirse a mí para hablar de eso —respondí alto y claro.

El marqués se quedó en silencio, mirando por la ventanilla, respirando hondo, tanto que podía oír cómo el aire entraba y salía de su cuerpo. Durante unos minutos esperé que saltase sobre mí para estrangularme, o que me disparase, pero siguió en silencio mientras avanzábamos entre las tiendas hasta que el hermano pequeño de los Murray se acercó.

—Señor, debemos dejar aquí los carruajes. Tendrán que continuar a pie hasta el hotel —dijo señalando una carpa en lo alto, sobre la que podía leerse escrito torpemente a mano «Mrs. Jardine».

Me recordó al letrero de la orfebrería de padre.

Nos bajamos de los carruajes y Etweda apuró el paso hasta llegar a mi lado. Me cogió de la parte baja de la chaqueta como el niño que no quiere perderse de su madre. Estaba llorando, aunque intentaba que nadie se diese cuenta.

—¡Siawash! —gritó el marqués, e hizo un gesto hacia las maletas que el negro comprendió inmediatamente.

—Venga, daos prisa. No tenemos todo el día —oí como gritaba Siawash al resto de los esclavos.

Había gente por todos lados, tanta que se hacía difícil caminar. La mayoría eran hombres. Era fácil reconocer quién compraba y quién vendía diamantes viendo su aspecto. Los que compraban vestían elegantemente y fumaban puros. Los que vendían se acercaban sucios y malolientes, soñando que la piedra que acababan de encontrar fuese la que les cambiase la vida, la

que les permitiese dejar de beber cerveza para empezar a beber champán y brandi. Esa era la gran diferencia en aquel mundo. Entre unos y otros, se encontraban los judíos. Intentaban no llamar la atención, pero por eso mismo no lo conseguían.

Avanzamos esquivando los socavones hasta la entrada del hotel. Allí nos recibió un hombre indio vestido completamente de blanco que nos hizo una amable reverencia.

—Bienvenidos al Mrs. Jardine, señores —dijo en inglés con un acento extraño.

En Ciudad del Cabo ya había visto a algunos hombres con turbante, pero no conseguía acostumbrarme. ¿Qué sentido podían tener esos gorros de tela que no tapaban del sol ni de la lluvia?

El interior del hotel era una especie de estancias divididas por endeble tablones de madera. Se podía oír cualquier sonido de las habitaciones cercanas. Incluso las toses con las que los cuerpos de los recién llegados intentaban expulsar la arena del desierto de su interior. El establecimiento parecía un castillo de naipes que podía caerse en cualquier momento. El escaso mobiliario, en cambio, era de madera maciza. Me pregunté cómo lo habrían llevado hasta allí atravesando el desierto, ya que no había visto ni un solo árbol en kilómetros a la redonda. Luego descubrí que los bóeres de las granjas cercanas vendían a los mineros de todo, entre otras cosas los muebles de sus propias casas que ellos habían construido años atrás. En el centro del dormitorio había una cama de matrimonio cubierta con un mosquitero y frente a ella, un pequeño mueble palanganero con una jarra y una pastilla de jabón. Ni en la jarra ni en la palangana había agua. Ese era uno de los problemas principales en Kimberley: no había agua para beber y mucho menos para asearse, por lo que independientemente de la clase social, las personas y sus ropas olían a días sin ver una pastilla de jabón.

—Amo... —dijo Etweda.

Le hice un gesto para que no continuase. Me acerqué a ella y le hablé al oído:

—Nos escuchan.

—¿Qué vamos a hacer, amo? —me preguntó bajando la voz también.

—Esta noche descubriré dónde podemos conseguir el diamante —le expliqué—. Mañana lo compraremos, buscaremos a tu padre y nos marcharemos sin el marqués.

—¿Y cómo piensa pagar el diamante si perdió su lingote?

Kimberley, 14 de febrero de 1874

Queridos padres:

Por fin hemos llegado a Kimberley. Me encuentro bien, pero este lugar es lo más parecido al infierno que puedan imaginar. Todo el mundo vive por y para los diamantes. No hay casas, sino tiendas de campaña y chabolos. Tampoco hay mercados. El agua está racionada. Solo hay dos pozos y cada minero tiene derecho a dos cubos de agua que deben repartir entre su familia y sus trabajadores. Aquí hay hombres a los que arrebataron de la selva y no han visto nunca el mundo civilizado. Los hacen trabajar de sol a sol, sin descanso, hasta que caen desfallecidos. Ni siquiera los ingleses, que se vanaglorian de haber abolido la esclavitud de Sudáfrica, los tratan bien. Son como animales. Solo tienen derecho a morir y ni siquiera pueden hacer uso de ese derecho cuando quieren.

En dos días espero emprender el camino de regreso a Ciudad del Cabo con el diamante. Deseo que todo vaya bien. Creo que llegaré a Barcelona antes de que se cumplan los cien días. Eso espero. Eso ansío.

Los echo de menos.

Su hijo que les quiere

Necesitaba al marqués para hacerme con el diamante. Le pedí a Etweda que me aguardase en la habitación del hotel pero no quiso.

—Tengo que encontrar a mi padre, amo —me suplicó.

Supongo que en su lugar yo habría querido hacer lo mismo, pero era consciente de que una joven como ella, sin nadie que la acompañase, no tenía muchas probabilidades de sobrevivir en un lugar como aquel repleto de hombres hambrientos de mujer. Por eso le pedí que aguardase al menos a que yo terminase de cenar con el marqués. Así no levantaríamos sospechas. Después iría con ella. Tras una breve discusión en la que por primera vez intentó imponer su opinión, se quedó enfurruñada, mirando por la ventana como un niño recién castigado por sus padres.

—Obedezco porque usted es mi amo y me lo ordena —dijo sin mirarme.

—No, no quiero que lo hagas por eso, quiero que entiendas que yo creo que es lo mejor para ti, que no es un capricho —le respondí intentando hacerla entrar en razón.

—Si no es una orden, me marcharé —replicó poniéndose de pie sin darme otra opción que imponer mi condición de amo para obligarla a quedarse.

Cerré la puerta con llave al salir. Etweda era una mujer libre aunque ella no lo supiese. Pero era inteligente y no le iba a costar mucho tiempo darse cuenta de la verdad.

En el restaurante me encontré al marqués esperando en la entrada a que le dieran mesa. Igual que el resto del hotel, era una mezcla de telas y tablonés de madera a modo de paredes con grandes cortinajes. Los muebles eran de más calidad y los camareros vestían como en el mejor restaurante de una capital europea.

—¿Ha vuelto Murray? —pregunté al marqués.

—Todavía no, he enviado a Siawash a buscarlo —respondió al tiempo que el *mâitre* se acercaba.

—Lo siento, señores, van ustedes a tener que disculparme. No disponemos de mesas libres, pero un caballero se ha ofrecido a compartir la

suya con ustedes si les parece bien.

—¿Quién es? —preguntó el marqués desconfiado. Para él nadie hacía nada altruistamente. Solo era una cuestión de tiempo descubrir el interés oculto tras cada comportamiento. Una clara definición de sí mismo.

El *maître* nos dijo que se llamaba Isidore Gordimer. Con ese nombre, no era difícil deducir que era judío. No sé si por curiosidad o por hambre, el marqués aceptó y el *maître* nos condujo hasta la mesa del señor Gordimer, un hombre de cincuenta años, vestido de negro, con un pequeño sombrero que le cubría solo la coronilla y al que los judíos llamaban *kipá*. Se puso en pie para recibirnos.

—Señores, les agradezco que hayan aceptado mi invitación —dijo estrechándonos la mano—. Es un placer dar la bienvenida a alguien nuevo a este lugar.

—Muchas gracias —respondió el marqués.

Y nos sentamos frente a él.

—Les recomiendo el cordero. Lo traen de las granjas bóeres. Las verduras, yo de ustedes, no las probaría. El precio es excesivo para lo que ofrecen, nada que ver con las que hayan podido comer en Ciudad del Cabo —dijo el señor Gordimer intentando mostrar una refinada educación.

Los dos atendimos a la sugerencia de nuestro anfitrión. El marqués pidió una copa de vino. Yo, una jarra de agua.

—Joven, le aconsejo que no beba agua los primeros días aquí si no quiere terminar durmiendo en el retrete, o peor, en el hospital de Dutioitspan —me dijo el señor Gordimer—. Si no le gusta el vino, puede pedir cerveza *kaffir*, la hacen las mujeres indígenas. No es como la inglesa, pero no está mal.

De nuevo le hice caso y pedí una cerveza.

—Y bien, señor, ¿cuál es el motivo de su amable invitación a acompañarle en su mesa? —preguntó el marqués sin rodeos mientras extendía la servilleta sobre sus rodillas.

—¿Acaso tiene que haber un motivo? —preguntó el judío sonriendo.

—Usted y yo sabemos que siempre lo hay —respondió el marqués también sonriendo.

El señor Gordimer se rio dando palmadas sobre la mesa.

—Me gusta usted. Claro y directo. Como una bala. Como deben ser los hombres de negocios. Está bien. Supongo que ustedes vienen buscando diamantes, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Pues yo sé dónde conseguir los mejores.

—¿Se dedica usted a la compra y venta de diamantes? —pregunté.

—¿A qué otra cosa se puede dedicar alguien que viva en este lugar? Ustedes compran. Yo vendo. Todos ganamos.

—Está bien. Y ahora que todos sabemos lo que queremos, ¿qué puede ofrecernos? —preguntó el marqués.

El señor Gordimer bebió un trago de cerveza y ordenó al camarero que le trajesen otra.

—No deberían tener prisa. Si demuestran ansias por comprar, terminarán haciendo un mal trato —nos aconsejó—. Si les interesa hacer negocios por la mañana, los veré en mi habitación. Les aseguro que no se arrepentirán, y háganme caso: no crean a cualquiera que les ofrezca piedras preciosas. Aquí hay más estafadores que mineros.

—Etweda..., Etweda. Vamos.

Se había quedado dormida mirando las láminas del libro de Ruskin que me había regalado el marqués y que ahora tenía sobre su regazo. Abrió los ojos y en su mirada pude ver la ilusión de una niña que ansía ver a su padre cuando regresa de un largo viaje. Recuerdo haber sentido algo parecido cuando padre se marchaba en busca de diamantes e íbamos a esperar su regreso a las Ramblas meses después.

—Prepárate. Tenemos que esperar un poco a que los clientes del restaurante se retiren, pero en cuanto podamos saldremos.

En el exterior hacía frío. Mucho frío. Etweda llevaba un manto que le cubría la cabeza y los hombros. La cogí de la mano para llevarla a mi lado y caminamos entre las tiendas de campaña. Eran miles de hombres y mujeres los que aún seguían despiertos a aquellas horas reunidos sin privacidad alguna para calentarse, beber, fumar sus pipas, contar historias, cantar o tocar música. Parecía imposible encontrar a nadie entre aquella multitud de cuerpos polvorientos y sudorosos. Agrupados por nacionalidades, por un lado estaban los nativos y por otro los ingleses, franceses, holandeses, alemanes... Cada uno de ellos tocando instrumentos de sus lugares de origen, desde el punteo de las mandolinas a las menos melodiosas concertinas, pasando por los tonos más graves de las guitarras. Esas músicas entremezcladas los trasladaban a sus hogares por un instante y volvían a encontrarse imaginariamente con sus esposas e hijos. Así, el polvo se teñía de melancolía y recuerdos que ayudaban a olvidar que al día siguiente, cuando despertasen de la anestesia del alcohol, volverían a encontrarse en aquel infierno.

—¿Cómo se llama tu padre? —le pregunté a Etweda.

—Moussa Kemayah.

Le pedí que me esperase mientras me acercaba a un grupo de hombres que se arremolinaban alrededor de una hoguera. Ninguno había oído hablar de un hombre al que llamasen así y lo cierto es que, aunque lo conociesen, podían no saber su verdadero nombre. Quizás, dijeron, pudiesen darme referencias en

la cantina The Pig and Whistle. Si ese hombre estaba en Kimberley, allí lo sabrían.

The Pig and Whistle era la primera cantina que había abierto en Kimberley, cuando los primeros mineros todavía estaban llegando cuatro años atrás. Incluso había quien decía que la habían inaugurado antes de encontrar el primer diamante porque los hombres prefieren un buen whisky a cualquier gema. En la puerta, dos mujeres vestidas de forma provocativa, flanqueadas por dos bóeres armados que vigilaban quién accedía al local, intentaban atraer a los clientes.

Uno de ellos me detuvo.

—Ella no puede pasar —dijo tajante señalando a Etweda.

—¿Por qué? —pregunté.

—Son las normas. Los negros no pueden entrar. Pero si eres un *kaffirboetic* puedes irte a la Plaza del Mercado.

Los *kaffirboetic*, así llamaban a los amantes de los negros. Ese era el peor insulto que podía dedicarte un bóer. Miré a Etweda, que asintió dando un par de pasos atrás, y entré en la cantina. No era muy distinta de la taberna de Cádiz aunque olía mucho peor. Estaba llena de hombres que no dejaban de hablar, reír, discutir mientras fumaban y bebían sin cesar emanando un hedor a sudor que ya era habitual para mí. Me acerqué a la barra de madera detrás de la que había dos camareras de unos cincuenta años.

—¿Qué quieres tomar, minero? —me preguntó una levantando la voz sobre la polca que sonaba atronadoramente en el local, mientras se apoyaba en la barra y dejaba sobresalir de su escote sus prominentes pechos en un gesto más que calculado.

—¿Qué tienen?

—Pues, menos agua, casi de todo. Vino, brandi de Paarl y de Wellington, whisky, cerveza... Y para los que hayan tenido suerte hoy en la mina, oporto, jerez, vino de Madeira, champán o un revolcón. ¿Cómo te ha ido a ti? —me preguntó sorprendida por mi aspecto demasiado limpio.

Pedí una cerveza y observé a la clientela. Algunos hombres jugaban al billar en una desvencijada mesa que había visto demasiadas partidas y tiempos mucho mejores. Nadie podría decir que aquella taberna se encontraba en medio de aquel desierto si no fuese porque todas las conversaciones giraban en torno al mismo tema: los diamantes; encontrarlos, perderlos, robarlos, pagarlos, llorarlos, amarlos... Incluso el periódico que se editaba en Kimberley llevaba por nombre *Diamond News*.

La camarera me sirvió la cerveza. Saqué una moneda y pregunté:

—Si quisiera encontrar a un hombre aquí, ¿a quién debería preguntar?

—Chico..., no sé si sabes que el desierto de Karoo absuelve de sus delitos a todo el que lo cruza —respondió ella desconfiada.

—No busco a ningún delincuente. Busco a un trabajador.

La camarera me escrutó intentando dilucidar si llevaba «problemas» escrito en la frente o no. Finalmente por alguna razón decidió confiar en mí.

—Habla con Green. Si alguien puede saber si esa persona está en Kimberley es él.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Allí. —Y señaló al fondo del local.

Observé a ese Henry Green del que no tardaría en descubrir que, por una u otra razón, todos hablaban. Había sido el primer minero en llegar a New Rush. Un hombre de unos cincuenta años, corpulento, un poco más alto que yo, y barba profunda y larga. Me acerqué a él.

—¿Por qué le buscas? —me preguntó el viejo Green escupiendo al suelo el tabaco que había estado masticando mientras yo explicaba qué necesitaba.

—Eso qué importa.

—Tú verás. Puedes volver por donde has venido o encontrar a ese hombre. En tu mano está.

Si no le daba una respuesta coherente, podía ir olvidándome de su ayuda para encontrar a Moussa.

—Es mi esclavo. Se ha escapado y quiero recuperarlo —improvisé.

—El desierto de Karoo absuelve de...

—Sus delitos a todo aquel que lo cruza. Lo sé. Pero mi esclavo no ha cometido ningún delito. Huyó engañado por otro hombre. —Le mostré unos billetes.

Green me pidió que lo siguiese. Cojeaba de la pierna izquierda. Entramos en un almacén y lo cruzamos hasta una pequeña habitación en la que para avanzar había que ir agachado. No debía medir más de un metro cincuenta de alto. Las paredes estaban cubiertas con cientos de pequeños cajones de los que sobresalían pequeños papeles amontonados.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Aquí subastamos las concesiones para trabajar en la mina.

El viejo Green me explicó que cada hombre negro en Kimberley tenía un contrato que debía llevar siempre consigo por si alguien se lo requería. Los llamaban *pass*. En ese contrato venía indicado para quién trabajaban. Si no lo llevaban consigo, eran detenidos y castigados.

—¿Cómo decías que se llamaba tu esclavo?

—Moussa Kemayah.

Se puso a buscar en los ficheros hasta que por fin dio con él.

—Aquí está —dijo mientras, todavía agachado, lo mostraba sobre su cabeza.

Cuando fui a cogerlo lo retiró de mi alcance.

—Escúchame bien. Si descubro que por haberte dado este papel sucede algo en esta ciudad, no pararé hasta dar contigo —me amenazó.

—Le juro que no tendrá nada de lo que preocuparse.

Salí solo de la cantina y ya con Etweda me dirigí a las tiendas de campaña más cercanas a la concesión que nos había indicado Green. Allí preguntamos por Moussa.

—¿Quién quiere verlo? —nos exigió un esclavo que se encontraba en la entrada de una tienda cercana.

Etweda se retiró la manta para mostrar su rostro.

—Soy su hija.

—Sígueme, síganme —dijo el hombre con el gesto cambiado, y echó a correr nervioso.

Lo seguimos hasta la salida del pueblo. Cada cierto tiempo el hombre miraba atrás para asegurarse de que no nos perdiáramos y nos hacía un gesto para que nos diésemos prisa. Pasamos al lado de una montaña de deshechos que luego descubriríamos que eran los restos de la excavación en la mina. Allí dejaban todas las piedras, rocas, gravilla que iban descartando en la búsqueda de los ansiados diamantes. Era tan enorme que los mineros habían empezado a llamarlo el Monte Ararat, en homenaje al pico más alto de Turquía. Años después, con la mina ya cerrada, muchos buscaban entre los restos del Monte Ararat alguna gema que se hubiese escapado de la entrenada mirada de aquellos mineros. Seguimos avanzando entre las zonas de tamizado, donde todavía a esas horas cientos de hombres y niños continuaban trabajando. Sentados en mesas iban rompiendo las rocas y filtrando la arena para encontrar cualquier piedra que pudiese parecer un diamante. A medida que nos íbamos acercando a la mina, el camino se hacía más peligroso. A ambos lados había precipicios de más de veinte metros por los que era demasiado fácil caer. Cuando por fin llegamos a la boca de la excavación me quedé atónito.

Miles de hombres trabajaban en los escalones que llevaban hasta el nivel más hondo de la mina, solamente iluminados por otras tantas titilantes velas como un cielo estrellado en la profundidad de la Tierra. Cargando con picos y palas, utilizaban escaleras de madera y de cuerda para subir y bajar en busca de la fortuna para los dueños de la explotación. Porque en Kimberley ser minero y trabajador no era lo mismo. Los mineros eran propietarios del terreno o de la explotación, mientras que los trabajadores afrontaban jornadas sin descansos y si encontraban un diamante debían entregarlo a su jefe. Algo así como mostrarle a un hambriento el plato de comida caliente pero no dejarle probarlo. En Kimberley, a diferencia del resto de las minas del mundo, no había vetas ni yacimientos. Los diamantes aparecían en cualquier lugar, de forma impredecible. Incluso sin haber excavado demasiado, cualquiera podía

encontrar uno que le cambiase la vida. Ese azar volvía aún más loca a la gente.

—¡¡Moussa, Moussa!! —gritó nuestro guía al llegar al borde de la mina. Cientos de cabezas se giraron hacia nosotros—. ¡¡¡Avisad a Moussa!!!

Unos a otros fueron pasándose el mensaje hasta que apareció un hombre cubierto de tierra y barro entre la multitud de cabezas que seguían golpeando el suelo con saña. Etweda se asomó y se vieron. El padre de Etweda empezó a caminar sin perder de vista a su hija. Iba esquivando a los trabajadores que lo rodeaban, golpeándose contra ellos, sin detenerse. Al llegar a la escalera empezó a subir. Era una escalera eterna. De bajada, podría llevar al infierno, y de subida, sin duda, lo llevaba al cielo.

Cuando se encontraron, ninguno de los dos sabía qué hacer. El amor, cuando el tiempo pasa, se convierte en algo difícil de expresar en caricias. Etweda se dejó caer de rodillas y besó los pies de su padre. Él se acercó para abrazarla, intentó ponerla en pie, pero no sabía ni cómo tocarla. Terminó en el suelo frente a ella. Los dos lloraron como niños. Según me explicaría luego Etweda, Moussa no dejaba de pedir perdón mientras la besaba por todo el rostro: perdón por no haberla protegido cuando se la llevaron, perdón por sentir que la había abandonado, perdón por no haberle dado la vida que ella merecía, perdón por no haber podido hacer de su vida la que un padre querría para su hija... Luego le preguntó algo, se puso en pie y se acercó a mí.

—Gracias —dijo arrodillándose de nuevo ante mí mientras Etweda iba traduciendo—, gracias por cuidar de mi pequeña.

—Dile que se levante y que no tiene que agradecerme nada —respondí mirando a Etweda.

—Cualquier cosa que necesite, no tiene más que pedírmela. Estoy en deuda con usted para siempre —continuó él.

—Padre, necesita un diamante —intervino Etweda.

—¿Qué tipo de diamante? —preguntó él, y su hija me trasladó la pregunta.

—El más grande que se haya visto —respondí, y mientras ella lo traducía oímos unos gritos.

—Es el minero. Tenéis que marcharos —nos rogó Moussa.

—¿Por qué, padre? Nosotros no somos sus esclavos. Podemos estar aquí.

—Hacedme caso, por favor. Tenéis que marcharos. Hacedlo por mí.

El minero para el que trabajaba Moussa era el propietario de tres de las mil seiscientos concesiones en las que aquellos hombres picaban piedra. Si algo era valioso para un minero además de sus diamantes eran sus

trabajadores. Por eso no les permitía hablar con hombres blancos, para que no pudiesen robárselos.

—¡¡Marchaos!! ¡¡Ya!! —ordenó, y volvió al trabajo ocultándose entre el resto de los trabajadores que otra vez comenzaron a golpear las piedras al unísono.

Cogí a Etweda de la mano y me la llevé de allí justo antes de que entre las tiendas apareciese a caballo un hombre de aspecto desaliñado armado con un látigo de piel de hipopótamo.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí parados, desgraciados? —preguntó el minero irritado—. Después tendréis un accidente y me haréis a mí responsable.

Agachados entre las tiendas, pudimos ver cómo el minero llamaba a uno de sus trabajadores y lo interrogaba.

—¡Moussa Kemayah! —gritó el minero.

El padre de Etweda, que ya había llegado a su puesto, alzó la cabeza mientras sus compañeros seguían concentrados en la tierra. Los castigos son como el agua, cuando salpican es imposible predecir a quién le van a tocar, así que vale la pena quedarse a resguardo. Moussa se acercó al minero, que aún estaba a lomos de su caballo.

—Sí, señor.

—¿Quiénes eran ese hombre y esa negra que vinieron preguntando por ti?

—Nadie, señor, se habían equivocado de persona —respondió Moussa.

El minero blandió su látigo para golpearlo con tal fuerza que lo tiró al suelo.

—¿Me estás mintiendo?

—No, señor, no tendría por qué hacerlo.

Los trabajadores de la mina habían dejado de excavar de nuevo para observar la escena.

—Todos a trabajar. Tú también —ordenó a Moussa.

Cuando volvimos a la habitación del hotel, Etweda estaba feliz, exultante. Su padre le había dicho que en otra de las minas cerca de Kimberley podrían encontrar a su madre y a sus hermanos. Quizás al día siguiente pudiesen ir a buscarlos y reunir a toda la familia después de tantos años. Ella recorría como un animal enjaulado la habitación de un extremo a otro, intentando encontrar las palabras y deseando que el tiempo corriese más rápido.

Llamaron a la puerta y le indiqué a Etweda que guardara silencio.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunté sin abrir.

—Señor, el marqués quiere verle —dijo Siawash desde el pasillo.

Miré a Etweda y le pedí calma.

—¿Cuántos años llevas esperando a encontrar a tu familia? —le pregunté.

—Demasiados...

—Pues yo solo te pido que esperes unas horas más para conseguirlo. Si no lo haces, quizás no puedas volver a verlos jamás. Confía en mí.

El marqués me esperaba en el restaurante, donde ya no quedaba ningún camarero y habían puesto las sillas sobre las mesas. Estaba vestido con pijama y bata. A su lado, de pie, Siawash y Murray, vestían con sus ropas habituales.

—¿Dónde te habías metido, chico? —preguntó el marqués con un vaso de whisky en la mano—. Llevamos un rato buscándote.

—Estaba en mi habitación. Aseándome, por eso no los oí.

El marqués se puso en pie, me cogió las manos y las acercó a sus ojos. Se fijó en los vendajes de mi mano derecha y en las uñas de la izquierda.

—Y... ¿se puede saber por qué, si estabas aseándote, los vendajes y tus manos están sucias como las de un pordiosero? ¿Vas a decirme la verdad o voy a tener que arrancártela?

Recordé las palabras de Etweda: «Nadie puede engañar al diablo».

—Está bien... Cuando llegamos esta mañana me pareció ver, entre los trabajadores de la mina, a un hombre al que conocía de Barcelona. Quise comprobar si era él. Pensé que quizás podría ayudarnos a encontrar el diamante adecuado.

El marqués ladeó la cabeza como el perro que no tiene claro si aquello que se mueve es o no comida.

—La próxima vez que quieras salir, házmelo saber. Ahora que ya estamos aquí no quiero que te pase nada. Te necesito para elegir los diamantes. Eres demasiado importante. —Se volvió hacia el bóer—. Murray, continúa.

—Como le estaba contando, señor, por lo que me han dicho, el mejor comerciante de diamantes es un hombre al que llaman Moritz Unger. —Y dejó caer sobre la mesa un periódico en cuya portada había un anuncio:

El único establecimiento que compra diamantes de gran valor en EFECTIVO.

—¿Y el señor Gordimer? —pregunté refiriéndome al judío con el que habíamos compartido mesa la noche anterior.

—Ya hemos hecho averiguaciones sobre él. Se arrepentirá de haberse encontrado con nosotros.

—¿Qué tipo de averiguaciones? —pregunté inocentemente.

—Por lo que parece, el señor Gordimer gusta de engañar a los incautos que, como nosotros, llegan a Kimberley con ansias de comprar diamantes a buen precio —explicó Murray.

—Nosotros éramos sus próximas víctimas y suponemos que pensaba darnos gato por liebre. Lo que él no sabe es que quien se atreve a mentirme termina siempre arrepintiéndose. No lo olvides —concluyó el marqués, y se marchó.

Por un momento sentí la tentación de ir a ver al señor Gordimer y avisarle de que debía huir, pero me quedé allí... Al *maître*, que ya vestía ropa de calle y se disponía a marcharse, le debió extrañar mi solitaria presencia.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¿Podría tomar algo?

—¿Alguna bebida en concreto? —preguntó diligente mientras me invitaba a ocupar un taburete cerca de la barra.

Me encogí de hombros, así que decidió servirme una cerveza.

—Esto es lo que estaba bebiendo en la cena, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo puede ser que lo recuerde?

—Porque ese es mi trabajo: observar a los clientes y recordar lo que les gusta. ¿Qué hace un joven como usted en un lugar como este?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque no tiene el ansia de riqueza en los ojos —respondió, y notó mi extrañeza—. Eso es algo que se ve a simple vista. Solo hace falta salir por ahí fuera y verá que todos la tienen. Los hace caminar más rápido, con más ganas de llegar a dondequiera que vayan, porque si no lo hacen perderán una oportunidad más de conseguir el diamante que les cambie la vida... Usted, por alguna razón, no tiene esa mirada, y nadie hace un viaje tan largo sin una razón.

Bebí un trago de cerveza y le di las gracias al *maître* antes de retirarme a mi habitación.

—Hijo. Nunca compres una gema que no sepas que vas a vender. La gente no quiere guardar las joyas, quiere lucirlas.

—¿Y si un día me equivoco y compro algo que no puedo vender, padre?

—Pues no bajes el precio. Ten paciencia y espera. Terminará apareciendo el comprador adecuado.

Padre siempre decía que cada joya tiene su valor.

—Pero, padre, si un día encuentro una gema a buen precio, aunque no tenga un comprador ya, ¿no vale la pena arriesgarse?

—Hazme caso. Nunca, bajo ningún concepto, creas a nadie que te asegure que te va a dar algo por debajo de lo que vale. Desconfía de los buenos negocios. En realidad, suelen ser malos negocios.

—Pero así nunca conseguiremos hacernos ricos, padre.

—Quizás no, pero te aseguro que tampoco nos arruinaremos.

Día 62 de 100

Etweda no durmió hasta bien entrada la madrugada. Supongo que recordaba el día en que la habían separado de su familia e imaginaba el reencuentro con los suyos una vez tras otra. Yo sí me quedé dormido a su lado. Me encontraba agotado del viaje. A las siete de la mañana, cuando ya estaba amaneciendo y podían oírse las voces de los trabajadores camino de la mina, el marqués en persona vino a buscarme.

—Ven conmigo —dijo cuando entreabrí la puerta.

Ni siquiera lo acompañaba su esclavo Siawash. Miré a Etweda, que finalmente había caído rendida, y la cubrí con la manta. Después de vestirme salí para seguir al marqués, que aguardaba pensativo.

—¿A dónde vamos? —pregunté, y solo obtuve un gesto para que lo siguiese en silencio.

Nos dirigimos por el pasillo del improvisado hotel de Kimberley hasta la puerta de una habitación. El marqués comprobó que nadie nos veía y la golpeó con los nudillos suavemente, repitiendo un código: *Toc, toc, Toc, toc, toc. Toc, toc. Toc, toc, toc.*

—¿Sí? —preguntó alguien desde el interior para inmediatamente abrir sin haber esperado respuesta.

Ese fue el error del señor Gordimer.

El marqués empujó la puerta con tal fuerza que golpeó brutalmente en la nariz al judío y lo tiró al suelo. Mientras intentaba cubrirse el cuerpo desnudo con la toalla que tenía anudada a la cintura, preguntó desconcertado:

—¿Qué es lo que están haciendo?

—Cierra la puerta —me ordenó el marqués.

Entré en la habitación y lo hice.

—No, cierra la puerta, pero tú quédate fuera y vigila que nadie venga.

Obedecí de nuevo. En el fondo sentí alivio al saber que no tendría que quedarme para presenciar lo que fuera a hacerle el marqués.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el señor Gordimer mientras yo salía.

Luego no oí más que algún gemido y unos golpes tan secos que podrían parecer de alguien apaleando un colchón antiguo. Nadie pasó por allí. Cuando la puerta se abrió el marqués salió limpiándose las manos ensangrentadas con una toalla que me entregó.

—Deshazte de esto... Nunca se te ocurra engañarme. Puedo perdonar cualquier cosa, pero eso no. La traición es el peor de los pecados. Nos vemos en cinco minutos abajo. —Y se fue.

Miré la puerta entreabierta de la habitación del señor Gordimer. Sabía que no debía entrar, que debía marcharme de allí y no volver la vista atrás. Pero no pude resistirme. Quizás aquel hombre necesitase ayuda. Empujé la puerta, di un paso hacia delante y avancé por el pequeño pasillo entre telas hasta llegar al dormitorio, donde todo estaba perfectamente ordenado. Solo las sábanas de la cama daban cuenta de que allí había pasado alguien la noche, pero nadie podría decir que allí había habido una pelea. Lo único que faltaba era el señor Gordimer. O eso pensaba yo, porque al acercarme a la ventana pude verlo. Yacía entre la cama y la pared, inmóvil, con los ojos abiertos. Di dos pasos atrás, tropecé con las mantas tiradas en el suelo y salí de allí tan rápido como pude. Por el pasillo convertí la toalla ensangrentada en un gurrño más fácil de esconder. En el rellano me encontré con un empleado que me saludó diligentemente. Cuando entré en mi habitación me costaba respirar.

—¿Qué pasa, amo? —preguntó Etweda.

Abrí la ventana y me asomé en busca de aire fresco.

No le conté la verdad. Solo alcancé a decirle que teníamos que irnos en cuanto tuviésemos la menor oportunidad, pero que mientras tanto deberíamos mantener la calma para que el marqués no conociese nuestras intenciones. Ella trató de comprender qué sucedía: mi rostro desencajado era la mejor de las respuestas. La aparté de mí y me encerré en el baño. Luego, más relajado, le pedí que no se separase de mí bajo ningún concepto.

—En cualquier momento tendremos que huir y no quiero tener que buscarte.

Bajamos al *hall* del hotel y nos encontramos con el marqués.

—¿Estás listo? —preguntó sonriente.

Nadie podría decir que acababa de quitarle la vida a un hombre.

Etweda y yo lo seguimos hasta el carruaje. Ni siquiera desayunamos. Ya en el vehículo nos adentramos de nuevo en la marabunta de tiendas, entre los hombres que ya se dirigían al trabajo en la mina. Etweda no dejaba de

mirarlos buscando a su padre con disimulo. Tiré de su mano para advertirle que no hiciese ninguna tontería. Murray iba sobre su poni basuto blanco abriendo camino, y si alguno osaba no apartarse a nuestro paso, no dudaba en usar la culata de su rifle.

—Sígueme —dijo el marqués abriendo la portezuela cuando nos detuvimos.

Caminamos sobre el polvo rojizo, entre los trabajadores, siguiendo a Murray. Detrás venían Siawash y Etweda, a no mucha distancia. El bóer nos pidió que esperásemos fuera de una tienda. No tardó en asomarse para pedirnos que entrásemos.

—Solo ustedes. Sus esclavos deben esperar fuera —advirtió Murray—. Al señor Unger no le gustan los negros.

El marqués se dirigió a la tienda, pero yo me quedé inmóvil.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Quiero que me prometa que, si yo le ayudo a conseguir su diamante, usted me va a ayudar a conseguir el que yo necesito —dije.

—Yo siempre cumplo mis promesas. Todas. Las buenas y las malas. No te permito que dudes de mi palabra —amenazó—. ¿Qué dices, chico?

No le creía, pero asentí y entramos en la tienda del señor Unger. Allí dentro hacía calor. Tanto que costaba respirar. Iluminado por una lámpara de queroseno, detrás de un tablero que hacía las veces de mesa, nos recibió el señor Unger. Vestía una chaqueta de terciopelo brillante, pantalones de montar blancos y unas botas amarillas altas enceradas que había puesto sobre la mesa.

—¿Señor Unger?, le presento al marqués de Terrassa —dijo Murray.

—Ya, ya, muy bien —le cortó el anfitrión poniéndose de pie—. Así que ustedes son los que vienen desde España.

—Encantado de saludarle —respondió el marqués.

—No, yo soy el que está de verdad encantado de que hayan decidido venir a mi casa. Por favor, siéntense. Su amigo me ha dicho que están buscando un diamante especial.

—Sí. Queremos los diamantes más grandes que tenga —explicó el marqués sin sentarse.

—Eso lo he escuchado muchas veces... —Sonrió el señor Unger—. Pero ¿tienen dinero para comprarlo?

—El dinero no será un problema, se lo aseguro —respondió el marqués.

El señor Unger miró a Murray, que asintió convencido.

—Muy bien. ¡Pues a qué esperamos! ¡Vamos a ponernos a ello! —Y sacó de un cajón una manta de color negro que comenzó a desdoblar sobre la mesa —. ¿Están listos para admirar los diamantes más grandes que hayan visto jamás?

Contuve el aliento mientras Unger terminaba de desdoblar la manta para dejarnos ver lo que había en su interior. Por primera vez el marqués dio un paso atrás y me miró. Era mi turno.

Me acerqué a la mesa.

—¿Puedo? —pregunté.

—Claro —respondió el señor Unger con un gesto orgulloso de su mano.

Allí, sobre la manta, entre otros de los más diversos colores incluido uno rojo, el primero que veía en mi vida, se encontraba el mayor diamante blanco en bruto que nunca había visto. Era como una piedra de cuarzo, y seguramente para alguien que no tuviese conocimientos de orfebrería sería difícil diferenciarlos. Saqué mi lupa y mis pinzas del bolsillo y pedí permiso al señor Unger para cogerlo. Lo analicé durante largo rato. Cada inclusión, cada pequeño defecto, cada reflejo... Luego aparté la vista de la lupa y miré al marqués.

—Es bueno.

—¿No necesitas hacer alguna prueba más? —preguntó.

—Es bueno —insistí.

—Se lo dije. Yo nunca miento, señores. —El señor Unger sonrió mientras se sentaba de nuevo—. ¿Hacemos negocios?

—¿Cuánto quiere por él? —preguntó el marqués.

—¿Cuánto estaría dispuesto a pagar por el paraíso en forma de piedra preciosa?

El marqués sacó una pluma de su chaqueta, escribió una cifra en un papel y lo arrastró por la mesa hasta dejarlo ante el comerciante.

—¿Me permite?

El señor Unger lo leyó y extendió la mano pidiéndole la pluma.

El marqués se la dio y el otro escribió algo en el mismo papel y se lo devolvió. Cuando el marqués lo leyó, levantó las manos indignado.

—¡¿Veinte mil libras?! ¿Se ha vuelto usted loco? —gritó—. Con ese dinero podría comprarme treinta esclavos jóvenes de la mejor calidad.

—Lo siento. No soy yo quien pone los precios, es la oferta y la demanda —se disculpó el señor Unger—. Quizás deba comprar sus esclavos y volver a su país por donde ha venido, acompañado de ellos.

El marqués intentó tranquilizarse, pidió un momento para pensar y salió de la tienda murmurando. Me quedé a solas con Murray y el comerciante. Los tres guardamos silencio. Yo de vez en cuando miraba la brillante gema, que esperaba paciente sobre el tapete oscuro para saber si su destino estaba en el cajón o camino de España. Al rato Siawash se asomó.

—El marqués quiere verle —dijo mirándome.

Me disculpé ante los dos hombres y salí. El marqués estaba de espaldas a unos metros de la tienda. Miré a Etweda. En sus ojos entendí que no sabía qué sucedía.

—Señor, ¿quería verme?

—¿Estás seguro de verdad de que ese diamante es bueno? —preguntó sin mirarme.

—No tengo nada que ganar ni que perder engañándole —respondí—. Usted lo ha dicho. Yo confío en su palabra, confíe usted en la mía.

El marqués y el señor Unger sellaron el acuerdo con un apretón de manos.

—Le aseguro que no encontrarán un diamante mayor en todo Kimberley. Cuando lo talle podrá venderlo por el precio que quiera —dijo el comerciante orgulloso—. En cuanto me traiga el dinero, será suyo.

El marqués preguntó dónde se encontraba el Cape of Good Hope Bank, donde podría conseguir el dinero necesario para pagar. Murray le explicó que estaba a las afueras del pueblo.

—Señor, ¿cuándo iremos a buscar mi diamante? —pregunté.

—En cuanto vuelva del banco. Espérame aquí —dijo montándose en el carruaje con Siawash.

Murray los siguió a caballo.

Me dejaron allí con Etweda delante de la tienda de Unger. Estaba seguro de que el marqués me engañaba y que no pensaba comprar un diamante para mí. Iría estirando su mentira hasta que le hubiese tallado el suyo y luego acabaría conmigo, convencido de que a su regreso a España nadie podría arrebatarle la mano de Isabel.

—¿Qué va a hacer, amo? —preguntó Etweda.

—Espérame aquí —le ordené cuando ya estaba seguro de que el marqués, Murray y Siawash se encontraban suficientemente lejos.

Volví a la tienda del señor Unger. Él, que estaba sirviéndose un vaso de brandi, sonrió al verme.

—Hola de nuevo. ¿En qué puedo ayudarte, muchacho? ¿Quieres tomar algo mientras esperamos a tu jefe?

—¿Puede dejarme ver el diamante otra vez?

—¿Hay algún problema?

—No. Ningún problema. Solo me gustaría volver a admirarlo mientras el señor marqués vuelve del banco.

El señor Unger me miró desconfiado, sacó la manta negra y volvió a ponerla sobre la mesa destapando la gema.

—¿Sabe? Una de las primeras cosas que me enseñó mi padre fue a descubrir un diamante falso. —Me acerqué el diamante a la boca y respiré sobre él. El diamante se quedó empañado. Sonreí. Luego lo dejé caer sobre el periódico que había sobre la mesa. A través de la gema, aunque con dificultad, se podían leer perfectamente las letras del anuncio que Unger había publicado de su negocio.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó sintiéndose descubierto.

—La mitad de lo que le va a pagar el marqués —respondí.

—Olvídalo. Ni de broma —amenazó él poniéndose en pie.

—Usted verá. En cuanto regrese, le contaré la verdad y usted perderá las veinte mil libras..., sus diez mil y las mías.

Hice ademán de marcharme, esperando darle tiempo para reflexionar.

—No te muevas.

Pude oír el sonido del gatillo de un arma.

—Si me dispara, ¿qué le explicará al marqués cuando regrese? —pregunté sin darme la vuelta.

El marqués volvió una hora después a la tienda acompañado de Murray. Allí lo esperábamos el señor Unger y yo.

—¿Qué tal? —me preguntó al entrar.

—Bien, estaba comentando con el señor Unger la maravilla de diamante que va a comprar usted. Nunca había visto uno ni remotamente parecido.

Me miró desconfiado. Luego, al comerciante, que aguardaba sonriente, disimulando sus nervios.

—¿Tiene el dinero? —preguntó Unger.

El marqués metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. Sacó los billetes de uno en uno y los fue dejando sobre la mesa. Respiraba profundamente y nos vigilaba a todos intentando descubrir si alguien lo estaba engañando. Era una especie de animal al borde de un lago, consciente de que no puede ser tan fácil saciar la sed sin que ningún depredador, cocodrilo o león, esté al acecho. Cuando hubo contado las veinte mil libras, el señor Unger le entregó el diamante dentro de una pequeña bolsa de terciopelo malva. El marqués la abrió para asegurarse de que el diamante estaba en el interior y no le habían engañado.

—Ha sido un placer, señor marqués.

Este no respondió. Se dio la vuelta y salió con su trofeo. Al momento, Murray hizo lo mismo. El señor Unger dejó de sonreír.

—Más te vale que ese hombre nunca descubra el engaño, porque, si es así, te aseguro que te arrepentirás —dijo, y me entregó mi parte del dinero.

Salí después de guardar bien el dinero en mis pantalones. El marqués esperaba en el exterior.

—¿Qué hacías ahí dentro?

—Estaba preguntándole al señor Unger quién más podría tener un diamante como el suyo.

—Volvamos al hotel. Es tarde. Si nos damos prisa, te dará tiempo a tallar el diamante mientras Murray localiza otro para ti.

Cuando llegamos al hotel nos recibió un gran revuelo en la entrada. Por lo que parecía, ya habían encontrado el cuerpo inerte del señor Gordimer.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté al indio de la entrada.

—Dicen que el señor Gordimer resbaló en su cuarto y se desnucó contra la mesilla tras asearse en la palangana —explicó el hombre con su curioso acento.

El marqués no se inmutó.

Nada más entrar en la habitación, Etweda quiso decirme algo. Le puse el dedo índice en la boca.

—¿Qué va a hacer, amo? —me preguntó en un susurro.

Le enseñé las diez mil libras y se separó de mí un paso.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó en otro susurro cargado de nerviosismo.

—Claro.

Cogió los billetes como quien coge una figura frágil, se los acercó a la cara, aspiró profundamente, cerró los ojos y se echó a reír con la ilusión de una niña pequeña mientras empezaba a dar saltos sobre la cama. Entonces me di cuenta de que era la primera vez que oía su risa.

—Chsss..., baja la voz —le pedí, pero ella no podía evitarlo.

Yo también empecé a reírme. Nos dejamos caer los dos en la cama boca arriba.

—Esta noche, cuando el marqués duerma, mientras piense que estoy tallando su diamante, nos marcharemos de aquí —le dije mirando al techo—. No volveremos a verlo y, para cuando haya descubierto la verdad, ya estaremos muy lejos.

En ese momento llamaron a la puerta. Miré a mi alrededor. Guardé el dinero dentro de la jarra vacía que teníamos al lado de la palangana. Etweda se acercó a la puerta del baño como si el estar bajo el dintel fuese a protegerla. Revisé la habitación para asegurarme de que no había nada extraño que delatase nuestra mentira.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Quién es?

—Soy Murray. Necesito hablar contigo.

Abrí la puerta. No tenía que haberlo hecho.

—No se os ocurra moveros a ninguno de los dos. —Murray nos apuntó con su arma mientras cruzaba el umbral—. Cierra.

Lo hice y me acerqué a Etweda, que se protegió detrás de mí, todavía en la puerta del baño. Pude cogerle la mano para tranquilizarla acariciando con la punta del pulgar la palma de la suya.

—Así que pretendías engañar al marqués y que nadie se enterase —dijo el bóer.

—No sé de qué está hablando, Murray.

Se sentó en la cama, se quitó el sombrero y lo dejó a su lado acariciándose la barba.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó revisando su arma con intención amenazante.

—¿Qué dinero?

—Ahorrémonos las mentiras previas, por favor. No me apetece perder el tiempo. ¿Dónde están las diez mil libras que te dio Unger por engañar al marqués?

No alcanzaba a entender cómo podía saberlo. Murray había salido antes que yo de la tienda del comerciante de diamantes y luego se había marchado con nosotros.

—Por si no te diste cuenta, fui yo quien buscó a Unger. La idea de engañar al marqués era mía. Esas diez mil libras que te dio a ti son mis diez mil libras —explicó el bóer.

Sencillo y claro. Todo tenía sentido.

—¿El marqués sabe que lo hemos engañado? —pregunté preocupado.

—No, y no tiene por qué saberlo. Si lo hacemos bien, todos saldremos ganando y él descubrirá la mentira demasiado tarde.

—¿Todos? ¿Yo también?

—Buena pregunta. La verdad es que no contaba con vosotros, pero entiendo que tengo que mataros o daros una parte de lo que me toca.

Murray se levantó de la cama y se puso el sombrero. Nos apuntó con su arma a la frente primero a uno y luego al otro.

—Matar va contra los mandamientos del Señor..., aunque es cierto que robar también. Y ya sabéis, quien roba a un ladrón...

A Etweda empezaba a sudarle la mano.

—Está bien. Le propongo un trato —dije—. Repartámonos el dinero. Cinco mil libras para cada uno.

—Bueno, chico. Yo había pensado en otras cifras... Ocho mil libras para mí y dos mil para ti. A fin de cuentas el plan era mío y yo lo tengo que repartir con mis hermanos y mi padre.

Me pareció justo. Le pedí a Murray que esperase fuera.

—¿De verdad le va a dar el dinero, amo? —preguntó Etweda al verme sacarlo de la jarra—. Con diez mil libras podría empezar una nueva vida con su amada Isabel.

—No se puede empezar una vida nueva con una bala entre las cejas, Etweda.

Cogí la mayor parte del dinero y salí de mi habitación. Disimuladamente se lo entregué a Murray, que me esperaba en el pasillo. Después de contarlo sonrió.

—¿Qué piensa hacer con el marqués? —le pregunté.

—Nada. Acompañarlo de vuelta a Ciudad del Cabo y dejarlo marchar en su barco a España con su joya —respondió el bóer—. Y si tú fueses listo, harías lo mismo. Si desapareces ahora, harás que sospeche del diamante. No te conviene ni a ti ni a mí. Lo que hagas tú me da igual, pero si con tus actos me perjudicas, te conviertes en mi problema, y yo los problemas los atajo antes de que vayan a más. Piénsalo.

Cuando Murray se marchó, me quedé pensando en que tenía toda la razón, si no fuese porque el marqués había decidido hacía mucho tiempo que en cuanto su diamante estuviese engastado terminaría conmigo, lo que conllevaría que yo no volviese a Barcelona y, como consecuencia inevitable, que el señor March acabase con mis padres.

—Señor... —Uno de los mozos del hotel subía las escaleras con un sobre en la mano—. Han dejado este mensaje para usted.

Después de leerlo volví a entrar en mi habitación. Etweda estaba mirando por la ventana.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las once.

—En un rato, la mayoría se habrá ido a dormir. Ese será el momento de marcharnos.

Etweda se volvió y preguntó extrañada:

—¿Y el diamante?

Le enseñé el sobre que acababa de darme el mozo del hotel.

Nos encontramos con el padre de Etweda fuera de su tienda cuando ya todos dormían. Se abrazaron y nos pidió que hablásemos en voz baja. Él era quien había dejado el mensaje en el que decía que podría conseguirnos el diamante que yo necesitaba.

—¿Tenéis el dinero? —le preguntó a su hija.

Etweda me pidió los billetes para mostrárselos a su padre. Cuando este asintió, guardé en mi bolsillo las dos mil libras que me había dejado Murray.

—Seguidme —dijo Moussa.

Etweda me cogió de la mano mientras íbamos detrás de su padre, medio encorvados para no ser vistos, hasta la zona de tamizado. Cuando llegamos allí Moussa nos pidió que esperásemos.

—Gracias —dijo Etweda cuando nos quedamos a solas.

—¿Por qué?

—Por ser mi amo. —Y me acarició la mejilla llevándose parte del polvo que acumulaba en mi incipiente barba.

Moussa regresó y le dijo algo a su hija que no alcancé a comprender.

—Dale el dinero y traerá el diamante —me dijo Etweda.

—Dile que antes quiero verlo.

—Que venga conmigo, pero él solo —dijo el padre de Etweda.

—No. Yo voy con él —replicó ella, y se enzarzaron en una discusión.

Etweda me explicó que su padre no quería que ella se relacionase con el tipo de gente que me iba a vender el diamante. Lo entendí. Yo también prefería que Etweda no se expusiese.

—No pasará nada. Tu padre solo quiere protegerte —le dije.

—Por favor, no vayas —me pidió.

No le hice caso. Otra vez.

Antes de alejarnos, Moussa le susurró algo al oído, le dio un beso y ella asintió. Lo seguí por un callejón que formaban las tiendas hasta que nos encontramos al borde del gran agujero de la mina, cubierto de cables que iban de un lado a otro como una gran tela de araña.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté a sabiendas de que el padre de Etweda no entendía lo que le decía.

Moussa gritó algo ininteligible para mí y, de repente, como demonios provenientes de la oscuridad, aparecieron tres hombres negros escalando desde la sima. Estaban casi desnudos, cubiertos de polvo y nerviosos por encontrarse con un hombre blanco que no fuese su minero. Me rodearon como depredadores que huelen a su presa antes de atacarla. El padre de Etweda habló con ellos y me pidió con un gesto que les mostrase el dinero. No me fiaba de ellos, pero no tenía otro remedio. Era eso o huir sin el diamante, así que les mostré los billetes. Entonces uno de ellos se metió los dedos en la boca, hasta la garganta y, dejándose caer de rodillas en una suerte de transformación animal, empezó a gruñir y toser. Di un paso atrás desconcertado. Tras dos arcadas vacías, el hombre por fin vomitó. El padre de Etweda metió la mano en el vómito, que se diluía en la tierra rojiza, y cogió algo. Lo limpió contra su sucio pantalón y me lo dio. A simple vista, era un diamante blanco en bruto de 40 quilates al menos.

—Me gustaría hacerle unas pruebas —indiqué intentando reforzar mis palabras con gestos.

El padre de Etweda asintió. Mediante gestos pedí que me acercasen una lámpara. Respiré sobre él y no conseguí empañarlo por más veces que lo intenté. Pedí un bote con agua. Como era de esperar, no tenían. Cogí mi petaca y vacié el whisky en un pequeño recipiente. Cogí el diamante con las pinzas y lo acerqué a la llama de la lámpara. Uno de los tres hombres, asustado, intentó arrebátarmelo, pero el padre de Etweda lo impidió. Lo mantuve sobre la llama el tiempo suficiente para que alcanzase la temperatura adecuada. Luego lo dejé caer en el whisky. Solo sentimos el sonido de la gema enfriándose. El diamante seguía intacto. Sin duda, aquel era un diamante auténtico.

—¿Cuánto quieren por él? —pregunté con el gesto universal del dinero.

—Dicen que quieren cinco mil libras —respondió Moussa, pero yo no lo entendí.

—Cinco mil libras —tradujo una voz detrás de mí. Era Etweda.

—¡¡¡Etweda, no!!! —gritó Moussa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—No podía dejarle solo. Si le pasase algo, no me lo perdonaría —me respondió—. Soy suya, usted es mi amo.

—¿Etweda? —preguntó el hombre que había vomitado el diamante avanzando hacia ella dos pasos.

Me interpuse entre los dos.

—¿Quién es? —le pregunté.

Etweda tardó en responder, pero cuando lo hizo sus palabras cayeron como bombas en mis oídos.

—Es Lamin, mi marido —respondió ella avergonzada.

Así comprendí la verdadera razón por la que Moussa no quería que ella me acompañase.

A Etweda la obligaron a casarse cuando solo tenía doce años. Pagaron por ella diez ovejas y su padre no tuvo más remedio que aceptar para poder alimentar al resto de sus hijos. Así eran las cosas en su mundo. A decir verdad, a su marido también lo habían obligado a casarse con ella. Un arreglo entre familias. Pero con la llegada de la esclavitud, esos usos habían cambiado. La familia de Etweda se había disgregado a medida que los fueron vendiendo. Etweda hacía años que no había vuelto a ver a su padre, ni a su madre ni a sus hermanos..., tampoco a su esposo. Pero él ya era libre y quería recuperarla. Solo había algo que lo podía evitar: yo.

Lamin se dirigió a Etweda.

—Dice que quiere que me quede con él —me tradujo ella.

—Y tú, ¿qué es lo que quieres? —le pregunté.

—Yo quiero estar con usted, amo.

Miré al marido de Etweda y negué con la cabeza. Ignorándome, él volvió a hablarle en su idioma. Algo cambió en los ojos de Etweda.

—Dice que está dispuesto a darle el diamante gratis. A cambio de mí.

—Acepte, amo. Podrá marcharse y conseguir a su amada Isabel —rogó Etweda.

Cerré los ojos e imaginé mi vida con ella y sin ella. Y cuando ya había tomado una decisión, Moussa saltó sobre Lamin.

Di un paso al frente con la intención de hacer algo, pero fue inútil. Los dos cayeron al vacío en el interior de la mina provocando un ruido sordo al chocar contra las rocas del fondo.

Ellos no gritaron. Etweda sí, lanzó un grito dedicado a su padre más que a su esposo. Los dos hombres que acompañaban a Lamin, asustados por las consecuencias, echaron a correr. Ni siquiera se llevaron el diamante. Sabían que, si los descubrían, no podrían explicar de dónde lo habían sacado, de modo que vivirían el final de sus días, con buena suerte, colgados de una viga por el pescuezo hasta morir, y con mala, perdidos por el desierto sin agua ni comida.

—Tenemos que marcharnos, Etweda.

Ella se acercó al borde del precipicio.

—A lo mejor está vivo —dijo, aunque sabía que nadie podría haber sobrevivido a ese golpe.

Cuando la esperanza se une al amor es más fuerte que la lógica.

—No puedo abandonarlo ahora que lo he encontrado.

—Él no se perdonaría que no huyeses... —le dije—. Ha pagado con su vida tu libertad. Mírame.

—Dijo que me quería. Antes de saltar dijo que me quería —sollozó Etweda, y me quedé a su lado en silencio, honrando la memoria de Moussa.

Una hora después llegamos al hotel y le pedí que aguardase en la calle mientras yo iba a buscar a Siawash. Subí las escaleras de dos en dos. Encontré a Siawash frente a la puerta de la habitación del marqués durmiendo en el suelo como un perro fiel. Antes de que pudiese tocarlo, el esclavo abrió los ojos blandiendo un revólver que tenía oculto bajo su cuerpo.

—¿Qué sucede? —preguntó apuntándome hasta que me reconoció—. ¿Qué hace aquí, señor?

—Etweda y yo nos marchamos —susurré mientras él bajaba el arma.

—¿A dónde?

—Volvemos a España. Si quieres ser libre, ven con nosotros —le dije.

Siawash se puso en pie, pero se quedó inmóvil mirando la puerta de la habitación.

—No tenemos tiempo —lo apremié—. Es ahora o nunca.

Volvió a mirar a la puerta del marqués, como despidiéndose de su vida pasada, y después de entregarme el revólver, que me guardé bajo la camisa, me siguió.

Todos nuestros carromatos estaban aparcados en la parte trasera del hotel. Uno de los hermanos Murray los protegía de los múltiples robos que se producían cada día en Kimberley. Siawash nos detuvo con la mano antes de cruzar la esquina para que el bóer no nos viese y se adelantó a hablar con él.

—El marqués quiere que lo lleve a la mina —le dijo.

—¿A estas horas? —preguntó extrañado el bóer—. ¿Qué es lo que quiere ver en la mina tan temprano?

—Yo no hago preguntas a mi amo, solo obedezco sus órdenes. Pero si lo prefiere, vuelvo y le digo que usted no ha querido dejarme coger su carruaje.

El bóer dio un inteligente paso atrás, sabedor de que no se debe contrariar al que paga el viaje si se quiere recibir el total del sueldo al terminar el trabajo. Siawash se subió al carruaje y arreó a los caballos, que relincharon y enfilaron hasta girar por la calle principal. Frente al hotel, se detuvo un instante, el tiempo justo para que nos subiésemos.

Nos dirigimos hacia la salida de la ciudad. Siawash iba delante. Etweda y yo detrás. Ella guardaba silencio contemplando el amanecer que empezaba a iluminar Kimberley. Le cogí la mano y sonrió con una tristeza que nunca había visto en ella. Ni siquiera cuando el marqués la había golpeado. Ni siquiera cuando yo le había disparado en el barco. Era la tristeza de quien sabe que no volverá a ver a sus seres queridos, la mayor tristeza de todas. Cerró los ojos y las lágrimas corrieron bajo sus párpados. Moje mis dedos en sus mejillas como ella había hecho conmigo. Saboreé su alma, y ella dejó caer su cabeza en mi hombro.

—¿Qué iba a decir, amo? —preguntó sin abrir los ojos.

—¿Cuándo?

—¿Iba a venderme a mi esposo a cambio del diamante? —Levantó la cabeza en mi regazo para mirarme desde abajo.

—No, no iba a hacerlo —respondí—. Descansa.

Ya atardecía cuando llegamos al río Orange.

—Señor —me advirtió Siawash, y señaló el horizonte.

A lo lejos pude verlos. Con sus monturas, el marqués y los bóeres levantaban una gran polvareda. Cabalgaban rápido. No iba a ser tan sencillo escapar de ellos.

—No tardarán en darnos alcance —dijo Siawash.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Etweda.

Recordé sus palabras: «Si algún día vuelvo a ser propiedad de ese hombre, me quitaré la vida».

—Seguir adelante. Es lo único que podemos hacer ya.

Siawash arreó a los caballos.

Ya caía la noche cuando nos detuvimos.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunté a Siawash.

—Los animales tienen que descansar. Si no, morirán. Y si ellos mueren, nosotros no tardaremos en caer ante el desierto.

—Está bien —respondí saltando del carruaje para observar el camino que ya habíamos recorrido.

No había señal del marqués ni de los bóeres.

—Amo, ¿cree que habrán abandonado? —me preguntó Etweda.

Negué sin dejar de mirar en lontananza. El marqués no era un hombre que dejase las cosas a medias, y mucho menos si sabía que le habían robado algo suyo. Y yo, además de haberlo engañado con el diamante, llevaba conmigo a su esclavo favorito. Motivos más que suficientes para terminar con nuestra vida.

—Haremos turnos para descansar y vigilar —dije—. Antes del amanecer continuaremos el viaje.

Le pedí a Siawash que se echase a dormir mientras yo montaba guardia. Así después, mientras él llevase el carromato, yo podría descansar. Cuando me quedé a solas saqué del bolsillo del pantalón el diamante. Etweda se sentó a mi lado apoyada en mi brazo.

—¿Puedo verlo? —preguntó extendiendo la mano.

Se lo di. Ella le dio una vuelta. Y otra vuelta. Y una última antes de preguntar:

—¿Por qué, si es como un cristal, es tan valioso?

—Porque cristales hay muchos, pero diamantes solo unos pocos. Así funciona el mundo.

Le conté a Etweda la historia que me contó el viejo Murray sobre los Jacobs.

—Hace seis años, un joven pastor bóer llamado Erasmus Stephanus Jacobs encontró en las orillas del Orange una piedra blanca que le llamó la atención. Al volver a su finca, llamada De Kalk, Jacobs se lo regaló a sus

hermanas, que decidieron utilizarlo para jugar al *klip-klip*. Cierta día llegó de visita Schalke van Niekerk, otro bóer. El viejo Murray dijo que a él nunca le había gustado demasiado Van Niekerk, y su comportamiento reafirmó esa intuición.

—¿Qué hizo? —preguntó Etweda curiosa.

—Van Niekerk sabía de geología, así que no le costó reconocer el diamante. Cuando le preguntó a la madre de los Jacobs si podía quedarse aquella piedra blanca, ella se la regaló. Diez días después Van Niekerk la vendió por quinientas libras.

—¿Y cuánto le dio a la familia Jacobs?

—Nada.

—¿Nada?

—Esa es la diferencia entre tener un cristal y un diamante —respondí.

Etweda abrió la boca, pero no llegó a decir nada.

—Deberías ir a descansar —le dije—. Mañana va a ser un día muy largo.

Se levantó y se fue pensativa. La luna llena iluminaba aceitosamente el silencioso desierto. De vez en cuando miraba a mi espalda, vigilando incluso en la dirección hacia la que nos dirigíamos. Quizás atacándonos por ese lado el marqués pensase que nos cogería desprevenidos. Pasaron las dos horas más lentas de mi vida hasta que de pronto algo sucedió.

—¡Siawash, Siawash! —llamé.

El esclavo del marqués se levantó como un resorte y se acercó a mí. Etweda se asomó desde el carruaje. Un caballo blanco y pequeño apareció a lo lejos galopando hacia nosotros. No podía distinguir al jinete. Disparé al aire para que el jinete se detuviese. El poni aparecía y desaparecía en la oscuridad mientras continuaba al galope sin pausa. Disparé al animal. Una vez, otra..., no conseguí darle y, aun así cuando solo faltaban cincuenta metros como mucho para llegar al lugar en el que nos encontrábamos, cayó desplomado. Nos acercamos despacio sin dejar de apuntar. Siawash venía detrás de mí alumbrando el camino con un candil. El animal respiraba entrecortadamente, moribundo. La marca marrón en la pata no dejaba lugar a dudas de que aquel era el poni basuto de Murray. Ya cuando estábamos a su lado pudimos ver que llevaba clavada una pequeña flecha en los cuartos traseros. Siawash se la quitó y la olió.

—Envenenada. Son los bushmen —dijo—. Cuando una de estas se clava, la única salvación es amputar antes de que el veneno se extienda por todo el cuerpo.

Me llamó la atención que la flecha tuviese la punta de metal.

—Tenemos que marcharnos —dije.

Siawash se inclinó sobre la cabeza del caballo y le cubrió los ojos con la mano. Poco a poco el animal fue tranquilizándose hasta quedarse inmóvil.

—Ninguna criatura debe morir sola. —Y volvió al carruaje.

Yo miré por última vez el poni de Murray y me pregunté si alguien le habría cubierto los ojos al bóer antes de morir. Cuando me di la vuelta para marcharme lo oí:

—Por favor, no me dejéis aquí, ayudadme —dijo con un hilo de voz desde la oscuridad.

Era la voz del marqués. Rodeé al animal y pude ver cómo atada a la silla había una cuerda. Medía unos tres metros. La seguí hasta descubrir que, agarrado con la mano a ella, se encontraba el marqués. Estaba malherido, cubierto por una capa de polvo que casi lo hacía desaparecer entre la arena del desierto. Por su aspecto, con las ropas desgarradas, estaba claro que llevaba kilómetros siendo arrastrado por el animal. Llamé a Siawash y a Etweda, que me ayudaron a trasladarlo hasta su propio carruaje.

—Agua... —suplicó.

Cogí la cantimplora. Quedaba muy poca. Etweda me atrapó la mano para que no se la diese.

—¿Y si luego la necesitamos nosotros? —me preguntó.

La aparté suavemente y acerqué la cantimplora a los labios del marqués.

—Yo no podría vivir sabiendo que lo he dejado morir —le expliqué.

El marqués intentó tragar con la dificultad del que ya se encuentra más cerca del otro mundo que de este.

—Gracias —musitó mientras yo le devolvía la cantimplora a Etweda.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Solo consiguió toser con un estruendo que resonó en todo el desierto. Cuando se hubo calmado, nos explicó:

—Nos atacaron mientras dormíamos. No los oímos llegar. Murray y sus hermanos, todos han muerto.

—Tenemos que ponernos en marcha —le dije a Siawash.

—¿Podemos hablar, amo? —me pidió Etweda.

Nos alejamos un poco.

—No podemos llevarlo con nosotros —dijo.

—¿Y qué quieres? ¿Dejarlo aquí? Si lo hacemos morirá.

El silencio de Etweda valió por toda respuesta. Siawash se acercó. Él también estaba en contra de llevar al marqués.

—Recordad que nosotros no somos como él.

—En cuanto lleguemos a Ciudad del Cabo y se recupere, volverá a ser el mismo de antes. Lo conozco. Nos matará.

—Los hombres cambian —dije.

—Pero el marqués no es un hombre, amo, ya se lo dije —replicó Etweda—. No se fíe de él.

Día 63 de 100

Ya empezaba a amanecer. Siawash conducía el carruaje con Etweda y yo a su lado. El marqués dormitaba en la parte trasera, o eso pensábamos, porque a ninguno de nosotros, ilusos, se nos había ocurrido registrar a un moribundo.

—No os mováis —dijo.

Me volví hacia el marqués y vi que nos apuntaba con una pequeña pistola. Siawash detuvo el vehículo. Llevábamos dos horas de camino.

—Bajad —ordenó incorporándose con dificultad sobre su codo.

—No podrá llegar hasta Ciudad del Cabo usted solo, marqués —dije intentando que recapacitara—. Nosotros le hemos salvado de una muerte segura. Podemos regresar todos sanos y salvos, y luego cada uno seguir nuestro camino. Nadie tiene por qué saber lo que ha sucedido aquí.

El marqués se rio y empezó a toser.

—Dame el diamante —ordenó, y ante mi inmovilidad continuó—. Venga. Si lo haces, te prometo que te dejaré vivir.

—¿Qué diamante?

—No me tomes por estúpido. Murray me lo contó todo. Sé que me engañasteis y que el diamante que compré es falso. Si habéis huido de Kimberley es porque tú has comprado un diamante. Esa chica es demasiado importante para ti.

Dudé un instante qué responderle. Cinco segundos que fueron suficientes para terminar con la paciencia del marqués. Disparó su arma y pude escuchar la bala pasando por el lado derecho de mi cabeza. Etweda se cubrió la boca con las manos para intentar detener un grito que habría despertado al silencioso desierto. Su gemido ahogado me hizo mirar al lado, hacia Siawash. Un pequeño reguero de sangre descendía desde su frente, cayendo por la mejilla, hasta su cuello para perderse después entre sus ropas. Siawash estaba aún en pie, pero al mirarle a los ojos pude ver como la vida se escapaba de su cuerpo a borbotones. No pudo decir nada. No pudo hacer nada.

Afortunadamente, con toda seguridad, no pudo sentir nada. Finalmente cayó a mi lado inerte. Etweda se lanzó al suelo para abrazarlo entre lágrimas mientras yo los miraba sin entender cómo el marqués podía no haber dudado un segundo en matar al hombre que lo había acompañado durante tantos años. Todavía turbado volví a girarme hacia él.

—La siguiente bala le dará a tu esclava y la última será para ti —nos amenazó.

—No me extraña que incluso sus padres le odiasen —murmuré cargado de rabia.

—¿Qué has dicho?

—Me ha oído perfectamente. —Y di un paso hacia él.

El marqués volvió a disparar delante de mí para obligarme a detenerme.

—Podrá ganar la mano de Isabel, pero nunca tendrá su amor —le espeté, y al menos conseguí desconcertarlo. Lo pude ver en sus ojos y en su titubeante boca.

—¿Desde... cuándo lo sabes? —me preguntó.

—¿Acaso importa? En Cádiz recogí una carta de mis padres. En ella me lo contaban. —Por primera vez era yo quien llevaba la delantera en mi relación con el marqués. Imaginaba que en su cabeza realizaba cálculos para intentar comprender por qué razón continuaba aún con vida si yo ya conocía su secreto.

—Así que has hecho todo el viaje sabiendo la verdad. —Por una vez, sus palabras sonaban reflexivas.

—Finalmente parece que sí es posible engañar al diablo —concluí.

El marqués volvió a disparar al aire.

—¡Habrás podido engañarme, pero no ganarme! ¡El diamante!

Lo saqué de mi bolsillo y después de mirarlo se lo ofrecí. Estiré la mano hacia él, pero en el último momento señaló con la pistola a Etweda.

—Dáselo a ella —ordenó.

Etweda se puso en pie y acerqué mi mano a la suya. Aunque en un primer momento se resistió, ante mi insistencia terminó cogiendo el diamante sin dejar de mirarlo.

—Acércamelo, negra. Pero no hagas ninguna tontería.

Etweda dio un ligero paso al frente, luego otro, y otro... y otro hasta llegar a un metro del marqués. Después levantó la mano y lentamente le ofreció el diamante.

—Déjalo ahí encima, sobre la madera, y vuelve a su lado —le ordenó sin dejar de apuntarle.

El marqués cogió el diamante, lo miró un instante y luego respiró dificultosamente sobre él. La gema no se empañó.

—Si hubiera sabido que era tan sencillo identificar un diamante falso, me habría ahorrado muchos problemas. —Volvió a toser—. Coge las riendas, negra.

Ella me miró.

—Hazlo —le dije.

—No, amo, no pienso dejarle aquí. Prefiero morir.

—¡¡Te lo ordeno!! —le grité.

—¡¡No!! —me respondió Etweda, y sin dejarle tiempo para reaccionar le di una bofetada.

Sorprendida, se cubrió la mejilla con la mano. No pudo evitar ponerse a llorar.

—No te atrevas a llevarme la contraria. Hazlo.

—Vaya..., al final va a resultar que serías un buen negrero. —Rio el marqués intentando encontrar una posición más cómoda en su incómoda posición.

Etweda se subió al carromato y tomó las riendas. Se giró hacia mí y luego, como si algo llamase su atención, miró al cielo a lo lejos.

—Lo siento, chico, pero Isabel será mía —se burló el marqués dispuesto a reemprender su camino y abandonarme en el desierto.

—Escóndase, amo —pidió Etweda.

—¿Qué? —pregunté sin entender a qué se refería.

Y sin darme tiempo a nada más, saltó del pescante y me arrastró bajo las ruedas mientras una nube de pequeñas flechas inundaba el cielo del amanecer. Como una lluvia de estrellas fugaces, por todos lados caían las flechas de los bushmen. El disparo del marqués a Siawash debía haber llamado su atención. Luego todo quedó en silencio de nuevo. Esperamos debajo del carromato, expectantes, hasta que una gota me mojó la frente. Me toqué y me miré la mano. Era sangre. Por un momento pensé que era mía. Me palpé la cara y la cabeza, pero no sentía ningún dolor. Miré hacia arriba. La sangre se escurría entre los tablones del carruaje. Sin duda era del marqués.

—Tenemos que irnos, amo —dijo Etweda.

Salimos de nuestro escondite y escudriñamos el horizonte. No se podía ver a los bushmen, pero seguro que estaban allí, invisibles entre la nada. Esa era su estrategia. Atacar con sus flechas envenenadas y esperar, como las víboras, a que sus presas muriesen intentando huir antes de acercarse. Nuestros caballos estaban heridos. Debíamos darnos prisa e intentar avanzar

antes de que el veneno llegase a sus corazones y los paralizase para siempre. El marqués también tenía varias flechas clavadas en su cuerpo como una suerte de san Sebastián que intentaba aferrarse a la vida, aunque no le quedaba demasiado tiempo. Me acerqué a él. A su lado estaba el diamante. Lo había soltado.

—¡Vámonos, amo! —volvió a gritar Etweda.

Cogí la gema y observé al marqués por última vez.

—Espero que seas feliz con ella —dijo, y no llegué a comprender si se refería a Isabel o a Etweda.

Me di la vuelta para marcharme y sentí de pronto un dolor indescriptible en el brazo derecho. Instintivamente me lo agarré con el otro en una suerte de abrazo.

—¡¡No!! —gritó Etweda corriendo hacia mí.

El marqués acababa de arrancarse una de las flechas envenenadas que atestaban su cuerpo y me la había clavado a la altura del codo. Cuando le miré estaba sonriendo y en sus ojos pude entender: «Si no es para mí, tampoco será para ti».

Luego se quedó inmóvil.

Había muerto.

—Apréndete esto —dijo padre dándome un papel al llegar al taller.

—¿Qué es? —pregunté. Acababa de cumplir trece años.

—Es la escala de dureza de Mohs —respondió como si yo debiera entender de qué hablaba.

—¿Quién es Mohs?

—Friedrich Mohs era un minerólogo alemán, pero lo importante no es quién era, sino lo que descubrió.

—Talco, yeso, calcita, fluorita, apatito, ortoclasa, cuarzo, topacio, corindón y diamante —leí en el papel, y le di la vuelta como si aquello no pudiese ser lo único que pusiese—. ¿Qué quiere decir?

—¿Cuál es el mineral más duro de todos esos?

—Eso es fácil, padre. El diamante —respondí.

—¿Y el más blando?

—¿El talco?

—Exacto. El talco es el número 1 de la lista. El diamante es el 10. El resto está entre ellos. El yeso el 2, la calcita el 3, la fluorita el 4... Cada mineral raya a los que tienen asignado un número inferior, y a él lo rayan solo aquellos que tienen un número superior. ¿Lo has entendido?

—Sí, padre —respondí, y me quedé mirando la lista sin saber bien para qué podría servirme aquello en mi vida.

Grité de dolor. Me arranqué la flecha tan rápido como pude, pero por el escozor estaba seguro de que el veneno ya había penetrado en mi sangre y empezaba a recorrer mi cuerpo.

—Tiene que cortarse el brazo, amo —dijo Etweda.

—No, no puedo hacerlo.

No estaba dispuesto a perder la mano ahora que por fin tenía el diamante.

—Necesito tallarlo antes. Un diamante sin tallar solo es una piedra.

—Si no lo hace, morirá, y no solo se quedará sin su Isabel, sino que perderá la vida. No queda tiempo, amo —insistió ella.

Etweda tenía razón. La herida de la flecha me quemaba cada vez más y el ardor iba extendiéndose inexorablemente. Cogí el machete del carruaje y se lo di a Etweda. Ella me entregó su pañuelo. Lo mordí con todas mis fuerzas mientras miraba hacia otro lado. Qué irónico ir a perder la mano en aquel remoto lugar después de haberla intentado salvar durante tanto...

Sentí como un latigazo y me mareé. Caí al suelo. Escupí el pañuelo y grité con todas mis fuerzas. Tanto y tan alto que a lo lejos un águila marcial alzó el vuelo asustada.

Etweda vació el whisky de la petaca en el sangriento muñón que ahora ocupaba el lugar donde debería estar mi brazo. Rasgó la falda de su vestido nuevo para cubrirme la herida. Retiró el cuerpo inerte del marqués y me tumbó en la parte trasera del carruaje.

—Lo siento, amo —dijo.

—No me dejes morir, Etweda.

—Antes perdería yo mi vida.

Se acercó a nuestros caballos, les quitó las flechas y sujetó las riendas sin subirse al pescante. Me miró por última vez.

—Sea feliz amo. *Hue!!* —gritó para arrear a los caballos, para alejarme de los bushmen, del cuerpo del marqués, del recuerdo de Siawash, de aquel infierno.

—¡¡¡¡Nooooooo, noooooo!!!! —Me volví como pude sobre mí mismo, solo para ver cómo se alejaba su imagen en medio del desierto y cómo un grupo de bushmen que parecían surgir de la tierra se abalanzaban sobre ella sin compasión.

—¡¡¡¡Etweda!!!!

Lo último que oí antes de desmayarme fueron sus gritos ante el ataque de aquellos monstruos de la noche. Mis caballos galopaban sin descanso, como si fuesen conscientes de que su tiempo también se terminaba y aquella era su última carrera, sobre la rojiza arena, entre los nidos ya vacíos de termitas que por aquellas fechas ya alojaban a las serpientes del desierto.

No sé qué pasó durante las siguientes horas.

De nuevo mis recuerdos se reducen a instantes inconexos.

83

El sol del desierto, como la llama de un fósforo.
Etweda arreando a los caballos.
El dolor de la mano que ya no estaba unida a mi brazo.
La boca seca.
Los caballos muertos.
Etweda arrastrándome por el desierto.
¿A qué esperaban para atacarnos?
Una manada de *springboks* corriendo a nuestro alrededor.
—Déjame, Etweda. Sálvate tú.
—No, amo, sin usted yo no soy nada.
Los bushmen saliendo de la tierra como animales salvajes.
Sus flechas apuntándonos.
Etweda poniéndose entre ellos y yo.
Una flecha atravesándole el pecho.
Etweda arreando a los caballos antes de caer al suelo.

Solo tuve tiempo de tragarme el diamante.

Ciudad del Cabo, 20 de febrero de 1874

Queridos padres:

Les envío estas letras desde el hospital de New Somerset, en Green Point, Ciudad del Cabo. Me trajo aquí hace tres días un trabajador de las minas que me encontró en el desierto de Karoo. Un grupo de salvajes nos atacaron cuando regresábamos de las minas Kimberley. Todos han muerto menos yo. No se preocupen. Me encuentro mejor. El doctor Parson es quien me trata. Es británico. Tanto él como el resto de las enfermeras son bastante amables. Es una de ellas quien escribe esta carta por mí, por eso quizás les extrañe la letra. Pese a las goteras que inundan el hospital y las moscas, no está del todo mal. Lo malo es el olor del vertedero cercano, que lo inunda todo. El doctor Parson pasa por aquí todos los días acompañado de un grupo de estudiantes. Dice que en uno o dos días podré marcharme, así que pronto espero estar de vuelta en casa.

Espero que se encuentren bien.

Su hijo que les quiere

Día 64 de 100

—Has tenido suerte. Los bushmen debieron darte por muerto, chico —dijo el doctor Parson mientras retiraba las telas que habían puesto alrededor del muñón de mi brazo—. Nadie que sufra un ataque de esos animales sobrevive, y mucho menos si es blanco.

—¿Dónde está Etweda? —pregunté con un hilo de voz entre los efluvios del éter que acababan de administrarme para soportar el dolor de las curas.

—No sé de quién hablas —respondió el doctor mirando a una de sus enfermeras, que negó con la cabeza.

—Etweda... viajaba conmigo, es una esclava.

—Te encontraron solo en el desierto —me dijo el doctor Parson—. Si alguien más viajaba contigo, a estas horas ya debe estar en el infierno. Ahora intenta descansar. Ya estás a salvo. Ya nadie puede hacerte daño —concluyó sin ser consciente de que a veces los recuerdos duelen más que la realidad.

Cerré los ojos y lloré.

Etweda se acercó a mi cama en el hospital.

—Amo... —me susurró para que mi despertar fuese tranquilo.

Abrí los ojos despacio y la vi de rodillas a mi lado. Estaba preciosa. Llevaba el vestido que yo le había regalado.

—Pensé que te había perdido —dije.

—Siempre estaré con usted, haga lo que haga, vaya a donde vaya, quiera o no quiera. Usted será mi último y definitivo amo.

El ligero brillo de sus ojos delataba que había llorado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Nada, amo.

Una enfermera se asomó, pero continuó su camino como si nadie hubiese conmigo.

—No me mientas. Sé que algo te ha hecho sufrir.

Ella se metió conmigo en la cama. Se abrazó a mí.

—No me olvide, amo.

—No lo haré.

Me besó.

Luego desapareció bajo las sábanas como el náufrago que se hunde entre las olas para no volver jamás.

Cinco días después salí del hospital.

Vagué por Ciudad del Cabo. Desconcertado. Tullido. Aislado. Intentando olvidar el recuerdo de Etweda. La petaca estaba vacía y no me quedaba nada más de valor que el diamante que ya había recuperado de mis entrañas y las dos mil libras que Murray me había permitido quedarme tras engañar al marqués.

Solo faltaban veintiocho días para llegar a Barcelona antes de que se cumpliesen los cien que había marcado como plazo el señor March. Necesitaba tallar ese diamante durante la travesía, algo que con las dos

manos, aun herido de una de ellas, podría haber hecho sin problema, pero que, manco de la mano derecha, parecía imposible. Solo con un mal gesto podría echar a perder la gema y que toda mi aventura no hubiese servido para nada. Si quería conseguirlo, necesitaba practicar primero con otras piedras que no fuesen el diamante. Recordé la tabla de Mohs que padre había insistido en enseñarme. En la escala de dureza, justo por detrás del diamante, se encontraba el corindón.

En Ciudad del Cabo, como era de esperar, habían proliferado los negocios dedicados a vender las piedras preciosas que traían desde Kimberley. Además de diamantes, había rubíes y zafiros, que no dejaban de ser piedras de corindón de color rojo o azul. Compré todas las piedras que me permitieron las dos mil libras que tenía. También me hice con lo necesario para tallar una gema y un pequeño torno. Después me dirigí a la playa y en una barca me trasladé hasta Robben Island, donde se encontraba fondeado el Espíritu de Blancaró. Decenas de mujeres cargaban con cestos el carbón necesario para la travesía mientras los grumetes cubrían con lonas la cubierta. El capitán se sorprendió al encontrarme allí.

—Pensamos que habíais muerto todos —dijo—. Esta misma tarde partimos hacia España después de comunicar las malas noticias.

—Yo fui el único superviviente del ataque de los bushmen.

—¿Y el marqués? —preguntó mirándome el brazo amputado.

—Todos murieron en el desierto, señor.

El capitán dio orden a uno de los marineros de que me acompañase hasta el camarote.

Una vez instalado, me senté frente al escritorio. Metí mi única mano en el bolsillo y saqué el diamante. Lo dejé sobre la mesa, que al igual que el resto de los muebles del barco estaba clavada al suelo. Lo miré. Luego puse a su lado los once rubíes que acababa de comprar y anclé a la mesa el torno. La sirena del barco sonó anunciando la partida. A través del ojo de buey vi alejarse la montaña de La Mesa, el faro de Green Point, el hospital de New Somerset, las ruidosas gaviotas... Me despedí del marqués, de Murray, de Siawash..., de Etweda. Volvía a casa por fin.

Toqué la campanilla del servicio y acudió un joven de unos diez años. Lo reconocí de inmediato. Era León, el mismo niño que me había advertido en el viaje de ida sobre las intenciones del marqués.

—León, ¿podrías ayudarme un momento?

—Estoy aquí para todo lo que necesite, señor.

—Ve a por una caja de metal de la cocina y una taza de aceite de oliva — en la caja era donde recogería los restos del diamante cuando lo cortase, esos restos con los que haría el polvo que, mezclado con el aceite de oliva, me permitiría tallar el diamante en el torno.

Cuando regresó le pedí que se acercase a uno de los rubíes y lo cogiese con su mano derecha metiendo su brazo por debajo de mi axila. Por un instante volví a tener dos manos.

—Sujétalo delante de mí —le ordené.

Cogí con la mano izquierda mi lupa de agua y busqué con paciencia la dirección de la veta. Entre las hendiduras de la piedra preciosa pude ver por un momento a Etweda. Cerré los ojos al recordarla. Casi podía olerla, acariciarla. León puso el rubí sobre el mármol de la mesa y lo golpeé con una pequeña plancha de metal afilada. Un golpe seco y torpe que, debido a la falta de destreza de mi mano izquierda, terminó con el rubí hecho añicos. La rabia se apoderó de mí y lo tiré todo al suelo, ofuscado ante la dificultad de la tarea.

—Lo siento, señor —dijo León asustado, dando un temeroso paso atrás, seguramente acostumbrado a que la frustración de sus amos terminase siendo el principio de una paliza en su espalda.

—No es culpa tuya.

Le pedí que cogiese otro rubí. Volví a analizarlo a fondo en busca de la veta que me permitiese cortarlo. Y de nuevo lo intentamos sin éxito. Tras dos nuevos intentos me puse en pie.

—Será mejor que descanse —dije frustrado.

—¿Necesita que le traiga algo, señor?

—Déjame solo. Vuelve mañana por la mañana.

Me acerqué a la cama. León se quedó mirándome como si fuese a decir algo, pero salió del camarote sin atreverse a hacerlo.

Al día siguiente volvimos a intentarlo una vez tras otra, sin descanso. Con cada rubí que se rompía, la posibilidad de conseguir a Isabel se alejaba.

—Debería comer, señor —dijo León.

—Coge otro —le ordené—. No nos iremos a descansar hasta que lo consigamos.

El quinto día de travesía, por fin, cuando dejé caer la plancha de metal, el rubí dejó ver en una de sus caras un corte perfecto. Volvimos a hacerlo con otro para asegurarnos de que no había sido cuestión de la fortuna. León estaba agotado.

—Vete a dormir —le dije.

El niño se arrastró hasta la puerta, pero antes de salir me preguntó:

—Señor, ¿es verdad que Etweda y Siawash han muerto?

—¿Los conocías?

—Siawash era mi padre.

¡León era hijo de Siawash!

—Él no quería que fuese un esclavo. Él siempre decía que solo es esclavo el que se comporta como tal. También decía que usted no es como el resto de los hombres blancos.

Siawash había plantado bien profunda la semilla de la libertad en su hijo.

—Tu padre era un buen hombre, León. Un buen hombre libre.

—Ahora que no tiene... —No se atrevía a decirlo—. Usted necesitará alguien que le ayude..., y como el marqués ha muerto, yo podría trabajar para usted.

Asentí. Era lo menos que podía hacer por Siawash.

Día 78 de 100

—Me gustaría comprar a ese niño —le dije al capitán mientras me sentaba frente a él en el restaurante, y señalé a León, que se encontraba a mi espalda.

—Lo siento, pero es propiedad del marqués —respondió él.

—Pero el marqués está muerto —repliqué—. Por desgracia para él, ya no puede tener nada en propiedad.

—En ese caso, joven, tendrá que hablar con sus herederos.

El capitán era un hombre recto que siempre guardaba las formas y seguía las normas. La camarera se acercó con la bandeja repleta de comida. Hacía días que casi no había comido y ni siquiera me había percatado de que tuviera hambre.

—Mire, capitán. Ahora, sin la mano, no puedo hacer nada por mí mismo. Necesito ayuda y nadie tendría por qué saber que ese chaval no vino con nosotros en la expedición a Kimberley. Yo diré que León murió en el desierto de Karoo junto a su padre, junto al marqués... Si usted dice lo mismo, esa será la verdad para todo el mundo.

El capitán se quedó pensativo.

—Ven aquí —le dijo al niño.

León me miró pidiendo permiso.

—Acércate —le dije.

Se colocó entre el capitán y yo, de pie al lado de la mesa.

—¿Tú qué quieres, hijo? —preguntó el capitán.

León se quedó desconcertado. Nunca nadie le había preguntado su opinión.

—¿Quieres ser propiedad de este joven? ¿O quieres seguir perteneciendo a la familia del marqués?

—Quiero irme con él —respondió León.

—Está bien.

Al entrar en el camarote, León se abrazó a mí. Nunca nadie me había abrazado así. No era el abrazo de una madre, ni de un amigo ni de un amante, esos abrazos los conocía. Aunque no lo sabía entonces, aquel era el abrazo de un hijo. Uno de esos abrazos que hacen que uno sienta que ya no puede tener miedo a nada porque el miedo ya no le pertenece, uno de esos abrazos que desarmen hasta al más fiero de los guerreros, uno de esos abrazos que una vez te lo dan ya nada vuelve a ser igual.

—Venga. Tenemos mucho que hacer —le dije.

Ya estábamos preparados para empezar a pulir el rubí. Paso a paso fui creando cada una de las tablas rozándolo contra el torno.

—¿Por qué se hace así? —preguntó León.

—Las tablas están pensadas para que la luz se refleje de unas a otras —le expliqué—. Si lo haces adecuadamente, la luz no debería escaparse del interior del diamante sin mostrar todo su brillo.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó tímidamente.

Lo miré y asentí. Quedaban diez días para llegar a Barcelona.

—¿Sabes? El nombre *diamante* proviene de la palabra griega *adamas*. Significa «invencible». Lo llaman *invencible* porque es la gema más dura que existe. No existe ningún material que pueda rayar al diamante. No lo olvides.

—¿Y cómo podremos hacerlo? —preguntó León.

—Gracias a la magia —respondí sonriendo al ver sus ojos sorprendidos.

Día 95 de 100

Quedaban tres días de travesía cuando decidí que era el momento de empezar a tallar el diamante.

—¿Está seguro? —preguntó León.

—Sí —le dije. Pero no lo estaba.

Me acerqué a la mesa. Le pedí que cogiese el diamante con la pinza y lo sostuviese fijo ante mis ojos. Con la mano izquierda levanté la lupa de agua.

—Gíralo..., despacio..., sin detenerte..., ahora hacia el otro lado —le indicaba mientras yo no dejaba de examinarlo.

León iba obedeciendo mis indicaciones con una eficacia asombrosa para su edad.

—Detente. —Acerqué el diamante a la lámpara. Acababa de encontrar el sentido de la veta—. Muy bien, ya tenemos el corte.

—¿Y si se equivoca?

—Pues el diamante se romperá, habré perdido a Isabel y todo este viaje habrá sido en balde —respondí.

León tragó saliva mientras me veía coger la lámina de metal con la que debía dar el golpe que partiese en dos la gema.

—¿Listo? —pregunté.

No respondió. Solo cerró los ojos. Levanté con mi mano izquierda la lámina de metal y la dejé caer sobre la piedra.

Día 99 de 100

El barco arribó al puerto de Barcelona anunciando su entrada con el sonido triunfante de las sirenas que provocaron que quienes caminaban por el puerto volviesen la vista hacia el mar.

Era el día noventa y nueve de los cien que había marcado el señor March como límite. León recogió todas nuestras cosas del camarote y me siguió a grandes zancadas hasta la cubierta. No se separaba de mí, supongo que temeroso de perderse y tener que quedarse a bordo de nuevo, en tierra de nadie, sin nación ni familia. En cuanto pisamos el muelle, me cogió de la mano y lo acerqué a mí.

—No tienes que tener miedo. Aquí nadie te hará daño.

—Es que... nunca he salido del barco —me dijo.

Desde que era nada más que un bebé, León había vivido en el Espíritu de Blancaró, y ni siquiera cuando arribaban a un puerto le permitían salir. Era la forma en que su amo, el marqués, había evitado que huyese, y la que aceptó su padre, Siawash, para protegerlo. Dos sentimientos antagónicos que convirtieron al pequeño León en un pajarillo encerrado en una jaula flotante.

—Míralo bien, porque, si Dios quiere, nunca tendrás que volver a subirte a uno como este —respondí.

León respiró profundamente, orgulloso, mientras volvía a mirar al frente.

Lo imité y busqué impaciente un rostro conocido entre la multitud. Nadie había venido a recibirnos, aunque era lógico ya que nadie sabía que llegábamos ese día. Una vez en tierra noté que León intentaba sostenerse en pie sin demasiado éxito. Los años de vaivén del barco bajo sus pies habían enseñado a su cuerpo que el suelo se mueve, y ahora que no lo hacía, curiosamente se mareaba en tierra firme.

—¿Estás bien?

Él asintió, pero ni siquiera sabía qué le sucedía. Al cabo de un rato empezó a encontrarse mejor y nos preparamos para marcharnos. Me volví una

última vez y vi al capitán en el puente de mando.

—Espérame aquí —le pedí a León, y volví a subir por la pasarela hasta la cubierta.

—¿Ha llegado el momento de la despedida? —me preguntó el capitán acercándose a mí para estrecharme la mano.

—¿Por qué lo echaron sus padres de casa? ¿Qué pudo haber hecho un niño de ocho años para merecer que sus padres lo echasen de casa?

—¿Qué importa eso ahora? —me respondió el capitán—. El marqués ya no podrá volver a hacer daño a nadie.

Debió percibir mi decepción porque se decidió a confiarme el secreto:

—Mató a su hermano asfixiándolo en la cuna para que nadie pudiese competir con él por el amor de sus padres.

—Pero finalmente se quedó solo.

—Sí, y el marqués tuvo que aprender que no necesitaba a nadie para ser feliz.

Bajé la pasarela del navío y me dirigí con León, por las calles de Barcelona, hasta la orfebrería de padre. De alguna manera, aquella ciudad que había abandonado hacía solo noventa y nueve días era diferente a la que recordaba, como si ahora fuese más pequeña. León iba mirando a su alrededor con la curiosidad de un cachorro que sale por primera vez de la madriguera donde ha nacido. Todo le sorprendía, todo le asustaba, todo le impresionaba, al tiempo que sin quererlo él llamaba la atención de los transeúntes que no estaban acostumbrados a ver a un niño negro por las calles de nuestra ciudad. Por fin pasamos por delante de la catedral y enfilamos hasta la Plaça Nova. Al cruzar la esquina, como tantas veces había hecho a lo largo de mi vida, esperaba ver la luz titilante en el interior de la orfebrería, bajo el cartel de madera escrito a mano. Pero no había luz, ni cartel..., ni siquiera ventana. Tan solo los restos del local quemado. Corrí hacia allí dejando a León detrás.

—No te muevas —le ordené.

En la entrada todavía podía sentirse el calor del incendio. Como pude, me abrí paso entre los escombros. Intenté encontrar bajo las cenizas los recuerdos de mi vida, pero no fui capaz. Nada quedaba del mostrador donde madre limpiaba las piezas, y nada quedaba del taller en el que tantas y tantas horas había pasado al lado de padre. Ni siquiera en el techo estaban los mapas provocados por la humedad que buscaba cada vez que levantaba la mirada de la lupa de agua. Era como si aquel lugar nunca hubiera tenido nada que ver conmigo y mis recuerdos se correspondiesen con otro lugar lejano.

—Hijo... —Me volví y descubrí a madre bajo el dintel de la puerta escrutándome bajo la barba que me había crecido en el viaje—. Eres tú... Sabía que aquellos marineros mentían —sentenció.

Parecía que habían pasado diez años por ella en vez de tan solo cien días... Cien días que nos habían cambiado la vida a todos demasiado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desconcertado.

—Ayer por la noche me despertaron los gritos de los vecinos... Alguien robó todo lo que había en el interior y le prendió fuego. Nada pudimos hacer por evitarlo.

—Pero ¿quién puede haber hecho algo así?

—Unos marineros corrieron el rumor de que tanto tú como el resto de los que viajaban contigo habíais muerto —me explicó madre dando a entender que el responsable de aquel desastre no era otro que el señor March y sus hombres.

Y entonces caí en la cuenta.

—Y padre, ¿dónde está? ¿Se encuentra bien? —pregunté sin dejar de mirar a mi alrededor como si fuese a aparecer en cualquier momento.

Madre no fue capaz de responder. Se echó a llorar en silencio.

—Él intentó apagar el fuego, y al ver que no era capaz, quiso llegar hasta el armario del fondo para salvar las piedras preciosas... Ya no pudo salir... —dijo antes de ponerse a toser.

Me di la vuelta y observé el armario calcinado al fondo. Para cualquiera aquel lugar olería a madera quemada. Para mí, olía a rabia y a rencor.

—No es verdad, madre —dije asustado pensando que era imposible que no volviese a ver a padre.

Ella intentó acariciarme la mano derecha, pero se encontró con el vacío. Lloré como un niño. Lloré recordando a padre. Recordando cada uno de los silencios que había vivido a su lado en aquel lugar. Lloré abrazado a su memoria.

León se acercó a mí y me abrazó por la cintura. Le toqué la cabeza y me arrodillé a su lado. Él también lloraba por su padre.

Después de comprobar que en el interior de la caja fuerte de la orfebrería no quedaba nada, volvimos a casa. Por lo que parecía, el señor March había decidido cobrarse el lingote de oro con las gemas que padre guardaba antes de prenderle fuego al local.

Cuando arribé a nuestro hogar, me encontré con más gente de la que nunca había visto allí dentro. A la gran mayoría no los conocía. Ninguno de ellos era familiar nuestro. Los que podría haber tenido padre vivían demasiado lejos como para haber llegado a tiempo para el velatorio y el sepelio. Subí las escaleras recibiendo el pésame de los presentes. El cuerpo de padre descansaba en su dormitorio. Detrás de la cama habían puesto un gran crucifijo. Le habían vestido con su único traje. Estaba rodeado de mujeres que lloraban sin descanso. Tenía las manos la una al lado de la otra sobre el vientre. Parecía estar vivo. Dormido. Perfectamente afeitado como hacía años que yo no lo recordaba. Preparado para levantarse e irse a la iglesia un domingo más. Alrededor de la cabeza habían atado un pañuelo por debajo de la barbilla. Me acerqué a él y le observé detenidamente. Le toqué el rostro. Estaba frío como un lingote de plata. Como por un instinto me dirigí a la ventana abierta con la intención de cerrarla, pero madre me lo impidió.

—Necesita tenerla abierta para ir al reino de los cielos.

Volví a mirar a padre y me quedé allí esperando a que algo sucediese, pero nada pasó. Ojalá cuando me hubiese despedido de él, noventa y nueve días atrás, hubiese sabido que no iba a volver a verle con vida. Si hubiese sido así le habría dicho que ahora entendía muchas de las cosas que había intentado explicarme a lo largo de mi vida, que estaba orgulloso de todo lo que me había enseñado, que no dejaría nunca de ser orfebre, que intentaría enseñarle el oficio a mis hijos...

Acompañé a León al dormitorio y le pedí que se quedase allí. Luego salí a atender a los visitantes que llegaban y se iban a todas horas. Desde cualquier lado de la casa se oía a madre llorar. De madrugada, cuando ya casi no quedaba nadie en casa, después de haber dado más vueltas a la cocina que el

viejo torno de la orfebrería, me acerqué a madre, que continuaba en su dormitorio al lado de padre. Ya no le quedaban lágrimas.

—¿Por qué no intentas dormir un poco, hijo?

—¿Cómo se encuentra?

—Viva... —respondió, y no sé si lo decía como un castigo o una bendición—. Recuerdo el día que conocí a tu padre. Yo acababa de llegar con mi familia desde el sur en busca de mejor fortuna. Mientras buscábamos un lugar en el que alojarnos, un pequeño ladronzuelo le robó a madre la maleta de un tirón. Mi padre, tu abuelo, no podía correr por culpa de su cojera. Así que tu tío Eduardo y yo salimos tras él. Corrimos durante bastante tiempo, cruzando muchas calles, subiendo y bajando escaleras, hasta que al salir de un callejón alguien hizo tropezar al muchacho poniéndole la zancadilla. Era tu padre.

—¿Y qué sucedió? —pregunté sorprendido de que nunca me hubiesen contado la historia de cómo se habían conocido.

—Tu padre, que era un joven apuesto, recuperó la maleta y lo dejó ir. Cuando yo me quejé de que lo dejase escapar, él me explicó que todo el mundo tiene problemas y que hay muchas soluciones posibles... La gente casi nunca elige la mejor de ellas.

—¿Y cuál cree que es la mejor de las soluciones para mí hoy, madre? —le pregunté.

—Solo tú puedes saberlo. Pero, eso sí, has de tener claro que deberás vivir con las consecuencias de lo que hagas el resto de tu vida.

Entre toses, madre me palmeó la rodilla.

—Descansa, mañana será un día muy largo.

Tras mirar a padre por última vez, me fui a mi dormitorio. Después de cubrirme con las mantas, intentando no despertar a León, que dormía acurrucado como un ratoncillo a los pies de la cama, cerré los ojos. Faltaban solo unas horas para despedir a padre bajo tierra... Unas pocas más para ir en busca de Isabel.

—Hola, amo. —Etweda estaba acostada a mi lado.

—Etweda —respondí sin siquiera abrir los ojos al reconocer su voz, y ella me acarició la mejilla—. ¿Qué haces aquí?

—Le prometí que nunca le abandonaría, que estaría para siempre a su lado.

—Pero no lo cumpliste. En el desierto me dejaste abandonado para siempre. —Y abrí los ojos. Estaba enfrente de mí. Preciosa. Tan cerca que podía ver poco más que su mirada y en sus pupilas se apreciaban lágrimas secas por el paso del tiempo.

—Te echo de menos, Etweda —le dije, y acaricié su pelo—. Me habría gustado traerte aquí y dejarte ser una mujer libre.

—Ya lo fui, estuve a su lado no porque me obligasen, sino porque quise... Volví a su lado cuando podía haberme escapado. No lo olvide. Y en el fondo, prefiero que sea así, porque no me habría gustado verle con otra mujer.

—Te quiero, Etweda.

—Y yo le quiero a usted, amo. —Etweda se pegó aún más a mí y pude volver a sentir su corazón latiendo al lado del mío.

El pequeño León se revolvió.

—Es un buen chico —le dije.

—Lo es... Si hubiese tenido uno con usted, me habría gustado que fuese como él.

Día 100 de 100

—¡Abrid la puerta! —gritó alguien golpeando la madera con tal fuerza que hizo temblar los cimientos de la casa.

Me desperté de golpe todavía desorientado sin saber exactamente dónde me encontraba.

—¡Sabemos que estás ahí, bastardo! —gritaron todavía con más fuerza mientras una piedra rompía la ventana de la cocina—. Mi señor quiere que te presentes ante él inmediatamente.

—¿Qué pasa? —preguntó León somnoliento—. ¿Quién grita?

—No te muevas de aquí —le pedí, y salí del dormitorio para encontrarme con madre en el pasillo.

—Son los hombres del señor March —dijo ella—. Tienes que marcharte.

—No voy a huir, madre, ya no.

Se acercó a mí y me cogió la cara entre sus manos.

—He perdido a tu padre, no quiero perderte a ti también. No podría soportar tanto dolor. —Luego me besó.

Cuando madre abrió la puerta, el hombre sombrío, flanqueado por los dos individuos que acompañaban habitualmente al señor March, dio un paso adelante blandiendo su bastón.

—¿Dónde está tu hijo, mujer? —preguntó el hombre sombrío.

—No lo sé —respondió ella—. No ha regresado de su viaje.

—No nos tomes por estúpidos. Todo el mundo sabe que ha vuelto. Él y su pequeño acompañante negro.

—Pues si lo ha hecho aquí no ha venido. Aunque si queréis podéis comprobarlo vosotros mismos —ofreció madre apartándose para dejarles pasar ante el desconcierto de los tres individuos.

El hombre sombrío hizo un gesto a sus acompañantes para que entrasen en la casa. Mientras, él se quedó esperando en la entrada al lado de madre.

—Si lo encontramos ahí dentro tendrás que dar muchas explicaciones —le amenazó.

—Me habéis arrebatado a mi esposo —respondió ella—, no os tengo miedo.

Al rato los dos hombres regresaron.

—No hay nadie —dijo uno de ellos—, solo el cuerpo del finado.

—¿Estáis seguros? —preguntó el hombre sombrío contrariado.

—Hemos revisado la casa palmo a palmo.

—¿Y el niño negro?

—Nada —respondió el otro.

El hombre sombrío se giró hacia madre y se acercó a ella. La miró a los ojos, luego miró a la casa y volvió a mirarla a los ojos.

—No sé dónde se esconde, pero dígame que le encontraremos. Es solo una cuestión de tiempo. —Y tras unos segundos eternos de silencio en los que volvió a escrutar el rostro de madre como si allí fuesen a aparecer las respuestas a sus preguntas, se marcharon.

Madre entró en la casa y echó el cerrojo. Cruzó la cocina en silencio hasta las escaleras que subió con ligera dificultad. Arriba, caminó por el pasillo avanzando por delante de mi dormitorio hasta el suyo. Entró en él, pasó por el lado de padre y se acomodó en la silla en la que llevaba todo el día sentada. Miró al techo, al lugar donde estaban las tejas que el tío Eduardo había movido para escapar cuando ella lo había encerrado hace años, y sonrió.

—¿A dónde vamos? —me preguntó León mientras yo tiraba de él apurando el paso para alejarnos de nuestra casa.

—Tengo que ir a ver a alguien —le expliqué.

León se detuvo en el medio de la calle cabizbajo. Me acerqué a él.

—¿Qué sucede? —pregunté mirando por encima de su cabeza para asegurarme de que no nos seguían.

—Prométame que no me va a abandonar —susurró avergonzado.

—León. —Me puse en cuclillas y apoyé mi frente contra la suya—. Nunca te dejaría.

—¿Aunque esa mujer de la que está enamorado no me quiera? —preguntó él.

—Ella te querrá como te quiero yo —concluí, y me puse en pie. Le ofrecí mi mano. Dudó unos instantes si cogerla. Finalmente me la dio y seguimos caminando.

Esperamos en silencio enfrente de la casa de Isabel hasta que las primeras luces se iluminaron tras las cortinas.

—Es la hora —le dije a León—, espérame aquí. No te muevas.

El pequeño se resistía a soltarme la mano.

—Volveré antes de que te des cuenta de que me he marchado. Te lo juro.

—Dio un paso atrás y se escondió tras un árbol.

Caminé hacia la casa despacio, mirando de vez en cuando a mi espalda, asegurándome de que los hombres del señor March no me seguían. Al llegar a la entrada de la casa, tras subir las escaleras, me estiré el traje y toqué la aldaba.

—¿Sí? —preguntó el sirviente cuando abrió la puerta sin reconocermelo bajo la piel morena por el sol del desierto y la barba que me había crecido a lo largo del viaje.

—Vengo a ver al conde de Montalbán.

Los ojos se le fueron hacia mi brazo ausente.

—¿A quién anuncio?

—Vengo a pedir la mano de su hija —respondí tajante.

Desconcertado, se dio la vuelta y se marchó dando pequeños y nerviosos pasos por el pasillo.

El primero en aparecer fue el padre de Isabel. Tras él pude intuir que venía ella, temerosa, escondiéndose, intentando averiguar quién venía a reclamar su mano. Cuando me vio, le fallaron las piernas y se dejó caer de rodillas, emocionada. Desde el suelo observó cómo yo sacaba de mi bolsillo el diamante y se lo entregaba a su padre, cómo este lo miraba, asentía y me dejaba entrar en su casa para acercarme a ella, para comprarla como una esclava a cambio del valor de aquella piedra. Era irónico: el padre de Etweda había muerto por la libertad de su hija, mientras que el padre de Isabel prefería abandonarla a su suerte con tal de hacerse con aquel diamante que le

garantizaba una huida de sus problemas con el Estado. Me acerqué, la cogí de la mano y le pregunté si quería ser mi esposa.

—Sí, quiero —dijo Isabel.

Cerramos los ojos y nos besamos. Ningún sueño, por real que sea, puede igualar a la realidad, como ninguna circonita, por especial que sea, puede igualar a un diamante.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó mientras recogía sus cosas en su dormitorio.

—Lejos —respondí yo mirando por la ventana a través de la cortina para asegurarme de que León continuaba allí abajo. El pequeño se había sentado al borde de la tapia apoyando su espalda en los ennegrecidos ladrillos.

—Ya —dijo Isabel.

Me cogió del brazo y agarrándose con fuerza salimos de aquella casa para no volver jamás. Cuando León nos vio salir se puso en pie y echó a correr hacia nosotros, pero antes de que pudiera llegar a nuestra altura el señor March y sus hombres lo interceptaron cogiéndolo en brazos y reteniéndolo pese a las patadas y puñetazos que les daba para intentar liberarse.

—¡¡León, no!! —grité poniendo a Isabel a mi espalda para protegerla.

—Así que al final conseguiste llegar a tiempo y con el diamante, orfebre —dijo el señor March mirando al mismo tiempo a Isabel con rabia contenida.

—Su padre me ha concedido su mano y ella me ha aceptado como esposo. No tengo nada que hablar con usted. Suelte al chico.

—Eres como tus padres, un ingenuo —dijo el señor March sonriendo, y cogió a León entre sus brazos al tiempo que sacaba una pistola que apuntaba a su cuello—. Está en tu mano, muchacho.

—Ella no le quiere.

—¿Y quién te dice que a ti sí? —dijo él. No supe qué responder—. Está bien. Pues si no piensas entregarme a la chica devuélveme mi lingote de oro. O te denunciaré, y te aseguro que no pararé hasta verte entre rejas.

—¡No! Usted robó la orfebrería de mi padre... Quemó todo lo que teníamos... Mi padre murió por su culpa. Creo que ya hemos saldado cualquier deuda que pudiésemos tener con usted.

—¿Me estás acusando? ¿Tienes alguna prueba de lo que estás diciendo? Porque si no es así añadiré a mi denuncia por robo otra por agravio. Me lo imaginaba. ¿Entonces? ¿Podemos llegar a un trato?

—No —dijo Isabel saliendo de detrás de mí—. No quiero estar con usted, señor March. Ni con el marqués. Ni con mi familia. Quiero irme con él —continuó señalándome.

Todos nos quedamos observándola mientras hablaba.

—¿Por qué no puedo elegir mi futuro? ¿Quién quiero ser? ¿Con quién quiero casarme? ¿Dónde quiero vivir? ¿Por qué se ven con derecho ustedes y mi padre a decidir por mí lo que va a ser el resto de mi vida y todo por una piedra a la que dan más valor que a mí?

Me habría encantado decirle que no había máspreciado bien que su existencia, que gracias a sus visitas en mis sueños había conseguido sobrevivir al viaje... Me habría gustado darle las gracias por salvarme en la nieve, en el barco, en el desierto... Pero no lo hice, porque no pude.

—Está bien. Entonces si no eres para mí no serás para nadie —dijo el señor March, y en un rápido gesto disparó su arma al frente.

Cerré los ojos de forma instintiva un instante. Un rápido parpadeo que duró una eternidad.

—Isabel, no... —fue lo único que alcancé a decir cuando abrí los ojos mientras ella caía malherida delante de mí manchando con su preciosa sangre su vestido de satén.

—Yo solo quería ser feliz. Ser libre. —Una lágrima resbaló por su rostro mientras me miraba.

—Aún podemos serlo —le dije.

—Gracias por haberme hecho feliz imaginando una vida mejor durante todo este tiempo. Gracias por liberarme —susurró Isabel consciente de cuál era su destino..., de cuál había sido siempre su final, como una esclava que sabe que es propiedad de un amo y que morirá siéndolo.

Fue como si no fuese real. Como si fuese parte de otro sueño. Ojalá lo hubiese sido. Isabel falleció entre mis brazos mientras el señor March y sus criados huían entre la gente que ya comenzaba a arremolinarse a nuestro alrededor. León se acercó a mí y me abrazó por la espalda apoyando sus inocentes mejillas en mí. Alguien debió avisar a los padres de Isabel porque no tardaron en aparecer. Mientras la madre se arrodillaba a mi lado para intentar despertar de su letargo eterno a su hija, el padre se quedó inmóvil mirando la escena, mirándome a mí. En la mano llevaba todavía el diamante.

Las gaviotas revoloteaban incansables sobre el hospital New Somerset cuando el barco hizo sonar orgullosamente la sirena al acercarse al puerto de Ciudad del Cabo. Habían pasado dos años ya de mi marcha. De pie, en la cubierta, cubriéndome del frío con un gabán de color oscuro, ilusionado por volver a encontrarme allí, observé, entre el resto de los pasajeros que se agolpaban en cubierta, la ciudad en todo su esplendor.

A mi lado, León, vestido con su pequeño traje, que le daba aspecto de hombrecito, me cogió de la mano mientras se escondía tras la barandilla asomando tan solo sus brillantes ojos marrones. Madre, mientras tanto, descansaba en una tumbona detrás de nosotros, intentando recuperarse del mareo que no la había abandonado desde que puso un pie en la pasarela. Habíamos vendido todo lo que teníamos para pagar los pasajes y emprender una nueva vida bajo la sombra de la montaña de La Mesa. De alguna manera, ya nada quedaba en Barcelona para nosotros. Solo recuerdos de padre y de Isabel, que no nos iban a abandonar por lejos que viajásemos.

—¿Estás nervioso? —le pregunté a León mientras mirábamos a la costa.

—Un poco, padre —me respondió sin dejar de observar a las gaviotas que se acercaban esperando que el vapor fuese un pesquero del que robar alguna pieza—. ¡¡Abuela, abuela...!! ¡¡Mire..., hemos llegado!! —gritó señalando a tierra para después volver a mirarme a mí—: Padre, tenía razón... Es igual que las láminas del libro de Ruskin que me regaló.

Para entonces ya no era necesario atracar en Robben Island y, aunque los cañonazos del cerro de las Señales seguían sonando cada vez que un barco se acercaba a puerto, no se veía la marabunta de barcas dirigiéndose al agua.

Los marineros lanzaron los cabos para atracar. En el muelle se apresuraron a asegurarlos en los amarres, mientras otros, a voz en grito, se acercaban para ofrecernos transporte hasta Kimberley. Sin duda, aquella no era la ciudad que yo recordaba. Todo parecía más grande: había más barcos, más carruajes, más gente, más negocios... Mientras bajábamos la inestable rampa, que se bamboleaba con cada uno de nuestros pasos, pensé en la

cantidad de veces que León me había preguntado por el lugar donde su verdadero padre había fallecido.

«¿Y si nadie lo ha enterrado?», me planteó una vez, mientras le enseñaba a trabajar las gemas en la cocina de madre durante los meses que habíamos estado reuniendo el dinero para el viaje.

Desde aquel día no dejó de hablar de ello a todas horas. León quería volver a ver a Siawash, sentirlo, tocarlo una última vez..., darle un descanso eterno. Al salir del puerto nos cruzamos con una calesa en cuyo interior pude distinguir al señor Giliomee, el director del Grand Hotel, y a Anna Quak. Ella no me vio. Él sí, pero no creo que me reconociese.

Después de dejar a madre en un pequeño hotel de Ciudad del Cabo, León y yo nos dirigimos a Wellington. Allí alquilamos dos pequeños ponis basutos con los que emprendimos camino hacia el desierto. Cabalgando juntos éramos una imagen singular para cualquiera que se cruzase con nosotros. Yo, un joven español, manco de la mano derecha. Y él, un niño negro vestido como un señor. Cada lugar por el que pasábamos me iba trayendo a la memoria el tiempo vivido con Etweda y los sueños de Isabel. Las dos mujeres de mi vida, que habían perdido la suya por salvarme. Si no fuese por León, hacía tiempo que habría abandonado cualquier tipo de ilusión por vivir, pero aquel niño se había convertido en lo más importante para mí. Ya no quedaban esclavos en las vides, que a esas alturas del año, en abril, eran esqueletos de madera.

Tras un día más de camino pasamos por delante de lo poco que quedaba de los restos del carruaje en el que habíamos huido de Kimberley. Aunque el viento del desierto había ido carcomiendo la madera, aún vimos las flechas de los bushmen clavadas en unas tablas. Avanzamos y me extrañó no encontrar los restos del cuerpo de Etweda. Si había fallecido, no había sido en aquel lugar. Sí encontramos más adelante los huesos de lo que un día habían sido el marqués y Siawash, entrecubiertos por la tierra rojiza. León se quedó ensimismado ante el cuerpo ya consumido de su padre. Yo me fijé en que, entre los huesos del marqués, algo brillaba. Me acerqué. En lo que había sido su mano había trece pequeños diamantes. Sin duda, eran los del señor Breytenbach. Etweda había tenido razón en su sospecha, una vez más.

—Tenemos que volver —le dije a León tras un rato—, no debe hacérsenos demasiado tarde en el desierto y debemos coger el tren a Kimberley.

La línea férrea, que cruzaba el desierto de Karoo, había sido construida durante mis dos años de ausencia. Ya que habíamos decidido hacer aquel

largo viaje, pensé que lo más lógico era aprovecharlo para comprar diamantes con los que iniciar nuestro nuevo negocio en Ciudad del Cabo.

Llegamos a Kimberley al anochecer. La pequeña y desorganizada ciudad que yo había conocido alrededor de la mina se había convertido en una enorme, peligrosa e igualmente desorganizada ciudad alrededor de un abismo que ya tenía cien metros de profundidad de los doscientos cuarenta metros que al final de su explotación terminaría teniendo.

—No te alejes de mí —le ordené a León.

Avanzamos entre los trabajadores que, cubiertos de barro, regresaban a sus maltrechas chabolas. Todos continuaban soñando con el día en que encontrasen el diamante que les cambiaría la vida. Aquel que les permitiría pedir una botella del mejor Oporto que hubiese en la bodega de alguna de las muchas tabernas que proliferaban por los alrededores de la mina de New Rush.

Al cruzar la puerta del hotel, León no pudo evitar mirar extrañado al indio, que continuaba vistiendo completamente de blanco.

—Bienvenidos al Mrs. Jardine, señores —dijo en un inglés que seguía teniendo el mismo acento..., como si acabase de llegar a ese lugar justo aquel día.

—¿Se han alojado alguna vez antes en nuestro hotel? —nos preguntó el encargado de la recepción.

—Sí, pero hace ya un tiempo —respondí yo.

—Pues bienvenido de nuevo. Si me dan un segundo, les indico cuál es su habitación.

El Mrs. Jardine estaba muy reformado. Había incluso cuadros y alfombras, pero pude localizar sin problema el pasillo que llevaba al restaurante y las escaleras desde las que se accedía a las habitaciones.

—Disculpe. ¿Sería posible tener la misma habitación que ocupé entonces?

El recepcionista comprobó en su cuaderno si estaba libre y llamó a uno de los mozos para que nos acompañase cargando con nuestro equipaje.

Tampoco la habitación la recordaba así. Todo era nuevo. Sin duda, los propietarios habían tenido que remodelar el hotel para no desaparecer ante la creciente y feroz competencia que en los dos últimos años había decidido abrir también establecimientos en Kimberley.

—¿Tienes hambre? —pregunté a León.

Dijo que no, que él prefería dormir.

—Descansa, hijo, mañana será un día muy largo.

En cuanto cerró los ojos se quedó dormido. Eso es lo que permite tener un alma limpia. Salí a la calle y bajé hasta la entrada de The Pig and Whistle, que, al contrario de todo lo demás, no había cambiado un ápice. Posiblemente era lo único que se conservaba igual en aquella maldita ciudad. Me acerqué a la barra y después de pedir un brandi de Paarl, lo que hizo que algunos mineros se volviesen a mirarme, pregunté por el señor Green.

—El viejo Green murió el año pasado —me respondió la camarera—. Ahora sus asuntos los lleva su sobrina. —Y la señaló con un burdo gesto de cabeza.

La sobrina del viejo Green era una joven de unos veinte años llamada Kathleen. La única mujer en la taberna aparte de las camareras. Estaba sentada a la misma mesa que había ocupado su tío. Me acerqué a ella.

—¿Para qué busca al señor Unger? —me preguntó escupiendo al suelo.

Era una joven atractiva que se comportaba como el peor de los trabajadores de las minas para intentar que la respetaran.

—Vengo en busca de diamantes —le expliqué.

—Yo no me relaciono con estafadores como Unger. Es una de las cosas que me enseñó mi tío antes de morir.

—Yo prefiero hacer negocios con un estafador conocido que con un desconocido —respondí, provocando que Kathleen sonriese.

—¿Puedo invitarle a otra copa? —me preguntó.

En otros tiempos habría aceptado la invitación de la sobrina del señor Green, pero ya no eran otros tiempos. Salí de la taberna en dirección al hotel. León continuaba durmiendo en la cama. Me quedé un rato observándolo. Habíamos tenido suerte en la vida al encontrarnos el uno al otro.

—¿Qué pasa? —me preguntó abriendo los ojos como si hubiese intuido mi presencia.

—Nada, duerme —respondí cubriéndole con las sábanas, y me acosté a su lado tarareando para él la canción del diamante que padre me había enseñado.

Con la primera luz del alba León me despertó como cada día, saltando sobre la cama con la vitalidad de un cachorro que desea salir a jugar al jardín. Después de almorzar frugalmente, nos dirigimos a la tienda del señor Unger. Sin duda, las cosas le habían ido bien en esos dos años. Cuando me vio entrar me observó un instante extrañado. Supongo que intentaba situarme, sin lograrlo en un principio. Luego abrió los ojos como platos y se acercó a mí saltando dentro de sus llamativas botas de piel de serpiente.

—¡¡No me lo puedo creer!! —exclamó—. ¡Pero si me dijeron que habíais muerto en un ataque de los bushmen en medio del desierto!

—Ya ve, tuve suerte. Fui el único que sobreviví.

—Bueno, uno de los dos, querrás decir.

Tardé unos segundos en procesar la información.

—¿Quién fue el otro?

—La otra, en realidad.

Y el tiempo se detuvo. Salí de la tienda de Unger sin saber bien qué hacer. El ruido a mi alrededor había desaparecido de pronto.

—¿Se encuentra bien, padre? —me preguntó León.

—Sí... —mentí, para luego decirle la verdad—: No. No me encuentro bien, hijo.

La dirección que me había dado el señor Unger no estaba demasiado lejos. Ensillamos los ponis y nos dirigimos allí. No hablamos en el camino. Quizás el señor Unger se había equivocado. Quizás solo había sido un rumor, uno de tantos que corrían entre los mineros. Esas leyendas que corren de boca en boca y que poco a poco se van pervirtiendo por el camino. Nos detuvimos a unos metros de la tienda que coincidía con las indicaciones que me había dado Unger. Por un instante tuve la tentación de huir, de escapar del pasado... Pero en vez de eso me quedé esperando.

Cuando salió de la tienda, nuestras miradas se cruzaron. Era ella. Etweda. Llevaba en brazos a una pequeña niña mulata que debía tener dos años como mucho. No supe qué hacer. Al verla, León echó a correr y se abrazó a ella. Nosotros nos seguimos mirando, como en uno de los sueños que cada noche tenía con ella desde que la había dejado de ver en el desierto. Quise pellizcarme para asegurarme de que no estaba dormido, pero me dio pánico despertarme, así que no lo hice. Con su mirada, en silencio, me contó cómo había sobrevivido al ataque de los bushmen, que la dieron por muerta, cómo la había encontrado una familia de mineros que la había acogido como criada a cambio de comida y techo para ella y su hija... Nuestra hija.

—Se llama Almaas, quiere decir «diamante» —me dijo.

En 1890 yo tenía treinta y tres años. Vivía en Ciudad del Cabo.

Era propietario de una de las muchas orfebrerías que habían abierto cerca del puerto después de la fiebre del diamante de Kimberley. Daba igual el nombre que había pintado en el cartel, encima de la entrada. Para todo el mundo aquella era la orfebrería del Español. Etweda era la mujer del Español. A nuestra hija y a León los llamaban *los hijos del Español*. Madre había fallecido dos años atrás.

León, Almaas y yo pasábamos los días y parte de las noches en el taller, iluminado por aquella tenue bombilla, mientras Etweda atendía a los muchos clientes que entraban en la orfebrería. Por fin había encontrado mi hogar.

Una mañana como otra cualquiera Etweda se asomó al taller.

—Cielo, alguien viene buscándote.

Me puse en pie y les pedí a León y a Almaas que se quedasen allí en silencio.

—Encantado, me llamo Bernat. Soy el orfebre. ¿En qué puedo ayudarle?
—dije sin saber que aquel iba a ser el comienzo de un nuevo viaje que me tendría dos años lejos de mi familia.



RAMÓN CAMPOS (Noia 1975) es guionista de cine y televisión. Ha creado series como *Desaparecida* (2007), *Gran Hotel* (2011), *Velvet* (2014) o *Fariña* (2018), galardonados en festivales internacionales como El Televisión & Film Awards de Nueva York o el de Montecarlo, y que han sido vendidas en mas de ciento cincuenta países.

En la actualidad se encuentra inmerso en la producción de *Instinto*, *45 revoluciones* y *Alra Marm* que se entrenarán en Movistar+, Antena 3 TV y Netflix, respectivamente.

El orfebre es su primera novela.